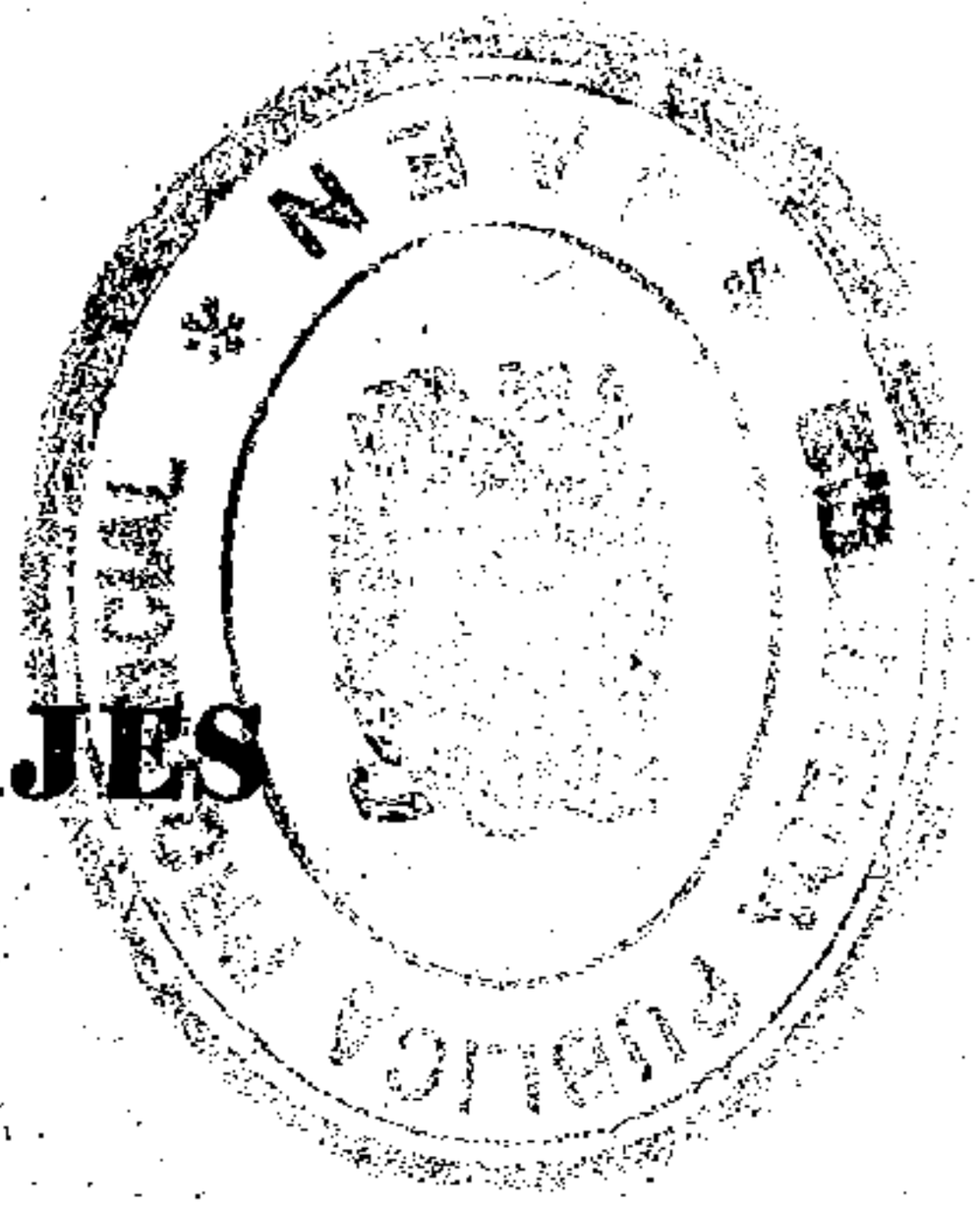


VIDA Y VIAJES

DE

CRISTÓBAL COLON.

TOMO III.

B-305

Historia

DE LA VIDA Y VIAJES

DE

CRISTÓBAL COLON,

ESCRITA EN INGLÉS POR EL CABALLERO

WASHINGTON IRVING,

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

por Don José García de Villalta.

Dº 11.647

TOMO III.

MADRID: Febrero de 1834.

Imprenta de D. José Palacios, *calle del Factor.*

BIBLIOTECA PROVINCIAL

Venient annis
Sæcula seris, quibus Oceanus
Vincula rerum laxet, et ingens
Pateat tèllus, Typhisque novos
Detegat Orbes, nec sit terris
Ultima Thule.

SENECA: *Medea.*

VIDA Y VIAJES

DE

CRISTOBAL COLON.

LIBRO XII.

CAPITULO I.

CONFUSION EN ESPAÑOLA. — PROCEDIMIENTOS DE LOS REBELDES EN JARAGUA.

[30 de agosto de 1498.]

Colon llegó á Santo Domingo cansado de su largo y árduo viaje, y rendido por varias complicadas enfermedades: su ánimo y su cuerpo pedian reposo; pero desde que la vez primera entró en la vi-

da pública, estaba destinado á no gozar jamás las dulzuras de la tranquilidad. La isla de Española, teatro favorito de sus esperanzas, estaba decretado que le habia de envolver en perpétuas vejaciones, eslabonando sus fortunas, impidiendo sus empresas, y llenando de amargura la conclusion de su vida. ¡A cuánta pobreza y padecimientos habian reducido aquella opulenta y bella isla las pasiones de algunos hombres despreciables! Las guerras contra los indios, y las sediciones de los colonos, obstruyeron tambien los trabajos de las minas, y pusieron fin á toda esperanza de riqueza. Los horrores de la hambre sucedieron á los de las armas. Se abandonó generalmente el cultivo de la tierra; muchas provincias quedaron desoladas durante las últimas disensiones; grande número de indios habia huido á las montañas y perdido el resto la asiduidad al

trabajo, viendo que el producto de sus fatigas se lo arrancaban de las manos desalmados estrangeros. Es cierto que la Vega gozaba otra vez de la paz; pero era la paz de la desolacion. Aquella hermosa region que solo cuatro años antes encontraron los españoles tan poblada y feliz, que parecia encerrar en su rico seno todas las dulzuras de la naturaleza, y escluir todos los cuidados y sinsabores del mundo, era ya un vasto teatro de miseria y desesperacion. Muchas de aquellas ciudades indias, donde los españoles fueron recibidos con afable hospitalidad, y casi adorados como benéficas deidades, estaban ya desiertas y silenciosas. Vivian sus habitantes, unos en rocas y cavernas, otros reducidos á la esclavitud, y muchos habian perecido de hambre ó acabado sus dias al filo de la espada. Parece increible que tan corto número de hombres, refrenados por

buenos gobernadores, pudiesen en tan reducido tiempo producir desastres tan lastimosos. Pero los principios del mal tienen una actividad funesta. Con los mayores esfuerzos, los hombres mas virtuosos pueden apenas efectuar algun bien; y parece que le es dado al indivíduo mas mezquino hacer daños incalculables.

Las perversas pasiones de los blancos, que tamañas calamidades hacian sufrir á aquellas tribus inocentes, les produjeron tambien á ellos bien merecidos padecimientos. En ningun otro punto se patentizó tan claramente esta justicia como entre los habitantes de Isabela, los mas vagabundos, facciosos y disolutos de la isla. Las obras públicas estaban por concluir; las huertas y campos empezados á cultivar quedaron abandonados: habian desterrado á los indios de las cercanías con estorsiones y crueldas-

des, y convertido el pais que los rodeaba en un solitario desierto. Demasiado perezosos para trabajar, y destituidos de medios con que ocupar su indolencia, se querellaban entre ellos mismos, se amotinaban contra sus gefes, y desperdiciaban el tiempo en una alternacion de tumultos y tristezas. La soldadesca acuartelada por la isla habia padecido mala salud durante los últimos movimientos, hallándose los hombres encerrados en lugares indios á donde no podian hacer ejercicio, y obligados á subsistir de alimentos á que no podian acostumbrarse. Los que habian estado en activo servicio, se hallaban sin fuerzas á causa de la mucha fatiga, largas marchas y escasos comestibles. Muchos debilitados tambien en su constitucion, y muchos habian muerto de enfermedades. Habia un deseo universal de salir de la isla, y de escapar de las miserias que ellos mis-

mos habian creado. Era esta, empero, la favorita y fructífera tierra á que tenian vueltos los ojos los vates y filósofos de Europa, como realidad de las pinturas del siglo de oro. Tan cierto es, que los mas bellos Elíseos que jamás pintó la mente, los convierten en purgatorio las pasiones de los malvados.

Una de las primeras medidas de Colon á su llegada fue proclamar su aprobacion de todas las del Adelantado, y denunciar á Roldan y sus compañeros. Aquel hombre turbulento habia tomado posesion de Jaragua, á donde le recibieron bondadosamente los naturales. Permitia á sus asociados una vida lúbrica y ociosa por entre aquellas apacibles escenas, haciendo del pais vecino y sus habitantes, instrumentos de bajas pasiones. Un suceso ocurrido antes de que supiese la llegada de Colon, lo proveyó de víveres, y aumentó su fuerza.

Un dia que estaban paseando por la playa algunos de sus partidarios, vieron tres distantes carabelas, cuya apariencia, en aquellas no frecuentadas mares, los llenó de admiracion y aprensiones. Los buques se aproximaron á tierra y anclaron en un puerto. Temian al principio los rebeldes que viniesen aquellos bajeles en persecucion suya. Roldan, empero, que era tan sagaz como osado, adivinó que serian barcos separados de su rumbo, traidos allí por las corrientes, y cuyos capitanes igunorarian las ocurrencias recientes de la isla. Exigiendo un profundo secreto de sus gentes, se presentó á bordo, fingiéndose destacado en aquellas cercanías para mantener á los indios obedientes, y recoger el tributo. Sus congeturas respecto á los bajeles eran correctas; y estos, los mismos separados por Colon de su escuadra en las Canarias, para que trajesen provisiones á la isla. Ignorando

los capitanes la fuerza de las corrientes que fluyen por el mar Caribe, habian navegado al occidente mucho mas allá de lo que creian, hasta llegar al fin á la costa de Jaragua. Roldan y sus gentes mantuvieron el secreto por tres dias. Considerándole persona de autoridad y confianza, no dudaron los capitanes en darle las provisiones y armas que les pidió. Así pudo adquirir espadas, lanzas, ballestas y municiones; mientras sus partidarios, dispersos por los tres buques, estaban activamente ocupados en hacer prosélitos, representando á los nuevos venidos la vida dura de los colonos de Santo Domingo, y el libre desahogo con que se pasaba el tiempo en Jaragua. Muchos de la chusma se habian embarcado por consecuencia de la mal aconsejada proposicion del Almirante, para conmutar los castigos criminales en transportacion á la colonia.

Eran vagabundos, lo peor de las ciudades de España, y los criminales de sus calabozos. Así no podia haber sugetos mas á propósito para dejarse persuadir por tales pinturas, y prometieron desertarse á la primer ocasion favorable, y juntarse con los rebeldes.

Hasta el tercer dia no descubrió Alonso Sanchez de Carvajal, el mas inteligente de los tres capitanes, el carácter verdadero de los peligrosos huéspedes que tan francamente habia admitido á bordo. Ya era demasiado tarde; el mal estaba hecho. El y sus compañeros tuvieron muchas conversaciones vehementes con Roldan, esforzándose en persuadirle dejase su peligrosa oposicion á la autoridad legal. La certeza de que Colon venia ya en efecto hácia la isla, con mas autoridad y mayores fuerzas, habia operado fuertemente en su ánimo. Sus amigos de Santo Domingo estaban en-

cargados por él de defenderlo con el Almirante, á quien debian asegurar que solo habia obrado en oposicion á la tiranía é injusticias del Adelantado; pero estaba pronto á someterse á Colon cuando llegase. Carvajal percibió que se habia debilitado la resolucion de Roldan y de muchos de sus principales gefes, y se lisonjeaba de que permaneciendo algun tiempo entre los rebeldes, podria atraerlos á su deber. Vientos contrarios hacian imposible para los buques vencer las corrientes que venian de Santo Domingo; se dispuso, pues, entre los capitanes, que una buena porcion de la gente que habia á bordo, artífices y otros, cuya cooperacion importaba al servicio de la colonia, fuesen á ella por tierra. Debia conducirlos Juan Antonio Colombo, capitan de una de las carabelas, pariente del Almirante, y del todo consagrado á sus intereses. Arana debia proceder con

los buques, cuando lo permitiese el viento, y Carvajal se ofreció á permanecer en tierra, para esforzarse en reducir los rebeldes á sus obligaciones.

A la mañana siguiente desembarcó Juan Antonio Colombo, con cuarenta hombres bien armados, con ballestas, espadas y lanzas; pero sufrió la sorpresa de verse repentinamente abandonado de todos ellos, esceptuando ocho. Los desertores marcharon en triunfo á los rebeldes, que recibieron con alegría aquel importante refuerzo de gente de su misma especie. En vano quiso Juan Antonio persuadirlos, y en vano los amenazó para que volviesen á sus puestos; los mas eran criminales convictos, acostumbrados á detestar el órden y á insultar las leyes. Tambien apeló á Roldan en vano, recordándole sus manifestaciones de lealtad hácia el gobierno. Este replicó que no tenia medios de forzar la obe-

diencia; que el suyo no era mas que un mero *monasterio de observantes*, á donde todo el mundo podia tomar el hábito. Tal fue el primero de una larga série de males que resultaron del malhadado espediente de poblar una colonia de criminales, mezclando así el vicio y la villanía en la fuente original de su poblacion.

Juan Antonio, triste y desalentado, volvió á bordo con los pocos que le eran fieles. Temiendo nuevas desercio-nes, los dos capitanes se hicieron desde luego á la vela, dejando á Carvajal en tierra para proseguir el proyecto de reformar los rebeldes. No llegaron los bajeles á Santo Domingo sin grande dificultad y dilacion: el de Carvajal encalló en un banco de arena, y padeció mucho por ello. Cuando entraron en el puerto, ya las mas de las provisiones estaban consumidas ó desmejoradas. Alonso San-

chez de Carvajal llegó poco despues por tierra, escoltado por algunos de los insurgentes hasta cerca de Santo Domingo. No habia podido persuadirlos á la sumision; pero Roldan prometió que al momento que supiese la llegada del Almirante, iria á los alrededores de Santo Domingo para estar á mano y poder dar sus quejas, sincerar su conducta pasada, y entrar en negociacion para el ajuste de todas las diferencias. Carvajal trajo una carta del mismo tenor á Colon, y dijo que estaba moralmente cierto, por lo que habia observado entre los rebeldes, de que prestarian fácilmente obediencia con la seguridad de una amnistía (1).

---

(1) Las-Casas, l. i, c. 149 y 150. — Herrera, déc. i, l. iii, c. 12. — Hist. del Almirante, c. 77.

CAPITULO II.

NEGOCIACION DEL ALMIRANTE CON LOS REBELDES. — SALIDA DE LOS BUQUES PARA ESPAÑA.

[1498.]

No obstante la favorable representacion de Carvajal, los últimos sucesos de Jaragua turbaron mucho el ánimo del Almirante. Vió que la insolencia de los rebeldes, y la confianza que tenian en su propia fuerza, debia haber crecido mucho por el acceso de tantos desertores, desesperados y con buenas armas. La proposicion de Roldan de acercarse á Santo Domingo le sorprendió bastante. Dudaba de la sinceridad de sus ofertas, y temia grandes males de tan artificioso, turbulento y osado caudillo, con una

ciega y audaz chusma á sus órdenes. El ejemplo de aquella desmandada horda, recorriendo á su voluntad la isla, y viviendo en desordenado y público libertinage, no podia menos de tener peligrosísimo efecto con los recien venidos colonos; y cuando estuviesen cerca, manejando secretas intrigas, y ofreciendo un campo de refugio á malcontentos y malhechores, la lealtad de toda la colonia podria destruirse.

Eran necesarias prontas medidas para fortificar el ánimo de la gente contra tales seducciones. Sabia que tenian muchos de los suyos vehemente deseo de volver á España, y que habian los sediciosos propagado artificiosamente la idea de que él y su hermano deseaban detener en la isla á los colonos por motivos de propio interes. El 12 de setiembre mandó, pues, ofrecer, por medio de una proclama, libre pasage, y provisio-

nes para el viaje, á todos los que quisiesen volver á España en cinco buques que iban á darse á la vela. Esperaba asi librar la colonia de los ociosos y desafectos, debilitar el partido de Roldan, y no detener consigo mas que á los sanos de corazon, y bien dispuestos para el servicio de la isla.

Escribió al mismo tiempo á Miguel Ballester, el bizarro y fiel veterano que mandaba el fuerte de la Concepcion, aconsejándole estuviese sobre sí, pues se acercaban los rebeldes á su distrito. Tambien lo autorizó para tener una entrevista con Roldan, ofrecerle perdon y olvido de lo pasado, bajo el supuesto de que volviese desde luego á sus deberes, y convidarlo á pasar á Santo Domingo, bajo solemne, y en caso de ser necesario, escrita promesa de seguridad personal. Colon era sincero en sus intenciones, de disposicion benévola y aplacable, y

singularmente libre de todo espíritu vengativo hácia los muchos hombres malvados que llenaron á porfia de dolor su pecho.

Ballester habia apenas recibido esta carta, cuando empezaron á llegar los rebeldes al lugar de Bonao. Estaba situado este en un delicioso valle ó vega del mismo nombre, abundante y bien poblada. Distaba mas de diez leguas de la Concepcion y veinte de Santo Domingo. En él tenia muchas posesiones Pedro Riquelme, uno de los cabecillas de la sedicion; y su morada se convirtió en cuartel general de los rebeldes. Adrian de Mojica, hombre de turbulento y mal carácter, trajo su banda de disolutos rufianes á aquel punto de reunion. Roldan y otros conspiradores se acercaron tambien á él por diferentes caminos.

Apenas supo el veterano Miguel Ballester la llegada de Roldan, salió á re-

cibirlo. Era Ballester hombre anciano y venerable, con la cabeza cana, y de militar aspecto y conducta; leal, franco y virtuoso; serio de disposicion, y de pecho sencillo (1). Estuvo bien acogido como mediador cerca de gente audaz y libertina, cuyas pasiones podia calmar con su sobriedad, cuya petulancia desarmarian sus años, ganando á fuerza de sencilla probidad la confianza de aquella turba, y con pura virtud refrenando sus licencias.

Ballester halló á Roldan acompañado de Pedro Riquelme, Pedro de Gamaiz, y Adrian de Mojica, tres de sus principales confederados. Orgulloso y confiado en su fuerza, oyó Roldan el ofrecido perdon con desprecio, declarando, que

---

(1) Las-Casas, Hist. Ind., l. i, c. 153.

no venia á tratar alli de paz, sino á pedir la libertad de ciertos indios capturados injustamente, y que iban á embarcarse para España como esclavos, á pesar de que él, en calidad de Alcalde mayor que era, habia dado palabra de protegerlos. Declaró asimismo, que hasta que se le entregasen los indios, no escucharia proposiciones de pacto alguno; intimando insolentemente al mismo tiempo, que tenia en la mano al Almirante y su suerte, cuya fortuna podia labrar ó destruir á su antojo.

Los indios á que aludia, eran ciertos súbditos de Guarionex, á quien Roldan habia incitado á resistir el pago del tributo, y que bajo la sancion de su supuesta autoridad, habian entrado en las insurrecciones de la Vega. Roldan sabia, que la esclavitud de los indios era parte poco popular del gobierno de la isla, especialmente para con la reina; y se ma-

nifiesta el artificioso y astuto carácter de este hombre, en dar á su resistencia á la autoridad el carácter de vindicacion en favor de los oprimidos isleños. Tambien hizo otras demandas por estremo insolentes; y declararon por fin los facciosos, que en las negociaciones ulteriores no tratarian con otro agente que con Carvajal, cuya imparcialidad y probidad habian esperimentado en sus comunicaciones con él en Jaragua.

Réplica tan arrogante al ofrecido perdon era totalmente diversa de la que esperaba el Almirante. Se hallaba este en la mayor perplejidad. La falsía y la traicion le rodeaban. Sabia que contaba Roldan con partidarios y amigos aun entre los que mas decantaban su fidelidad; pero ignoraba hasta dónde podrian estenderse las ramificaciones de la conspiracion. No tardó en ocurrir una circunstancia, que hizo ver cuán funda-

das eran sus aprensiones. Mandó que se presentase en armas la gente de Santo Domingo, para asegurarse de la fuerza con que en caso necesario podia salir al campo. Circuló inmediatamente el rumor de que iban á Bonao contra los rebeldes. No mas de setenta hombres tomaron las armas, y de estos no se podia contar con cuarenta. Uno afectaba estar cojo, otro enfermo; algunos tenian parientes, y otros amigos entre los compañeros de Roldan: casi todos se manifestaron desafectos á aquel servicio (1).

Colon vió que el recurrir á las armas haria manifiesta su debilidad y la fuerza del enemigo, y postraria completamente la autoridad y dignidad del gobierno. Era necesario contemporizar, por humillante que tal conducta pareciese.

---

(1) Hist. del Almirante, c. 78.

Habia detenido los buques diez y ocho dias en el puerto, esperando acabar de algun modo aquella rebelion, para poder enviar á los reyes favorables informes de la isla. Las provisiones de los buques se estaban consumiendo. Los prisioneros indios á bordo padecian y morian muchos de ellos; algunos se echaron al agua; á otros los sofocó el calor en los camarotes de los buques. Tambien deseaba, que antes que hubiese alguna conmocion, saliesen para España cuantos descontentos colonos fuese posible.

El 18 de octubre se dieron los buques á la vela (1). Colon escribió á los

---

(1) En uno de estos buques se dió á la vela el padre del venerable historiador Las-Casas, de quien derivó este muchos de los hechos de su historia. Las-Casas, l. i, c. 153.

soberanos, dándoles parte de la rebelion, y del perdon que habian rehusado. Como Roldan queria dar á aquel suceso la apariencia de una mera querella entre él y el Adelantado, de que el Almirante no era juez imparcial, pedia este que se mandase ir á Roldan á España, y que fuesen sus magestades jueces; ó que se instalase una investigacion en presencia de Alonso Sanchez de Carvajal por una parte, como amigo de Roldan, y de Miguel Ballester por otra. Atribuia hasta cierto punto el mal estado de la isla á su larga detencion en España, y á las dilaciones con que lo habian contrariado los que debian asistirlo, retardando la salida de las provisiones, hasta reducir la colonia á la mayor escasez. De esta se habian originado el descontento, los motines y finalmente la rebelion. Pedia á sus magestades, del modo mas vehemente, que no olvidasen los negocios de la

colonia, y que los que tenian en Sevilla el cargo de cuidar de ellos, recibiesen órdenes para no poner obstáculos en vez de dar ayuda. Aludia á su castigo del despreciable Jimeno Briviesca, el insolente favorito de Fonseca; y suplicaba, que ni esta circunstancia, ni otra alguna le hiciesen perder el favor real, desfiguradas por hombres astutos. Les aseguró que los naturales recursos de la isla eran suficientes, bien manejados, para satisfacer todas las necesidades de los colonos; pero que eran estos indolentes y libertinos. Propuso enviar por cada buque, como lo hacia por aquellos, algunos de los ociosos y descontentos, que debian reemplazar gentes industriosas y sóbrias. Tambien pidió, que se le enviasen eclesiásticos para la instruccion y conversion de los indios; y lo que era quizá mas necesario, para la reforma de los disolutos españoles. Requeria tam-

bien, que un hombre docto y esperimentado en las leyes viniese á actuar como juez en la isla, junto con algunos oficiales de la hacienda real. Nada mas racional y político que tales sugestiones; pero desgraciadamente una cláusula mancillaba la escelencia moral de esta carta. Pedia que se permitiera por dos años mas emplear á los indios como esclavos, áunque solo á aquellos que se prendiesen en guerras é insurrecciones. Escusaban esta indicacion de Colon las costumbres del siglo; pero no conviene con su acostumbrada benignidad de sentimientos, ni con su paternal conducta hácia aquella gente infortunada.

Al mismo tiempo escribió otra carta, dando cuenta de su reciente viaje, acompañada de un mapa, de muestras de oro, y principalmente de las perlas recogidas en el golfo de Pária. Llamaba la atencion hácia estas, como las primeras

halladas en el Nuevo-Mundo. En esta carta era en donde describia la recien descubierta tierra firme con entusiasmadas palabras, como la region mas favorecida del oriente, manantial de inagotables tesoros, y supuesta sede del paraiso terrenal; prometia seguir sus descubrimientos de aquellos gloriosos paises con los tres buques que le quedaban, tan pronto como lo permitiesen los asuntos de la isla.

Por los mismos buques, tambien Roldan y sus amigos enviaron cartas á España, esforzándose en justificar la rebelion, acusando al Almirante y á sus hermanos de opresiones é injusticias, y pintando su conducta con los mas negros colores. Es de suponer, que las representaciones de tales hombres fuesen de poco peso en la balanza contra los méritos y exaltados servicios de Colon; pero contaban con numerosos amigos y

parientes en España, tenian las preocupaciones populares á su favor, y gozaban la confianza de los soberanos personas capciosas, prontas á abogar por su causa. Colon, para usar sus propias palabras, espresivas aunque sencillas, estaba ausente y envidiado, y era estrangero en el pais (1).

CAPITULO III.

COMPOSICION CON LOS REBELDES.

[1498.]

Habiendo salido los buques, continuó Colon su negociacion con los rebeldes. Estaba determinado á poner fin á la revuelta á costa de cualquier sacrificio; porque hasta verla concluida, no solo

(1) Las-Casas, Hist. Ind., l. i, c. 157.

los negocios de la isla permanecerian en distraccion y ruinoso estado, sino que se interrumpirian todos sus espléndidos descubrimientos. Sus buques yacian ociosos en el puerto, en tanto que debian estar esplorando una region de inacabable riqueza. Habia pensado mandar á su hermano á concluir aquella espedicion; pero el activo y militar espíritu del Adelantado hacia su presencia indispensable, en caso de que intentasen los rebeldes alguna violencia abierta. Tales eran las dificultades que tenia que vencer á cada paso de sus generosas y magnánimas empresas, impedidas unas veces por las insidiosas intrigas de astutos empleados, refrenadas otras por la insolente turbulencia de un puñado de rufianes.

Colon tuvo sérias consultas con las personas principales de la colonia. Vió que se atribuia gran parte del descon-

tento popular á la estrecha gobernacion del Adelantado, á quien acusaban de administrar justicia con mano demasiado rigorosa. Las-Casas, empero, que vió todos los testimonios venidos por varios conductos contra el Adelantado, le absuelve de semejantes culpabilidades, y afirma que especialmente con Roldan se habia conducido con moderacion estrema. Colon, por opinion de sus consejeros y por las sugestiones de su corazon benigno, resolvió obrar con lenidad absoluta. Escribió á Roldan una carta en fecha de 20 de octubre, concebida en los términos mas cordiales, recordándole favores pasados, y espresando la afliccion que habia sufrido al hallar tal feudo entre él y su hermano. Le pidió por el bien comun, y por su propia reputacion, que estaba bien puesta con los soberanos, no persistiese en su rebeldía. De nuevo le repitió que él y sus compa-

fieros se le podian presentar, dándole segunda palabra de considerar como inviolables sus personas.

Hubo bastante dificultad en la eleccion de un mensajero que llevase esta carta. Los rebeldes habian decidido no recibir mas mediador que Alonso Sanchez de Carvajal. Pero existian muchas dudas en el ánimo de los que rodeaban á Colon, en cuanto á la integridad de aquel oficial. Observaban que habia permitido á Roldan permanecer dos dias á bordo de su carabela en Jaragua; que le habia dado armas y provisiones; que no le habia detenido á bordo despues de saber que era rebelde; que no se habia esforzado en el recobro de los desertores; que le habian escoltado los rebeldes hasta Santo Domingo, y él les habia enviado refrescos á Bonao. Se alegaba, ademas, haberse llamado Carvajal colega de Colon, señalado por el gobier-

no para vigilar su conducta é intervenir en ella. Se sugirió, que al aconsejar á los rebeldes se aproximasen á Santo Domingo, habia pensado, en caso de que el Almirante no llegase, unir su pretendida autoridad de colega á la que como alcalde mayor debia ejercer Roldan, y apoderarse de las riendas del gobierno. Finalmente, el deseo de los rebeldes de que se les enviase como mediador, se citaba en prueba de que tenia designio de juntársele como gefe, y de que se pensaba levantar en Bonao el estandarte de la rebelion (1). Estas circunstancias llenaron de perplejidad por algun tiempo el ánimo del Almirante; pero reflexionaba que Carvajal, en cuanto le habia sido posible observar su conducta, se habia comportado como hombre de honor é íntegro; las mas de las circuns-

(1) Hist. del Almirante, c. 78.

tancias que se presentaban contra él, podian construirse en favor suyo; los otros eran meros rumores, y habia desgraciadamente esperimentado, en su propio caso, cuán fácilmente las mas bellas acciones, los caracteres mas bellos, pueden mancillarse por medio de envenenadas voces. Desechó, pues, de una vez toda sospecha, y resolvió confiar implícitamente en Carvajal; ni tuvo jamas motivo para arrepentirse de su confianza.

No bien hubo el Almirante despachado esta carta, cuando recibió otra de los cabecillas de la faccion, escrita muchos dias antes que la suya. En ella no solo se vindicaban del cargo de rebeldía, sino que se atribuian el mérito de haber disuadido á sus gentes de asesinar, como pensaban, al Adelantado, en venganza de sus opresiones, y persuadídolos á que aguardasen pacientemente la

justicia del Almirante. Un mes habia transcurrido desde su llegada, durante el cual esperaban ansiosos sus órdenes; pero veian que solo manifestaba irritacion contra ellos, no obstante los males que habian evitado. Declaraban, por consecuencia, que su honor y su seguridad requerian que se separasen de su servicio, para lo cual le pedian la correspondiente licencia. Tenia esta carta la fecha de Bonao 17 de octubre, y la firmaban Francisco Roldan, Adrian de Mojica, Pedro de Gamez y Diego de Escovar (1).

Entre tanto llegó Carvajal á Bonao, acompañado por Miguel Ballester. Hallaron á los rebeldes llenos de presuncion y arrogancia. Pero la carta conciliadora del Almirante, segundada por

---

(1) Hist. del Almirante, c. 79.—Herrera, déc. i, l. iii, c. 13.

las vehementes persuasiones de Carvajal y los virtuosos consejos del veterano Ballester, tuvieron efecto favorable con varios de los gefes, mas inteligentes que sus brutales subalternos. Roldan, Gamez, Escovar y otros dos ó tres estaban dispuestos á ir á ver al Almirante. Ya habian montado á caballo con este intento, cuando los detuvo la oposicion clamorosa de sus gentes. Estaban estas demasiado infatuadas con aquella vida indolente y licenciosa para querer volver al trabajo y á la disciplina. Decian que era asunto que á todos les importaba: cualquier composicion que se hiciese, debia por lo tanto ser en público, por escrito y sujeta á su aprobacion ó censura. Uno ó dos dias pasaron antes de poder acallar sus clamores. Roldan escribió entonces al Almirante, que no le permitian sus gentes pasar á verle, á menos que se le enviase un pasaporte, ó

salvo conducto escrito, prometiéndole proteccion personal á él y á sus compañeros. Miguel Ballester escribió al mismo tiempo al Almirante una carta de cautelosos y sérios consejos, pidiéndole que consintiese en cualesquiera términos que pudiesen pedir los rebeldes. Decia que se aumentaban sus fuerzas contínuamente con nuevos desertores, inclusos muchos soldados de su propia guarnicion. Daba como su dictámen, que si prontamente no se efectuaba alguna composicion, estaban en peligro, no solo la autoridad, sino tambien la persona del Almirante; porque aunque los hidalgos, oficiales y domésticos inmediatos de Colon moririan por él sin duda, temia que se pudiese contar muy poco con la gente comun (1).

Colon sintió la urgencia del momen-

---

(1) Las-Casas, Hist. Ind. l. i, c. 153.

to, y mandó sin tardanza el requerido pasaporte. Roldan vino á Santo Domingo; pero por su conducta parecia que antes buscaba partidarios y desertores que llevarse, que el arreglo de términos ningunos de reconciliacion. Tuvo varias conversaciones con el Almirante, y se escribieron muchas cartas. Dió muchas quejas, y pidió mucho: Colon concedió profusamente (1); pero algunas de sus pretensiones eran demasiado arrogantes para ser admitidas. Nada se arregló definitivamente. Roldan partió bajo pretesto de ir á consultar con sus soldados, prometiendo mandar sus peticiones por escrito. El Almirante envió para que tratase por él á su mayordomo Diego de Salamanca (2).

---

(1) Las-Casas, Hist. Ind., l. i, c. 185.
(2) Hist. del Almirante, c. 79.

El 6 de noviembre escribió Roldan una carta desde Bonáo, espresando sus condiciones; y pidiendo se le despachase á la Concepcion la respuesta; pues la falta de provisiones le obligaba á salir de Bonao. Añadió que esperaria contestacion hasta el lunes inmediato (el 11). Habia una insolente amenaza en aquella carta, acompañada como venia de las mas insolentes condiciones. El Almirante halló imposible acceder á lo que en ella se pedia; mas para manifestar su leniente disposicion, y quitar á los rebeldes toda escusa de rigor, hizo fijar una proclama por treinta dias á las puertas de la fortaleza, prometiendo pleno y completo olvido de lo pasado á Roldan y á sus compañeros, ó á cualquiera de ellos que volviese al servicio de la corona, y se presentase á la autoridad legítima en el término de un mes; ofreciendo, ademas, libre pasaje á todos los que

quisiesen volver á España; y amenazando rigurosa justicia contra los que no se presentasen en el predicho término. Envió copia de este papel á Roldan por medió de Carvajal, con una carta manifestando la imposibilidad de acceder á sus condiciones; pero ofreciendo consentir en cualquier pacto que mereciese la aprobacion de Carvajal y Salamanca.

Cuando llegó el mensagero, halló á Ballester sitiado en su fortaleza por Roldan, bajo pretesto de exigir, como alcalde mayor, se le entregase un criminal refugiado alli de la justicia. Habia interceptado el agua para tomar por sed la Concepcion. Al poner Carvajal la proclama del Almirante á la puerta de la fortaleza, los rebeldes se mofaron de la ofrecida amnistía, diciendo que en poco tiempo se veria el Almirante obligado á pedirles á ellos otra. Pero la vehemente intercesion de Carvajal logró que

los gefes, despues de reflexionarlo por algun tiempo, escribiesen los artículos de una capitulacion. Por ellos se establecia que Roldan y sus compañeros se embarcasen para España desde el puerto de Jaragua en dos buques, que quedarian armados y provistos en quince dias. Que cada uno recibiria del Almirante un certificado de buena conducta, y una órden para que se les diesen sus pagas respectivas hasta el dia del embarco. Que se les diesen esclavos, como se les habian dado á otros, en consideracion á los servicios hechos; y como muchos de la sociedad tenian mugeres naturales de la isla, unas en cinta, y otras recien paridas, se les permitiese llevárselas con ellos en lugar de los esclavos. Que se diesen equivalentes por la propiedad de algunos de ellos que habia sido secuestrada, y por los ganados que pertenecieron á Francisco Roldan. Otras

condiciones habia respectivas á la seguridad de sus personas; y se estipuló que si no se recibia contestacion á sus demandas en el término de ocho dias, quedase anulado el todo (1).

Este contrato se firmó por Roldan y sus compañeros en el fuerte de la Concepcion el 16 de noviembre, y por el Almirante en Santo Domingo el 21. Al mismo tiempo proclamó otro acto de gracia, permitiendo á los que quisiesen permanecer en la isla, ó bien pasar á Santo Domingo y entrar en el servicio del rey, ó cultivar tierras en cualquier parte de ella. Prefirieron, empero, seguir la suerte de Roldan, que salió con su banda para Jaragua á esperar la llegada de los buques, acompañado por Miguel Ballester, el cual debia interve-

---

(1) Hist. del Almirante, c. 80.

mirada parte del Almirante en los preparativos de la embarcacion.

Fue dura prueba para el espíritu de Colon ver su proyectada empresa de tierra-firme impedida por tan despreciables obstáculos; y que los buques que debian haber llevado á su hermano á esplorar el recien hallado continente, se dedicasen al uso de aquella turbulenta y baja chusma. Se consoló, empero, reflexionando que todo el mal que por tanto tiempo habia estado corroyendo la isla saldria de ella de una vez, y que dende allí adelante el órden y la tranquilidad quedarian sólidamente establecidos. Mandó, pues, no perdonar trabajo para aprontar los buques y enviarlos á Jaragua; pero la escasez de víveres, y la dificultad de completar el armamento para tal viaje en el mal estado de la colonja, dilataron su salida mucho mas allá del tiempo estipulado. Viendo que se

habia visto forzado á usar una especie de engaño para con los soberanos en las certificaciones de buena conducta dadas á Roldan y sus compañeros, les escribió Colon una carta, informándolos del verdadero carácter y conducta de aquellos delincuentes. Que habian resistido á la autoridad, impedido á los indios que pagasen el tributo, robado la isla, llevádose grandes cantidades de oro, y las hijas de varios caciques. Que el certificado de buena conducta que les habia dado, fue en conformidad del consejo de las principales personas que le rodeaban, y arrancado de sus manos por la exigencia del momento, pues que su rebelion amenazaba arruinar toda la isla. Aconsejó en vista de esto que se les prendiese y se les despojase de sus esclavos y tesoros, hasta investigar propiamente su conducta. Se entregó esta carta á una persona de con-

fianza que debia ir en los buques (1).

Habiendo salido los rebeldes de la vecindad de Santo Domingo, cuyos asuntos quedaban ya asegurados, puso Colon á su hermano don Diego de gobernador interino, y partió con el Adelantado á visitar los varios puestos, y á restablecer el órden de la isla.

CAPITULO IV.

OTRO MOTIN DE LOS REBELDES, Y SEGUNDA COMPOSICION CON ELLOS.

[1499.]

Colon y el Adelantado consumieron muchos meses en su viaje por la isla. Todo se habia llenado de confusion en

---

(1) Herrera, Hist. Ind., déc. i, l. iii, c. 16.

las últimas turbulencias. Las minas y granjas estaban abandonadas; los ganados que se conservaban para cria repartidos por diferentes lugares, y muerta ya la mayor parte; los caciques sin pagar el tributo: todo necesitaba arreglarse de nuevo. Todavía se lisonjeaba Colon de que quedando libre la isla de los malos espíritus que habian hasta entonces vagado por ella, volverian las cosas, á merced de sus cuidados, á la próspera condicion de antes. Pero siempre sucedia á sus intérvalos de calma alguna violenta tempestad. Mientras se consolaba con la idea de que ya Roldan y sus compañeros estarian navegando en alta mar, camino de España, supo con sentimiento infinito que se habia deshecho el viaje, y que los rebeldes habian empezado nuevas sediciones.

Salieron las dos carabelas de Santo Domingo para Jaragua á fines de febre-

ro; pero habiéndoles acometido un violento temporal, tuvieron que tomar puerto, y que detenerse en él hasta fin de marzo. Una quedó tan inútil, que le fue forzoso volver á Santo Domingo. Se despachó otro bajel para suplir su falta, en que se dió á la vela el infatigable Carvajal, con ánimo de apresurar el embarco de los rebeldes. Pasó once dias en el viaje, y halló la otra carabela en Jaragua.

Entre tanto habian los compañeros de Roldan cambiado de parecer, y rehusaron embarcarse, ó bien temiendo volver á España, ó bien poco deseosos de abandonar su disoluta y desenfrenada vida. Pretendieron, como de ordinario, atribuir á Colon su infidencia, afirmando que habia el Almirante espresamente dilatado la venida de los buques mucho mas del plazo puesto por la capitulacion; que estaban los barcos inca-

paces de darse al mar y con pocas provisiones; añadiendo otros cargos fundados artificiosamente en circunstancias que Colon no habia podido remediar, segun ellos bien sabian. Carvajal protestó formalmente de aquella determinacion ante un escribano que le acompañaba; y viendo que los buques sufrian grande injuria y se gastaban en válde las provisiones, los mandó á Santo Domingo, adonde pasó él por tierra. Roldan lo acompañó á caballo alguna distancia: su espíritu parecia agitado. Temia volver á España; pero no dejaba de ser bastante advertido para conocer que su situacion á la cabeza de una banda de disolutos, opuestos á toda autoridad, era demasiado precaria, y le llevaria necesariamente á su ruina. ¿Qué vínculo le aseguraba la fidelidad de aquellas gentes, mas sagrado que las obligaciones que estaban á cada paso

violando? Despues de acompañarlo callado y pensativo alguna distancia, hizo alto, y pidió tener una conferencia reservada con Carvajal antes de separarse. Se apearon bajo la sombra de un árbol. Allí hizo Roldan nuevas profesiones de la lealtad de sus intentos, y dijo finalmente, que si el Almirante queria enviarle otro salvo conducto escrito para la seguridad de su persona, y de las de sus principales caudillos, iria á tratar con él, y confiaba en que se arreglaria todo en términos satisfactorios para ambas partes. Este ofrecimiento, añadió, debia tenerse oculto de sus gentes.

Se regocijó Carvajal mucho, viendo ya bases de una composicion final, y se apresuró á comunicárselas al Almirante. Este envió sin demora el requerido pasaporte, sellado con el sello real, y acompañado de una carta escrita en amistosos términos, exhortándolo á la

:

pacífica obediencia de los reyes. Muchas de las personas principales que estaban con el Almirante, escribieron tambien á su peticion una carta de seguridad á Roldan, respondiendo con su honor de la inviolabilidad que él y sus compañeros gozarian durante las capitulaciones, con tal de que nada hiciesen contra la real autoridad ni su representante.

En medio de estas perplejidades, mientras Colon con la mas infatigable asiduidad y leal celo se esforzaba en traer la isla á la obediencia y promover en ella los intereses de sus soberanos, recibió una carta de España en réplica á las vehementes y tristes pinturas que de la colonia habia dado en el otoño anterior, asi como de los ultrages de aquellos hombres desaforados, y á su peticion de que la autoridad real le sustentase en tan grandes dificultades. Estaba la carta escrita por su envidioso y bajo

enemigo el obispo Fonseca, superintendente de los negocios de Indias. Le informaba de que se habian recibido en España sus informes relativos á la insurreccion de Roldan; pero que aquel asunto debia quedar suspendido, por haber los monarcas determinado investigarlo y poner remedio en adelante (1).

Esta fria respuesta á sus urgentes representaciones produjo mucho efecto en el ánimo de Colon. Vió que sus quejas tenian poco peso en el gobierno; que los desfigurados informes de sus enemigos le perjudicaban verdaderamente con los soberanos, y anticipaba doble insolencia de parte de los rebeldes, cuando descubriesen la poca influencia que tenia en España. Lleno, empero, de celo por el buen éxito de su empresa y de fidelidad por los intereses de los sobera-

---

(1) Herrera, déc. i, l. iii, c. 16.

nos, resolvió no perdonar sacrificio alguno personal, y apaciguar á toda costa las turbaciones de la isla. Tan deseoso estaba de facilitar las negociaciones con Roldan, que se embarcó al fin de agosto en dos carabelas para Azúa, occidente de Santo Domingo, y mucho mas cerca de Jaragua. Le acompañaban varias personas de las mas distinguidas de la colonia. Roldan se presentó tambien en aquel punto con el turbulento Adrian de Mojica, y algunos de su banda. Las concesiones que ya habia obtenido del Almirante, aumentaron su presuncion; y sin duda habria tenido nuevas de la frialdad con que se habian recibido sus quejas en España. Se condujo, pues, Roldan, antes como conquistador que demanda triunfantes condiciones de paz, que como delincuente que procura el perdon por medio del arrepentimiento.

Vino á bordo de la carabela, y con

su descaro acostumbrado propuso los términos preliminares, dentro de los cuales estaban él y sus compañeros dispuestos á entrar en negociaciones.

Primero, se le permitiria enviar algunas de sus gentes hasta el número de quince á España, en los buques que estaban en Santo Domingo. Segundo, á los partidarios suyos que deseasen permanecer en la isla, se les concederian tierras de cultivo en vez de sueldo real. Tercero, se proclamaria que todo cargo contra Roldan y su partido estaba fundado en falsos testimonios, y en maquinaciones de personas que deseaban injuriarlos, y que eran desafectos al servicio real. Cuarto, que Roldan seria restablecido en su empleo de alcalde mayor (1).

---

(1) Herrera, Hist. Ind., déc. i, l. iii, c. 16.

Estas son las duras é insolentes condiciones que propusieron; pero fueron admitidas. Entonces desembarcó Roldan á comunicar la concesion de ellas á sus compañeros. Por dos dias tuvieron consultas los insurgentes, al fin de los cuales enviaron sus capitulaciones estendidas en forma y redactadas en arrogante fraso; incluyendo las concesiones hechas en el fuerte de la Concepcion, con las que Roldan habia pedido recientemente; y concluyendo con una de mas insolencia que todas las demas juntas, á saber, que si el Almirante faltara al cumplimiento de aquellos artículos, tendrian el derecho de juntarse y obligarlo á sujetarse á ellos á la fuerza, ó por los medios que juzgasen convenientes (1). Asi buscaban los conspiradores no solo dis-

(1) Herrera, ibidem. — Hist. del Almirante, c. 38.

culpa de lo pasado, sino escusa para lo futuro, en caso que de nuevo se rebelasen.

Se cansa é impacienta el ánimo al describir, y debe llenarse de indignacion el pecho del lector generoso al leer aquella prolongada é infructuosa lucha de un hombre del mérito exaltado é incomparables servicios de Colon, con aquellos despreciables rufianes. Rodeado de dudas y peligros, estrangero entre gente tan puntillosa, gefe poco popular en una amotinada isla, sospechado y desairado por el gobierno, deseaba servir, y sus mismos servicios creaban la desconfianza, y no sabia á donde pedir fiel consejo, ayuda eficaz ó cándido juicio. Hasta la tierra que pisaba parecia desmoronarse bajo sus piés. Supo que empezaban á formarse proyectos sediciosos entre su misma gente. Veian la impunidad con que los rebeldes habian

gozado la posesion de uno de los mas hermosos distritos de la isla; hablaban entre ellos de seguir el mismo ejemplo, de abandonar la bandera del Almirante, y de apoderarse de la provincia de Higuey, al estremo oriental de la isla, que se decia contener ricas minas de oro.

En situacion tan crítica, desentendiéndose de toda consideracion de orgullo y dignidad personal, determinó á costa de cualquier sacrificio propio asegurar los intereses de un ingrato soberano, y se forzó Colon á sí mismo á firmar aquella humillante capitulacion. Confiaba que cuando en lo futuro pudiese lograr acceso al oido real, podria convencer al rey y á la reina de que habia sido compulsoria, y arrancada de sus manos por las estraordinarias dificultades en que se habia visto, y por el eminente peligro de la colonia. Antes de firmarla, empero, insertó una cláusula di-

ciendo, que las órdenes de los soberanos ó suyas, ó de las autoridades que él nombrase, debian ser puntualmente obedecidas (1).

CAPITULO V.

CONCESIONES HECHAS Á ROLDAN Y SUS COMPAÑEROS. — SALIDA DE VARIOS REBELDES PARA ESPAÑA.

[1499.]

Cuando recobró Roldan su empleo de Alcalde mayor, desplegó toda la arrogancia que podria esperarse de un hombre que habia logrado el poder por tan detestables medios. Mientras estuvo en

---

(1) Herrera, Hist. Ind., déc. i, l. iii, c. 16.

la ciudad de Santo Domingo, su faccion le rodeaba siempre, trataba solo con los disolutos y desafectos, y teniendo á su devocion toda la gente turbulenta y desesperada de la sociedad, se hacia temiblé á los pacíficos y leales. Mantenia arrogante tono hasta contra la autoridad de Colon mismo; quitó el empleo á un tal Rodrigo Perez, lugar-teniente del Almirante, diciendo que nadie habia de llévar baston de mando en la isla, mas que los empleados que él nombrase (1). Fue dificil y penosa prueba para Colon sufrir la insolencia de aquel hombre, y de la impudente chusma que volvió bajo sus auspicios á la colonia.

Roldan presentó un memorial firmado por mas de ciento de sus secuaces, pi-

---

(1) Herrera, Hist. Ind., déc. i, l. iii, c. 16.

diendo tierras y permiso para fijarse en ellas, y escogiendo para ello la provincia de Jaragua. El Almirante temió confiar á tan numeroso cuerpo de facciosos aquella distante provincia, donde podrian fomentar nuevas rebeliones. Pudo al fin distribuirlos en varias partes de la isla; unos en Bonao, donde su colonia dió orígen á la ciudad de este nombre; otros en las márgenes del rio Verde en la Vega; y algunos á seis leguas de este punto, camino de Santiago. Les señaló grandes porciones de tierra, y muchos esclavos indios. Hizo tambien un arreglo, por el cual los caciques de las cercanías, en vez de pagar tributo, proveyesen tropas de sus súbditos, indios libres, que asistiesen á los colonos en el cultivo de sus tierras: especie de servicio feudal, orígen de los repartimientos, ó distribucion de los indios libres entre los colonos, adoptado sucesivamente, y usado con ver-

gonzosa crueldad en todas las colonias españolas, fuente de intolerables padecimientos y opresion para los infelices indios, é institucion que contribuyó mucho al esterminio de los de Española (1). Colon consideraba la isla como un pais conquistado, y se apropiaba el derecho de los conquistadores, en nombre de los soberanos por quienes peleaba. Naturalmente todos sus compañeros en la empresa debian participar de los adquiridos territorios, y establecerse como señores feudales, reduciendo á los conquistados á la condicion de villanos ó vasallos (2). Este arreglo diferia mucho de su intencion original; pues estaba ántes dispuesto á tratar á los naturales con

---

(1) Herrera, déc. i, l. iii, c. 16.

(2) Muñoz, Hist. N. Mundo, l. vi, §. 50.

amistad y templanza, como á súbditos pacíficos de la corona. Pero se habian subvertido todos sus planes por la violencia y libertinaje de otros, y las medidas de entonces parecen adoptadas segun la exigencia de los tiempos. Nombró, como institucion de policía, para restablecer el órden en la isla, un capitan que con gente armada la recorriese en todas direcciones, obligando á los indios á pagar sus tributos, observando la conducta de los colonos, y con derecho para refrenar la menor apariencia de motin ó insurreccion (1).

Habiendo ya solicitado y obtenido tan liberales remuneraciones para su gente, no se manifestó Roldan mas modesto en pedir para sí mismo. Reclamó ciertas tierras en las cercanías de Isabe-

---

(1) Hist. del Almirante, c. 84.

la, por haberles pertenecido antes de la rebelion; tambien una granja real, dedicada á la cria de aves domésticas llamada La Esperanza, y situada en la Vega. Se las concedió el Almirante, con permiso para emplear como cultivadores los súbditos del cacique, á quien cortó Alonso de Ojeda las orejas en su primera espedicion militar á la Vega. Roldan recibió, ademas, concesiones de tierras en Jaragua, y muchos ganados, de los que pertenecian á la corona. Fueron estas donaciones interinas, hasta que las revalidasen los soberanos (1); porque aun pensaba Colon, que cuando supiesen sus magestades las sediciones y violencias con que aquellas gracias se le habian arrancado, los cabecillas de la faccion no solo perderian sus mal ad-

---

(1) Herrera, déc. i, l. iii, c. 16.

quiridas posesiones, sino que serian castigados, segun lo mereciesen sus delitos.

Habiéndose enriquecido Roldan mas de cuanto podian prometerle sus mas lisonjeras esperanzas, pidió á Colon permiso para visitar sus tierras. Tambien se lo concedió, aunque con mucha repugnancia. Inmediatamente salió para la Vega, y parando en Bonao, donde habia tenido sus reales, hizo á Pedro Riquelme, activo confederado suyo, alcalde de aquel circuito, con derecho de arrestar todos los delincuentes, y de enviarselos presos al fuerte de la Concepcion, adonde él se reservaba el derecho de sentenciarlos. Este nombramiento descontentó mucho al Almirante, por no estar en las atribuciones de Roldan, como alcalde mayor, el derecho de nombrar alcaldes ordinarios. Otras circunstancias le dieron á entender, que tenian los insurgentes designios posteriores. Pedro Riquelme,

bajo pretesto de erigir casas rurales para su ganado, empezó á levantar un robusto edificio sobre una colina, ventajosamente situado y capaz de convertirse en una formidable casa fuerte. Se decia, que estaba ocupado en aquella obra de concierto con Roldan, para tener sitio en que fortificarse en caso necesario. Como estuviese la colina cerca de la Vega, adonde se habian fijado tantos de sus partidarios, hubiera sido peligroso punto de reunion para sediciosos. Sospechó los designios, y se opuso á los procedimientos de Riquelme, Pedro Arana, hombre leal y honrado que vivia en los alrededores. Representaron ambas partes á Colon, que aprensivo de esta obra peligrosa de Riquelme, le prohibió que la continuase (1).

---

(1) Herrera, déc. i, l. iii, c. 16. — Hist. del Almirante, c. 83 y 84.

Se habia preparado Colon á volver á España con su hermano Don Bartolomé, persuadido de que era alli su presencia muy necesaria, para poner en su verdadero punto de vista, los últimos sucesos de la isla. Habia esperimentado la ineficacia de las cartas, que podian glosar parcialmente sus malévolos enemigos. La isla, empero, se hallaba aun en muy precaria situacion. No estaba seguro de la fidelidad de los rebeldes, aunque tan caramente comprada; y habia rumores probables de una bajada á la Vega de los montañeses de Ciguay, con designio de rescatar á su cautivo cacique Mayobanex, que permanecia aun prisionero en la Concepcion. Tambien vinieron noticias al mismo tiempo de la llegada al occidente de la isla de cuatro buques estraños de sospechosa apariencia. Estas circunstancias obligaron á Colon á posponer su partida; y lo detuvieron en

vuelto en los negocios de aquella favorita pero fatal isla.

Las dos carabelas se despacharon para España al principio de octubre, con los colonos que quisieron volver, y entre otros, muchos del partido de Roldan. Algunos llevaron consigo tres esclavos, otros dos y otros uno; y varios de ellos las hijas de los caciques, sacadas por seduccion de sus casas y del seno de sus familias. De estas iniquidades, asi como de otras muchas que igualmente atormentaban su espíritu, se vió obligado á prescindir el Almirante, y á consentirlas tácitamente. Sabia que enviaba en ellos á España un refuerzo de enemigos y testigos falsos, que difamasen su carácter y conducta; pero no le quedaba otra alternativa. Para contrapesar, en lo posible, sus calumnias, envió por las mismas carabelas al leal y recto veterano Miguel Ballester, junto con Garcia

de Barrantes, ambos autorizados para atender á sus negocios en la corte, y provistos de las deposiciones que se habian tomado, relativas á la conducta de Roldan y de sus cómplices.

Escribió á los soberanos pidiéndoles se informasen de la verdad de las últimas transacciones, y obrasen segun creyesen oportuno. Manifestó su opinion, de que las capitulaciones firmadas por él y los rebeldes, eran nulas é inválidas por varias razones; que se le habian arrancado violentamente y en la mar, adonde no ejercia la autoridad de virey; que habia habido dos procesos relativos á la insurreccion; y habiendo sido condenados por traidores los insurgentes, no estaba en poder del Almirante absolverlos de su crimen; que las capitulaciones trataban de negocios pertenecientes al real erario, en el que no podia él intervenir sin la concurrencia de los funcio-

narios y oficiales de la corona; y que Francisco Roldan y sus compañeros, al salir de España, habian jurado fidelidad á los reyes, y al Almirante en su nombre. Por estas y otras razones semejantes, algunas justas y otras sofísticas, suplicaba á sus magestades no se considerasen obligadas á ratificar la compulsoria capitulacion concedida á aquellos libertinos, sino que averiguasen sus delitos, y los tratasen segun ellos (1).

Repetia la súplica de una carta anterior, de que se le enviase como juez un hombre docto que administrase las leyes de la isla, puesto que él estaba acusado de severo, aunque cierto en su conviccion de haberse siempre guiado por la clemencia. Pedia ademas que se enviasen personas de probidad y discrecion para formar un consejo, y ocupar

---

(1) Herrera, déc. i, l. iii, c. 16.

otros empleos, deseando, empero, que trajesen poderes limitados y definidos, cada uno en su respectiva comision, de modo que no interviniesen con los privilegios y dignidad que á él le tocaban. Se estendia sobre este particular, acordándose de que ya préviamente se habian invadido sus prerogativas. Observaba que podria equivocarse, pero que le parecia que los príncipes deben mostrar mucha confianza en sus gobernadores; porque sin el favor real que les da fuerza y consecuencia, todo se arruina en el gobierno; sólida máxima, arrancada del Almirante por su reciente esperiencia; pues muchas de sus perplejidades y el triunfo de los rebeldes, habian sido causados por la desconfianza de la corona, y el poco peso que dió á sus quejas.

Viendo que la edad y las enfermedades le invadian, y que su salud se ha-

bia desmejorado mucho en el último viaje, empezó á pensar Colon en su hijo Diego, como activo coadjutor, que participase de los cuidados y fatigas de su empleo; y que estando destinado á sucederle, debia ya empezar á adquirir esperiencia para el futuro desempeño de sus altas obligaciones. Diego servia aun de page en la corte; pero era ya hombre, y capaz de entrar en los negocios públicos. Por eso pidió Colon que se le enviase para ayudarle, porque se sentia enfermo y menos capaz que antes (1).

---

(1) Herrera, déc. i, l. iii, c. 16.

CAPÍTULO VI.

LLEGADA DE OJEDA CON UNA ESCUADRA AL OCCIDENTE DE LA ISLA. — ROLDAN ENVIADO Á BUSCARLO.

[1499.]

Entre las causas que indujeron á Colon á posponer su partida para España, se ha citado el arribo de cuatro buques al occidente de la isla. Anclaron estos el 5 de setiembre en un puerto algo mas abajo de Jacquemel, con el designio, al parecer, de cortar palo de campeche, abundante en aquellas cercanías, y de llevarse á los indios como esclavos. Posteriores noticias decian que mandaba los buques Alonso de Ojeda, aquel audaz caballero que en los primeros viajes se habia distinguido varias veces, y con par-

ticularidad en la captura del cacique Caonabo. Conociendo el espíritu osado y emprendedor de tal gefe, turbó mucho á Colon que visitase la isla de aquel modo clandestino, que casi tenia la apariencia de piratería. Para oponerse á sus agresiones, y pedirle cuenta de ellas, se necesitaba un agente de valor y de inteligencia. Nadie parecia mas á propósito que Roldan. Era este tan atrevido como Ojeda, y de carácter mucho mas astuto. Una espedicion semejante ocuparia su ánimo y el de sus partidarios, y los distraeria de sus planes sediciosos. Las muchas concesiones que recientemente se les habian hecho, esperaba que por el momento asegurasen su fidelidad, siéndoles mas útil ser leales que rebeldes.

Roldan emprendió gustoso aquella comision. Nada podia ya adquirir en los tumultos, y deseaba asegurar sus mal

ganadas posesiones y efectos por medio de servicios públicos que hiciesen olvidar las pasadas ofensas. Era hombre tan vano como activo, y su orgullo le inspiró el deseo de desempeñar bien un encargo que exigia tanto valor y sagacidad. Salió pues de Santo Domingo con dos carabelas, y llegó el 29 de setiembre á dos leguas del puerto donde estaban anclados los buques de Ojeda. Desembarcó con veinte y cinco hombres resueltos y bien armados, y hechos ya á la vida de las florestas. Envió cinco de ellos á reconocer. Le trajeron nuevas de que estaba Ojeda en tierra á muchas leguas de sus buques con solo quince hombres, empleados en hacer pan de casaba en un lugar indio. Roldan se situó entre él y sus buques, pensando sorprenderlo; pero se lo noticiaron á Ojeda los indios, á quienes aterraba hasta el nombre de Roldan, por sus escesos

en Jaragŭa. Ojeda vió su peligro: suponia que hubiese venido Roldan en persecucion suya, y se hallaba interceptado de los buques. Con su intrepidez acostumbrada se presentó al punto á Roldan, acompañado de solo cuatro ó seis indivíduos. Este empezó astutamente á hablar de cosas generales. Le preguntó despues por qué habia desembarcado en la isla, y particularmente en tan solitaria y remota parte de ella, sin noticiar su arribo al Almirante. Replicó Ojeda que venia de un viaje de descubrimientos, y habia tocado en la isla para reparar sus buques y procurarse víveres. Roldan le pidió entonces en nombre del gobierno, le permitiese ver sus papeles. Ojeda que conocia el carácter determinado del hombre con quien estaba tratando, reprimió su impetuosidad natural, y le dijo que sus papeles estaban á bordo de los buques. Le ma-

nifestó ademas su intencion de pasar á Santo Domingo, á ofrecer sus respetos al Almirante, á quien tenia muchas cosas que decir en audiencia reservada. Le indicó á Roldan que el Almirante habia perdido todo su favor en la corte; que se hablaba de quitarle el mando, y que la reina, su patrona, estaba desauciada de los médicos. A esta indicacion se referia probablemente Roldan en sus despachos al Almirante, en que dice que Ojeda le habia comunicado ciertos asuntos, que él no creia propio confiar al papel.

Roldan pasó entonces á los buques. Halló á bordo muchas personas conocidas, y que habian estado ya en Española. Le confirmaron la verdad de lo que Ojeda habia dicho, y le enseñaron una licencia firmada por el obispo Fonseca, como superintendente de los negocios de Indias, autorizándole á ha-

cer un viaje de descubrimientos (1).

Parece, segun dijeron Ojeda y sus compañeros, que los exaltados informes que énvió Colon de sus últimos descubrimientos en la costa de Pária, sus magníficas especulaciones respecto á la riqueza de los recien hallados paises, y las perlas que habia enviado á los soberanos, inflamaron la codicia de varios aventureros. Casualmente se hallaba entonces Ojeda en España. Era favorito del obispo Fonseca, y logró leer los pliegos de Colon á los soberanos, y ver los mapas y cartas náuticas que los acompañaban. Sabia Ojeda que se hallaba Colon muy ocupado por las sediciones de Española; supo tambien, por sus conversaciones con Fonseca y otros enemigos del Almirante, que existian en el ánimo del rey grandes dudas y sospechas res-

(1) Herrera, déc. i, l. iv, c. 3.

pecto á su conducta, y que se aseguraba su caida. Se le ocurrió á Ojeda la idea de aprovecharse de aquellas circunstancias, y por medio de una empresa particular esperaba ser el primero que recogiese las riquezas de las regiones recien descubiertas. Comunicó su proyecto á su protector Fonseca. Este se hallaba demasiado pronto á hacer todo lo que pudiese contrariar los proyectos y obscurecer la gloria de Colon; y puede añadirse, que siempre se mostraba mas propenso á ayudar á los aventureros mercenarios, que á los hombres rectos y de elevado espíritu. Concedió cuantas facilidades pudo á Ojeda, dándole copia de los papeles y cartas de Colon para dirigirse en su rumbo, y una patente firmada con su nombre, aunque no con el de los soberanos. En esta se estipuló que no tocase á tierra ninguna perteneciente al rey de Portugal, ni á ninguna

de las que hubiese descubierto Colon antes del año de 1495. La última provision manifiesta el pérfido artificio de Fonseca, pues dejaba por ella á Pária y la isla de las perlas abiertas á las visitas de Ojeda, habiéndose descubierto por Colon despues del año designado. Los buques deberian armarse por cuenta de los aventureros, quienes darian á la corona parte de los productos del viaje.

Con esta licencia armó Ojeda cuatro buques en Sevilla, asistido por muchos codiciosos y opulentos especuladores. Entre otros se cuenta al célebre Américo Vespucio, comerciante florentino, reputado muy docto en geografía y navegacion. El principal piloto de la escuadra era Juan de la Cosa, marinero de mucho nombre, y discípulo del Almirante, á quien habia acompañado en su primer viaje de descubrimientos, y en el que hizo por la costa del sur de Cuba, y al

rededor de Jamaica. Habia tambien otros muchos de los marineros, y Bartolomé Roldan, distinguido piloto, que habian hecho con Colon el viaje á Pária (1). Tal fue la espedicion que por un encadenamiento singular de circunstancias, dió el nombre del comerciante florentino Américo Vespucio á todo el Nuevo-Mundo.

Salió la flota en mayo de 1499. Los aventureros llegaron al continente del sur, y visitaron sus costas desde doscientas leguas al oriente del Orinoco, hasta el golfo de Pária. Guiados por las cartas de Colon pasaron este golfo, asi como la boca del Dragon, y se mantuvieron al occidente hasta el cabo de la vela, visitando la isla de Margarita y adyacente tierra-firme, y descubriendo el golfo de Venezuela. Tocaron despues á las islas

(1) Las-Casas.

Caribes, donde pelearon con sus fieros habitantes, y cautivaron á muchos con la intencion de venderlos en los mercados de esclavos de España. De alli, necesitando provisiones, fueron á la Española, despues de haber hecho el mas dilatado viaje, verificado hasta entonces por las costas del Nuevo-Mundo (1).

Habiendo recogido cuantos informes pudo obtener respecto á aquellos viajeros, sus aventuras y designios, y confiado en las manifestaciones de Ojeda de que iria él mismo á presentarse á Colon, volvió Roldan á Santo Domingo, para dar cuenta del desempeño de su encargo.

---

(1) Herrera, Hist. Ind., déc. i, l. iv, c. 4. — Muñoz, Hist. del Nuevo-Mundo, parte manuscrita é inédita.

CAPITULO VII.

MANIOBRAS DE ROLDAN Y OJEDA.

[1500.]

Cuando supo Colon la naturaleza del viaje de Ojeda, y la licencia con que navegaba, se consideró profundamente agraviado, siendo una infraccion de sus mas importantes prerogativas, y sancionada por la misma autoridad que debia haberlas considerado sagradas. Esperaba pacientemente, empero, la prometida visita de Alonso de Ojeda á Santo Domingo, para obtener esplicaciones ulteriores. Nada distaba mas de la intencion de aquel aventurero gefe, que guardar tal promesa: únicamente la habia hecho para eludir la vigilancia de Roldan. Tan pronto como rehabilitó sus

:

bajeles y obtuvo provisiones, salió para la costa de Jaragua, á donde llegó en febrero. Le recibieron bien los españoles residentes en aquella provincia, proveyéndolo de cuanto necesitaba. Entre ellos habia muchos de los últimos camaradas de Roldan; caracteres perdidos y vagos, impacientes de todo órden y freno, y ardiendo en animosidad contra el Almirante que los habia sujetado á la saludable autoridad de las leyes.

Conociendo el precipitado é impávido ánimo de Ojeda, y viendo que habia ciertas diferencias entre él y el Almirante, le saludaron como nuevo caudillo, venido á deshacer sus imaginarios agravios, en lugar de Roldan, á quien consideraban ya como desertor. Dieron á Ojeda ruidosas quejas de la injusticia del Almirante, y aun le acusaron de detenerles sus pagas.

Ojeda era de ánimo ardiente con un

ligero toque de jactancioso, y desde luego se erigió en enderezador de entuertos. Tambien se asegura que dijo venia autorizado por el gobierno, en conjuncion con Carvajal, para obrar como consejeros, ó mas bien como fiscales del Almirante; y que una de las primeras medidas que iban á tomar, era obligarlo al pago de todos los salarios debidos á los servidores de la corona (1). Pero es muy cuestionable que manifestase Ojeda semejantes pretensiones, tan fáciles de desmentir, y que le hubieran desacreditado con el gobierno. Quizá le animaron á mezclarse en aquellos asuntos el poco favor del Almirante en la corte, y su propia confianza en la poderosa proteccion de Fonseca. Tambien pudo haber creido, como diligentemente se propaló en España por las gentes con

---

(1) Hist. del Almirante, c. 84.

quienes él mas trataba, que la severidad del Almirante y sus hermanos, y su opresion despótica, habian forzado á adoptar aquellas medidas á los colonos rebeldes. Cierto sentimiento de genero-sidad es probable que se mezclase tal vez con su amor de ácciones y empresas, cuando les prometió remediar todos sus males, ponerse al frente de ellos, marchar via recta á Santo Domingo, y obligar al Almirante á pagarles al punto, ó espelerlo de la isla.

La proposicion de Ojeda fue recibida con aclamaciones y gozo por algunos de los rebeldes, otros se opusieron á ella. Empezaron á querellarse: se siguió una escena violenta, en que murieron muchos, y hubo muchos heridos de ambas partes; pero triunfaron los que eran de dictámen de ir á Santo Domingo.

Afortunadamente para la paz y seguridad de Colon, llegó Roldan á las

cercanías en aquel instante mismo, seguido de algunos hombres resueltos. Le habia enviado el Almirante á observar los movimientos de Ojeda, cuando se enteró de su llegada á la costa de Jaragua. Supo Roldan los violentos tumultos que estaban sucediendo; y mandó á su antiguo confederado Diego de Escobar le siguiese con toda la fuerza posible. Llegaron ambos á Jaragua con un dia de diferencia. Entonces ocurrió un ejemplo de la poca fe que regularmente se guardan los malos. Los primitivos partidarios de Colon, viendo lo decidido que estaba á servir al gobierno, y que no habia esperanza de comprometerlo en la nueva sedicion, resolvieron apoderarse de él por sorpresa; pero le salvaron su celeridad y su vigilancia (1).

Cuando supo Ojeda la marcha de

---

(1) Ibidem.

Roldan y de Escobar, se retiró á bordo de sus buques. Aunque de ánimo osado, no se hallaba dispuesto en aquel caso á venir á las armas, adonde habia que pelear desesperadamente y sin provecho alguno, y adonde le era necesario levantar la mano contra el gobierno. Roldan hizo entonces amonestaciones como las que estaba acostumbrado á recibir. Le escribió á Ojeda, reprendiendo decorosamente su conducta, y la confusion de que habia llenado la isla, y pidiéndole viniese á tierra para entrar en amistosa composicion y acabar todas las diferencias. Ojeda, conociendo la astucia y violento carácter de Roldan, se desentendió de sus repetidos mensages, y rehusó ponerse en su poder. Pasó aun mas adelante, apoderándose de Diego Trujillo, uno de los mensageros; y no contento con esto, desembarcó repentinamente en Jaragua, y se llevó preso á

Toribio de Lenares, otro de los hombres de Roldan; ambos los cargó de hierros á bordo de su buque, deteniéndolos en rehenes por un tal Juan Pintor, un marinero manco que se le habia desertado, y amenazó ahorcar á los dos si no se le devolvia el marinero.

Varias maniobras pasaron entre aquellos dos bien proporcionados antagonistas; cada uno de los cuales estaba persuadido de la sagacidad y proeza del otro. Ojeda se dió á la vela y navegó doce leguas al norte, á la provincia de Cahay, una de las mas bellas y fértiles de la isla, y habitada por una gente dócil y bondadosa. Roldan y Escobar le siguieron por tierra, y se le acercaron sin tardanza. Mandó entonces Roldan á su compañero Escobar en una canoa ligera manejada por indios, para que yendo al buque principal, dijese desde lejos á Ojeda, que puesto que no

queria venir á tierra, Roldan pasaria á conferir con él á bordo, si para ello le enviaba un bote.

Ojeda se creyó al punto seguro de su enemigo. Inmediatamente despachó un bote que se paró á corta distancia de la orilla, pidiéndole á Roldan que viniese. *¿Cuánta gente puede acompañarme?* preguntó éste. *Nada mas que cinco ó seis hombres*, le contestaron. Entonces se dirigieron al bote, con agua hasta la cintura, Diego de Escobar con cuatro hombres. Los del bote no quisieron admitir mas. Roldan mandó entonces que entre dos hombres lo llevasen á él para no mojarse. Con esta estratagema era ya de ocho su partida. No bien hubo entrado en el bote, cuando mandó á los marineros que remasen á tierra. Habiéndose negado á hacerlo, él y sus compañeros los atacaron espada en mano, hiriendo á muchos, y haciéndolos á

todos prisioneros, escepto un flechero indio que se salvó nadando.

Fue este triunfo muy importante para Roldan. Ojeda, ansioso de recobrar su bote, indispensable para el servicio del buque, hizo entonces proposiciones de paz. Se acercó á la playa en el bote mas pequeño, que era el que le habia quedado, llevando consigo su primer piloto, cuatro remeros y un soldado. Roldan entró en el que acababa de apresarle con siete remeros y quince hombres de guerra, dejando en la playa otros tantos y una canoa, en que se embarcasen en caso de necesidad. Tuvieron una conferencia bastante característica aquellos dos formidables adversarios, ambos conduciéndose en ella con la mayor cautela. Esta entrevista se efectuó mediando grande distancia entre ambas partes. Ojeda justificó sus movimientos hostiles, alegando que habia

venido Roldan con fuerza armada para apoderarse de él. Este negaba el hecho, y le prometió el recibimiento mas amistoso de parte de Colon, si queria pasar á Santo Domingo. Al fin, se hizo una composicion: se volvió á Ojeda su bote, y hubo restitucion mútua de prisioneros, escepto Juan Pintor, el marinero manco, que se habia ocultado. Segun la capitulacion, se dió Ojeda á la vela al dia siguiente, amenazando, empero, volver pronto con mas buques y hombres (1).

Roldan se mantuvo por aquellos contornos, dudoso de la verdad de su partida. Pocos dias despues oyó decir que habia desembarcado en una parte lejana de la costa. Al momento salió en su busca con ochenta hombres en canoas,

---

(1) Carta de Colon á la nodriza del príncipe don Juan.

mandando descubiertas por tierra. Antes de que llegase, ya Ojeda se habia dado á la vela, y no supo Roldan mas de él. Las-Casas asegura, no obstante, que ó bien desembarcó en algun distrito remoto de Española, ó bien en la isla de Puerto-Rico, donde juntó lo que el llamaba su *cabalgada* ó rebaño de esclavos; llevándose multitud de infelices indios, que vendió en el mercado de Cádiz (1).

CAPITULO VIII.

CONSPIRACION DE GUEVARA Y MOJICA.

[1500.]

Cuando los hombres han estado acostumbrados á obrar mal, se atribuyen

(1) Las-Casas, l. i, c. 196.

grande mérito por cualquier accion de comun honradez. Los de Roldan celebraban ellos mismos alta y ruidosamente su lealtad incomparable, y los grandes servicios que habian hecho al gobierno arrojando de la isla á Ojeda. Como suelen los pícaros reformados, esperaban ámplios premios por su buena conducta. Considerando al caudillo que los mandaba, poseedor de ilimitadas facultades, y habiéndoles agradado la deliciosa provincia de Cahay, le pidieron se la repartiese para fijarse en ella. No habria Roldan dudado en conceder tal peticion cuando era gefe insurgente; pero en el momento en que se le presentó, deseaba hacer conocer su adhesion á las leyes. Se negó, por lo tanto, á acceder á sus deseos, hasta recibir la sancion del Almirante. Mas sabiendo que era peligroso contradecir el espíritu que él mismo habia creado entre aque-

llas gentes, y que su rapacidad á fuerza de practicarla no admitia demora, repartió entre ellos algunas propiedades súyas en los territorios de su antiguo huésped Behechio, cacique de Jaragua. Entonces escribió al Almirante pidiéndole permiso para volver á Santo Domingo, y recibió una carta en respuesta dándole muchas gracias y elogios por la diligencia y tino que habia manifestado, pero indicándole que permaneciese aun por algun tiempo en Jaragua, no estuviese Ojeda todavía cerca de las costas, dispuesto á entrar de nuevo en aquella provincia.

Las turbaciones de la isla no se habian aun concluido; una causa bastante romancesca las inflamó de nuevo. Llegó por aquellos tiempos á Jaragua un caballero jóven y de distinguida familia, llamado don Hernando de Guevara. Poseia agradable personal y bellos moda-

les, pero era de pasiones violentas y principios libertinos. Tenia parentesco con Adrian de Mojica, uno de los mas activos cabecillas de la rebelion de Roldan; y se habia conducido tan disolutamente en Santo Domingo, que Colon le desterró de la isla. Como no habia otro modo de hacerle salir de ella, se le envió á Jaragua para volver á España en uno de los buques de Ojeda, pero llegó despues de su partida. Roldan le recibió favorablemente por consideracion hácia su antiguo camarada Adrian de Mojica, y le permitió escoger lugar para su residencia, hasta que llegasen nuevas órdenes del Almirante. Eligió la provincia de Cahay, y el sitio á donde Roldan habia sorprendido el bote de Ojeda. Era un distrito delicioso de aquella hermosa costa; pero Guevara le escogió solo por su vecindad á Jaragua. Mientras estuvo en este último punto, en uso del permiso de

Roldan, fue bien recibido en casa de Anacaona, la viuda de Caonabo, y hermana del cacique Behechio. Aquella muger estraordinaria todavía conservaba su parcialidad hácia los españoles, no obstante las vergonzosas escenas que delante de ella habian pasado; y la dignidad natural de su carácter le habia obtenido el respeto hasta de la chusma licenciosa que poco antes infestaba su provincia. Tenia una hija de su difunto marido el cacique Caonabo, cuyas gracias acababan entonces de formarse, y que era sumamente admirada por su belleza. Guevara, hallándose frecuentemente en su compañía, se enamoró de ella, y sus atenciones no tardaron en ganar el corazon de la inocente jóven india. Por estar cerca de su amada, escogió la residencia de Cahay, lugar donde su primo Adrian de Mojica tenia varios perros y halcones para la caza. Guevara dilató

su partida. Roldan, habiendo descubierto el objeto que le traia á Jaragua, le advirtió que desistiese de tales pretensiones, y le mandó salir de la provincia. Las-Casas insinua que tambien Roldan amaba á la jóven india, y estaba celoso de la preferencia que esta daba á su rival. Anacaona, la madre de Higuamota, admiradora de la elegante apariencia y bellos modales del enamorado caballero, favorecia su pasion, especialmente porque le pedia su hija en matrimonio. No obstante las órdenes de Roldan, aun permanecia Guevara en Jaragua y en casa de Anacaona; y enviando por un sacerdote, le pidió bautizase á su futura esposa.

Cuando supo esto Roldan, envió á llamar á Guevara, y lo reprendió agriamente porque seguia en Jaragua intentando engañar á una persona de la importancia de Anacaona, y estraviando el

afecto de su hija. Guevara confesó la fuerza de su pasion, y la pureza de sus intenciones, y pidió permiso para prorogar su residencia en Jaragua. Roldan se manifestó inflexible. Alegó que el Almirante podia llevar á mal aquel permiso, y sospechar de su propia conducta; pero es probable que fuese el verdadero motivo, deseo de separar de alli un rival que frustraba todos sus proyectos amorosos. Guevara obedeció; mas apenas habia estado tres dias en Cahay, cuando no pudiendo continuar ausente del objeto amado, volvió á Jaragua con cuatro ó cinco amigos, y se ocultó en casa de Anacaona. Roldan, que estaba entonces enfermo de los ojos, habiendo sabido su vuelta, le mandó personas que lo reconviniesen por aquella desobediencia, y órden para volver al instante mismo á Cahay. El juvenil caballero adoptó entonces diferente lenguage. Contes-

tó á Roldan aconsejándole que no se hiciese enemigos, cuando tenia tanta necesidad de amigos; pues él sabia positivamente que pensaba el Almirante mandarle cortar la cabeza. Entonces Roldan, en ejercicio de su autoridad y poder, le ordenó salir de aquella parte de la isla, é ir á Santo Domingo á presentarse á Colon. El temor de verse enteramente desterrado de las cercanías de su beldad india, refrenó la vehemencia del manacebo. Cambió su altivo tono en humilde súplica; y Roldan, vencido por aquella sumision, le permitió permanecer por entonces en la parte de la isla que él mismo habia elegido.

Pero debia Roldan recoger los frutos del mal sembrado por su mano. Encendió la violencia y el desprecio de las leyes en el ánimo de sus antiguos compañeros, y era natural que se viese espuesto á los efectos de aquel fuego. Gue-

vara, irritado con los obstáculos que á su pasion se ponian, meditó vengarse. Formó un partido entre los antiguos camaradas de Roldan, que detestaban como magistrado al hombre á quien idolatraron como caudillo. Se concertó rebelarse súbitamente contra él, y ó bien darle muerte, ó sacarle los ojos. Supo Roldan la liga, y procedió con su prontitud ordinaria. Fue preso Guevara en la mansion de Anacaona, y á la vista de su elegida esposa, y arrestados tambien siete de sus cómplices. Roldan informó desde luego al Almirante, sin cuya autoridad, decia, no se determinaba á tomar medida alguna, no siendo ademas juez imparcial en aquel caso. Colon, que se hallába entonces en el fuerte de la Concepcion, en la Vega, mandó que se condujesen los prisioneros al de Santo Domingo.

Estas medidas vigorosas de Roldan

contra sus antiguos camaradas produjeron inmediatas conmociones en la isla. Cuando Adrian de Mojica supo que estaba preso su primo Guevara, y preso por órden de Roldan su confederado, se exasperó altamente y resolvió vengarse. Pasó sin dilacion á Bonao, antigua sede de sediciones, á pedir ayuda á Pedro Riquelme, alcalde recientemente nombrado por Roldan. Este se la concedió gustoso, y partieron ambos á varios sitios de la Vega, á donde los rebeldes vivian en las tierras. que habian recibido, para incitarlos á tomar parte en sus proyectos. Tenian aquellos hombres una propension irresistible á las revueltas. Guevara era muy apreciado de todos; los encantos de la beldad india tambien pudiéron tener alguna influencia, y la conducta de Roldan se pronunció intervencion despótica para impedir un bimeneo agradable á ambas partes, y be-

néfico para la colonia. No hay ente tan detestable para sus primeros sócios, como un ladron reformado, ó un rebelde sirviendo á la justicia. Las antiguas escenas tumultuosas se renovaron; las armas, depuestas apenas de las recientes rebeliones, se empuñaron de nuevo, y empezaron los preparativos para la accion. Mojica tuvo pronto un cuerpo de audaces y abandonadas gentes, prontas á seguirlo con armas y caballos en cualquier empresa desesperada. Alentado por la impunidad que habian tenido sus primeros ultrages, amenazó actos de mayor atrocidad, meditando no solo rescatar á su primo, sino dar muerte á Roldan y al Almirante.

Colon se hallaba en la Concepcion con poca gente al concertarse esta peligrosa liga en las cercanías. No sospechando ninguna hostilidad ulterior de personas á quienes habia prodigado ta-

les favores, hubiera caido sin duda en su poder, á no haber sabido la intriga por un desertor de los conspiradores. De una vez vió los peligros que le rodeaban, y la tormenta que venia sobre la isla. No era ya tiempo de lenidad; y asi determinó dar un golpe que quebrantase la cabeza misma de la rebelion.

Tomó consigo solo seis ó siete criados de confianza y tres escuderos, todos bien armados, y salió por la noche á la residencia de los sediciosos. Confiados en lo secreto de su plan y en la apacibilidad mostrada últimamente por el Almirante, estaban estos descansando sin precaucion alguna. Los sorprendió Colon, se apoderó de Mojica y de varios de sus confederados principales, y se los llevó presos al fuerte de la Concepcion. El momento era crítico; la Vega estaba pronta á sublevarse; tenia en su poder al cabeza del motin, y era necesario un

ejemplo que aterrase á los facciosos. Mandó que se ahorcase á Mojica del mástil de la bandera. Pidió el reo que se le permitiese confesar antes de morir. Se le envió un sacerdote. El miserable Mojica, tan intrépido y arrogante en la rebelion, perdió todo su ánimo á la faz de la muerte. Dilató su confesion empezando y deteniéndose, y empezando de nuevo, y otra vez vacilando, como si aguardase que el transcurso del tiempo daria posibilidad á su rescate. En vez de confesar sus propios pecados, empezó á acusar á otros de criminales, que se sabia eran inocentes; hasta que Colon, indignado de aquella falsedad y traicion, y falto ya de paciencia, mandó entre la ira y el desprecio, que lanzasen al vil rebelde de las murallas abajo (1). Muchos

(1) Herrera, déc. i, l. iv, c. 5.

de los cómplices de Mojica fueron condenados á muerte, pero se suspendió por entonces la sentencia.

Este repentino acto de severidad fue seguido prontamente de otros de no menor importancia. Antes que los conspiradores tuviesen tiempo de volver de su asombro, Pedro Riquelme con algunos de sus compañeros fueron sorprendidos en Bonao y llevados al fuerte de Santo Domingo, adonde se hallaba tambien el motor original de esta segunda rebelion, Hernando de Guevara, el amante de la princesa india. Tan inesperados actos de rigor, ejercidos por una autoridad tanto tiempo habia condescendiente, tuvieron el deseado efecto. Los conspiradores llenos de consternacion huyeron por la mayor parte á Jaragua, su antiguo y favorito retiro. Pero no se lés permitió congregarse alli de nuevo, ni tramar nuevas sediciones. El Adelantado y Rol-

dan los siguieron con la rapidez de movimientos y vigor de brazo que á ambos caracterizaban. Se dice que llevó el Adelantado un sacerdote consigo, para que á medida que prendiese á los delincuentes, pudiesen ser confesados y ahorcados en el lugar mismo; pero lo mas probable es que los enviase prisioneros á Santo Domingo. Tuvo diez y siete de ellos una vez presos en un calabozo comun, esperando á que se viese su causa mientras seguia en la infatigable persecucion de los demas (1).

Prontas y severas medidas eran estas; pero cuando consideramos el mucho tiempo que habia Colon sufrido á aquellos hombres, cuánto les habia cedido y sacrificado, cuánto le habian in-

---

(1) Herrera, déc. i, l. iv, c. 7. — Las-Casas, Hist. Ind., l. i, c. 170.

terrumpido en sus grandes empresas, y cómo se habia destruido el bien de la colonia por sus despreciables y sediciosas querellas; cuánto habian abusado de su lenidad, y provocadc y menospreciado su autoridad y la de las leyes, atentando al fin á su vida, no debemos admirarnos de que dejase caer la espada de la justicia, suspendida hasta entonces.

El poder de la faccion estaba ya del todo subyugado; y aun empezaron á sentirse los buenos efectos de varias medidas tomadas por Colon para el beneficio de la isla despues de su última llegada á ella. Los indios, viendo la ineficacia de la resistencia, se sometieron pacientemente al yugo. Muchos de ellos dieron señales de civilizacion y adoptaron vestidos. La cristiandad tambien empezó á progresar entre ellos. Los españoles cultivaban ya sus tierras diligen-

temente ayudados por los indios, y habia todas las apariencias de segura y regular prosperidad.

Colon consideró tan feliz cambio como proporcionado por la intervencion especial del cielo. Espresa decididamente esta opinion en sus cartas, recordando una de aquellas visionarias fantasías que visitaban su imaginacion á veces en el desarreglo de la ansiedad ó las enfermedades. En el invierno precedente, hácia la pascua, cuando le amenazaban con guerra los indios, y con insurrecciones sus gentes, cuando desconfiaba de los hombres que tenia cerca, y temia que su favor declinase en la corte, cayó por algun tiempo en un abatimiento profundo. En medio de su tristeza, ya casi abandonado á la desesperacion, refiere él que oyó una voz que le decia: *¡Hombre de poca fe, nada temas ni te apures! Yo te protegeré. Los siete años*

del término de oro no han espirado (1), *y en esto, y en todas las otras cosas, yo tendré cuidado de tí.* Aquel mismo dia, añade, recibió nuevas del descubrimiento de un distrito riquísimo en minas (2). La imaginaria promesa de ayuda divina, tan milagrosa y misteriosamente dada, le pareció despues aun mas plenamente cumplida. Las turbaciones y peligros que le habian últimamente

---

(1) Colon alude aqui al voto que habia hecho cuando descubrió el Nuevo-Mundo, y que espresó en una carta á los soberanos, de armar dentro de siete años, con los provechos que le resultasen de sus descubrimientos, cincuenta mil peones y cinco mil caballos para el rescate del santo Sepulcro, y otra tanta fuerza cinco años despues.

(2) Carta de Colon á la nodriza del príncipe Juan. Hist. del Almiraute, c. 84.

rodeado, estaban ya vencidos, y una calma dulce les habia sucedido. Entonces esperaba la próspera continuacion de su favorita empresa por tanto tiempo interrumpida, la esploracion de las regiones de Pária, y el establecimiento de una pesquería en el golfo de las Perlas. ¡Cuán ilusivas eran sus esperanzas! ¡En aquel momento mismo se estaban madurando sucesos que lo agobiarian de desastres, arrancándole sus honores, y dejándolo como una ruina de sí mismo por el resto de sus dias!

LIBRO XIII.

CAPITULO I.

REPRESENTACIONES DIRIGIDAS Á LA CORTE CONTRA COLON. — BOBADILLA AUTORIZADO PARA EXAMINAR SU CONDUCTA.

[1500.]

Mientras estaba Colon envuelto en una série de dificultades en la facciosa isla Española, sus enemigos habian con demasiado buen éxito barrenado su reputacion en la corte de España. El informe traidó por Ojeda de su anticipada desgracia, no era del todo infundado. Se consideraba próximo aquel suceso, y se hacian para acelerarlo toda clase de

pérfidos esfuerzos. Los buques que volvian del Nuevo-Mundo, venian cargados de quejas, representando el carácter de Colon y de sus hermanos bajo el mas odioso punto de vista, como hombres nuevos, hinchados por su repentina emersion de la obscuridad, no acostumbrados al mando, arrogantes é insultantes en su conducta respecto á los caballeros de noble cuna y elevado espíritu, opresivos en su gobierno de la gente ordinaria, y crueles en su modo de tratar á los indios. La insidiosa é iliberal insinuacion de que eran estrangeros, y no podian tener interés verdadero en la gloria de España ni en la prosperidad de los españoles, aunque parezca despreciable, no dejó de producir poderoso efecto. Y hasta tal punto la siguieron sus enemigos, que llegaron á acusar á Colon del designio de renunciar al vasallage de España, y hacerse él mismo

soberano de los paises que habia descubierto, ó cedérselos á otra potencia: calumnia que no obstante su estravagancia, era muy adaptada para alarmar el ánimo sospechoso de Fernando. Es cierto, que por todos los buques enviaba Colon tambien informes de las causas y naturaleza de los males que afligian la isla, implorando é indicando remedios, que propiamente administrados hubieran podido ser eficaces. Pero sus cartas, recibidas á distantes intérvalos, hacian cuando mas una impresion pasagera en el ánimo del monarca, que borraba rápidamente la influencia de activas y cotidianas calumnias.

Sus enemigos, teniendo acceso contínuo á los soberanos, podian poner los cargos contra él en el mas ofensivo punto de vista, mientras les era dado neutralizar secretamente la fuerza de sus vindicaciones. Tenian una plausible ló-

gica que usaban de contínuo para probar el mal gobierno ó la mala fe de Colon: los incesantes gastos que sufragaba la metrópoli para el mantenimiento de la colonia. ¿Eran estos compatibles con las estravagantes pinturas que habia dado de la isla y de sus montañas doradas, en que pretendia haber hallado el Ofir de la antigüedad, manantial de todas las riquezas de Salomon? Inferian, ó que habria engañado de intento á los soberanos con sus exageraciones, ó que los habria defraudado malversando los fondos, ó que era del todo incapaz de los deberes del gobierno.

El engaño de que creia Fernando ser víctima, viendo que las nuevas posesiones antes le originaban gastos que provechos, se sabia que tenia mucho peso en su ánimo. Las guerras que su ambicion dictaba, habian agotado sus recursos y llenádolo de perplejidades. Es-

peraba confiado que el Nuevo-Mundo le daria ámplios medios de seguir sus triunfos, y oia con impaciencia las frecuentes peticiones que de él llegaban á su escaso tesoro. Para irritarlo mas y redoblar su resentimiento, cuantos desengañados volvian de la colonia, los animaba la faccion hostil á que reclamasen pagas que Colon les debia, ó pérdidas sufridas en su servicio. Asi sucedió especialmente con los desleales rufianes que habian sido embarcados para librar la isla de sus sediciones. Llegaron á la corte de Granada; y cuando el rey salia á caballo, le seguian llenando el aire de quejas, y clamando por sus pagas. Una vez cincuenta de aquellos vagabundos pudieron penetrar al patio interior de la Alhambra, á donde caian las estancias reales, levantando racimos de uvas, como solo sustento que su pobreza les habia dejado, y criticando en alta voz

los engaños del Almirante, y la cruel negligencia del gobierno. Por acaso pasaron por alli los dos hijos de Colon, que eran pajes de la reina, y los siguieron con imprecaciones gritando: allá van los hijos del Almirante, los cachorros del que descubrió la tierra de vanidad y de ilusiones, la tumba de los hidalgos de España (1).

Esta repeticion contínua de falsedad se abre gradualmente camino hasta el alma mas cándida. La misma Isabel empezó á dudar de la conducta de Colon. A donde habia tan universales é incesantes quejas, parece razonable pensar que deberia existir alguna falta. Si eran justos Colon y sus hermanos, podian ser indiscretos; y en el gobierno, con mas frecuencia se cometen errores por falta de tino, que por iniquidad de intento.

---

(1) Hist. del Almirante, c. 85.

Las cartas escritas por Colon mismo presentaban una lamentable pintura de la confusion de la isla. ¿ No podia provenir esto de la incapacidad ó debilidad de sus gobernadores? Y aun concediendo que los prevalecientes abusos naciesen en gran parte de la enemistad de la gente hácia el Almirante y sus hermanos, y de sus preocupaciones contra ellos por ser estrangeros, ¿era prudente confiar tan importante y lejano gobierno á personas tan poco populares?

Estas consideraciones tuvieron mucho peso en el ánimo cándido de Isabel, y fueron omnipotentes para el cauteloso y suspicaz Fernando. Nunca habia mirado á Colon con verdadera cordialidad; y desde que conoció la importancia de sus descubrimientos, se arrepintió de haber puesto tanta fuerza en sus manos. Los escesivos clamores que se suscitaron durante la breve administracion del Ade-

lantado y la sedicion de Roldan, determinaron al fin al rey á enviar alguna persona de habilidad é importancia, que investigase los negocios de la colonia, y si era necesario, se apoderase de su mando. Esta medida de tanta consecuencia parece que se habia ya tomado, y aun estendido poderes para ella en la primavera de 1499; mas no se puso en efecto hasta el año siguiente. Se dan varias razones para la dilacion. Los importantes servicios de Colon en el descubrimiento de Pária y de las islas de las Perlas, pudieron tener algun efecto en el ánimo real. La necesidad de armar una escuadra en aquellos momentos para cooperar con los venecianos contra los turcos; los amenazadores movimientos del nuevo rey de Francia Luis XII; la rebelion de los moros de las Alpujarras en el reino recien conquistado de Granada; todas estas se han

alegado como razones para posponer una medida que exigia mucha consideracion, y podia tener grandes resultados, respecto á las posesiones nuevamente descubiertas (1). La mas probable causa es, empero, la repugnancia que tenia Isabel en dar tan áspero paso contra un hombre á quien miraba con ardiente gratitud y alta admiracion. Al fin la llegada de los buques con los facciosos de Roldan trajo aquellos asuntos á una crisis. Es cierto que Ballester y Barrantes venian en los bajeles para representar con justicia los negocios de la isla; pero los acompañaban una hueste de testigos en favor de Roldan, y muchas cartas escritas por él y sus confederados, atribuyendo todos los malos

---

(1) Muñoz, Hist. del N. Mundo, parte inédita.

acontecimientos á la tiranía de Colon y sus hermanos. Desgraciadamente el testimonio de los rebeldes tuvo mas peso con Fernando, y hubo en aquel caso una circunstancia que suspendió por algun tiempo la amistad de Isabel, hasta entonces principal apoyo de Colon.

Habiendo tomado la reina un interes maternal en la felicidad de los indios, le habia repetidamente ofendido lo que creia pertinacia de parte de Colon, que continuaba esclavizando á los que capturaba en la guerra, aun cuando sabia que era este proceder contrario á los deseos de la reina. Los mismos buques que trajeron á España los compañeros de Roldan, trajeron tambien grande número de esclavos. Colon se habia visto obligado á conceder algunos á aquellos hombres por los artículos de la capitulacion; otros los habian traido claudestinamente. Entre ellos venian las

hijas de varios caciques, seducidas y sacadas de sus hogares por aquellos libertinos. Muchas de estas estaban en cinta, otras con hijos recien nacidos. Los dones y transferencias de aquellos desdichados se atribuyeron todos á Colon, haciendo á la reina las mas odiosas pinturas sobre el particular. Su sensibilidad como muger, y su dignidad como reina se exaltaron al mismo tiempo. *¿Qué derecho*, esclamó indignada, *tiene el Almirante para regalar mis vasallos?* (1) Determinó entonces por un acto decidido y perentorio manifestar su aborrecimiento de aquellos ultrages de la humanidad; mandó que se volviesen todos los indios á su pátria y á sus familias. Hasta fue retrospectiva la órden; pues decia, que tambien los que préviamente

(1) Las-Casas, l. i.

habia enviado el Almirante á España, se buscasen y llevasen de nuevo á Española. Desgraciadamente para Colon en estas circunstancias habia aconsejado en una de sus cartas la continuacion por algun tiempo de la esclavitud india, como importante para el bien de la colonia. Esto contribuyó á inflamar la indignacion de Isabel, y la indujo á permitir que se enviase una comision á investigar su conducta, y si era necesario, á quitarle el mando.

Fernando se vió escesivamente perplejo al nombrar esta comision, entre un sentimiento justo de lo que merecian los servicios y carácter de Colon, y el deseo de despojarlo con delicadeza de los poderes que le habia dado. Al fin le presentaron un pretesto las últimas cartas del Almirante, y resolvió no dejarlo pasar. Le habia Colon repetidamente suplicado le enviase alguna persona de

probidad y talentos, docta en las leyes, que ejerciese las funciones de juez; pero cuyos poderes fuesen tan definidos y limitados, que no interviniesen con su propia autoridad como virey. Tambien le suplicaba nombrase un árbitro imparcial, que decidiese las diferencias entre él y Roldan. Fernando se propuso satisfacer sus deseos, pero uniendo aquellos dos oficios en uno; y como la persona que nombrase tenia que decidir en materias enlazadas con las funciones mas altas del Almirante y sus hermanos, se le dió poder para que si los hallaba culpables, se apoderase él mismo de su gobierno: singular modo de asegurar la parcialidad.

La persona escogida para un oficio tan delicado y de tanto momento, fue don Francisco de Bobadilla, oficial de la casa real, y comendador de una de las órdenes militares. Oviedo le pronuncia

hombre muy recto y religioso (1); pero otros dicen, y sus acciones corroboran la descripcion, que era pobre, violento de carácter y ambicioso; tres poderosas objeciones para ejercer los deberes de la judicatura, en un caso que exigia la mayor paciencia, candor y circunspeccion, y en que el juez derivaria poder y opulencia de la conviccion de una de las partes.

La autoridad concedida á Bobadilla se define en cartas existentes todavía, y que merecen analizarse cronológicamente, porque las intenciones reales parece haber variado con los tiempos y las circunstancias. La primera se espidió en 21 de marzo de 1499, y hace mérito de la queja del Almirante, de que un alcalde y otras personas habian levantado rebelion contra él. Por lo cual, añade la

(1) Oviedo, Crónica, l. iii, c. 6.

carta, os mandamos informaros de la verdad de lo antedicho; averiguar quién y cuáles personas fueron las que se levantaron contra el dicho Almirante y nuestra magistratura; y por qué causa; y qué robos y otras injurias han cometido; y ademas, estender vuestras investigaciones á todas las otras materias relativas á las premisas; y obtenido el informe y sabida la verdad, cualesquiera que halleis culpables, arrestad sus personas y secuestrad sus efectos; y ya aprendidos, proceded contra ellos y los ausentes civil y criminalmente, imponiéndoles las multas y castigos que creais propios. Para llevar esto á efecto, se autorizó á Bobadilla, en caso de necesidad, á pedir asistencia al Almirante, ó á cualquier otro empleado público.

Los poderes anteriores se dirigen manifiesta y únicamente contra los rebeldes, y estan dados en consecuencia

de las quejas de Colon. Otra carta de fecha de 21 de mayo, dos meses despues de la primera, tiene muy diferente sentido. Sin nombrar á Colon, se dirige á los consejeros, justicias, regidores, caballeros, escuderos, oficiales y propietarios de las islas y tierra-firme, informándolos del nombramiento de Bobadilla para el gobierno, con plena jurisdiccion civil y criminal. Entre las facultades especificadas está la que sigue: «Es nuestra voluntad, que si el dicho comendador Francisco de Bobadilla creyese necesario para nuestro servicio y los fines de la justicia, que cualesquiera caballeros ú otras personas que estan al presente en aquellas islas, ó que lleguen en adelante, las abandonen, y no vuelvan á residir en ellas, y que vengan y se presenten ante nos, se lo pueda mandar hacer asi en nuestro nombre, y obligarlos á partir; y á quien quiera que asi

se lo mandare, por la presente ordenamos, que inmediatamente, sin detenerse á hacernos preguntas ó consultas, ó á recibir de nos otra carta ú órden, y sin interponer apelacion ni súplica, obedezca aquello que él diga y mande, bajo las penas que imponga en nombre nuestro, &c., &c.

Otra carta de fecha tambien de 21 de mayo, en que se titula á Colon simplemente Almirante del mar Océano, les manda á él y á sus hermanos entregar las fortalezas, bajeles, casas, armas, municiones, ganados y todas las demas propiedades reales á Bobadilla, como gobernador, bajo pena de sufrir el castigo á que se sujetan aquellos que rehusan rendir fortalezas y otros puestos de confianza, cuando se lo ordenan sus soberanos.

Otra de 26 de mayo dirigida á Colon con el sencillo título de Almirante,

es una mera carta credencial, mandándole dar fe y obediencia á lo que Bobadilla dijese.

Las cartas segunda y tercera son manifiestamente provisionales, y solo debian mostrarse, si despues del debido exámen, apareciesen tan delincuentes Colon y sus hermanos, que mereciesen ser despojados de sus funciones.

Este pesado golpe estuvo suspenso, como se ha dicho, por un año; pero que se hablaba de él, y que se esperaba triunfantemente por los enemigos de Colon, es indudable, por la asercion de Ojeda, que salió de España por el tiempo en que se firmaron las cartas, y que tenia comunicacion íntima con el obispo Fonseca, importante instrumento en la adopcion de tal medida. La misma licencia que del obispo recibió Ojeda para hacer un viaje de descubrimientos, está en contravencion de las prerogati-

yas del Almirante, y parece haberse dado bajo la presuncion de su inmediata caida; presuncion, que como ya se ha observado, debió animar á Ojeda en su turbulenta conducta en Jaragua.

Al fin se llevó á efecto la proyectada medida. Bobadilla salió para Santo Domingo á mediados de julio de 1500, con dos carabelas en que iban veinte y cinco hombres como una especie de guardia, alistados para servir por un año. Tambien le acompañaban seis frailes, encargados de muchos indios que volvian á su pais. Ademas de los dichos, llevaba Bobadilla el encargo, por real órden, de averiguar los atrasos de sueldos debidos á los que servian al rey, pagándolos de contado; y de obligar al comandante á satisfacer lo que por su parte adeudaba, *de modo que aquella gente recibiese lo que era suyo, y no se oyeran mas quejas*. En adicion á todos estos po-

deres llevaba Bobadilla muchas cartas firmadas en blanco por los soberanos, para llenarlas del modo, y dirigirlas á las personas que creyese propio, relativamente á la mision que se le habia confiado (1).

CAPITULO II.

LLEGADA DE BOBADILLA Á SANTO DOMINGO. — SE APODERA VIOLENTAMENTE DEL MANDO.

[1500.]

Colon estaba aun en el fuerte de la Concepcion, arreglando los negocios de la Vega despues de la sedicion y catástrofe de Mojica; su hermano el Adelantado persiguiendo con Roldan y arres-

(1) Herrera, déc. i, l. iv, c. 7.

tando los rebeldes fugitivos en Jaragua; don Diego de gobernador interino de Santo Domingo. La faccion se habia destruido ella misma, los insurgentes se arruinaron unos á otros, y la isla respiraba ya libre del dominio y violencia de aquellos hombres desalmados.

Tal era la situacion de los negocios públicos, cuando en la mañana del 23 de agosto se divisaron dos carabelas como á una legua de distancia del puerto de Santo Domingo. Estaban virando de bolina, y esperando la brisa de mar que suele levantarse á las diez de la mañana, para entrar en el puerto. Don Diego Colon supuso que serian buques enviados de España con víveres, y esperaba hallar á bordo á su sobrino Diego, á quien el Almirante habia pedido le enviasen para ayudarle en el mando. Una canoa salió inmediatamente á obtener informes; la cual acercándose á las ca-

rabelas, preguntó qué nuevas traian, y que si don Diego, el hijo del Almirante, estaba á bordo. Bobadilla mismo respondió desde el buque principal, anunciándose como comisionado que venia á juzgar la última rebelion. El patron de la carabela pidió entonces nuevas de la isla, y los de la canoa le contaron las recientes transacciones y sucesos. Siete rebeldes habian sido ahorcados aquella semana, y cinco mas estaban en el fuerte de Santo Domingo, condenados á sufrir la misma pena. Entre estos se contaban Pedro Riquelme y Fernando de Guevara, el caballero cuya pasion por la hija de Anacaona habia sido causa primitiva del motin. Se siguieron otros discursos, por los cuales supo Bobadilla que el Almirante y el Adelantado estaban ausentes, y don Diego Colon mandando. Cuando volvió la canoa á la ciudad, y se supo que habia llegado un co-

misionado para entender en las turbaciones últimas, hubo grande agitacion entre los colonos. Se formaron corrillos en todas direcciones: los que habian tenido mal comportamiento se llenaron de consternacion, mientras que los que habian sufrido agravios, reales ó supuestos, de que quejarse, especialmente aquellos que tenian pagas atrasadas, aparecieron con alegres semblantes.

Al entrar en el rio los bajeles, vió Bobadilla á cada lado una horca con los cuerpos de dos españoles suspendidos de ellas, los cuales manifestaban hacer poco tiempo que habian sufrido la muerte. El comisionado consideró este espectáculo como prueba conclusiva de la presunta crueldad de Colon. Muchos botes vinieron á los buques, pues todos querian hacer tempranos obsequios al nuevo censor público. Bobadilla permaneció á bordo todo el dia, en el discurso

del cual se enteró de varios de los rumores locales; y como los que deseaban asegurar su favor, eran los que mas tenian que temer las investigaciones, es evidente que la naturaleza de todos aquellos informes debió de haber sido contraria á Colon. En efecto, antes de saltar en tierra Bobadilla, y aun quizá antes de haber llegado, estaba la culpabilidad de Colon decidida en su mente. A la otra mañana desembarcó con toda su comitiva, y fue á oir misa á la iglesia, á donde encontró á don Diego Colon, á Rodrigo Perez, lugar-teniente del Almirante, y á otras gentes de nota. Acabada la misa, y habiéndose juntado á la puerta de la iglesia aquellas personas y una multitud de populacho, mandó Bobadilla leer sus patentes, autorizándolo á investigar las causas de la rebelion, á apoderarse de las personas y secuestrar la propiedad de los delin-

cuentes; á proceder contra ellos con todo el rigor de las leyes; y previniendo, en fin, al Almirante y á las otras autoridades, que le ayudasen á llenar sus deberes en cuanto él pidiera. Habiéndose leido la carta, pidió á don Diego y á los alcaldes le entregasen las personas de Fernando Guevara, Pedro Riquelme y los otros presos, con las declaraciones que habian dado; y ordenó ademas que se le presentasen las partes que los acusaban, y las que los habian mandado arrestar.

Don Diego replicó que aquellos procedimientos habian emanado de órdenes del Almirante, cuya autoridad era superior á la que pudiese tener Bobadilla, y sin la cual él no podia hacer cosa alguna. Le pidió al mismo tiempo una copia de la patente que traia, para enviársela á su hermano, á quien pertenecian tales asuntos. Bobadilla rehusó dar-

la, observando que si don Diego no podia hacer cosa alguna, era inútil entregarle copias. Añadió, que puesto que el oficio y autoridad que habia proclamado parecia no tener peso con ellos, le era forzoso probar el poder y consecuencia de gobernador; y les haria ver que traia mando, no solo superior al suyo, sino tambien al del Almirante.

La pequeña ciudad quedó suspensa esperando los portentosos movimientos de Bobadilla. A la mañana siguiente fue á misa, resuelto á apoderarse ya del mando, que no debia haber tomado sino despues de una plena investigacion y ámplias pruebas de la mala conducta del Almirante. Cuando se acabó la misa, y el curioso populacho se habia juntado alrededor de la puerta de la iglesia, Bobadilla, en presencia de don Diego y de Rodrigo Perez, mandó que se leyese la otra patente real, nombrándole

gobernador de las islas y tierra-firme.

Leido el despacho recibió Bobadilla el juramento acostumbrado, y exigió despues la obediencia de don Diego, Rodrigo Perez y todos los presentes; y con la autoridad que aquel documento le daba, pidió otra vez los presos de la fortaleza. En réplica dijeron estos que miraban con la mayor deferencia las cartas de sus magestades; pero observaron de nuevo que estaban encargados de los prisioneros por mandato del Almirante, á quien habian concedido los soberanos patentes de mas alta naturaleza.

El amor propio de Bobadilla se irritó con aquellas dificultades, especialmente cuando observó el efecto que producian en el populacho, dudoso al parecer de su autoridad. Entonces produjo el tercer mandato de la corona, ordenando á Colon y sus hermanos que

entregasen todas las fortalezas, buques y demas propiedad real. Para poner al público completamente de su parte, leyó tambien el mandato adicional espedido el 30 de mayo del mismo año, previniendo el pago de los atrasos de sueldos debidos por el rey, y que se obligase al Almirante á satisfacer los que él debiese.

Este último documento se recibió por la multitud con gritos de aplauso, teniendo varios de los que la componian muchos alcances en consecuencia del mal estado del tesoro. Animado con su acrecentada importancia, pidió Bobadilla otra vez los prisioneros, amenazando tomarlos por fuerza si se le negaban. Habiendo obtenido la misma respuesta, partió á la fortaleza á ejecutar sus amenazas. Mandaba este puesto Miguel Diaz, el caballero aragonés que antes se habia refugiado entre los indios de las márge-

nes del Ozema, merecido el afecto de la cacique Catalina, y recibidas noticias por ella de las minas de los alrededores, persuadido á sus paisanos á poblar aquellos distritos.

Cuando Bobadilla se presentó delante de la fortaleza, halló cerradas las puertas, y al alcaide Miguel Diaz entre las almenas. Mandó que se leyesen en alta voz sus despachos, que se levantasen é hiciesen ver las firmas y sellos, y pidió despues la entrega de los presos. Diaz le suplicó le entregase copia de los papeles leidos, lo cual rehusó Bobadilla, diciendo que no habia tiempo para dilaciones, que los presos estaban sentenciados á muerte, y podian á cada momento sufrir aquella pena. Amenazó al mismo tiempo que si no se le entregaban, tendria que valerse de la fuerza, y seria Diaz responsable de cuanto sucediese. El esperimentado alcaide pidió

tiempo para contestar, y una copia de las cartas, diciendo que tenia la fortaleza en nombre del rey por órden del Almirante su señor, que habia ganado aquellas islas y territorios, y que cuando este llegase obedeceria sus órdenes.

Todo el espíritu de Bobadilla, todo su ánimo se inflamó al oir la negacion del alcáide. Juntando la gente que habia traido de España con los marineros de los buques y las heces del populacho, los exhortó á ayudarle á tomar posesion de los presos; pero sin dañar á nadie, á menos que hubiese resistencia. La gente respondió que asi lo haria, porque era ya Bobadilla el ídolo de la multitud. A la hora de vísperas salió á la cabeza de aquella turba heterogénea para asaltar una fortaleza sin guarnicion, y formidable no mas que en apariencia, pues solo estaba construida para resistir los

ataques de gentes desnudas y casi sin armas. La descripcion de esta hazaña tiene en sí algo que frisa en lo ridículo, y parece el todo una absurda baladronada. Bobadilla asaltó con heróica impetuosidad el portal; cuyos débiles cerrojos saltaron al primer empuje, y le dieron fácil entrada. Entretanto, empero, sus celosos mirmidones pusieron escalas á la muralla, y subieron armados por ellas, como si esperasen una desesperada defensa. El alcaide Miguel Diaz y don Diego de Alvarado fueron los solos que se presentaron en la muralla; tenian las espadas desnudas; pero no ofrecieron resistencia. Bobadilla entró triunfante en el fuerte y sin molestia alguna. Estaban los prisioneros aherrojados en un cuarto. Mandó que se los trajesen al torreon del fuerte, á donde habiéndoles hecho algunas preguntas por via de formalidad, se los entregó á un

alguacil llamado Juan de Espinosa (1).

Tal fue el arrogante y precipitado modo con que empezó Francisco de Bobadilla el ejercicio de su autoridad. Habia invertido el órden de sus instrucciones, apoderándose del gobierno antes de investigar la conducta de Colon. En el mismo espíritu continuó su carrera, obrando como si aquellas diferencias hubiesen ya sido juzgadas en España, y él enviado únicamente para degradar al Almirante de sus empleos, y no para averiguar del modo que los ejercia. Tomó para su residencia la casa de Colon, apoderándose de sus armas, oro, plata, joyas, caballos, libros, cartas y otros escritos públicos ó privados, y hasta de sus mas secretos papeles. No dió cuenta alguna de esta propiedad, que sin duda

---

(1) Las-Casas, Hist. Ind., l. i, c. 179. — Herrera, Hist. Ind., déc. i, l. iv, c. 8.

consideraba ya confiscada, escepto que pagó de ella los salarios que el Almirante debia (1). Para aumentar su favor con el pueblo, proclamó al segundo dia de su mando una licencia general por el término de veinte años para buscar oro; pagando solo la undécima parte al gobierno, en vez de la tercera como hasta entonces se hacia. Al mismo tiempo habló de Colon del modo mas indecoroso, diciendo que tenia poder para mandarlo cargado de grillos á España, y que ni á él ni á ninguno de su linage se le permitiria jamas volver á gobernar en la isla (2).

---

(1) Hist. del Almirante, c. 85. — Las-Casas. — Herrera, ibidem.

(2) Carta de Colon á la nodriza del príncipe Juan.

CAPITULO III.

COLON LLAMADO ANTE BOBADILLA.

[1500.]

Cuando llegaron á Colon las nuevas de los procedimientos de Bobadilla, creyó que serian actos sin autoridad, cometidos por algun osado aventurero como Ojeda. Pues que ya el gobierno habia abierto las puertas á las empresas particulares, debia esperar ver cruzada de contínuo su carrera, y su jurisdiccion invadida por audaces indivíduos, fingiendo ó imaginándose ellos mismos autorizados para intervenir en los negocios de la colonia. Despues de la partida de Ojeda habia otra escuadra llegado á la costa, y producido pasagera alarma; iba en una espedicion que mandaban

los Pinzones con licencia de los soberanos para hacer descubrimientos. Tambien se habia hablado, pero sin fundamento, de otra flota que se veia al rededor de la isla.

La conducta de Bobadilla tenia la apariencia de una usurpacion ilegal de algun intruso. Se habia apoderado á la fuerza del fuerte, y por consecuencia de la ciudad. Habia espedido estravagantes licencias, injuriosas al gobierno, y sin otro objeto visible que el de hacerse partidarios en el público; y habia amenazado poner grillos á Colon. Este hombre no podia en efecto tener la sancion del gobierno para tan intempestivas providencias. El Almirante, seguro de sus servicios, de las repetidas pruebas de alta consideracion que le habian dado los soberanos, y de las prerogativas que bajo el sello real le estaban concedidas con toda la solemnidad que podia caber en

un pacto humano, no podia persuadirse que fuesen las transacciones de Santo Domingo otra cosa que ultrages hechos á su autoridad por algun atrevido y mal aconsejado aventurero.

Para acercarse á Santo Domingo y obtener mas correctos informes de lo que alli pasaba, procedió á Bonao, que empezaba á tener la apariencia de una colonia, por haber varios españoles labrado casas, y puesto en cultivo los campos adyacentes. Apenas habia llegado, cuando un alcalde se presentó con su baston á proclamar de parte de Bobadilla su gobierno, trayendo al efecto copias de sus patentes. No habia carta especial ni mensage enviado al Almirante, ni se observaron ningunas de las formas de cortesía ó ceremonia para quitarle el mando: todos los procedimientos de Bobadilla hácia él fueron ásperos é insultantes.

Colon se vió en mucha perplejidad. Era evidente que Bobadilla traia estensos poderes y facultades de los soberanos; pero que hubiesen ejercido contra él tan repentino, no merecido y aparentemente caprichoso acto de severidad, como el despojarle de todos sus honores, no podia creerlo. Quiso persuadirse á sí mismo, que Bobadilla era alguna persona enviada para ejercer las funciones de primer justicia, segun él le habia pedido á los reyes, y que le habrian comisionado tambien con poderes provisionales para examinar las disensiones de la isla. Lo que escediese estas facultades debia de ser abuso de autoridad, como los que cometió Aguado. De todos modos se determinó á obrar bajo este supuesto, y á ganar tiempo si le era posible. Si los monarcas habian en efecto tomado contra él violentas medidas, debia ser en consecuencia de

falsos informes; la menor dilacion podia darles tiempo para conocer su error y remediarlo.

Escribió, pues, á Bobadilla en términos reservados, felicitándolo por su arribo á la isla, y aconsejándole no se entregase á providencias precipitadas, especialmente en conceder licencia para ácopiar oro; diciéndole ademas que tenia determinado partir pronto para España, qué lo dejaria á él en el mando con todas las cosas plena y claramente esplicadas. Les escribió tambien á ciertos frailes que venian con Bobadilla, aunque observa que estas cartas eran solo para ganar tiempo (1). No recibió respuestas; pero mientras se observaba hácia él un silencio insultante, llenó Bobadilla algu-

(1) Carta de Colon á la nodriza del príncipe D. Juan.

nos de los pliegos en blanco, de que traía muchos firmados por los soberanos, y se los envió á Roldan y á otros enemigos del Almirante, los mismos á quien habia ido á juzgar. Estos despachos iban llenos de cortesías y de promesas de favor (1).

Para precaver los males que pudiéran originarse de las licencias tan pródigamente concedidas por Bobadilla, publicó Colon de palabra y por escrito, que los poderes de aquel no podrian ser válidos, ni sus licencias legales, teniendo él facultades superiores, concedidas en perpetuidad por la corona, que no podian brogarse en aquel caso, mas que en el de Aguado.

Por algun tiempo permaneció Colon en aquella inquietud y perplejidad de

---

(1) Herrera, déc. i, l. iv, c. 9. — Carta de Colon á la nodriza del príncipe D. Juan.

espíritu, incierto de la línea de conducta qúe le convendria adoptar en tan estraña é inesperada conyuntura: pronto tuvo qúe decidirse. Francisco Velazquez, diputado tesorero, y Juan de Trasierra, fraile francisco, llegaron á Bonao, y le entregaron la credencial real, firmada por los soberanos en 26 de mayo de 1499, en que le mandaban dar fe y obediencia implícita á Bobadilla; y le entregaron al mismo tiempo una órden de este, para que inmediatamente se le presentase.

Aquella lacónica carta de los soberanos hirió de una vez los cimientos de toda su dignidad y poder. No dudó ni intentó dilacion alguna, sino cumpliendo con el perentorio mandato de Bobadilla, salió casi solo para Santo Domingo (1).

---

(1) Ibidem. Ibidem.

CAPITULO IV.

COLON Y SUS HERMANOS ARRESTADOS Y ENVIADOS EN CADENAS Á ESPAÑA.

[1500.]

Las nuevas de que habia llegado un nuevo gobernador, y de que Colon estaba en desgracia, é iba á ser enviado con grillos á España, circularon rápidamente por la Vega, y los colonos se apresuraban á ir de todas partes hácia Santo Domingo, para entablar relaciones con Bobadilla. Pronto vieron que no tenian para esto mejor medio que el de vilipendiar á su predecesor. Bobadilla conoció que habia obrado ligeramente en apoderarse del gobierno, y que su propia seguridad exigia la conviccion del Almirante. Escuchaba pues con avidez todas las acusaciones públicas ó particulares; y bien

venido le era siempre quien le traía cargos, por estravagantes que fuesen, contra el Almirante y sus hermanos.

Sabiendo que Colon venia á la ciudad, hizo mil ruidosos preparativos y armó tropas, afectando creer el rumor de que habia pedido Colon á los caciques de la Vega le ayudasen con sus súbditos á resistir las órdenes del gobierno. No aparecen razones algunas en sustento de esta absurda opinion, inventada probablemente para dar el color de prudencia á las medidas subsiguientes de violencia é insulto. Don Diego, el hermano del Almirante, fue aprehendido, aherrojado y puesto á bordo de una carabela, sin haber asignado razon alguna para este procedimiento.

Colon entre tanto seguia su viage hácia Santo Domingo, casi solo, sin guardias ni comitiva. La mas de su gente estaba con el Adelantado, y no per-

mitió que la restante le acompañase. Habia oido hablar de las intenciones hostiles de Bobadilla; y aunque sabia que estaba amenazada su persona, venia de aquel modo, para manifestar sus pacíficos sentimientos y quitar toda sospecha.

Asi que supo Bobadilla su llegada, dió órdenes para que le cargasen de cadenas, y le encerraran en la fortaleza. Este ultrage, cometido contra persona de tanta dignidad, venerable apariencia y mérito eminente, pareció escandalizar á sus mismos enemigos. Cuando vinieron los grillos, todos los presentes rehusaron ponérselos, ó por un sentimiento de compasion al ver aquel gran reves de la fortuna, ó por habitual reverencia hácia su persona. Para llenar la medida de ingratitud que le estaba preparada, uno de sus mismos criados, *un triste y desvergonzado cocinero*, dice Las-Casas, *le remachó los hierros con tanta prontitud*

y ahinco, como si le estuviese sirviendo escogidas y sabrosas viandas. — Yo conocia al tal, añade el venerable historiador, *y creo se llamaba Espinosa.*

Colon se condujo con magnanimidad característica en aquellos momentos. Hay un cierto desprecio noble, que hinche y sustenta el corazon, y acalla la lengua de los verdaderamente grandes, cuando sufren los insultos de los viles. Colon no podia abatirse á combatir la arrogancia de un hombre tan débil y violento como Bobadilla. Miraba mucho mas allá de aquel miserable agente, y su ridícula tiranía, hácia los soberanos que le habian empleado. Solo la ingratitud y la injusticia de estos lastimaba su espíritu; y creía que cuando la verdad se descubriese, se avergonzarian de haberle injuriado tanto. Con esta noble confianza llevaba en silencio las indignidades presentes.

Aunque Bobadilla tenia en su poder al Almirante y á Don Diego, y habia asegurado al populacho venal, estaba impaciente y ansioso. El Adelantado, con fuerza armada á sus órdenes, recorria aun en persecucion de los rebeldes la distante provincia de Jaragua. Conociendo su ánimo marcial y determinado, sospechó que pudiese tomar alguna medida violenta, al oir el ignominioso trato y prision de sus hermanos. Dudaba si una órden suya tendria otro efecto que el de exasperar al severo Don Bartolomé. Mandó, pues, á Colon escribiese á su hermano, pidiéndole viniese pacíficamente á Santo Domingo, y prohibiéndole ejecutar los reos de muerte que tuviese. Colon accedió sin dificultad: exhortó á su hermano á someterse pacíficamente á la voluntad de los soberanos, á sufrir todas las injurias é indignidades presentes, con la confianza de que cuan-

do llegasen á Castilla obtendrian plena justicia (1).

Don Bartolomé obedeció sin demora á esta carta. Dejando desde luego su

(1) Pedro Mártir cita como rumor vulgar de aquellos tiempos, que el Almirante, ignorando lo que podria suceder, escribió una carta en cifra al Adelantado, instándole á venir en armas, para impedir las violencias que se pudiesen intentar contra él; que avanzó el Adelantado en efecto con sus fuerzas; pero habiendo cometido la imprudencia de adelantarse solo demasiado, le sorprendió el gobernador, antes que su gente pudiese acudir á la defensa, y que la carta en cifra se envió á España. Pudo ser este uno de los infundados rumores de entonces, puesto en circulacion para preocupar el espíritu público. Nada de esto aparece entre los cargos del proceso de Bobadilla, pues lo vió Las-Casas, y sacó de él estrac-

mando, se fue á presentar pacíficamente á Santo Domingo, adonde tambien se le cargó de hierros al llegar, y se le puso á bordo de una carabela. Estaban separados los hermanos, y no se les permitia comunicar entre sí. No los vió ni los visitó Bobadilla, ni permitió que otros los visitasen; sino que los tuvo suspensos, ignorando la causa de su prision, los crímenes de que se les acusaba, y el proceso que se instruia contra ellos (1).

---

tos para su historia. Está, en efecto, en contradiccion total con las narraciones de Las-Casas, Herrera y Fernando Colon.

(1) Charlevoix dice en su historia de Santo Domingo (l. iii, p. 199), que el proceso contra Colon se condujo por escrito; que se le enviaban los cargos por escrito, y que él contestaba del mismo modo. Esto es contrario á lo que esponen Las-Casas, Herrera y Fernando Colon.

Se ha dudado mucho, si Bobadilla tenia autoridad en efecto para aprisionar al Almirante y sus hermanos (1); ó si jamás contemplaron los soberanos tal violencia. Quizá se imaginó autorizado para hacerlo, en vista de aquella cláusula de

---

El Almirante mismo, en su carta á la nodriza del príncipe Don Juan, despues de contar el modo con que él y sus hermanos habian sido cargados de hierros, y aprisionados separadamente, sin recibir visitas de Bobadilla, ó permitirles ver á otras personas, espresamente añade: *Yo juro que no sé por lo que estoy preso.* Y tambien en una carta escrita algo despues de Jamáica, dice: *Me prendieron y pusieron con dos de mis hermanos en un buque cargado de hierros, con pocas ropas y mucho mal trato, sin haber sido examinado ni convicto por la justicia.*

(1) Herrera, déc. i, l. iv, c. 10. — Oviedo, Crónica, l. iii, c. 6.

las instrucciones de 21 de marzo de 1499, en que hablando de la rebelion de Roldan, *se le autoriza á apoderarse de las personas y secuestrar los bienes* de los que aparezcan culpables, procediendo despues contra ellos y los ausentes con todo el rigor de las leyes civiles y criminales. Esto se referia evidentemente á las personas de Roldan y sus compañeros, que estaban en armas, y de quienes se habia quejado Colon; lo cual Bobadilla construyó en autoridad para apoderarse de la persona del mismo Almirante. En efecto, en todos sus procedimientos invirtió y confundió sus órdenes é instrucciones. Su primer paso debiera haber sido proceder contra los rebeldes; esto lo dejó para lo último. El último deberia haber sido, en caso de tener ámplias pruebas de los crímenes del Almirante, haberle desposeido de su autoridad; y este fue el que dió primero, y antes de formar la causa.

Habiendo predeterminado desde luego que Colon era culpable, por la misma regla presumia que todos sus enemigos serian inocentes y tendrian razon. Era indispensable ya para su propia justificacion inculpar al Almirante y á sus hermanos; y los rebeldes que habia él venido á juzgar á la isla, se volvieron por aquella singular perversion de la regla, necesarios y apreciados testigos para acriminar á aquellos contra quienes se habian rebelado.

Pero no deben vindicarse las intenciones de la corona á costa de su miserable agente. Si los derechos y dignidades de Colon se hubiesen respetado, Bobadilla no habria jamas recibido poderes tan estensos, indefinidos y discrecionarios; ni ménos hubiera osado pasar tan adelante, con tanta grosería y precipitacion, á no haber sabido que agradaba en ello al suspicaz de espíritu Fernando.

Las antiguas escenas del tiempo de Aguado se renovaron con décupla virulencia, y los antiguos cargos revivieron con otros aun mas estravagantes. Desde el primitivo é inolvidable ultraje hecho al orgullo castellano, forzando á los hidalgos, en tiempos difíciles, á trabajar en la construccion de obras necesarias para la seguridad pública, hasta el reciente cargo de hacer guerra al gobierno, no habia habido un padecimiento, abuso ó sedicion en la isla, que no se imputase á las maldades de Colon y sus hermanos. Ademas de las acusaciones comunes de imponer trabajos opresivos, inútiles faenas, penosas restricciones, cortos víveres y crueles castigos á los españoles, y de hacer guerra injusta á los indios, se les acusaba de impedir la conversion de estos, para poderlos mandar como esclavos á España y aprovecharse de los productos de su venta.

Este último cargo, tan contrario á los piadosos sentimientos del Almirante, se fundaba en haberse opuesto al bautismo de ciertos indios ancianos, hasta que pudiesen instruirse en las doctrinas de la cristiandad. Considerando, justamente, un abuso de aquel sacramento, administrarlo sin la debida preparacion (1).

Tambien se acusaba á Colon de haberse apropiado perlas y otros artículos preciosos acopiados en su viaje de la costa de Paria, y de ocultar á los soberanos la naturaleza de aquellos descubrimientos, para exigirles nuevos privilegios. Pero era notorio, sin embargo, que envió á España muestra de las perlas, y los diarios y cartas del viaje, por las cuales otros pudieron seguir sus huellas.

---

(1) Muñoz, Hist. N. Mundo, parte inédita.

Hasta los últimos tumultos, desde que se admitia á los rebeldes por testigos, se volvieron materias de acusacion. Se representaron como leales y animosas resistencias hechas á la tiranía por los colonos y los naturales. Los bien merecidos castigos impuestos á algunos de los cabecillas, se citaban como pruebas de una disposicion cruel y vengativa, y de un aborrecimiento secreto á los españoles. Bobadilla creia ó afectaba creer todos estos cargos. Habia hasta cierto punto hecho á los rebeldes sus confederados para la ruina de Colon, y formado causa comun con ellos. Ya no podia, por lo tanto, conducirse como juéz. Guevara, Riquelme y los otros convictos se pusieron en libertad, casi sin formas jurídicas; y aun se dice, que se les admitió al favor, y proteccion del nuevo gefe. Roldan desde el principio habia sido tratado con confianza por Bobadilla,

y honrado con su correspondencia. Los otros, cuya conducta los habia sujetado á las investigaciones de la justicia, recibieron su perdon. Era bastante haberse opuesto á Colon de cualquier modo para quedar justificado á los ojos de Bobadilla.

Ya habia este juntado, segun pensaba, suficiente número de testigos y declaraciones para asegurar la ruina de los tres presos y su propia continuacion en el mando. Determinó así enviar á España encadenados al Almirante y sus hermanos en los buques que estaban prontos para darse á la vela, acompañando al mismo tiempo el proceso que les habia formado, y por medio de cartas particulares exagerando los cargos que de él resultaban, y aconsejando que por ningun título se restableciese á Colon en un mando de que tan vergonzosamente habia abusado.

Vagaba por Santo Domingo, en consecuencia de estas medidas, un enjambre de delicuentes acabados de librar de la cárcel y del patíbulo. Descollaban con triunfante júbilo la villanía y la cobardía de malicia. Todos aquellos espíritus bajos que se habian hecho obsequiosos hácia Colon y sus hermanos, mientras gozaban de autoridad, se levantaron contra ellos cuando los vieron en cadenas. Las calumnias mas injuriosas se proclamaban altamente por las calles; pasquines insultantes é infamatorios libelos se vian por todas las esquinas; y tocaban cuernos y otros instrumentos cerca de la cárcel, para ofender á los presos con la alegría de la plebe. Al llegar el ruidoso regocijo de sus adversarios hasta el calabozo en que yacía, y al reflexionar Colon en la inconsiderada violencia de Bobadilla, ignoraba hasta dónde podrian cegarlo su precipitacion y confianza, y empezó

á temer por su vida. Cuando estuvieron prontos los bajeles, se nombró á Alonso de Villejo para que se hiciese cargo de los presos y los llevase á España. Se habia educado este oficial con un tio de Fonseca; estaba al servicio del obispo, y vino á Española con Bobadilla. Le mandó este que en llegando á Cádiz, entregase los presos á Fonseca ó á su tio, pensando asi dar al maligno prelado un agradable triunfo. Esta circunstancia hizo creer á algunos la asercion de que Bobadilla recibió instigaciones secretas de Fonseca, que le animaba en sus violencias, prometiéndole su proteccion é influjo en la corte, en caso de que viniesen quejas de su conducta.

Villejo aceptó el oficio que se le señalaba, pero lo desempeñó mas jeneramente de lo que sus superiores querian. *Este Alonso Villejo*, dice el digno Las Casas, *era hidalgo de honrado ca-*

ráctèr y amigo especial mio. Ciertamente se manifestó superior á la baja malignidad de sus patrones. Cuando llegó con la guardia para conducir al Almirante de la cárcel al buque, le halló en cadenas, silencioso y desanimado. Le trataban con tanta violencia, y tan salvajes eran las pasiones desenfrenadas contra él, que temia le sacrificasen sin haberle oido, y que bajase su nombre con deshonor y mancilla á la posteridad. Cuando vió entrar al oficial con la guardia, creyó que era para conducirlo al patíbulo. *Villèjo*, le dijo tristemente, ¿*adónde me llevais*? *Al buque*, *Señor Escelèntisimo*, *á embarcarse.* —¡ *A embarcarse!* repitió el Almirante con vehemencia : *Villejo*, ¿*me decis la verdad*? — *Por la vida de Vuesència*, replicó el oficial, *que es cierto.* Estas palabras confortaron al Almirante, que creyó volver de la muerte á la vida. Na-

da puede haber mas patético y espresivo que este pequeño coloquio, recordado por el venerable Las Casas, que sin duda se lo oyó referir á su amigo Villejo.

Las carabelas salieron al principio de octubre, llevando á Colon con grillos y esposas, como al mas vil de los criminales, entre la mofa y gritería de una odiosa plebe, que gozaba brutal júbilo en insultar sus canas venerables, y maldecirlo desde las playas de la misma isla que tan recientemente habia añadido al mundo civilizado. Por fortuna fue favorable el viaje, y de corta duracion, y le hizo menos desagradable la conducta de los que lo custodiaban. El digno Villejo, aunque al servicio de Fonseca, se compadeció profundamente al ver cómo trataban á Colon. El dueño de la carabela, Andres Martin, iba tambien lleno de pesar: ambos trataron al Almirante con profundo res-

peto y atencion asídua. Quisieron quitarle los hierros; pero él no lo consintió. *¡ No !* dijo con noble orgullo, *SS. MM. me mandaron por escrito, que me sometiese á lo que Bobadilla ordenase en su nombre; por su autoridad me ha puesto estas cadenas: yo las llevaré hasta que ellos me las manden quitar; y las conservaré despues como reliquias y memoria del premio de mis servicios* (1).

Asi lo hizo, añade su hijo Fernando: *yo las ví siempre colgadas en su gabinete, y pidió que cuando muriera las enterrasen con él* (2).

---

(1) Las-Casas, Hist. Ind. l. i, c. 180, ms.

(2) Hist. del Almirante, c. 86.

LIBRO XIV.

CAPÍTULO I.

SENSACION EN ESPAÑA AL LLEGAR COLON ENCADENADO.—SU PRESENTACION EN LA CORTE.

[1500.]

La llegada de Colon á Cádiz, preso y encadenado, produjo casi tan grande sensacion como su vuelta triunfante del primer viaje. Fue uno de aquellos hechos notables y sencillos, que hablan á los sentimientos de la multitud, y escluyen la necesidad de reflexionar. Nadie se detuvo á investigar la causa. Suficiente les era saber que habia venido aherrojado Colon del mismo mundo que acababa de descubrir. Una llama de indignacion general se encendió en Cádiz, y en

la opulenta y poderosa Sevilla, que inflamó toda la España. Si la ruina de Colon habia sido la intencion de sus enemigos, frustraron con la violencia su propio objeto. Se manifestó desde luego una de aquellas reacciones tan frecuentes en el espíritu público cuando se lleva la persecucion al esceso. Aquel populacho que recientemente habia clamado tanto contra Colon, clamaba aun mas entonces en reprobacion de tamaña injuria, espresando una profunda simpatía, contra la cual hubiera sido odioso para el gobierno contender.

Las nuevas de su llegada, y del ignominioso modo en que habia venido, llegaron á la corte de Granada, y llenaron los estrados de la Alhambra de murmuraciones y sorpresa. Colon, resentido por sus injurias, é ignorando hasta dónde habian sido estas autorizadas por los soberanos, se abstuvo de escribirles. Pe-

ro en el discurso del viaje habia compuesto una larga carta para Doña Juana de la Torre, dama de la corte, muy favorecida de la reina y nodriza que habia sido del príncipe Don Juan. A su arribo á Cádiz le permitió Andres Martin, el capitan de la carabela, que enviase esta carta reservadamente y por espreso. Llegó, por lo tanto, antes que el protocolo de los procedimientos instituidos por Bobadilla. Este documento dió á los soberanos la primera intimacion del trato que habia recibido (1). Contenia una descripcion de los últimos acontecimientos de la isla y de las injurias de que fue víctima, escrita con su acostumbrada sencillez y energía. Especificar su contenido, seria repetir sucesos ya referidos. Algunas espresiones, empero, hijas del calor de sus sentimientos, son dignas de

---

(1) Las-Casas, Hist. Ind., l. i, c. 182.

noticia. *Las calumnias de hombres indignos*, dice, *me han hecho mas daño, que me han aprovechado todos mis servicios.* Hablando de las falsías de que era objeto, añade: *tal es el mal nombre que he adquirido, que si fuera á edificar hospitales é iglesias, les llamarian cavernas de ladrones.* Despues de relatar con indignadas palabras la conducta de Bobadilla, en pedir testimonios respectivos á su administracion á los mismos hombres que se habian rebelado contra él, y de cargarlos á él y á sus hermanos de cadenas sin hacerles saber los delitos de que estaban acusados, *mucho he sentido*, dice, *que se enviase á investigar mi conducta una persona que sabia, que si le era posible enviar á España cargos que pareciesen serios, me sucederia en el mando.* Se queja de que al formar opinion sobre su gobierno, no se tomen en consideracion las estraordinarias difi-

cultades que tenia que vencer, y el mal estado del pais que habia de gobernar. *Se me juzgó*, dice, *como á un gobernador que ha sido enviado á hacerse cargo de una ciudad bien regulada, bajo el gobierno de bien establecidas leyes, adonde no habia peligro de que todo se desordenase y arruinase; pero se me debia juzgar como á un capitan, enviado á someter gentes numerosas y hostiles, de costumbres y religion diferentes de las nuestras, y que no vivian en ciudades, sino en florestas y montañas. Se debia haber considerado, que yo traje todas estas á la sujecion de sus magestades, dándoles dominio sobre otro mundo, por lo cual España, hasta ahora pobre, se ha enriquecido súbitamente. Cualesquiera errores en que yo pudà haber caìdo, no fueron por cierto de mala intencion; y creo, que darán crédito sus magestades á lo que digo. Yo*

los he visto misericordiosos cón los que los han deservido de intento: ási estoy penetrado de que tendrán aun mas indulgencia para conmigo, que he errado inocentemente, ó por compulsion, como sabrán mejor en adelante; y espero que considerarán mis grandes servicios, cuyas ventajas se hacen cada dia mas visibles (1).

Cuando se leyó esta carta á la noble de ánimo Isabel, y vió cuán cruelmente se habia injuriado á Colon, abusando hasta tal punto de la autoridad real, su pecho se llenó de mezclada simpatía é indignacion. Confirmaron las nuevas una carta del alcalde ó corregidor de Cádiz, en cuyas manos se pusieron Colon y sus hermanos, hasta recibir órdenes de sus magestades, y otra de Alonso de Villejo, concebida en términos acor-

(1) Oviedo, Crónica l. iii, c. 6.

des con su conducta humana y honrosa hácia su ilustre prisionero.

Por mas que Fernando estuviese predispuesto secretamente contra Colon, no pudo resistir aquel momentáneo torrente del espíritu público. Se unió con su generosa reina en reprobacion de las injurias sufridas por el Almirante, y ambos soberanos se apresuraron á dar al mundo pruebas de que se habia ejecutado aquella prision sin su autoridad, y contra sus deseos. Sin esperar la recepcion de los documentos enviados por Bobadilla, mandaron órdenes á Cádiz para poner al instante en libertad á los presos y tratarlos con toda distincion. Escribieron al Almirante en términos de gratitud y afecto, espresando su sentimiento por cuanto habia padecido, y convidándolo á presentarse en la corte. Al mismo tiempo mandaron que se le adelantasen dos mil ducados (8538 pesos

fuertes del dia) para defraudar sus gastos.

El corazon leal de Colon se reanimó con esta declaracion de sus soberanos. Conocia su propia integridad, y esta conviccion le hacia anticipar la restitucion inmediata de todos sus derechos y dignidades. Se presentó en la corte de Granada el 17 de diciembre, no como un hombre arruinado y en desgracia, sino ricamente vestido, y acompañado de una honorífica comitiva. Le recibieron sus magestades con ilimitado favor y distincion. Cuando vió la reina acercarse aquel hombre venerable, y se acordó de la grandeza de sus merecimientos y de todo lo que habia sufrido, se le llenaron los ojos de lágrimas. Colon estaba acostumbrado á resistir con firmeza los ásperos conflictos del mundo, habia recibido con elevado desprecio las injurias é insultos de hombres ignobles; pero poseia esquisita y viva sensibilidad. Al ver

que tan bondadosamente le recibian sus soberanos, y anegados en lágrimas los ojos benignos de Isabel, no pudo resistir mas: se postró en tierra, y dando libre curso á sus reprimidos sentimientos, quedó imposibilitado de pronunciar una palabra en mucho tiempo por la violencia de sus lágrimas y sollozos (1).

Fernando é Isabel le levantaron y quisieron animarlo con las mas afectuosas espresiones. Así que pudo recobrar el mando de sí mismo, entró en una elocuente y noble vindicacion de su lealtad, y del celo que le habia siempre animado por la gloria y grandeza de la corona española. Si alguna vez cometió errores, era por inesperiencia en el gobierno, y por las estraordinarias dificultades que le habian rodeado.

---

(1) Herrera, déc. i, l. iv, c. 10.

Pero no necesitaba vindicacion alguna. La intemperancia de sus enemigos era su mejor abogado. Se presentó á los reyes como un hombre profundamente agraviado; y á ellos era á quienes tocaba disculparse con el mundo del cargo de ingratitud para con su mas digno súbdito. Espresaron alta indignacion por los procedimientos de Bobadilla, los cuales desaprobaron como contrarios á sus instrucciones, y prometieron quitarle inmediatamente el mando.

En efecto, no se dió estimacion pública alguna á las acusaciones de Bobadilla, ni fe á las cartas que en su defensa habia escrito. Los soberanos aprovecharon todas las ocasiones de tratar á Colon con favor y distincion, asegurándole que se satisfarian sus agravios, se le devolverian sus bienes y seria reinstalado en todos sus privilegios y dignidades.

El cumplimiento de esta última pro-

mesa era el que mas deseaba Colon. Las consideraciones mercenarias apenas tenian peso en su ánimo. La gloria habia sido el grande objeto de su ambicion; y sentia que mientras permaneciese suspendido de su empleo, descansaba una censura tácita en su nombre. Esperaba, pues, que en cuanto quedasen los soberanos satisfechos de la rectitud de su conducta, se apresurarian á darle las debidas satisfacciones, restituyéndole su vireinato sin demora, de modo que pudiese volver en triunfo á Santo Domingo. Pero estaba destinado á recibir en este particúlar desengaños que llenaron de tinieblas el resto de sus dias. Para esplicar tan pálpable injusticia é ingratitud de la corona, es conveniente hacer reseña de una varfedad de sucesos qúe habian afectado materialmente los intereses de Colon con el político y frio de corazon Fernando.

CAPÍTULO II.

VIAJES CONTEMPORANEOS DE DESCUBRIMIENTOS.

La licencia general concedida por los soberanos en 1495, para emprender viajes de descubrimientos, habia originado varias espediciones de individuos particulares, los mas, de los que navegaron con Colon en sus primeros viajes. El gobierno, imposibilitado de armar por él mismo muchas escuadras, se complacia en ver estender de valde sus territorios, y llenarse sus tesoros con los derechos que aquellos viajeros satisfacian á la corona. Estas espediciones se hicieron principalmente mientras estaba Colon en parcial desgracia con los soberanos. Sus propias cartas y diarios sirvieron de guia á los aventureros; y la

magnificencia de sus pinturas de Pária y de las costas adyacentes habian escitado mucho su codicia.

Ademas de la ya nombrada espedicion de Ojeda, cuando tocó á Jaragua, emprendió al mismo tiempo otra Pedro Alonso Niño, natural de Moguer, hábil piloto, que habia estado con Colon en los viajes de Cuba y Pária. Habiendo obtenido licencia para ello, interesó en la empresa á un comerciante rico de Sevilla, que le armó una carabela de cincuenta toneladas, con la condicion de que su hermano Cristóbal la mandase. Salieron de la barra de Saltes, pocos dias despues que Ojeda de Cádiz, en la primavera de 1499, y llegando á la tierra firme por el sur de Pária, la costearon por alguna distancia, atravesaron el golfo, y navegaron de allí ciento treinta leguas paralelamente á las costas de la actual república de Colom-

bia, visitandó la que se llamó despues costa de las perlas. Desembarcaron en varios puntos, vendieron sus vagatelas europeas á inmenso precio, y volvieron con una abundante cantidad de oro y perlas, habiendo acabado en su diminutiva barca uno de los mas estensos y lucrativos viajes hechos hasta entonces.

Por el mismo tiempo, los Pinzones, de aquella familia de osados y opulentos navegantes, armaron una flotilla de cuatro carabelas en Palos, tripulada casi toda por sus propios parientes y amigos: se embarcaron en ella muchos esperimentados pilotos que habian ido á Pária en el viaje del Almirante; y la mandaba Vicente Yañez Pinzon, capitan de una de las carabelas que hicieron el primer viaje de descubrimientos.

Pinzon era fuerte y esperimentado navegante, y no siguió como los

otros las mismas huellas de Colon. Dándose á la vela en diciembre de 1499, pasó las islas Canarias y el cabo de las islas Verdes, y tomó al sud-oeste hasta perder de vista la estrella polar. Sufrió despues una terrible borrasca, y se vió muy perplejo y confuso por el nuevo aspecto de los cielos. Aun no se conocia el hemisferio del sur, ni la bella constelacion de la cruz, que en aquellas regiones suple para los marinos el lugar de la estrella del norte. Los viajeros habian esperado hallar sobre el polo antártico una estrella correspondiente á la del ártico. Se desanimaron al verse sin guia celestial, y creyeron que alguna prominencia de la tierra les ocultaria el polo que buscaban.

Pinzon, empero, continuó con grande intrepidez. El 26 de enero de 1500 vió desde lejos un gran promontorio, á que puso cabo de Santa María de la Conso-

lacion, despues llamado de San Agustin. Desembarcó y tomó posesion de aquel pais en nombre de sus majestades católicas; eran parte del territorio nombrado hoy dia el Brasil. Tomando de allí al occidente, descubrió el Marañon, hoy rio de las Amazonas, atravesó el golfo de Pária, y continuó por el mar Caribe y golfo mejicano, hasta hallarse en las Bahamas, adonde perdió dos de sus bajeles en las rocas cercanas á la isla de Jumeto. Volvió á Palos en setiembre, habiendo añadido á su antigua gloria la de ser el primer europeo que pasó la línea equinoccial en el océano del occidente, y la de haber descubierto el famoso reino del Brasil, desde su principio en el Marañon, hasta sus linderos mas orientales. Por premio de estas proezas se le concedió autoridad para colonizar y gobernar las tierras que habia descubierto, y que se estendian al sur casi desde el rio

Marañon hasta el cabo de San Agustin (1).

El pequeño puerto de Palos, que tan lento habia sido en armar la primer escuadra para Colon, se hallaba continuamente ajitado por la pasion de los descubrimientos. Poco despues de la espedicion de los Pinzones, organizó otra Diego Lepe, natural tambien de Palos, tripulándola con sus parientes y compatriotas. Se dió á la vela tomando el mismo rumbo que Pinzon; pero descubrió mas del continente del sur que ningun otro viajero en sus dias, ó hasta doce años despues. Dobló el cabo de San Agustin, se cercioró de que la costa ulterior corria hácia el sud-oeste, desembarcó tomando posesion con las ceremonias acostumbradas en nombre de los soberanos españoles; y grabaron los marineros los

---

(1) Herrera, déc. i, l. iv, c. 12. —Muñoz, parte inédita.

suyos en un árbol de tal magnificencia y tan enorme magnitud, que diez y siete hombres en rueda no podian abrazar el tronco. Aumentaba el mérito de sus descubrimientos, que nunca habia navegado con Colon. Pero llevaba consigo varios hábiles pilotos que acompañaron al Almirante en sus primeros viajes.

Otra espedicion de dos bajeles salió de Cádiz en octubre de 1500, mandada por Rodrigo Bastidas, de Sevilla. Esploró la costa de Tierra-firme, pasando el cabo de la Vela, límite occidental de los descubrimientos en el continente, y siguió hasta un puerto llamado despues el Retiro, adonde se fundó posteriormente el del nombre de Dios. Habiéndose casi destruido sus bajeles en aquellas mares, tuvo que vencer grandes obstáculos para llegar á Jaragua en Española, adonde perdió dos carabelas, y pro-

cedió con la tripulacion por tierra á Santo Domingo. Allí le aprisionó Bobadilla, bajo pretesto de que habia comerciado en oro con los naturales de Jaragua.

Tantas fueron las espediciones que las empresas de Colon produjeron en España: otras salieron de las naciones estranjeras. En el año de 1497, Sebastian Cabot, hijo de un comerciante veneciano, pero residente en Bristol, navegando al servicio de Enrique VII de Inglaterra, llegó al mar del norte del Nuevo Mundo. Siguiendo la idea de Colon, fue en busca de las costas de Cathay, y esperaba hallar un pasaje para la India al nor-oeste. En su viaje descubrió á Newfoundland, costeó el Labrador hasta el quincuajésimo sesto grado de latitud norte, siguió al sud-oeste hasta las Floridas, y cuando empezaron á faltarle las provisiones, volvió á Ingla-

terra (1). Solo quedan vagas y escasas relaciones de este viaje, importante por incluir los primeros descubrimientos del continente norte del Nuevo Mundo.

Pero los de las naciones rivales que mas escitaron la atencion y celos de la corona española, fueron los de los portugueses. Vasco de Gama, caballero de consumados talentos é intrepidez (2), habia al fin llevado á cabo el gran designio del príncipe Enrique de Portugal, y doblando el cabo de Buena Esperanza, en 1497, abierto el por tanto tiempo buscado sendero de la India.

Inmediatamente despues de la vuel-

---

(1) Hakluyt, Coleccion de viajes, t. iii, p. 7.

(2) Lafiteau, Conquistas de los portugueses.

ta de Gama, salió una flota de diez y seis buques á visitar los magníficos paises de que habia traido noticias. Esta espedicion se dió á la vela en 9 de marzo de 1500 para Calcuta, bajo el mando de Pedro Alvarez de Cabral. Habiendo pasado el cabo de las islas Verdes, quiso evitar las calmas que reinan en la costa de Guinea, dirigiéndose bastante al occidente. El 25 de abril descubrieron á deshora una tierra, desconocida ó todos los de la flota, que aun no habian oido hablar de los descubrimientos de Pinzon y de Lepe. Al principio creyó fuese una grande isla: despues de costearla por algun tiempo, se persuadió que debia de ser parte de un continente. Habiéndola recorrido hasta pasar el décimo quinto grado de latitud sur, desembarcó en un puerto á que llamó puerto Seguro, y tomando posesion de aquel pais por la corona de Portugal, envió un buque á Lisboa

con tan faustas nuevas (1). Asi vino el Brasil á la posesion de los portugueses, estando al oriente de la línea convencional que limitaba los respectivos territorios. El doctor Robertson, al recordar este viaje de Cabral, concluye con una de sus justas y elegantes observaciones.

Fue el descubrimiento de Colon del Nuevo Mundo, dice, *el esfuerzo de un ingenio activo, guiado por la esperiencia, y procediendo bajo un plan regular, ejecutado con no menos valor que perseverancia. Pero de esta aventura de los portugueses se infiere, que la casualidad hubiera podido dar cima á aquel grande designio, cuya formacion y perfeccion son hoy el orgullo de la razon humana. Si la sagacidad de Colon no hubiera conducido al género*

(1) Lafiteau, l. ii.

humano á las Américas, Cabral, por un afortunado acaso, hubiera podido llevarlos algunos años después al conocimiento de aquel estenso continente (1).

CAPÍTULO III.

NICOLAS DE OVANDO NOMBRADO SUCESOR DE BOBADILLA.

[1501.]

Los numerosos descubrimientos brevemente indicados en el capítulo anterior, habian producido grande efecto en el ánimo de Fernando. Su ambicion, su avaricia y sus celos se inflamaron simultáneamente. Vió regiones sin fin henchidas de toda clase de riquezas,

(1) Robertson, Hist. América, l. ii.

abriéndose diariamente á sus emprende-dores súbditos ; pero vió al mismo tiempo que otros poderes se lanzaban en competencia , deseosos de repartirse con él el mundo dorado que queria monopolizar. Las espediciones de Inglaterra, y el descúbrimiento accidental del Brasil por los portugueses , le causaron mucha inquietud. Para asegurar su posesion del continente , determinó establecer gefaturas locales en los puntos mas importantes , y sujetarlas todas á un gobierno central residente en Santo Domingo como metrópoli.

Con estas consideraciones, el mando préviamente concedido á Colon se habia elevado á altísima importancia ; y mientras su restitucion era mas preciosa á los ojos del Almirante, se aumentaba la repugnancia que tenia en hacerla el egoista y suspicaz monarca. Hacia mucho que estaba arrepentido de haber

dado la investidura de tan vastos poderes á un súbdito, y mas á un estrangero. Al tiempo de concederlos no previó que iba á poner á sus órdenes paises tan dilatados. Casi parecia que se imaginaba engañado por Colon en el pacto que habia hecho ; y los descubrimientos sucesivos , en vez de aumentar su gratitud para con el descubridor, le hacian arrepentirse mas de la magnitud del premio. Al fin , la comision de Bobadilla habia efectuado una esclusion, aunque temporal, de las altas funciones del Almirante, y el astuto monarca resolvió secretamente nunca volverle á abrir el camino de sus primitivas distinciones.

Quizá Fernando dudaba en efecto de la inocencia de Colon, con respecto á las varias acusaciones que contra él existian. Tal vez sospechaba que no fuese su lealtad sincera, y temia ver consolidar á un estrangero su mando tan lejos de la madre

patria, y con tan inmensas y opulentas regiones á sus órdenes. Colon mismo en sus cartas hace alusion á los rumores circulados por sus enemigos, de que pensaba, ó bien levantarse con independiente soberanía, ó bien poner sus descubrimientos en manos de otros potentados; y aun parece temer, que aquellas calumnias hayan hecho impresion en el ánimo de Fernando. Pero otra consideracion habia, de no menor influencia para el monarca, al posponer aquêl grande acto de justicia. Colon no le era ya indispensable. Ya habia hecho su sublime descubrimiento; ya habia abierto el camino del Nuevo Mundo, y á todos les era dado seguirlo. Muchos hábiles navegantes se crearon bajo sus auspicios, y adquirieron esperiencia en sus viajes. Diariamente sitiaban el trono con ofrecimientos de armar espediciones á su propia costa, y dar parte del producto á

la corona. ¿Por qué le habia el soberano de conferir á él dignidades y prerogativas régias, por lo que á cada paso le ofrecian otros hacer de valde?

Tal aparece por su conducta posterior haber sido la egoista política de Fernando, al abstenerse de reinstalar á Colon en las dignidades y privilegios que tan solemnemente le habia concedido por un tratado, y que se admitia no haber jamás perdido por su mala conducta.

Esta privacion, empero, se declaraba interina, dando plausibles razones para dilatarla. Se decia, que los elementos de aquellas violentas facciones, que recientemente tomaron las armas contra él, existian todavia en la isla; su inmediata vuelta podia producir nuevas exasperaciones; peligrarian acaso su seguridad personal y la paz de la colonia. Así, aun cuando se debia despojar á Boba-

dilla inmediatamente del mando, aconsejaba la prudencia enviar algun oficial de talento y discrecion que le sucediese, con cargo de investigar imparcialmente los últimos desórdenes, remediar los abusos que habian estos producido, y espeler de la isla toda la gente disoluta y facciosa. Ejerceria este comisionado el gobierno por dos años, en cuyo tiempo se mitigarian las pasiones, quedando refrenados ó fuera de la isla los individuos turbulentos: Colon volveria entonces, con comodidad propia y ventaja para la corona. Con estas razones y la promesa que las acompañaba, tuvo Colon que contentarse. No cabe duda de que eran sinceras de parte de Isabel, ni de que fuese su intencion reinstalarlo en el goce pleno de sus derechos y dignidades, despues de aquella, al parecer, necesaria suspension. Fernando, empero, por su conducta ulterior perdió todo de-

recho á reclamar opiniones favorables de esta especie.

La persona nombrada para suceder á Bobadilla, fue Don Nicolás de Ovando, comendador de Lares en el órden de Alcántara: se dice que era de mediana talla, de color blanco, con barba roja, y un mirar modesto pero autorizado; de fluente discurso, y agradables y corteses modales; hombre de grande prudencia, dice Las-Casas, y capaz de gobernar mucha gente, pero no de gobernar á los indios, á quienes hizo incalculables injurias. Tenia grande veneracion á la justicia; enemigo de los avaros; sóbrio en la vida doméstica; y tan humilde, que cuando llegó á ser maestre del órden de Alcántara, no permitia jamás que le diesen el título de su empleo (1). Tal es la pintura que de él han hecho los

(1) Las-Casas, Hist. Ind. l. ii, c. 3.

historiadores; pero su conducta está en varios puntos importantes en directa contradiccion con ella. Parece haber sido especioso y sutil, tanto como fluente y cortés: su humildad ocultaba grande amor al mando; y en sus transacciones con el Almirante usó á la vez poca generosidad y mucha injusticia.

Los varios arreglos que debian hacerse segun el nuevo plan de gobierno colonial, dilataron por algun tiempo la partida de Ovando. Entretanto cada buque traia peores nuevas del infeliz estado de la isla bajo la mala administracion de Bobadilla. Empezó este su carrera con política opuesta á la de Colon. Imaginando que un imperio riguroso habia sido el escollo en que fracasó su predecesor, quiso conciliar al público con toda especie de indulgencias; y como desde el principio relajó para conseguirlo las riendas de la moralidad y la justicia, per-

dió totalmente el respeto de la comunidad; y se siguió tal desórden y licencia, que muchos, aun de los adversarios de Colon, suspiraban con sentimiento por su rígido gobierno ó el del Adelantado.

Bobadilla no era tan malo como imprudente y débil. No habia previsto los peligrosos escesos á que su sistema le llevaba. Precipitado y vehemente á empuñar la autoridad, era feble y contemporizador en ejercerla; ni sabia mirar mas allá de la exigencia presente. Una concesion peligrosa hecha á los colonos pronto demandaba otra; todas recedian á su vez; y así continuó de error en error mostrando que en el gobierno tanto debe temerse de un hombre débil como de uno malo.

Habia vendido á precios bajos las granjas y heredades de la corona, diciendo que no deseaban los monarcas enriquecerse, sino que todo redundase

en beneficio de sus súbditos. Concedió permiso universal para trabajar las minas, contribuyendo al gobierno con solo la undécima parte de los productos. Para impedir la diminucion de las rentas, fue necesario aumentar los acopios del oro. Obligó para esto á los caciques á dar indios para que ayudasen á los españoles á labrar los campos y á esplotar las minas. Llevó esta medida á efecto, numerando los indios, reduciéndolos á clases y distribuyéndolos entre los colonos segun su consideracion ó capricho. Estos, por sugestion suya, se asociaron en compañías de á dos individuos, que se ayudaban mútuamente con sus respectivos capitales é indios, dirigiendo un compañero los trabajos agrarios y el otro los minerales. El solo encargo de Bobadilla era que produjesen grandes cantidades de oro. Tenia una espresion contínuamente en lós labios,

que manifiesta el pernicioso principio que lo guiaba. *Aprovechad cuanto podais este tiempo*, decia, *porque nadie sabe lo que durará*, aludiendo á la posibilidad de perder pronto su mando. Los colonos siguieron su consejo; y tanto vejaron á los pobres indios, que el undécimo daba mas rentas á la corona que jamas habia recibido del tercio bajo la administracion de Colon. Entre tanto sufrian los infelices indígenas toda especie de crueldades de sus inhumanos dueños. Poco habituados al trabajo, débiles de constitucion y acostumbrados en su hermosa y rica isla á una vida libre y descuidada, perecian oprimidos por las faenas y la severidad con que á ellas se les obligaba. Las-Casas pinta indignado la tiranía caprichosa que usaban con los indios algunos malvados españoles, muchos de los cuales habian venido convictos de los calabozos de Castilla. Estos in-

dignos, que eran en su pais los mas viles, entre los viles, se revistieron del tono de principales caballeros. Decian que necesitaban los sirviesen y acompañasen grandes comitivas de criados. Se apoderaban de las hijas y parientas de los caciques haciéndolas sus criadas, ó mas bien sus concubinas, sin limitar el número de estas. Cuando viajaban, en vez de usar de sus caballos y mulas, hacian que los naturales los transportasen á hombros en literas ó hamacas, y que fuesen otros con parasoles de palma quitándoles el sol, y otros abanicándolos con plumas; y Las-Casas añade que vió las espaldas y hombros de los desventurados indios en carne viva y chorreando sangre despues de aquel trabajo. Cuando estos arrogantes y recien hechos señores llegaban á un lugar indio, consumian y prodigaban las provisiones de los habitantes, tomando cuanto agrada-

ba á su capricho, y obligando á los caciques y á sus súbditos á que bailasen delante de ellos para divertirlos. Hasta sus placeres eran crueles. Hablaban á los indios en los términos mas degradantes; y á la menor ofensa, á la menor falta de humildad que mostrasen, les daban golpes, azotes y hasta la misma muerte (1).

Este es un desmayado bosquejo de los males que resultaron del débil gobierno de Bobadilla, y que Las-Casas describe lastimosamente, por observacion material, habiendo visitado la isla al fin de su administracion. Bobadilla confiaba en que una inmensa cantidad de oro, arrancada de las miserias de los naturales, compensaria todos los errores, y le aseguraria el favor de los soberanos; pero estaba equivocado. Los abusos de su gobier-

(1) Las-Casas, Hist. Ind. l. ii, c. i. Ms.

no pronto llegaron al oido real; y so-
bre todo, las injurias de los naturales
penetraron el corazon benévolo de Isa-
bel. Nada podia causarle mayor indig-
nacion, é hizo por apresurar la salida de
Ovando para poner fin á aquellas enor-
midades.

En conformidad al plan arriba di-
cho, el gobierno de Ovando se estendia
á las islas y tierra firme, de que Es-
pañola seria metrópoli. Debia entrar
por procuracion en el ejercicio de sus
poderes desde el momento en que llega-
se, mandando á Bobadilla á España á
vuelta de la flota. Se le mandó que in-
vestigase diligentemente los últimos
abusos, castigando á los delincuentes sin
favor ni parcialidad, y espeliendo de la
isla toda persona turbulenta. Debia re-
vocar inmediatamente la licencia dada
por Bobadilla para acopiar oro, pues no
tenia la sancion real. Exigiria, al con-

trario, la tercera parte de todo el que encontrase junto, y la mitad del que se recojiese de allí adelante. Llevaba poder para fundar ciudades, concediendo á estas los privilegios que gozan las corporaciones municipales de España; y obligando á los españoles, y en particular á los soldados, á residir en ellas, en vez de andar repartidos por la isla. Entre muchas provisiones sabias habia algunas injuriosas é iliberales, características de una edad en que los principios de comercio estaban aun mal entendidos, pero que continuaron en España mucho tiempo despues que las demas naciones del mundo las hubieron abolido como errores de una edad obscura é ignorante. La corona monopolizaba el comercio de las colonias. Nadie podia llevar mercancías por su propia cuenta. Habia nombrado un factor real, solo comerciante de quien se podian obtener

artículos europeos. La corona no solo se reservaba propiedad esclusiva en las minas, sino en las piedras preciosas, objetos de gran valor y palo de càmpeche. A ningun estrangero, y sobre todo á ningun moro ni judío, se le permitia establecerse en la isla ni hacer viajes de descubrimientos. Estas son algunas de las restricciones comerciales que España impuso á sus colonias, y que fueron seguidas de otras tan iliberales como estas. Su política mercantil ha sido la mofa de los tiempos modernos; y las presentes restricciones impuestas al comercio por algunas naciones civilizadas, ¿no podrán ser tambien la admiracion y escarnio de las edades futuras?

Isabel tuvo especial esmero en proveer para el buen tratamiento de los indios. Ovando llevaba órden de juntar á los caciques y declararles que los soberanos los recibian á ellos y á sus gen-

tes bajo una proteccion especial. Solo pagarian tributo como los otros súbditos de la corona, y este se exigiria con suavidad y blandura. Debia cuidarse mucho de su instruccion religiosa, para cuyo propósito iban doce franciscanos, con un prelado llamado Antonio de Espinal, hombre venerable y piadoso. Esta fue la primer introduccion formal del orden de san Francisco en el Nuevo Mundo. Todas las anteriores medidas en favor de los naturales quedaron paralizadas por una incauta cláusula. Se permitia obligar á los indios á trabajar en las minas, y en otras ocupaciones; pero solo para el servicio real. Debian emplearse como los demas jornaleros pagándoles puntualmente.

Pero mientras los soberanos hacian reglamentos para el alivio de los indios, con aquella inconsecuencia frecuente en los juicios humanos, favorecian una

cruel invasion de los derechos y felicidad de otra raza de hombres. Entre los varios decretos de aquel tiempo, se encuentran las primeras trazas de la esclavitud de los negros en el Nuevo Mundo. Se permitia llevar á la colonia esclavos negros nacidos entre cristianos (1); esto es, esclavos nacidos en Sevilla y otras partes de España, hijos y descendientes de los naturales de la costa atlántica africana, adonde los españoles y portugueses habian sostenido por algun tiempo aquel tráfico. Son estos señalados acaecimientos en el curso de la historia, que tienen á veces la apariencia de juicios temporales del cielo. Es de observar, que Española, el primer lugar del Nuevo Mundo en que se cometió este pecado contra la humanidad

(1) Herrera, Hist. Ind., dec. i, l. iv, c. 12.

y la naturaleza, ha sido tambien el primero en exhibir una retribucion espantosa.

Entre los varios asuntos que pedian la atencion de los soberanos, no quedaron olvidados los intereses de Colon. Se mandó á Ovando que examinase todas sus cuentas, sin pagarlas por él mismo. Debia averiguar las pérdidas que habia sufrido por su prision, confiscacion de bienes é interrupcion de funciones. Toda la propiedad confiscada por Bobadilla debia devolvérsele; y si estaba vendida, recompensársela. Si se habia empleado en el servicio real, debia quedar Colon indemnizado por el tesoro; si Bobadilla se la habia apropiado, debia responder de ella con sus bienes particulares. Las mismas providencias se tomaron para indemnizar á los hermanos del Almirante de las pérdidas que injustamente habian sufrido por su prision.

Colon debia tambien recibir los atrasos de sus sueldos, y ser pagado puntualmente en lo futuro. Se le permitió tener un factor en la isla, que presenciáse la fundicion y sello del oro, recogiese su parte y atendiese á todos sus negocios. Para este empleo señaló á Alonso Sanchez de Carvajal; y los soberanos mandaron que se tratase aquel ajente con el mayor respeto.

La escuadra que debia conducir á Ovando á su gobierno, era la mayor que hasta entonces babia salido para el Nuevo Mundo. Se componia de treinta bajeles, cinco de noventa á ciento cincuenta toneladas, veinte y cuatro carabelas de treinta á noventa, y una barca de de veinte y cinco (1). Iban en la flota

---

(1) Muñoz, parte inédita.—Las-Casas dice que se componia la escuadra de treinta y dos buques; pero se referia á su memoria, y Muñoz á documentos.

mas dos mil y quinientas personas; muchas de ellas principales que llevaban sus familias.

Para que Ovando pudiese aparecer con dignidad en su nuevo empleo, se le permitió el uso de sedas, brocados, piedras preciosas y otros adornos suntuosos, prohibidos entonces en España, en consecuencia de la ostentacion escesiva de la nobleza. Se le autorizó ademas para llevar una guardia particular de veinte escuderos, diez de los cuales de á caballo. Salió con la espedicion don Alonso Maldonado, de alguacil mayor, en lugar de Roldan que debia ser enviado á España. Iban tambien artistas de todas clases; un médico, un boticario, un cirujano, y veinte y tres hombres casados con sus familias, todos de respetable carácter, que habian de distribuirse en cuatro ciudades, y gozar varios privilegios, para formar la base de una

poblacion sana y útil. Debian espelerse de la isla otros tantos de sus individuos disolutos y ociosos: esta escelente medida fué sugestion especial de Colon. Tambien iban ganados y aves, artillería, armas y municiones de todas clases; todo, en fin, cuanto se requería para el servicio de la isla.

Tal fue el modo con que Ovando, favorito del rey, y súbdito natural suyo de distinguido rango, entró en el gobierno que se le arrebataba á Colon. La flota salió el 13 de febrero de 1502. Al principiar el viaje sufrió una terrible formenta, en que se sumergió un bajel con ciento veinte pasajeros; los otros se vieron obligados á arrojar al mar cuanto llevaban sobre cúbierta, y se separaron unos de otros. Se vieron por las costas españolas esparcidos los efectos de la escuadra, y se estendió el rumor de que todos los buques se habian perdido.

Cuando llegaron las nuevas á los soberanos, se apesadumbraron tanto, que pasaron ocho dias encerrados sin admitir á nadie á su presencia. El rumor fué infundado; solo se habia perdido un buque. Los otros se juntaron en la isla de la Gomera, y siguiendo su viaje, llegaron el 15 de abril á Santo Domingo.

CAPÍTULO IV.

PROPOSICION DE COLON RELATIVA AL RESCATE DEL SANTO SEPULCRO.

[1500—1501.]

Colon permaneció en la ciudad de Granada mas de nueve meses, esforzándose en sacar sus negocios de la confusion en que los habia arrojado la conducta de Bobadilla, y solicitando la restauracion de sus oficios y dignidades. Todo

este tiempo gozó el favor y atencion de los soberanos, y recibió promesas repetidas de que al fin se le reinstalaria en todos sus honores. Pero ya hacia mucho tiempo que habia él averiguado la grande distancia que puede mediar en una corte entre la promesa y su cumplimiento. Si hubiera sido de carácter mórbido y triste, habria tenido copioso alimento para la misantropía. Vió la carrera de gloria que él habia abierto, ocupada por favoritos y aventureros; vió los preparativos y armamento de una escuadra, destinada á conducir con insólita pompa al sucesor de aquel gobierno que tan injusta y rudamente le habian arrancado; y él, entre tánto, interrumpida su carrera; y si los empleos públicos son prueba del favor real, envisible desgracia.

El temperamento sanguíneo de Colon no podia estar mucho tiempo deprimido; si en una direccion se le encadenaba,

volaba en otra. Su imaginacion visionaria era como una luz interna, que en los momentos de mayor obscuridad repelia las tinieblas esteriores, y llenaba su ánimo de espléndidas imágenes y gloriosas especulaciones. En aquellos tiempos desventurados recurria á su memoria con peculiar fuerza el voto de levantar dentro de siete años desde el dia de su descubrimiento cincuenta mil soldados de á pie y cinco mil caballos, para el rescate del santo Sepulcro. El tiempo habia pasado, sin que le fuera posible cumplir el voto. El Nuevo Mundo, con todos sus tesoros, habia producido hasta entonces mas gastos que provechos; y lejos de estar en el caso de poder levantar ejércitos con sus propios fondos, se encontraba Colon sin propiedad, sin influencia y sin empleo.

Destituido de medios para cumplir sus piadosas intenciones, consideró obli-

gacion suya incitar á sus soberanos á la empresa; y le animaba para hacerlo el haber primitivamente hablado de aquel proyecto como el grande designio á que debian dedicarse las ganancias de sus descubrimientos: se entregó, pues, con su acostumbrado celo á preparar argumentos para ello. En los intérvalos de sus ocupaciones buscaba en las profecías de las santas Escrituras, en los escritos de los santos Padres, y en otros libros sagrados y especulativos, portentos y revelaciones místicas, que pudiesen construirse como anuncios del descubrimiento del Nuevo Mundo, de la conversion de los gentiles, y del rescate del santo Sepulcro: tres grandes sucesos que él suponia estuviesen predestinados á sucederse rápidamente. Estos pasages los arregló y ordenó, con la ayuda de un fraile cartujo; é ilustrándolos con poesías y formando de ellos un tomo ma-

nuscrito, se lo entregó á los soberanos. Preparó al mismo tiempo una larga carta, escrita con su acostumbrado fervor de espíritu y sencillez de corazon. Es una de aquellas composiciones singulares que manifiestan la parte visionaria de su carácter, y la mística lectura con que acostumbraba nutrir su solemne y elevada imaginacion.

En esta carta pedia á sus magestades formar una cruzada, para librar á Jerusalen del poder de los falsos creyentes. Les suplicaba no desechasen su consejo como estravagante é impracticable, ni escuchasen el descrédito con que otros podrian tratarlo; recordándoles que su gran plan de descubrimientos habia primitivamente recibido total desprecio. Confesaba plenamente su persuasion de que desde la infancia, le habia escojido el cielo para cumplir aquellos dos grandes designios; el descubri-

miento del Nuevo Mundo y el rescate del santo Sepulcro. Para esto, en sus tiernos años, le habia guiado un impulso divino á abrazar la profesion marítima; modo de vida, dice, que inclina al hombre á investigar los misterios de la naturaleza; y habia sido favorecido con un ánimo curioso para leer toda especie de crónicas y obras de filosofía. Al meditar en ellas, el Todopoderoso habia abierto su razon *con palpable mano*, para descubrir la navegacion de las Indias, y le habia inflamado ardor bastante para entrar en tan grande empresa. *Animado por este celo*, añade, *vine á vuestras magestades: todos los que oyeron mi proyecto se mofaron de él; todas las ciencias que sabia no me aprovecharon de nada; siete años pasé en vuestra corte real disputando el caso con personas de mucha autoridad y doctas en las artes; y al fin decidieron que todo era*

vano. Solo en vuestras magestades hubo fe y constancia. ¿Quién dudará que vino aquella luz de las santas Escrituras, iluminando á vuestras magestades y á mí con rayos de maravilloso lustre?

Estas ideas, tan repetida, solemne y sencillamente espresadas por un hombre de la piedad fervorosa de Colon, manifiestan cuán verdaderamente se procreó el proyecto de descubrimientos en su propio ánimo, y no nació de informes suministrados por otros. Le consideraba intimacion divina, y cumplimiento de lo que se habia predicho por nuestro Salvador y por los profetas. Pero aun lo miraba solo como suceso preparatorio para la grande empresa del recobro del santo Sepulcro. Creia milagro del cielo haberle animado á él y á otros para aquella santa empresa; y aseguró á sus magestades, que si tenian fe en su proposicion presente como en la pasada, serian pre-

miados de seguro con glorioso y triunfante éxito. Les pidió no escuchasen la mofa de los que le llamaran lego, marinero ignorante y hombre mundano; recordándoles que la santa Escritura obra, no solo en los doctos sino tambien en los ignorantes; y aun revela lo futuro, no solo por medio de entes racionales, sino con prodijios ejecutados en las alimañas y por signos en el aire y en los cielos.

La empresa sugerida por Colon, aunque pueda en el dia aparecer estravagante y ociosa, estaba de acuerdo con la disposicion de aquellos tiempos y la corte á que se propuso. La vena de erudicion mística que la soportaba, era tambien propia de una edad en que las visiones de los claustros influian aun en los ejércitos y en los gabinetes. Aun no se habia desvanecido el espíritu de las cruzadas. En la causa de la Iglesia, y á instigacion de sus dignatarios, estaba pronto todo ca-

ballero á desnudar la espada; y la religion mezclaba un brillante y devoto entusiasmo con el estímulo general de la guerra. Fernando era un mojigato religioso, y la devocion de Isabel frisaba tanto en la supersticion cuanto podia permitirlo su espíritu liberal y magnánimo. Ambos soberanos estaban bajo la influencia de políticos eclesiásticos, que dirigian sus empresas de tal modo, que redundasen en beneficio del poder temporal y gloria de la Iglesia. La reciente conquista de Granada se habia considerado como una cruzada europea y adquirídole á los soberanos el epiteto de católicos. Era natural que pensasen en estender aun mas lejos sus victorias sagradas, y en hacer sufrir á los infieles por sus duraderas conquistas en España, y por los triunfos de la cruz que habian logrado. En efecto, el duque de Medina-Sidonia acababa de entrar

en Berbería, y de tomar á Melilla. Esta espedicion se tuvo por principio de nuevas guerras contra los infieles de Africa (1).

Nada pues se podia mirar en la proposicion de Colon como ridículo, considerando el periodo y circunstancias en que se hizo, aunque sirva para ilustracion de su carácter entusiasta y visionario. Es preciso no olvidarse de que se meditó en la corte del Alhambra, entre las espléndidas reliquias de la grandeza mora, á donde pocos años antes habia

(1) Garibay, Hist. de España, l. xix, c. 6. Entre las colecciones de la biblioteca del príncipe don Sebastian hay un folio, que entre otras cosas contiene un papel ó carta, con el cálculo de los gastos probables de un ejército de veinte mil hombres para la conquista de la Tierra Santa. Es de fecha de 1509 ó 1510, y la letra parece del mismo periodo.

visto el estandarte de la fe elevarse en triunfo sobre los símbolos de la infidelidad. Parece haber sido producida en uno de aquellos momentos de alta escitacion, en que, como se ha dicho, se elevaba su alma contemplando la grandeza y gloria de la mision que tenia; cuando se consideraba; en fin, bajo la inspiracion divina, comunicando la voluntad del cielo, y llenando el santo y sublime objeto á que estaba predestinado (1).

(1) No era Colon el solo de esta creencia; la tenian tambien muchos de sus celosos y doctos admiradores. El erudito lapidario Jaime Ferrer, en su carta escrita á Colon en 1495, por mandado de los soberanos, dice: *Veo en esto un gran misterio: la divina é infalible Providencia enviódal grande Santo Tomás, del occidente al oriente, para enseñar en la India nuestra santa y católica fe: á vos, señor, os envió en direccion opuesta, del oriente al*

CAPÍTULO V.

PREPARATIVOS DE COLON PARA EL CUARTO VIAJE DE DESCUBRIMIENTOS.

[1501—1502.]

La especulacion relativa al rescate del santo Sepulcro, tuvo solo pasajero do-

---

occidente, hasta que llegasteis al Oriente, á la parte estrema de la India superior, para que sus gentes oigan lo que no escucharon sus antepasados de la predicacion de Santo Tomas. Así se cumplirá lo que está escrito, in omnem terram exibit sonus eorum. *** Y despues: *El oficio que vos, Señor, ejerceis, os pone en la elevacion de un Apóstol, de un embajador de Dios, enviado por sus divinos juicios á hacer conocido su santo nombre por tierras desconocidas.* —*Letra de Mossen Jaime Ferrer.*—*Colecion de Navarrete, t. ii, d.* 68.

minio en el ánimo de Colon. Sus pensamientos volvieron con doble ardor al canalacostumbrado. Leimpacientaba la inaccion, y no tardó en concebir un objeto principal para otra empresa de descubrimientos. La hazaña de Vasco de Gama, de haber acabado la por tan largo tiempo intentada navegacion de la India, doblando el cabo de Buena-Esperanza, era uno de los mas señalados acontecimientos del dia. Pedro Alvarez Cabral, siguiendo sus huellas, habia hecho un felicísimo viaje, y vuelto con sus bajeles cargados de las preciosas mercancías del oriente. Las riquezas de Calcuta eran el tópico de todas las lenguas: el comercio de diamantes y piedras preciosas de las minas del Indostan; el de perlas, oro, plata, ámbar, marfil y porcelana; el de telas de seda, ricas maderas, gomas, aromas y especias de toda clase. Los descubrimientos de las

rejiones salvajes del Nuevo-Mundo producian aun cortas rentas á la España; pero aquel sendero, repentinamente abierto á los opulentos paises del oriente, empezó á verter inmediatos y abundosos beneficios en Portugal.

La emulacion de Colon se escitó con estas pinturas; y concibió la idea de hacer un viaje, en que con su habitual entusiasmo creyó no solo sobrepujar los descubrimientos de Vasco de Gama, sino los suyos propios. Segun sus observaciones en el viaje de Pária, y los informes de otros navegantes, particularmente de Rodrigo Bastidas, que habia seguido mas lejos el mismo rumbo, parecia que la costa de tierra-firme se dilataba hácia el occidente. La del sur de Cuba, que él consideraba parte del continente asiático, se estendia tambien hácia el mismo punto. Las corrientes del mar Caribe podian pasar por entre

aquellas tierras. Estaba por lo tanto persuadido de que debia existir un estrecho en las inmediaciones, que saliese al mar Indio. La localidad de su imaginado estrecho estaba por las inmediaciones del que se llama hoy istmo de Darien (1). Si descubriese tal pasage, y encadenase asi el Nuevo-Mundo que habia descubierto, con las opulentas rejiones orientales del Antiguo, pensaba que daria espléndido fin y cima á sus trabajos, y consumaria el grande objeto de su existencia.

Cuando manifestó Colon su plan á

---

(1) Las-Casas, l. ii, c. 4, especifica como el sitio las cercanias del Nombre de Dios. Bastidas habia esplorado hasta el occidente de aquel lugar, y Colon consideraba que existia el estrecho algo mas allá.

los soberanos, le escucharon con la mayor atencion. Ciertos individuos del consejo real, se dice, que quisieron poner dificultades, recordando las varias exigencias del estado, y la escasez del tesoro real, que hacian muy inespediente cualquiera nueva empresa. Tambien intimaron, que no debia Colon ser empleado, hasta que su buena conducta en España quedara plenamente establecida por cartas de Ovando. Estas mezquinas sugestiones no tuvieron efecto; Isabel tenia confianza y fe implícita en la integridad de Colon. En cuanto á los gastos, pensaba que despues de dar tan poderosa escuadra y suntuosa comitiva á Ovando para tomar posesion de su gobierno, seria ingratitud y pequeñez rehusar algunos buques al descubridor del Nuevo-Mundo para proseguir sus ilustres empresas. La codicia de Fernando se inflamó con la idea de entrar pronto en po-

sesion de una via mas directa y segura á los paises en que estaba abriendo la corona de Portugal tan lucrativo comercio. Tambien aquella empresa ocuparia considerable tiempo al Almirante, y distrayéndolo de pretensiones poco convenientes, emplearia sus talentos del modo mas útil para la corona. Por mucho que dudase el rey de sus talentos legislativos, tenia la mas alta opinion de su habilidad náutica. Si un estrecho como el supuesto por Colon existia verdaderamente, él era el hombre mas capaz de descubrirlo de cuantos vivian entonces. A su proposicion, pues, se accedió prontamente, autorizándole para armar desde luego una escuadra con este objeto: llegó á Sevilla en el otoño de 1501.

Aunque esta empresa distrajo su atencion del romántico intento de rescatar el santo Sepulcro, aun no se le habia borrado del todo del pensamiento.

Dejó su coleccion manuscrita de profecías en poder de un devoto fraile llamado Gaspar Gorricio, que le ayudó á completarla. Al año siguiente se la presentó Colon á los reyes, acompañada de la ya dicha carta. En el próximo febrero tambien le escribió al papa Alejandro VII, apologizando por no haberle permitido sus ocupaciones indispensables pasar á Roma, segun tenia determinado, á dar cuenta de sus grandes descubrimientos. Despues de describirlos brevemente añade, que ha emprendido aquellos hechos, con intencion de dedicar la ganancia de ellos al rescate del santo Sepulcro. Habla del voto que en una carta habia manifestado á los soberanos españoles, de proveer en siete años cincuenta mil infantes y cinco mil caballos con aquel objeto, y otra fuerza igual en los cinco años siguientes. Esta piadosa intencion se lamenta de

que haya sido impedida por la astucia del demonio; y teme, que sin la ayuda divina se frustrará del todo, pues se hallaba despojado del gobierno que en perpetuidad se le habia concedido. Informa al santo Padre de sus preparativos para hacer otro viaje, y le promete ir á Roma á su vuelta, y relatar de palabra los pormenores de sus espediciones, poniendo á los pies de su Santidad una relacion que de ellos tenia escrita, en el estilo de los comentarios de César (1).

Tambien fue por este tiempo cuando envió á los soberanos su carta relativa al santo Sepulcro, con la coleccion de las profecías. No se sabe de qué modo se recibió aquella proposicion. Fernando, á pesar de toda su afectacion religiosa, era un príncipe astuto y mun-

(1) Navarrete, Colec. t. ii.

dano. En vez de una cruzada caballerosa y bizarra contra Jerusalen, preferia entrar en pacíficos tratos con el gran Soldan de Egipto, que amenazaba la destruccion del edificio sagrado. Asi envió al docto Pedro Mártir, tan distinguido por sus escritos históricos, de embajador al Soldan, se acomodaron satisfactoriamente las quejas entre ambos poderes, y se concluyó un tratado para la conservacion del santo Sepulcro, y la proteccion de los peregrinos cristianos que á él fuesen.

Entretanto seguia Colon los preparativos para su contemplado viaje, aunque muy lentamente, á causa, segun Charlevoix indica, de los artificios y dilaciones de Fonseca y sus agentes. Pidió permiso para tocar á Española en su viaje de ida con el objeto de tomar provisiones; pero los soberanos le prohibieron hacerlo. Sabian que tenia mu-

chos enemigos en la isla, y que estaria todo aun en grande agitacion por la llegada de Ovando y la demision de Bobadilla. Le consintieron, empero, que tocase á Española por corto tiempo á la vuelta; pues esperaban que para entonces ya estuviese restablecida la tranquilidad en la isla. Tambien se le permitió que llevase consigo á su hermano el Adelantado, y á su hijo Fernando, entonces de catorce años; asi como dos ó tres personas instruidas en la lengua árabe, que sirviesen de intérpretes, en caso de llegar á los dominios del gran Khan, ó de algun príncipe oriental donde aquella lengua pudiese ser la general, ó parcialmente conocida. En réplica á las cartas relativas al restablecimiento de sus derechos, y asuntos de su familia, le escribieron los soberanos en 14 de marzo de 1502, desde Valencia de la Torre, asegurándole solemnemente

que sus capitulaciones se cumplirian á la letra, y que las dignidades que allí se le concedian, las gozarian él, y sus hijos despues de él; y si fuese necesario confirmarlas de nuevo, asi lo harian, asegurándoselas á estos. Ademas de lo cual espresaban su intencion de concederles mas honores y premios á él, á sus hermanos y á sus hijos. Y le pedian por último, que fuese en paz y confianza, y que dejase sus negocios de España bajo el cargo de su primogénito don Diego (1).

Esta fue la última carta que recibió Colon de los soberanos, y las seguridades que contenia eran tan ámplias y tan absolutas como él podia desear. Pero algunas circunstancias recientes le habian hecho dudar de lo futuro. El tiempo que pasó en Sevilla, antes de su partida, lo

---

(1) Las-Casas, Hist. Ind. l. ii, c. 4.

empleó en parte en tomar precauciones para asegurar su fama, y conservar los derechos de su familia, poniéndolos bajó la proteccion de su pais natal. Sacó dobles copias de todas las cartas, concesiones y privilegios de los soberanos, nombrándole Almirante, virey y gobernador de las Indias, las cuales se autorizaron en debida forma; asi como copia de la carta dirigida á la nodriza del príncipe D. Juan, con una vindicacion circunstanciada y elocuente de sus derechos; y de otras dos cartas, dirigidas al banco de san Jorge en Génova, designándole la décima parte de sus rentas para que se emplease en disminuir los derechos del trigo y otras provisiones: patriótica y benévola donacion en favor de los indigentes de su ciudad nativa. Las copias, pues, de estos diversos documentos se las envió por medio de diferentes individuos á su amigo el doctor Nicolas

Oderigo, ex-embajador genovés en la corte de España, pidiéndole las conservase en seguro depósito, y se lo noticiase así á su hijo Diego. Mal contento quizá con la corte española, tomó aquella medida, para que sus descendientes pudiesen apelar al mundo ó á la posteridad si él perecia en aquel viaje (1).

---

(1) Estos documentos se conservaban desconocidos en la familia de Oderigo, hasta el año de 1670, que Lorenzo Oderigo se los presentó al gobierno de Génova, y se depositaron en los archivos. En los tumultos y revoluciones posteriores desapareció una de las colecciones de copias, y se llevó á Paris la otra. En 1816 se descubrió esta en la biblioteca del difunto conde Michel Angelo Cambiaso, senador de Génova. La procuró el rey de Cerdeña, soberano de Génova entonces, y se la regaló á la ciudad en 1821. Esta erigió para su conservacion una custodia

ó monumento, compuesto de una urna, que descansa en una columna de mármol, y sostiene el busto de Colon. Los documentos estan depositados dentro de la urna. Estos papeles se publicaron, juntos con una memoria histórica de Colon, por el doctor Gio. Battista Spotorno, profesor de elocuencia &c. de la universidad de Génova.

LIBRO XV.

CAPÍTULO I.

SALIDA DE COLON EN SU CUARTO VIAJE. — SE LE NIEGA LA ADMISION EN EL PUERTO DE SANTO DOMINGO. — QUEDA ESPUESTO Á UNA VIOLENTA TEMPESTAD.

[1502.]

El 9 de mayo de 1502 salió Colon de Cádiz, en su cuarto y último viaje de descubrimientos. Se componia su escuadra de cuatro carabelas, la mayor solo de setenta toneladas, y de cincuenta la mas pequeña: las tripulaciones montaban en total á ciento cincuenta hombres. Con esta flota y frájiles barcas empren-

dió la busca de un estrecho, que, si le hallaba, debia conducirlo á las mas remotas mares, y á una completa circunnavegacion del globo. La edad iba debilitando rápidamente su constitucion, cuando emprendió tan estenso y peligroso viaje. Tenia ya sesenta y seis años. Aquel temperamento en estremo robusto y vigoroso, habia al fin cedido á las inclemencias de tantos climas y á tantos padecimientos mentales. Su persona, ántes tan fuerte y magestuosa, estaba quebrantada ya por las enfermedades, aunque noble aun y erguida en su misma decadencia. Solo sus potencias intelectuales conservaban la antigua energía, incitándolo en un periodo de la vida en que los mas de los hombres buscan el reposo, á entregarse con juvenil ardor á la mas trabajosa y aventurada de las empresas.

Pero en este árduo viaje tenia un fiel consejero, y un coadjutor intrépido

y vigoroso en su hermano don Bartolomé, mientras su hijo menor Fernando le animaba con su afectuosa simpatía. Habia aprendido á apreciar aquella especie de consuelo doméstico por haber vivido con demasiada frecuencia un aislado estranjero, rodeado de falsos amigos y de pérfidos enemigos.

De Cádiz pasó la escuadra á Ercilla, en las costas de Marruecos, adonde ancló el 13. Sabiendo que la guarnicion portuguesa se hallaba estrechamente sitiada en el fuerte por los moros, y espuesta á gran peligro, le mandaron los soberanos que tocase en aquel punto, y les prestase toda la ayuda posible. A su arribo ya se habia levantado el asedio; pero estaba en cama el gobernador, que habia sido herido en un asalto. Colon envió á su hermano el Adelantado, á su hijo Fernando y á los capitanes de las carabelas á tierra para visitar al goberna-

dor, y ofrecerle los servicios de su escuadra con espresiones de amistad y cortesía. Dieron alta satisfaccion esta visita y mensage; y varios caballeros vinieron á dar gracias al Almirante, entre ellos algunos parientes de su difunta muger doña Felipa Muñoz. Despues de este cambio de cumplimientos se dió el Almirante á la vela el mismo dia, y continuó su viaje. El 20 de mayo llegó á la gran Canaria y se detuvo en las islas adyacentes algunos dias, proveyéndose de leña y agua. En la tarde del 25 salió para el Nuevo Mundo. Los vientos constantes fueron tan favorables, que continuó la pequeña escuadra su viaje sin tener que mudar una vela hasta el 15 de junio en que llegó á una de las islas Caribes, llamada Mantinino por los naturales (1). Despues de parar en ella tres

(1) El señor de Navarrete supone

dias , proveídose de madera y agua, y dado tiempo á los marineros para lavar sus ropas , pasó la escuadra al occidente de la isla , y de alli á la Dominica, distante unas diez leguas. Luego continuó por el oriente de las Antillas hasta Santa Cruz, y pasando por el sur de Puerto-Rico , tomó el rumbo de Santo Domingo. Era esto contrario al plan original del Almirante, que habia pensado ir á Jamáica, y de allí al continente, á esplorar sus costas y buscar el supuesto estrecho. Tambien era contrario á las órdenes de los soberanos , que le habian prohibido tocar á Española en su viaje de ida. Fue su escusa , que el principal de

---

que fuese esta isla la misma llamada hoy Santa Lucia. Por la distancia que hay de ella á la Dominica, segun la describe Fernando Colon , parece mas probable que fuese la presente Martinica.

sus bajeles navegaba malísimamente, apenas podia hacer vela, y contínuamente detenia al resto de la escuadra (1). Deseaba por lo tanto cambiarlo con uno de la flota que acababa de traer á Ovando á su gobierno, ó comprar otro buque en Santo Domingo; y estaba persuadido de que no se llevaria á mal que se hubiese separado de sus órdenes en un caso de tanta importancia para la seguridad y buen éxito de la espedicion.

Es necesario bosquejar la situacion de la isla en aquel momento. Ovando habia llegado á Santo Domingo el dia 15 de abril. Se le habia recibido con las acostumbradas ceremonias en la costa por Bobadilla, acompañado de los principales habitantes de la ciudad. Se le escoltó hasta la fortaleza, adonde su comi-

---

(1) Carta de Colon desde Jamaica. —Diario de Porras. —Navarrete, col. l. i.

sion se leyó en forma, y en presencia de todas las autoridades. Se recibieron los juramentos, y se observó el ceremonial de costumbre; y el nuevo gobernador fue aclamado con grandes demostraciones de obediencia y satisfaccion. Empezó Ovando los deberes de su empleo con asiento y prudencia, tratando á Bobadilla con cortesía totalmente opuesta á la rudeza con que él habia desposeido á Colon. La vaciedad de un mero empleo, cuando no la sostiene el mérito, se mostró en el caso de Bobadilla. Al punto en que cesó su autoridad, se desvanéció toda su importancia. Se encontró repentinamente solitario, abandonado por aquellos á quienes mas habia favorecido; y vió el ningun valor de la popularidad que se gana halagando al pueblo. Aun pudo servirle de consuelo que no se le hiciese algun proceso; pero Las-Casas, que se hallaba alli en aquella época, di-

ce que no oyó hablar muy mal de él á ninguno de los colonos (1).

La conducta de Roldan y de sus cómplices sufrió una investigacion estricta, y muchos fueron arrestados para enviarlos á España. Mas no se presentaron decaidos de ánimo; pues confiaban tal vez algunos en la influencia de sus amigos en España, y otros en la bien conocida disposicion del obispo Fonseca, para favorecer á cuantos habian hecho mal á Colon.

La flota que trajo á Ovando, estaba pronta para darse al mar; y debia conducir á España muchos de los principales delincuentes y de los ociosos y libertinos de la isla. Habia de embarcarse Bobadilla en el buque principal, á bordo del cual se puso una inmensa cantidad de oro, renta adquirida

---

(1) Las-Casas, Hist. Ind. l. ii, c. 3.

á la corona durante su gobierno, y que él confiaba espiaria todas sus faltas. Habia una masa sólida de oro vìrgen á bordo de este buque, famosa en las crónicas antiguas españolas. Era hallazgo que hizo una india en un arroyo, en los estados de Francisco de Garay y Miguel Diaz, y la habia tomado Bobadilla para dársela al rey, recompensando como era de justicia á sus propietarios. Se dice que pesaba tres mil y seiscientos castellanos (1).

Tambien se embarcaron grandes cantidades de oro por los amigos de Roldan y otros aventureros, riqueza hija de los sufrimientos de los indios. Entre las personas que debian ir en el principal buque, se contaba el desgraciado Guarionex, antes poderoso cacique de la Vega. Habia estado preso en el fuerte

---

(1) Las-Casas, c. 5.

de la Concepcion, desde su captura despues de la guerra de Higuey, y se le envió cautivo y en cadenas á España. En uno de los buques habia puesto Alonso Sanchez de Carvajal, agente de Colon, cuatro mil piezas de oro para remitírselas á España; siendo parte de la propiedad recientemente adquirida, ó rescatada de las manos de Bobadilla (1). Hechos los preparativos para la salida de la escuadra, y estando pronta la flota para darse á la vela, llegaron los buques de Colon al puerto el 29 de junio. Inmediatamente mandó á tierra á Pedro de Terreros, capitan de una de las carabelas, para que visitase á Ovando, y le esplicase que el motivo de su venida era solo procurar un bajel en cambio de otro que traía estremamente defectuoso. Le pedia permiso tambien para recoger

(1) Ibidem.

su escuadra en el puerto, temiendo por varias indicaciones la proximidad de una tormenta. Ovando negó esta peticion. Piensa Las-Casas probable, que tuviese instrucciones de sus soberanos para no admitir á Colon, y que ademas le guiarian prudentes consideraciones. Santo Domingo estaba lleno de los mas encolerizados enemigos del Almirante, muchos de ellos altamente exasperados por los procedimientos criminales de que acababan de ser objeto (1).

Cuando recibió Colon la poco grata respuesta de Ovando, y vió que se le negaba todo refugio, quiso á lo menos impedir el peligro de la flota que estaba para darse á la vela. Hizo pues volver á Terreros, para suplicar al gobernador no permitiese salir los buques en muchos dias, asegurándole que habia seña-

---

(1) Ibidem.

les indudables de una grande tempes-
tad. El segundo mensage no tuvo me-
jor acogida que el primero. El tiempo
parecia sereno y tranquilo á ojos menos
esperimentados que los de Colon; desea-
ban partir los pilotos y marineros. Se
mofaron de las predicciones del Almi-
rante, ridiculizándole como falso profe-
ta, y persuadieron á Ovando no detu-
viese la escuadra por tan insubstancial
pretesto.

Amargo debió ser para Colon verse
asi negar el auxilio que el estado de
sus buques requeria, y que se le esclu-
yese en aquellos momentos peligrosos
del mismo puerto que él habia descu-
bierto. Casi parece que estuvo su vida des-
tinada á servir de ejemplo de la ingratitud
de los hombres. Se retiró del rio lleno de
dolor y de indignacion. Murmuraban
abiertamente las tripulaciones de que se
les cerrase un puerto de su misma nacion,

cuando hasta á los estrangeros se abriría en las mismas circunstancias. Les desazonaba haberse embarcado con un gefe que estuviese sujeto á recibir tales desaires; y solo anticipaban desgracias de un viaje, en que se veían espuestos á los peligros del mar, y repulsados de la proteccion de la tierra.

Seguro, por sus observaciones de los fenómenos naturales, en que era habilísimo, de que no podia distar mucho la anticipada tormenta, y creyendo que viniese del lado de tierra, mantuvo Colon su débil escuadra cerca de la costa, y buscó anclaje en una bahía ó rio de la isla.

Entretanto salió la flota de Bobadilla de Santo Domingo, y se hizo al mar confiadamente. A los dos dias se verificó la prediccion de Colon. Se habia formado gradualmente uno de los tremendos huracanes que á veces desvastan aquellas latitudes. La ominosa apariencia de los

cielos, las procelosas ondas del Océano, el rujir de los vientos, todo anunciaba su venida. La flota habia apenas llegado al estremo oriental de Española, cuando la tempestad bajó sobre ella con terrífica furia, y la convirtió súbitamente en despedazadas ruinas. El bajel en que iban Bobadilla, Roldan y muchos de los más inveterados adversarios de Colon, pereció con toda su jente, con la célebre masa de oro, y la parte principal del mál ganado tesoro que produjeron las miserias de los indios. Tambien se perdieron otros muchos buques, y volvieron algunos muy quebrantados á Santo Domingo; uno solo pudo continuar su viaje á España. Este era, segun Fernando Colon, el mas frájil de la flota, y el que llevaba á bordo las cuatro mil piezas de oro de propiedad del Almirante.

Al principio de la tormenta permaneció la pequeña escuadra del Almirante media-

namente guarecida por la tierra. Al segundo dia creció la violencia de la tempestad, y sobreviniendo la noche, mas que de ordinario tenebrosa, se perdieron los buques de vista y se dispersaron. El del Almirante se mantuvo junto á la orilla y no padeció nada. Los otros, temiendo la tierra en tan oscura y tumultuosa noche, salieron al mar, y se entregaron á toda la furia de los elementos. Muchos dias estuvieron errantes á merced de los vientos y las ondas; temiendo fracasar á cada paso, y los unos creyendo perdidos á los otros. El Adelantado que mandaba aquel buque que, como ya se ha dicho, podia apenas navegar, estuvo en eminente peligro; y á no ser náutico consumado, no hubiera podido evitar el naufragio. Al fin, despues de varias vicisitudes, llegaron todos salvos á puerto Hermoso, occidente de Santo Domingo. El Adelantado perdió su bote; y todos

los buques menos el del Almirante sufrieron algun desman. Cuando este supo la señalada destruccion que habia acabado con sus enemigos, casi delante de su misma vista, se llenó de temor reverente del cielo; y tuvo su conservacion por poco menos que milagrosa. Su hijo Fernando, y el venerable historiador Las-Casas, consideraron tambien aquel suceso como uno de los terribles juicios, que parecen lanzar á veces desde los cielos retribuciones temporales. Observaron ambos la circunstancia de que al paso que devoraron las iracundas mares á los enemigos de Colon, el solo buque de la escuadra que pudo seguir su viaje, y llegar al destinado puerto, fue la frájil barca en que iba propiedad del Almirante. El mal, empero, en esta, como en las mas de las circunstancias, hirió al inocente al par del culpable. En el mismo buque de Bobadilla y Roldan, pereció el cautivo

Guarionex, el desventurado cacique de la Vega (1).

CAPITULO II.

[1502.]

Por muchos dias permaneció Colon en puerto Hermoso, reparando sus buques y dando á las tripulaciones el necesario descanso despues de la tormenta pasada. Apenas dejó el puerto, cuando tuvo que refugiarse á causa de otra tormenta en Jaquemel, ó como le llamaban los españoles en puerto Brasil. De allí salió el 14 de julio, tomando el rumbo de tierra-firme. Por estar el tiem-

(1) Las-Casas, Hist. Ind. l. ii, c. 5. — Hist. del Almir. c. 88.

po en completa calma, fue llevado por las corrientes hasta las cercanías de algunas isletas de Jamaica (se supone que fuesen los Cayos de Morant), destituida de manantiales, y adonde obtuvieron los mareantes agua haciendo pozos en la arena.

Las calmas seguian y las corrientes le llevaron á otro grupo de isletas hácia el sur de Cuba, las mismas á que en 1494 dió el nombre de los jardines. Apenas tocó á ellas, cuando se levantó un viento favorable, que le permitió tomar el rumbo del sur-oeste, y despues de algunos dias descubrió el 30 de julio una pequeña pero levantada isla, agradable á la vista por la variedad de árboles que la cubria. Entre estos se elevaban robustos pinos, cuyo nombre dió Colon á la isla. Siempre, empero, ha conservado su apelacion india de Guanaga, estendida tambien á las numerosas is-

letas que la rodean. Este grupo está á algunas leguas de la costa de Honduras, y al oriente de la grande bahía ó golfo de aquel nombre.

El Adelantado desembarcó con la tripulacion de dos lanchas en la isla, que halló muy verde y fértil. Los habitantes se parecian á los otros isleños, aunque tenian las frentes mas estrechas. Estando aun en tierra, vió llegar una grande canoa, como venida de muy lejos y despues de haber hecho un importante viaje. Le admiraron su magnitud y contenido. Tenia ocho pies de ancho, y era tan larga como una galera, aunque construida de un solo árbol. Ocupaba su centro una especie de camarote de hojas de palma, semejante á los de las góndolas de Venecia, y suficientemente cerrado para escluir el sol y la lluvia. En él venia un cacique con su muger é hijos. Veinte y cinco indios vogaban, y traian

en la canoa toda especie de artículos de manufactura y producciones naturales dè los paises adyacentes. Se supone que viniese esta barca de la provincia de Yucatan, que dista como cuarenta leguas de la isla.

Los indios de la canoa no manifestaron temer á los españoles, antes se dirigieron francamente al lado de la capitana. Mucho se alegró Colon de que le trajesen así de una vez, sin peligro ni trabajo, una coleccion de muestras de todos los artículos importantes de aquella parte del Nuevo Mundo. Examinó con grande curiosidad é interés el cargo de la canoa. Entre varios utensilios y armas semejantes á los ya vistos entre los indios, encontró otros de calidad muy superior. Habia hachas para cortar madera, no de piedra sino de cobre. Espadas de madera, con canales en ambos lados de la hoja, á que estaban atados cortantes pedernales,

por medio de cuerdas hechas de los intestinos de ciertos pescados, de la misma especie que las que se hallaron despues entre los mejicanos. Habia campanillas de cobre, y otras cosas del mismo metal, como tambien una especie de rústico crisol en que fundirlo; varios vasos y utensilios curiosamente formados de barro, mármol y madera dura; sábanas y mantos de algodon, bien labradas y teñidas de varios colores; grande cantidad de cacao, fruto hasta entonces desconocido á los españoles, pero que segun vieron tenian los indios en grande estima, usándolo á la vez como alimento y como moneda. Tambien habia un brevage, estraido del maiz, y parecido á la cerveza. Sus provisiones consistian en pan de maiz y raices de varias especies semejantes á las de Española. De entre estos objetos escogió Colon los que le parecieron propios para enviarlos á España, danpo á los na-

turales en cambio diges europeos, con que quedaron muy satisfechos. No manifestaron ni admiracion ni miedo á bordo de los buques, y rodeados de gentes que debieron parecerles tan estrañas. Las mugeres llevaban mantos en que se envolvian como las moras de Granada, y los hombres lienzos de algodon al rededor de la cintura. Ambos sexos parecian mas cuidadosos de la conservacion de sus cubiertas, y con mas vivo sentimiento de modestia personal que ningunos de los indios vistos antes por Colon.

Esta circunstancia, junta con la superioridad de sus implementos y manufacturas, las tuvo el Almirante por indicaciones de irse acercando á paises mas civilizados. Quiso tomar informes de aquellos indios respecto á los de las cercanías; pero como hablaban diferente lengua que sus intérpretes, apenas pudo entenderlos. Dijeron, al parecer, que

acababan de llegar de un pais rico, cultivado é industrioso del occidente. Se esforzaron en hacerle comprender la opulencia de las magníficas regiones y gentes de aquellas tierras, y le aconsejaron fuese á visitarlas. Feliz hubiera sido para Colon no desechar este consejo. En uno ó dos dias hubiera llegado á Yucatan; el descubrimiento de Méjico y de otros ricos paises de la Nueva-España habria sido la consecuencia; el Océano del sur se hubiera desarrollado á su vista, y una sucesion de espléndidos descubrimientos ilustrado sus últimos dias, que no pasara entonces en triste negligencia y desengaño.

Pero el ánimo todo del Almirante estaba entregado al descubrimiento del estrecho. Como los paises descritos por los Indios estaban al occidente, supuso que podria visitarlos con facilidad en lo sucesivo, navegando con los vientos cons-

tantes á lo largo de la costa de Cuba, que imajinába seguia dilatándose hasta juntarse con ellos. Por entonces estaba resuelto á buscar la tierra firme, cuyas montañas se divisaban al sur, y poco distantes en apariencia (1): conservando sin variacion su rumbo hácia el oriente, y á lo largo de ella, llegaria sin duda al punto á donde se separaba de la costa de Pária por medio de un estrecho, al otro lado del cual hallaria camino para las islas de las Especias, y las partes mas ricas de la India (2).

Le animó tambien á continuar su curso oriental el informe de los indios, de que habia en aquella direccion muchos lugares abundantes en oro. La mayor

---

(1) Diario de Porras, Navarrete, t. i.

(2) Las-Casas, l. ii, c. 20. Carta de Colon desde Jamáica.

parte de las noticias de los indios se derivaban de un anciano, mas inteligente que los otros, y al parecer antiguo navegador de aquellas mares. Colon le retuvo para que le sirviese de guia por las costas, y despidió á sus compañeros, haciéndoles muchos regalos.

Al salir de Guanaga tomó al sur para tierra-firme, y á pocas leguas de navegacion descubrió un cabo, á que puso el nombre de Caxinas, por estar cubierto de árboles frutales, llamados así por los indios. Al presente se conoce con la apelacion de cabo de Honduras. En él desembarcó el Adelantado, en domingo 14 de agosto, con los capitanes de las carabelas y muchos marineros para oir misa, que se celebró solemnemente bajo los árboles de la costa, segun la piadosa costumbre del Almirante, cuando las circunstancias lo permitian. El 17 desembarcó el Adelantado de nuevo en un rio á

quince millas del punto anterior, y desplegando las banderas de Castilla, tomó posesion de aquel pais en nombre de sus magestadés católicas; por cuya circunstancia le dió el nombre de rio de la posesion (1).

Allí encontraron mas de cien indios juntos, cargados de pan y maiz, aves y peces, hortalizas y frutas de varias especies. Todo se lo presentaron al Adelantado y su comitiva, separándose de ellos sin hablar una palabra. Mandó el Adelantado que se les distribuyesen varios juguetes, con que quedaron muy contentos; al dia siguiente se aparecieron en el mismo parage, en mayores números y con mas abundantes provisiones.

Los naturales de aquellas cercanías, y por considerable distancia al oriente, tenian la frente mas alta y despejada

---

(1) Diario de Porras. Navarrete t. i.

que los de las islas. Usaban diferente lenguaje, y variaban entre sí en sus decoraciones. Algunos iban del todo en cueros, y tenian marcadas á fuego en el cuerpo las figuras de varios animales. Unos llevaban cubierta la mitad del cuerpo; otros chaquetas de algodon sin mangas, los mas trenzas de pelo en la parte anterior de la cabeza. Los caudillos, gorros de algodon blanco ó pintado. Cuando se componian para algun festin, pintaban sus rostros de negro, ó con listas de varios colores ó con círculos al rededor de los ojos. El anciano guia indio aseguró al Almirante que muchos erán caníbales. En una parte de la costa tenian los indios las orejas horadadas y desagradablemente estendidas; por lo cual los españoles llamaron á aquella rejion la costa de la Oreja.

Desde el rio de la Posesion procedió el Almirante por la que se llama hoy costa

de Honduras, venciendo vientos contrarios y luchando con adversas corrientes. Frecuentemente perdia en una virada lo que habia ganado en dos; muchos dias solo adelantó dos leguas, y ninguno mas de cinco. Por la noche anclaba cerca de tierra, temeroso de ser arrastrado en la obscuridad contra una costa desconocida; pero la violencia de las corrientes le obligaba de contínuo á salir al mar. En todo aquel periodo esperimentó el mismo tiempo que habia prevalecido en las costas de Española, y que hacia ya mas de sesenta dias que duraba. Habia, dice, casi una tempestad incesante de los cielos, con fuertes aguaceros, y tales truenos y relámpagos, que parecia acercarse el fin del mundo. Los que conocen las lluvias y tormentas de los trópicos, no creerán esta descripcion exagerada. Estaban tan relajados los bajeles, que se abrian por todas partes; desgarradas las

velas, rotas las cuerdas y corrompidas las provisiones. Muchas veces se confesaron los viajeros mútuamente sus pecados, y se prepararon para la muerte. *Muchas tempestades he visto*, dice Colon, *pero ninguna tan violenta ni duradera.* Alude á la série de tempestades que sufrió por mas de dos meses, desde que le rehusaron refugio en Santo Domingo. Gran parte de este tiempo habia padecido de la gota, agravada por su ansiedad y vigilias. No le impedia la enfermedad atender á sus deberes; mandó construir un camarote, ó cuarto pequeño en la popa, desde donde, aun estando en cama, podia observar y regular la navegacion de los buques. Con frecuencia se sintió tan malo, que creyó se aproximaba su fin. Padecia amargas pasiones de ánimo, considerando que habia persuadido al Adelantado, contra su voluntad, á entrar en esta espedicion, y que iba en

el peor bajel de la escuadra. Se arrepentía tambien de haber traido consigo á su hijo Fernando, esponiéndolo en tan tierna edad á tantos peligros y padecimientos, aunque los resistia el mancebo con el valor y la fortaleza de un veterano. Tambien descansaban sus pensamientos á ménudo en su hijo Diego, y meditaba los cuidados y perplejidades á que quedaria entregado si él le faltase entonces. Al fin, despues de luchar mas de cuarenta dias desde que dejaron el cabo de Honduras, para navegar unas setenta leguas, llegaron el 14 de setiembre á un cabo en que la costa formaba un ángulo, y se volvia directamente al sur, dándoles próspero viento y navegacion libre. Doblaron el cabo y siguieron aquel rumbo con velas henchidas y gozosos corazones; y el Almirante, para conmemoracion de aquel repentino alivio de peligros y trabajos, le dió

al cabo el nombre de Gracias á Dios (1).

CAPITULO III.

VIAJE POR LA COSTA DE MOSQUITOS, Y TRANSACCIONES EN CARÍARI.

[1503.]

Despues de doblar el cabo de Gracias á Dios, continuó Colon por la que se llama hoy costa de los Mosquitos. La tierra era de carácter vario, á veces fragosa con ásperos promontorios y cabos, dilatándose por medio del mar; á veces verde y fértil, y regada por abundantes corrientes. Crecian por los rios inmensos juncos y cañas, algunas de la espesura del muslo de un hombre: abundaban en

---

(1) Las-Casas, l. ii, c. 21.—Hist. del Almirante, c. 91.

pescado y tortugas, y se veían en sus orillas algunos caimanes. En uno de estos sitios pasó Colon por una piña de doce isletas, cerca de cuyas costas crecia un fruto parecido al limon, por lo cual les llamó los limonares (1).

Habiendo navegado unas sesenta y dos leguas por esta costa, y hallándose en gran necesidad de leña y agua, ancló la escuadra el 16 de setiembre en la embocadura de un copioso rio, por el que entraron los botes á proveerse de aquellos dos artículos. Cuando ya volvian á los buques, se hinchó el mar repentinamente, y precipitándose contra las rápidas aguas del rio, causó una conmocion violenta, en que pereció un bote con todos los que venian en él. Este suceso melancólico

---

(1) Pedro Mártir, déc. 3, l. iv. Pudieron ser estas limas, cierta especie de limon pequeño y estremadamente ácido.

entristeció á las tripulaciones, ya desanimadas y abatidas por los trabajos que habian sufrido; y Colon participando de su abatimiento, dió al rio el siniestro nombre de rio del desastre (1).

Dejaron aquellas infaustas cercanías, y siguieron costeando hasta hallarse los buques y gente casi imposibilitados de continuar el viaje, á causa de las tempestades que habian esperimentado. El 25 de setiembre ancló Colon entre una isleta y el continente, en lo que parecia la situacion mas cómoda y deliciosa. Estaba la isla cubierta de palmas, cocos, ananas, y un fruto delicado y aromático, que equivocaba el Almirante de contínuo con el mirabolano de las Indias orientales. Las frutas, flores y olorosos arbustos de la isla despedian gratísimos perfumes, por

---

(1) Las-Casas, l. ii, c. 21. — Hist. del Almirante, c. 91. — Diario de Porras.

lo que le puso el Almirante La-Huerta. Los indios le llamaban Quiribiri. En frente, á una corta legua de distancia, habia un lugàr indio, nombrado Cariari, en la orilla de un hermoso rio. El pais cercano era fresco y verde, diversificado con nobles colinas y florestas, y con árboles de tal altura, que dice Las-Casas que parecia llegaban al cielo.

Cuando los habitantes vieron los buques, se juntaron en las costas armados de flechas, lanzas y clavas, preparados á defender sus tierras. Los españoles, empero, no intentaron desembarcar aquel dia, ni al siguiente, sino permanecieron tranquilamente á bordo, reparando sus buques, aireando y enjugando sus dañadas provisiones, y descansando de las fatigas del viaje. Al ver los salvages que aquellas gentes prodigiosas, que hàbian llegado de tan estraño modo á sus costas, eran del todo pacíficas, y no que-

rian molestarlos, cesó su alarma y empezó á predominar la curiosidad. Hicieron varias señas de paz, tremolando los mantos como banderas, y convidando á los españoles á ir á tierra. Mas osados aun, nadaron á los buques, trayendo mantos y túnicas de algodon, y adornos del oro inferior llamado por ellos guanin, con que se engalanaban el cuello. Ofrecieron á los españoles estos artículos; pero el Almirante prohibió todo comercio, haciéndoles regalos sin tomar nada en cambio, con el deseo de dejar favorable idea de la liberalidad y desinteres de los blancos. El orgullo de los salvages quedó herido al ver que se rehusaban aquellos presentes, despreciando sus manufacturas y productos. Quisieron responder con la manifestacion de una indiferencia semejante. Al volver á tierra, ataron juntos todos los artículos europeos que se les habian dado, sin rete-

ner la menor vagatela, y los dejaron sobre la arena, adonde fueron hallados por los españoles al otro dia.

Viendo que no querian los estrangeros salir á tierra, usaron los indios varios médios de ganar su confianza y disipar las sospechas que pudieron haber causado sus amenazas primitivas. Habiéndose acercado un bote á la playa muy cautamente á buscar sitio á propósito para llenar los cascos de agua, salió de entre los árboles un indio anciano y de venerable aspecto, con una bandera blanca suspendída de un palo, en señal de paz y conduciendo dos muchachas, una como de catorce años y otra de ocho, con joyas de guanin al rededor del cuello. Trajeron estas al bóte y se las entregaron á los españoles significando que quedaban en rehenes, mientras estuviesen los estrangeros en tierra. Entonces salieron los españoles con confianza á llenar sus cascos, y los

indios permanecieron á gran distancia, observando el cuidado mas escrupuloso en no causar nuevas sospechas con sus palabras ni movimientos. Cuando los botes iban á volverse, hizo señas el indio anciano de que se llevasen á bordo las muchachas, y no quiso admitir escusa alguna. Las indias no manifestaron sentimiento ni miedo al entrar en los buques, aunque rodeadas de hombres que debieron parecerles crudos y formidables. Colon tuvo cuidado de que no se abusara de la confianza que en él se ponia. Despues de festejar bien á las jóvenes, vestirlas y adornarlas, las mandó á tierra. Pero vino la noche, y aun estaba desierta la costa. Tuvieron pues que volver á los bajeles, adonde la pasaron bajo la cuidadosa proteccion del Almirante. A la otra mañana las volvió á sus compatriotas. Fueron recibidas con alegría por el anciano, que manifestó

mucho agradecimiento por el buen trato que habian esperimentado. Por la tarde, empero, cuando fueron los botes á tierra, se aparecieron las jóvenes acompañadas de una multitud de sus parientes que volvieron todos los regalos, sin conservar el mas mínimo de ellos, aunque debian haber sido preciosos á sus ojos: tanto era el orgullo de aquellos salvages, y el agravio que habian recibido al ver que se rehusaban sus presentes.

Al otro dia al acercarse el Adelantado á la costa, dos de los principales indios entraron en el agua, lo sacaron en brazos del bote, y llevándolo á tierra, lo sentaron con gran ceremonia sobre unos céspedes. Don Bartolomé quiso recibir de ellos noticias respecto al pais inmediato, y mandó al escribano de la escuadra que anotase sus respuestas. Este preparó inmediatamente su pluma, papel y tintero, y comenzó á encabezar su escrito; pero

asi que vieron los indios aquel estraño y misterioso proceso, equivocándolo con alguna operacion nicromántica que iba á destruirlos, huyeron aterrados. Volvieron despues, arrojando al aire ciertos polvos odoríficos, y quemando algunos de ellos en tal direccion, que el viento llevase su humo hácia los españoles. Era este, especie de antídoto que oponian á los encantos adversos; pues miraban á los españoles como entes de misterioso y sobrenatural órden.

Los marineros consideraban tambien los contra-encantos de los indios con mucha desconfianza, y temian que hubiese en ellos algo de mágica; y hasta Fernando Colon, que se halló presente y recuerda aquella escena, parece sospechar que estuviesen los indios versados en la brujería y por eso la imaginasen en los otros (1).

---

(1) Hist. del Almirante, c. 91.

Para no ocultar una flaqueza mas característica de la edad en que vivia que del hombre que la esperimentaba, el mismo Colon tenia una idea semejante, y asegura á los soberanos en su carta desde Jamáica, que los habitantes de Cariari y sus cercanías eran grandes encantadores; indicando que las dos muchachas indias que visitaron sus buques traian polvos májicos ocultos en sus personas. Añade, que atribuian los marineros todas las dilaciones y trabajos que habian padecido en aquella costa, á estar bajo la influencia de algun mal encanto, obrado por la brujería de los naturales; opinion que aun conservaban todos.

Varios dias permaneció alli la escuadra, en los cuales se repararon los buques, y se recrearon y reposaron en tierra las tripulaciones. El Adelantado hizo con una partida de gente armada varias espediciones para informarse de la naturaleza del

pais. No se encontraba en él oro puro; todas las joyas eran de guanin; pero aseguraron los indios al Adelantado, que procediendo á lo largo de la costa, pronto llegarian á un parage, adonde habia óro en grande abundancia.

Al examinar aquellas poblaciones, encontró el Adelantado en una casa varios sepulcros. Uno contenia un cuerpo humano embalsámado: en otro habia dos, envueltos en algodones, y conservados de tal modo, que no tenian olor desagradable. Los adornaban aquellas joyas que mas habian estimado cuando vivian, y estaban decorados los sepulcros con entalles rústicos, pinturas representando varios animales, y á veces lo que parecia destinado á ser retrato del difunto (1). En las mas de las tribus salvages se ha

---

(1) Las-Casas, l. ii, c. 21. — Hist. del Almirante, c. 91.

encontrado mucha veneracion por los muertos, y grande deseo de conservar en reposo sus cuerpos.

Al darse Colon á la vela se apoderó de siete indios, dos de los cuales, por parecer los mas inteligentes, escogió por guias, y dejó ir á los demas. Habia licenciado con regalos á su último guia en el cabo de Gracias á Dios. Los habitantes de Cariari manifestaron estrema sensibilidad al ver la prision de sus compatriotas. Se llenó de indios la orilla, y mandaron cuatro de sus hombres principales con regalos á los buques, implorando la libertad de los presos.

El Almirante les aseguró que solo llevaba á sus compañeros como guias, por una corta distancia de las costas, y que los volveria despues sanos y salvos á sus casas. Mandó que se diesen á los embajadores varios regalos; pero ni sus promesas ni sus dones pudieron mitigar

la tristeza y aprension de los naturales, al ver que entes tan misteriosos se llevaban á sus amigos (1).

CAPITULO IV.

VIAJE POR COSTA-RICA. — ESPECULACIONES RESPECTO AL ISTMO DE VERAGUA.

[1502.]

El 5 de octubre partió la escuadra de Cariari y tomó la derrota de lo que hoy se llama Costa-rica, á causa de las minas de oro y plata que en años posteriores se hallaron en sus montañas. Despues de navegar cómo veinte y dos leguas, anclaron los buques en una grande bahía, de seis leguas de largo y tres de ancho, llena de islas con canales entre ellas, de modo que presentaba tres ó cuatro entra-

---

(1) Ibidem.—Ibídem.—Carta de Colon desde Jamáica.

das. Le llamaban los naturales Caribaro, y la habian indicado los indios de Cariari como abundante en oro.

Las islas eran verdes y cubiertas de arboledas que exhalaban la fragancia de flores y de frutos. Los canales que las dividian tan profundos y libres de rocas, que navegaban los buques por ellos á toda vela, como si hubiesen estado abiertos en la calle de una ciudad, tocando el cordaje las estendidas ramas de los árboles. Anclaron los bajeles, y fueron los botes á tierra á una de las islas, adonde hallaron veinte canoas. Los indios estaban en tierra entre los árboles. Habiéndolos animado sus compatriotas de Cariari, que acompañaban á los españoles, vinieron hácia estos con confianza. Allí, por la vez primera en aquella costa, encontraron los españoles muestras de oro puro. Tenian los naturales grandes láminas de este metal, suspendidas al cue-

llo por medio de cordones de algodon, y tambien adornos de guanin, rudamente trabajados en forma de águilas. Uno de èllos cambió una lámina de oro que valia diez ducados por tres cascabeles.

Al dia siguiente procedieron los botes á tierra-firme, al fondo de la bahía. Eran las tierras de al rededor élevadas y ásperas, y los lugares estaban generalmente edificados por las alturas. Se encontraron diez canoas de indios, con guirnaldas de flores en la cabeza, y coronas formadas de uñas de animales y plumas de pájaros: los mas traian láminas de oro al cuello; pero rehusaron deshacerse de ellas. Los españoles condujeron dos al Almirante para que le sirviesen de guia. Uno tenia una lámina de oro puro que valia catorce ducados; el otro un águila del valor de veinte y dos. Viendo la mucha importancia que daban á aquel metal los estrangeros, les aseguraron que se encontraba

abundantemente á dos dias de viaje; y hablaron de varios sitios de la costa, de donde ellos lo traian, y en particular de Veragua, que distaba como veinte y cinco leguas.

La codicia de los españoles se inflamó á vista del oro que parecia abundar tanto entre aquellos indios. Contentos hubieran permanecido allí para comerciar; mas no quiso permitirlo el Almirante. Apenas juntó las muestras é informes de la riqueza del pais que necesitaba, cuando se apresuró en busca del grande objeto de su empresa, el imaginario estrecho.

El 17 de octubre salió de la bahía ó mas bien golfo, y empezó á costear esta region de reputada opulencia, llamada despues Veragua; y á las doce leguas de navegacion llegó á un ancho rio, que su hijo Fernando nombró el Guaig. Al salir los botes para tierra, se aparecieron en la costa unos doscientos indios, armados

de clavas, lanzas y espadas de madera de palma. Las florestas resonaban con el estrépito de sus tambores y conchas, acostumbradas señales de guerra. Se arrojaron al mar hasta llegarles el agua á la cintura blandiendo sus armas, y echándo agua hácia los españoles en signo de reto. Pronto los apaciguaron los movimientos é intervencion de los intérpretes; y cambiaron gustosos sus adornos con los españoles, dando diez y siete láminas de oro, del valor de ciento y cincuenta ducados, por algunos juguetes y vagatelas.

Cuando volvieron los españoles al dia siguiente á renovar su tráfico, ya habian los indios recaido en su hostilidad; tocaron furiosos sus conchas y tambores, y se lanzaron al mar á atacar los botes. Un tiro de ballesta que hirió á uno de ellos en el brazo, refrenó su furia; pero á la descarga de un cañon, huyeron aterrados, pensando que venian sobre ellos los true-

nos y rayos del cielo. Cuatro españoles saltaron á tierra, siguiéndolos y llamándolos. Arrojaron sus armas, y volvieron sumisos y dóciles como corderos hácia los españoles, trayéndoles tres láminas de oro, y recibiendo con humildad y gratitud lo que estos quisieron darles en cambio.

Siguiendo á lo largo de la costa, ancló el Almirante en la entrada de otro rio llamado el Catiba. Allí tambien esperaba su arribo otra alarma guerrera, y el estrépito de tambores y conchas heridos por entre las florestas indicaba el juntarse de los combatientes. Una canoa vino despues con dos indios á preguntar quien eran los estrangeros que habian venido á sus costas, y qué querian. Despues de cambiar algunas palabras con los intérpretes, entraron en la capitana con impávida confianza, y satisfechos de las intenciones amistosas de los españoles,

volvieron á su cacique con favorables informes. Fueron á tierra los botes, y el cacique recibió bondadosamente á su tripulacion. Estaba el caudillo en cueros como sus súbditos, de quienes solo se distinguia en la mucha deferencia de estos, y por una pequeña atencion hácia su comodidad personal, cubriéndose con una inmensa hoja de un aguacero que á la sazon caia. Dió gustoso en cambio una grande lámina de oro, y permitió á sus gentes que hiciesen lo mismo. Se juntaron diez y nueve láminas de oro puro. Allí vieron los españoles por primera vez en el Nuevo-Mundo algunas señales de sólida arquitectura, y una gran masa de estuco de que como muestra conservó un fragmento el Almirante, considerándole indicacion de que se iba acercando á paises en que las artes estaban mejor cultivadas.

Habia pensado visitar otros rios de

aquella costa; pero habiéndose levantado un viento fresco en popa, quiso aprovecharlo, y pasó sin detenerse por delante de grandes ciudades, á donde le aseguraron sus intérpretes que podia hacerse de inmensas cantidades de oro; una de estas dijeron que era Véragua, de quien recibió despues nombre toda la provincia. Allí segun los intérpretes estaban las mas ricas minas, y se fabricaban las mas de las láminas de oro. Al otro dia arribaron enfrente de un lugar llamando Cubiga, á donde le dijeron á Colon, que acababan los paises del oro. Resolvió no volver á esplorarlos, considerándolos como descubiertos, y sus minas aseguradas á la Corona. Todo su deseo era llegar al supuesto estrecho, que se lisonjeaba no podia distar mucho.

En efecto, habia hecho Colon todo este viaje de la costa bajo la influencia de una de sus frecuentes ilusiones. Por los

indios que se encontraron en la isla de Guanaja, y que acababan de llegar de Yucatan, supo de un grande, y en cuanto pudo entenderlos, civilizado pueblo del interior. Esta idea la habian corroborado, segun él imaginaba, las varias tribus con quienes comunicó despues. En una carta, subsiguientemente escrita á los soberanos, les dice, que todos los indios de esta costa concurrian en celebrar la magnificencia del pais de Ciguare, situado á diez dias de viaje por tierra al occidente. La gente de aquella region llevaba coronas y brazaletes de oro y ropas bordadas de lo mismo. Lo usaban para todo servicio doméstico, y hasta para los adornos de mesas y sillas. Al enseñarles el coral, decian los indios que las mugeres de Ciguare se hacian bandas de él para la cabeza y cuello. Habiéndoles mostrado la pimienta y otras especias, tambien decian que allí abundaban. Le pintaban

como pais de comercio, con grandes y buènos puertos, á donde habia bajeles armados de cañones. Las gentes eran dadas á las armas, y tenian como los españoles espadas, escudos, corazas y ballestas, y montaban á caballo. Sobre todo entendió Colon que el mar continuaba hasta Ciguare, y que se encontraba el Ganges á diez jornadas mas allá.

Quizá eran estos vagos é indeterminado rumores relativos á los distantes imperios de Méjico y Perú, y la imaginacion de Colon llenaria los pormenores. Hicieron, empero, una profunda impresion en su ánimo. Supuso que Ciguare seria alguna provincia perteneciente al gran Khan, ó á otro potentado del oriente, y como llegaba el mar á ella, concluyó que fuese el estremo de una península: teniendo, con respecto á Veragua, la misma posicion que Fuenterabía, en España, con respecto á Tortosa, ó que Pi-

sa con Venecia en Italia. Siguiendo, pues, hácia el oriente, no tardaria en llegar á un estrecho como el de Gibraltar, por el que pasaria á otras mares, visitaria el pais de Ciguare, y tambien las márgenes del Ganges. Satisfacia la dificultad de haber llegado tan pronto á aquel rio, con la idea de que estaban los geógrafos equivocados en cuanto á la circunferencia del globo; que era menor de lo que generalmente se creia, y que un grado de la línea equinoccial eran solo cincuenta y seis millas y dos tercios (1).

Con estas ideas determinó Colon seguir adelante, dejando por esplorar el rico pais de Veragua. Nada podia manifestar mas evidentemente su ambicion generosa que apresurarse así por una costa donde se encontraban á cada paso tantas rique-

(1) Carta de Colon desde Jamáica.—Navarrete, Colec. t. i.

zas, para buscar un estrecho, que aunque productivo de vasto beneficio para la humanidad, podia darle á él poco mas que la gloria del descubrimiento.

CAPÍTULO V.

DESCUBRIMIENTO DE PUERTO-BELO, Y DEL RETRETE.—ABANDONA COLON LA BUSCA DEL ESTRECHO.

[1502.]

El 2 de noviembre ancló la escuadra en un espacioso y cómodo puerto, adonde sin peligro podian acercarse los bajeles á la orilla del mar. Le rodeaba un bello y elevado pais, no cubierto de espesas florestas, sino abierto y cultivado, con muchas casas muy inmediatas entre sí, rodeadas de árboles frutales, palmas, maizales, legumbres, y la deliciosa pi-

ña ; de modo que el todo parecia uña continuacion de jardines y huertos. Tanto agradaron á Colon la escelencia del puerto y hermosura de las tierras que le rodeaban, que le dió el nombre de Puerto-Bello. Este es uno de los pocos lugares de la costa , que conservan la apelacion que su ilustre descubridor les diera.

Siete dias estuvieron en él , á causa de la lluvia y tiempo tempestuoso. Los indios vinieron de todas partes en sus canoas, trayéndoles frutas, hortalizas y algodon; pero ya no poseian oro que ofrecer en cambio. El cacique y siete de sus gefes tenian pequeñas láminas de este metal colgadas de las narices; pero los otros carecian de todo adorno semejante. Estaban por lo comun pintados de encarnado , y el cacique de negro.

Saliendo de allí el 9 de noviembre, navegaron ocho leguas al occidente hasta

un cabo llamado despues nombre de Dios; pero habiéndoles hecho retroceder el mal tiempo, se refugiaron cerca de tres pequeñas islas. Estas y las tierras opuestas del continente estaban sembradas de maizales, y varias hortalizas y frutos, por lo que les llamó Colon puerto de Bastimentos. Permanecieron en él hasta el 23, ocupados en reparar sus bajeles que hacian mucha agua. Estaban todos acribillados por los teredos ó bromas, gusanos de mar que roen y agujerean los costados de los navíos. Son del tamaño de un dedo de hombre, y taladran el mas espeso maderaje, destruyendo el buque que no está bien forrado en cobre. De este puerto fueron á otro llamado Guiga, en cuya costa se presentaron mas de trescientos indios, unos con provisiones, otros con adornos de oro que ofrecian en cambio. El Almirante siguió sin detenerse su derrota; pero ásperos y adversos vientos le obli-

garon á abrigarse en un pequeño puerto; su entrada no tendria mas de veinte pasos de ancho, defendida en ámbos lados con rocas y escollos cuyas puntas salian por la superficie del agua; dentro no habia lugar para mas de cinco ó seis buques; pero era el puerto tan profundo, que no se hallaba buen anclaje sin aproximarse á tierra lo bastante para que un hombre pudiese saltar desde los barcos á la playa.

Por la pequeñez del puerto le puso Colon el nombre del Retrete. Le habian atraido á aquel incómodo y peligroso surjidero las falsas pinturas de los marineros que fueron á examinarlo, y que siempre querian estar anclados para comunicar con los indios (1). El pais adyacente era verde y llano, cubiero de yerbas,

(1) Las-Casas, l. ii, c. 23.—Hist. del Almirante, c. 92.

pero con pocos árboles. El puerto estaba infestado de caimanes ó aligadores que salian á tomar el sol á la orilla, llenando el aire de un olor fuerte de almizcle. Eran tímidos, y huian cuando se les atacaba; pero decian los indios, que en hallando algun hombre dormido, le arrastraban al mar para devorarlo. Colon creyó que eran estos anfibios lo mismo que los cocodrilos del Nilo. Nueve dias pasó la escuadra en aquel puerto detenida por el mal tiempo. Los indios de aquel parage eran altos, bien proporcionados, de agradable aspecto y suaves y amistosos modales, y traian todas sus producciones para cambiarlas por juguetes europeos.

Mientras dirigia el Almirante las acciones de su gente, se trataba á los indios con bondad y justicia, y eran los tratos amistosos. Pero la proximidad de los buques á tierra permitia á los mari-

neros desembarcar por la noche sin licencia. Los indios los recibian en sus moradas con la sólita hospitalidad; pero aquellos ásperos aventureros, instigados por la codicia y la lascivia, se entregaron á escesos que merecieron la venganza de sus generosos huéspedes. Todas las noches habia en tierra pendencias y riñas, y se derramaba sangre por ambas partes. El número de los indios se aumentaba diariamente con los que venian del interior. Se hicieron mas poderosos y osados á medida que mas se exasperaban, y viendo que los bajeles estaban tan cerca de la orilla, vinieron en grande multitud para atacarlos.

El Almirante creyó dispersarlos al principio disparando cañonazos sin bala; pero no los intimidó el ruido, que pensaron seria una especie de trueno sin efecto. Replicaron á él con alaridos, y blandiendo sus lanzas y clavas, é hiriendo con

ellas árboles y arbustos en furiosa amenaza. La situacion de los buques los esponia á sus asaltos, haciendo la hostilidad india mas que de ordinario formidable. Colon mandó que les tirasen una ó dos balas. Cuando vieron la destruccion de aquella tremenda artilleria, huyeron aterrados sin hacer mas amenaza.

La continuacion de los vientos tormentosos del este y nor-oeste, y la constante oposicion de las corrientes, desanimaron á los compañeros del Almirante, y empezaron á murmurar contra la continuacion del viaje. Los marineros pensaron que operaba contra éllos algun encanto, y los comandantes resistian que se les quisiese obligar á abrir camino á pesar de los elementos con buques quebrantados y comidos de gusanos, y que de contínuo necesitaban reparo. Influian en ellos motivos mas interesados; y se acordaban con sentimiento de la rica costa

que habian dejado atras, para ir en busca de un estrecho imaginario. Es probable, que el mismo Colon empezó á dudar del éxito de su empresa. Si sabia los pormenores del reciente viaje de Bastidas, debia haber advertido que ya estaba en el punto donde terminó el viaje de esploracion, que desde la parte contraria habia hecho aquel navegante; así no era probable que existiese el estrecho que habia imaginado (1).

De todos modos determinó abandonar por entonces la prosecucion de su derrota hácia el oriente, y volver á la costa

(1) Me parece dudoso que Colon supiese las particularidades de aquel viaje, porque apenas podian haber llegado á España antes de su partida. Habia sido preso Bastidas en Española por Bobadilla, y estaba á bordo de aquella misma flota que naufragó al tiempo de la llegada de Colon á Santo Domingo. No sufrió la suerte

de Veragua para buscar las minas de que tantas cosas habia oido, y visto tantas muestras. Si fuesen correspondientes á sus esperanzas, tendria con que volver en triunfo á España, y acallar las calumnias de sus enemigos, aun cuando no hubiese logrado el objeto primordial de su espedicion.

---

de los mas de sus compañeros, y volvió á España, á donde los soberanos lo premiaron por su empresa. Aunque algunos de sus marineros habian llegado á España ántes de que saliese de ella Colon, y habian dado una idea general del viaje, no es probable que Bastidas hubiese remitido con ellos sus papeles y cartas. Porras, en su Diario del viaje de Colon, dice que llegaron al parage donde acababan los descubrimientos de Bastidas; pero esto pudo haberlo sabido posteriormente en Santo Domingo.

Aqui acabaron, pues, las nobles anticipaciones que habian hecho á Colon superior á todos los intereses mercenarios, que le hicieron despreciar trabajos y peligros, dando carácter heróico al principio de este viaje. Verdad es que habia seguido en él una quimera, pero quimera hija de una imaginacion espléndida y de un juicio penetrante. Si se engañó en sus esperanzas de encontrar un estrecho en el istmo de Darien, es porque se engañó la naturaleza misma; pues bien parece que ella intentó abrirlo, pero que lo intentó en vano.

CAPÍTULO VI.

VUELTA Á VERAGUA. — EL ADELANTADO ESPLORA EL PAIS.

[1502.]

El 5 de diciembre salió Colon del Retrete, y abandonando el rumbo oriental, volvió hácia el occidente en busca de las minas de oro de Veragua. La misma noche ancló en Puertobelo, que distaba unas diez leguas; de allí partió al otro dia, pero cambió el viento repentinamente, y empezó á soplar por la proa. Tres meses habia estado deseando en vano aquel viento, y cuando se levantó fue para contrariar su viaje. Tuvo inclinacion de tomar de nuevo su derrotero del oriente; pero no quiso con-

fiar en la continuacion del viento, que en aquellas partes rara vez viene de occidente. Resolvió pues conservar su nuevo rumbo, esperando que no tardaria en cambiar la brisa al punto opuesto.

Al poco tiempo adquirió el viento terrible violencia, y empezó á cambiar de una parte á otra, de modo que hacia inútil todo el arte. No pudiendo llegar á Veragua, tuvieron que volver los bajeles á Puertobelo, y al tiempo de entrar en el puerto, una repentina ráfaga de viento de tierra los arrojó de la costa mar adentro. Nueve dias pasaron á la merced de una tempestad furiosa por mares desconocidas y frecuentemente espuestos á los temidos riesgos de una costa de sotavento. Parece imposible, que bajeles tan abiertos, quebrantados y decaidos sobrevivieran á tal convulsion de los elementos. No hay tormentas tan espantosas como las de los trópicos. La mar, segun la des-

cripcion de Colon, hervia á veces como una inmensa caldera; otras levantaba montañas de ondas cubiertas de espuma. Por la noche parecian las procelosas aguas olas de llamas, á causa de las partículas luminosas que cubren su superficie en aquellas mares, y por toda la corriente del golfo. Un dia entero y una noche resplandecieron los cielos como una dilatadísima hoguera, vomitando sin cesar haces de relámpagos, en tanto que los aterrados nautas creian el retumbar profundo de los truenos cañonazos de socorro que sus compañeros les pedian. Todo este tiempo, dice Colon, vertian los cielos, no lluvia, sino como otro segundo diluvio. Casi se ahogaban los mareantes á bordo de sus propios bajeles. Pálidos y muertos de temor y fatiga, no esperaban ya remedio; se confesaban sus pecados mútuamente, segun los ritos de la religion católica, y se preparaban

para la muerte; muchos la deseaban en su desesperacion como alivio de tan crecidos horrores.

En medio de aquel furioso tumulto de los elementos vieron otro objeto de pavor. Se agitó el Océano pronta y estrañamente en un sitio. Se enroscó el agua por él levantándose en la figura de un formidable cono ó pirámide; y una pesada y lívida nube, disminuyéndose por un lado hásta acabar en punta, bajó á juntarse con él desde el cielo. Al tocarse se mezclaron, formando entre los dos una vasta columna que vino rápidamente sobre los buques, volviéndose en derredor como un huso, y levantando las aguas con estruendo amedrentador. Cuando vieron los exánimes marineros avanzar hácia ellos aquella manga, desesperaron de todo socorro humano, y empezaron á repetir el evangelio de San Juan. Pasó la manga pegada á los bajeles sin hacerles daño;

y los trémulos marinos atribuyeron su escape á la milagrosa eficacia de aquellos pasages de la Escritura (1).

La misma noche perdieron de vista una de las carabelas, y por tres oscuros y tormentosos dias la tuvieron por náufraga. Al fin, con general alegria se juntó de nuevo á la escuadra, habiendo perdido su bote, y vístose obligada á cortar el cable, por haber intentado anclar cerca de la costa; y desde entonces habia andado á merced de la tormenta. Por uno ó dos dias hubo calma, y pudieron respirar los fatigados marineros. Pero sospechaban de aquella tranquilidad engañosa, y en su tristeza lo veian todo con ojo incrédulo y ominoso. Gran número de tiburones, tan abundantes como voraces en aquellas latitudes, empezó á ro-

---

(1) Las-Casas, l. ii, c. 24. — Hist. del Almirante, c. 94.

dear los buques. Fue esta circunstancia de mal agüero; porque entre las supersticiones marítimas hay la de creer que aquellos peces sanguinarios huelen los cuerpos muertos á increibles distancias; que poseen una especie de presentimiento de su presa; y se situan al rededor de los bajeles que tienen enfermos á bordo, ó que estan en peligro de fracasar. Cogieron muchos de ellos por medio de grandes anzuelos atados á cadenas, y á veces bastaba para cebo un pedazo de paño colorado. Del buche de uno sacaron una tortuga viva. Del de otro la cabeza de un tiburon recientemente arrojada de los bajeles. Tal es la voracidad de aquellos animales, terror del Océano. No obstante sus imaginaciones supersticiosas se alegraron los marineros de poder alimentarse con la carne de aquellos peces por tener poquísimos víveres. En tan dilatado viaje se

habian consumido la mayor parte de las provisiones: el calor y la humedad del clima, con el agua que entraba en los buques, habia desmejorado el resto; y la galleta tenia tantos gusanos, que á pesar del hambre, se veian obligados á comerla en la oscuridad, para que no se les revolviese el estómago (1).

Al fin, el 17 pudieron entrar en un puerto parecido á un canal, adonde gozaron tres dias de reposo. Los indios de aquella parte labraban sus chozas en los árboles, sobre berlingas que atravesaban de una rama á otra. Suponian los españoles que fuese esto por miedo de las fieras, ó de sorpresas de las tribus vecinas; pues las de esta costa eran estremadamente hostiles entre sí. Quizá seria una precaucion contra las inundaciones producidas por los torrentes de las

(1) Hist. del Almirante. — Ibidem.

montañas. Despues de dejar este puerto, se vieron arrojados en varias direcciones por mudables y tempestuosos vientos, hasta el dia despues de Navidad, que se abrigaron en otro puerto, adonde permanecieron hasta el 3 de enero de 1503, reparando una de las carabelas; y procurando leña, agua y maiz. Completado el acopio, volvieron á darse al mar, y el dia de la Epifanía anclaron con gozo de todos á la entrada de un rio llamado por los naturales Yebra, á una ó dos leguas del rio Veragua, y en el pais que tan rico en minas se decia. Por haber llegado á este rio el dia de la Epifanía, le dió Colon el nombre de Belen.

Casi un mes habia estado luchando, para acabar el viaje de Puerto-Belo á Veragua, distancia de unas treinta leguas; y habia sufrido tantas vejaciones y adversidades á causa de la inconstancia de los vientos, corrientes y ruidosas tem-

pestades, que le dió á aquella orilla intermediaria el nombre de la costa de los contrastes.

Colon mandó inmediatamente sondear la entrada de Belen, y del vecino rio de Veragua. El último era demasiado somero para admitir sus bajeles; pero Belen tenia mas profundidad, y se pensó que pudiesen anclar en él. Viendo un pueblo cerca de sus orillas, mandó Colon los botes á esplorar y tomar noticias. Al acercarse, salieron los vecinos en armas para resistir el desembarco; pero pronto se apaciguaron. Se negaban á dar noticia de las minas de oro; pero habiéndolos importunado para que lo hiciesen, dijeron que estaban cerca del rio de Veragua. Envió á él los botes al otro dia. Tuvieron la recepcion tan frecuente por aquella costa, muchas de cuyas tribus eran fieras y belicosas; y se supone que de orígen caribe. Al entrar los botes en

el rio, salieron los indios en sus canoas, y otros se quedaron en la orilla, amenazando una celosa defensa de su territorio. Los españoles, empero, llevaban consigo un indio de aquellas costas, que con su mediacion puso fin á las hostilidades, asegurando á sus compatriotas, que los estrangeros venian solo á traficar con ellos.

Confirmó la fama de la riqueza de aquel pais lo que los españoles vieron y oyeron entre sus gentes. Procuraron, en cambio de las mas insignificantes vagatelas, veinte láminas, varias pipas y muchos pedazos de mineral de oro. Dijeron los indios, que estaban las minas en lejanas montañas, y que cuando iban á esplotarlas, tenian que practicar riguroso ayuno y continencia (1). El fa-

(1) Parece que tenian todos los indios, con respecto al oro, una nocion supersticio-

vorable informe de los botes determinó al Almirante á permanecer en las cercanías. Dos carabelas entraron el 9 de enero en el rio de Belen, y las otras dos á la hora de la marea que no sube en aquella costa mas de media braza (1). Los indios vinieron del modo mas amistoso, trayéndoles gran cantidad de pescado del que producia el rio en cantidad estraordinaria. Los de Española observaban las mismas privaciones para buscarlo, absteniéndose de comida y trato sexual. Colon que consideraba el oro como uno de los tesoros místicos y sagrados de la tierra, deseaba introducir la misma observancia entre los españoles, exhortándolos á purificarse, para buscar las minas, con ayunos, castidad y oraciones. Apenas es necesario añadir, que hicieron poquísimo caso de tal consejo sus rapaces y sensuales gentes.

(1) Hist. del Almirante, c. 95.

ria. Tambien trajeron para traficar varios adornos de oro, y siguieron afirmando que Veragua era el lugar adonde mas abundaba.

El Adelantado, con su actividad ordinaria, salió al tercer dia llevando sus botes bien armados, y ascendió como legua y media del Veragua hasta llegar á la residencia del principal cacique, cuyo nombre era Quibian. El caudillo sabiendo su intencion, bajó por el rio, seguido de sus súbditos en muchas canoas, y recibió los botes cerca de la entrada del rio. Era alto, de forma poderosa y porte guerrero: la entrevista fue por estremo amistosa. Presentó el cacique al Adelantado los adornos de oro que llevaba, y recibió como magnífico regalo algunos dijes europeos. Se separaron mútuamente satisfechos. Al otro dia visitó Quibian los buques, adonde le trató con mucha hospitalidad el Almirante.

Podian solo comunicarse por señas; y como fuese el caudillo indio de taciturno y cauteloso carácter, no duró mucho la entrevista. Colon le hizo varios regalos; la comitiva del cacique cambió muchas joyas de oro por las acostumbradas vagatelas, y se volvió Quibian sin mucha ceremonia á su casa.

Los marineros se habian congratulado al hallar aquel refugio de las tempestades y contratiempos del mar, pero estuvieron á punto de perecer en el puerto. El 24 de enero se hinchó repentinamente el rio. Las aguas se precipitaban del interior como un vasto torrente, se rompieron los cables y chocaron los bajeles unos con otros; el del Almirante perdió en la concusion uno de sus mástiles, y toda la escuadra estuvo en eminente peligro de naufragar. Mientras pasaban en el rio este riesgo, les impedia salir al mar una tempestad violenta que,

lo agitaba, y la resaca furiosa que se rompia en la barra. Atribuyó Colon aquel inesperado hincharse del rio á las lluvias estraordinarias que habrian tal vez recibido unas montañas que desde lejos se veían, la mas alta de las cuales se elevaba formando un pico mucho mas levantado que las nubes, por lo que les habia puesto Colon las montañas de San Cristóbal (1).

El tiempo continuó algunos dias muy borrascoso. Al fin el 6 de febrero, estando ya la mar algo mas apacible, salió el Adelantado con sesenta y ocho hombres de armas, á esplorar el Veragua con los botes y á buscar sus reputadas minas. Cuando ascendió el rio y se acercó al lugar del cacique Quibian, situado en la falda de una colina, bajó el cacique á

---

(1) Las-Casas, l. ii, c. 25. — Hist. del Almirante, c. 95.

recibirlo con muchos de sus súbditos desarmados y haciendo señales de paz. Venia Quibian en cueros y pintado segun la moda del pais. Uno de sus súbditos sacó una grande piedra del rio, y habiéndola lavado cuidadosamente, se sentó el caudillo en ella como en un trono (1). Recibió al Adelantado con grande cortesía; la elevada, vigorosa y férrea forma de este, su fisonomía resuelta y majestuosa, eran propias para inspirar terror y respeto á un guerrero indio. Pero era el cacique reservado y político. Habia despertado sus sospechas la intrusion de aquellos estrangeros en su territorio, al par que conoció la futileza de querer resistirlos abiertamente. Accedió, pues, al deseo del Adelantado de visitar el interior de sus dominios, y le dió tres guias que le condujesen á las minas.

---

(1) Pedro Mártir, déc. 3, l. iv.

Dejando alguna gente que guardase los botes, salió el Adelantado á pie con la restante, conducida por los guias. Despues de penetrar por el interior cómo cuatro leguas y media, durmieron la primer noche á la orilla de un rio que parecia regar todo el pais con sus vueltas, y que ya habian atravesado mas de cuarenta veces. Al segundo dia fueron legua y media mas allá, y llegaron á unas florestas muy espesas, adonde les dijeron los guias que se hallaban las minas. En efecto, estaba todo el suelo impregnado de oro. Le recogian entre las raices de los árboles, que eran de portentosa altura y magnífico follage. En dos horas que alli estuvieron, cada hombre habia recogido una corta cantidad de oro de la superficie de la tierra. De alli condujeron los guias al Adelantado á la cima de una alta colina, y mostrándole una estension de tierra que llegaba hasta donde podia

alcanzar la vista, le aseguraron que toda, hasta veinte dias de viaje al occidente, abundaba en oro, y con especialidad ciertos lugares que le nombraron (1).

El Adelantado y su gente volvieron contentísimos á los buques, y àlegraron al Almirante con el favorable informe de su espedicion. Pronto descubrieron, empero, que los habia engañado el político Quibian. Los guias, segun sus instrucciones, condujeron á los españoles á las minas de un cacique vecino con quien estaba en guerra, esperando llevar con aquel estratagema tan peligrosos intrusos fuera de sus dominios, y divertirlos en las tierras de su enemigo. Supo el Almirante, que las verdaderas minas de Veragua estaban mas cercanas y eran mas ricas.

---

(1) Carta del Almirante desde Jamáica.

El infatigable Adelantado salió otra vez el 16 de febrero con una banda de cincuenta y nueve hombres, marchando por la costa al occidente, y llevando por el mar paralelo á él un bote con catorce hombres. En esta escursion esploró un dilatado trecho, y visitó los dominios de varios caciques que lo recibieron muy amistosamente.

Contínuamente hallaba pruebas de la abundancia de oro de aquellos alrededores; los indios llévaban generalmente grandes láminas de él suspendidas al cuello con cordones de algodon. Tambien habia terrenos cultivados con maiz; uno, que se dilataba seis leguas; y abundaban las campiñas en esquisitos frutos. De nuevo oyó hablar de una nacion del interior, adelantada en las artes y la guerra, que llevaba ropas y armas como las de los españoles. O serian estos rumores vagos y exagerados, respecto al gran-

de imperio del Perú, ó equivocaria el Adelantado los signos de los indios. Volvió despues de una ausencia de varios dias, con grande cantidad de oro, y los mas lisonjeros informes del pais. Pero no habia hallado ningun puerto igual al del rio de Belen, y estaba convencido de que en ningun otro distrito abundaba tanto el oro como en el de Veragua (1).

CAPITULO VII.

PRINCIPIO DE UN ESTABLECIMIENTO EN EL RIO DE BELEN. — CONSPIRACION DE LOS NATURALES. — ESPEDICION DEL ADELANTADO PARA SORPRENDER Á QUIBIAN.

[1503.]

Los informes que Colon recibia con-

(1) Las-Casas, l. ii, c. 25. — Hist. del Almirante, c. 95.

tínuamente de la riqueza de aquellos paises, el dorado trecho de veinte dias de camino, mostrado á su bermano desde la montaña, los rumores de un pais rico y civilizado en el interior, todo lo persuadia de que habia llegado á la region mas favorecida del continente asiático. De nuevo se encendió su espíritu con brillantes anticipaciones. Imaginaba hallarse en una fuente de riquezas, en uno de los manantiales de la opulencia ilimitada de Salomon. Josefo, en sus Antigüedades judáicas, habia espresado la opinion de que el oro empleado en el templo de Jerusalen era de las minas del Aureo Quersoneso. Colon suponia que fuesen estas las minas de Veragua. *Estan*, decia él, *á la misma distancia del polo y de la línea*; y si los informes que creía haber recibido de los indios merecian fe, situadas á la misma distancia del Ganges.

Este, pues, le pareció ser sitio á propósito para formar una colonia, y establecer un mercado que llegase á ser emporio de la riqueza de una vasta estension de minas. En los dos primeros dias de su llegada á aquel pais habia visto, segun escribió á los soberanos, mas señales de oro que en cuatro años en Española. Aquella isla, tanto tiempo objeto de su orgullo y esperanzas, se le habia arrebatado injustamente, y era un teatro de confusion: la costa y perlas de Pária se veian saqueadas por meros aventureros; todos sus planes respecto á ambas estaban deshechos; pero allí tenia una region incomparablemente mas opulenta que cualquiera de las otras, capaz de consolarlo de todas sus injurias y privaciones.

Consultándolo antes con su hermano, resolvió empezar un establecimiento para asegurar la posesion del pais, esplorar

y esplotar las minas. El Adelantado se convino á permanecer con la mayor parte de la gente, mientras volvia el Almirante á España por refuerzos y provisiones. Se empleó la mayor actividad en llevar á efecto inmediato aquella operacion. Ochenta hombres fueron nombrados para ello. Se distribuyeron en cuadrillas de á diez cada una, y empezaron á erigir casas en una pequeña altura, situada al márgen de un barranco, y á tiro de ballesta del rio de Belen. Las casas eran de madera, cubiertas con hojas de palma que crecian en la playa adyacente. Una mayor que las otras debia servir de almacen para las municiones, artillería y parte de los víveres. Pero la mayor parte de estos quedaba almacenada, para mas seguridad, á bordo de una de las carabelas, que debia destinarse al uso de la colonia. Es cierto, que solo les quedaban ya poquísimos comestibles europeos, con-

sistiendo estos en galleta, queso, aceite, vino y vinagre; pero la tierra producia escelentes frutos, y entre otros, ananas, plátanos, piñas y cocos. Tambien habia abundancia de maiz, y varias raices como las de Española. Los rios y costas abundaban en pescado, para coger el cual tenian todos los implementos necesarios. Los naturales hacian tambien brevages de varias especies. Uno estraido del zumo de las piñas sabia á vino; otro sacado del maiz parecia cerveza, y espri-mian otro del fruto de una especie de palma (1). No habia peligro, por lo tanto, de padecer hambre. Colon se esforzó en conciliar la buena voluntad de los indios, para que en su ausencia satisfaciesen las necesidades de la colonia; é hizo muchos regalos á Quibian para reconci-

(1) Historia del Almirante, c. 96.

liarlo con aquella invasion de sus terri-
torios (1).

Tomadas las medidas necesarias para el bien de la colonia, y habiéndose techado y concluido las casas suficientes, se preparó el Almirante para su partida, cuando vino á estorbársela un inesperado obstáculo. Acababan de cesar las lluvias que tanto le habian incomodado en aquella espedicion. Los torrentes de las montañas estaban agotados; y el rio, que en tanto peligro lo habia puesto con su repentina hinchazon, tenia ya tan poca agua, que no le quedaba media braza de ella en la barra. Aunque eran pequeños sus bajeles, no podian pasar por las arenas que así cegaban la desembocadura del rio, porque habia una resaca tan fu-

(1) Carta de Jamáica.

riosa en ellas, que hubiera despedazado sus carcomidos barcos. Se vió pues obligado á esperar pacientemente, deseando la vuelta de aquellas lluvias que tanto deplorara antes, para que una segundà inundacion hinchase el rio, y le permitiese darse á la mar.

Entretanto Quibian, el cacique de Veragua, veia con secreta indignacion y celos aquellos estrangeros intrusos edificando casas, penetrando los secretos del pais y manifestando la intencion de establecerse en su territorio. Era de osado y marcial espíritu, tenia muchos guerreros á sus órdenes, é ignorando la vasta superioridad de los europeos en las operaciones belicosas, pensó que seria fácil vencerlos y destruirlos completamente con un artificio bien concertado. Envió mensageros en todas direcciones mandando se presentasen las gentes de armas en su residencia cerca del rio Veragua, ba-

jo pretesto de hacer la guerra á una provincia circunvecina.

Pasaron muchos guerreros indios por el puerto á donde andaban los buques con direccion á los reales de su caudillo. Ni el Almirante, ni los oficiales españoles tenian la menor sospecha de su verdadero designio. A bordo de la escuadra, empero, habia un tal Diego Mendez, hombre de celo y espíritu, y muy afecto al Almirante. Iba con el empleo de escribano mayor, y debia quedar en la colonia con él de contador general. Era Mendez naturalmente sagaz, astuto y curioso; y pudo percibir algo en los movimientos de los indios, que le hizo imaginar su verdadero designio. Comunicó al Almirante aquellas sospechas, y se ofreció á ir por la costa en un bote armado al rio Veragua, á ver y observar el campamento indio. Fue aceptado su audaz ofrecimiento. Salió Mendez del rio, pero no habria

avanzado una legua por la costa, cuando percibió en ella muchas fuerzas indias. Inmediatamente desembarcó solo, y mandando que el bote quedase flotando, entró osadamente por entre los indios. Habria mil guerreros armados y provistos como para una espedicion. Mendez se ofreció á acompañarlos contra sus enemigos con su lancha armada. Los indios no aceptaron la propuesta, y dieron evidentes signos de lo que aquella intrusion les incomodaba. Volvió á su bote, y se mantuvo observándolos toda la noche; hasta que viendo ellos que no se les perdia de vista, se retiraron á Veragua.

Mendez se apresuró á dar al Almirante informe de lo que habia visto; manifestando como su opinion, que era la intencion de aquellos indios sorprender á los españoles. El Almirante no estaba dispuesto á creer semejante traicion, y deseaba obtener informes mas claros y

convincentes antes de interrumpir la buena inteligencia verdadera ó falsa que existia con los naturales. El celoso é infatigable Mendez se ofreció entonces á ir por tierra con un solo compañero, y penetrar como espía en los mismos reales de los indios, y en la residencia de Quibian. Era un servicio de vida ó muerte; pero tan arriesgadas empresas deleitan á los hombres capaces de ejecutarlas. Saliendo con su compañero Rodrigo de Escobar, procedieron á pie por la costa, evitando aquellas florestas, casi impenetrables á los europeos; así llegaron á la entrada del Veragua. En él vieron dos canoas de indios, con quienes conversó Mendez por señas. Pero de ellas coligió que tenian fundamento sus sospechas. El ejército que él habia vigilado, iba con destino al puerto para sorprender y quemar los buques y casas de los españoles, y esterminarlos á todos. Los

habia desconcertado el ver que los observaban, y pospusieron por entonces su intento, con ánimo de ejecutarlo dentro de dos dias. Mendez pidió á los indios le llevasen por el rio á la residencia de Quibian. Le hicieron presente que se esponia á morir con certeza; pero él venció sus escrúpulos con algunos regalos y le desembarcaron en el lugar del cacique.

No era este compacto, sino que se componia de muchas casas separadas y erigidas por entre los árboles á la orilla del rio. La habitacion de Quibian era espaciosa, y situada en mas alta posicion que las otras sobre una colina que salia de la misma orilla del agua. Mendez encontró alli los reales, y el bullicio y movimiento de los preparativos guerreros. El arribo de los dos españoles escitó sorpresa é inquietud. Cuando quisieron subir por la colina á la mansion del cacique, se opusieron á ello los indios. Mendez habiendo oido

que Quibian tenia una herida de flecha en una pierna, dijo que era cirujano, y que venia espresamente á curar al cacique; con esto, y con la distribucion de algunos regalos, le permitieron seguir adelante. Estaba la mansion del cacique en la cresta de la colina. Se estendia delante de ella una especie de esplanada, al rededor de la cual habia trescientas cabezas de enemigos muertos en batalla. No desanimados por la vista de tan triste entrada de la mansion del sangriento guerrero, cruzaron la esplanada Mendez y Escobar, cuando una multitud de mugeres y chicos que estaban juntos al rededor de la puerta, empezaron á dar agudos alaridos, y huyeron aterrados á la casa.

Un jóven y fuerte indio, hijo del cacique, salió de ella violentamente irritado, y dió á Mendez un golpe, que le hizo retroceder algunos pasos. Este se es-

forzó en apaciguar al indio con palabras suaves; sacó una cajita de ungüento, y le aseguró que solo venia para curar la herida de su padre. Pudo al fin con mucha dificultad adormecer las sospechas, y templar el furor del jóven, regalándole un peine, tijeras y espejo, y enseñándole á él y á sus indios á usarlos para peinarse, lo cual les agradó mucho. Tan singular es que el hombre en el estado salvaje es mas accesible á la vanidad que á ninguna otra flaqueza. Viendo que era imposible lograr acceso hasta el cacique, y teniendo pruebas suficientes de los peligrosos proyectos que contra los españoles se habian formado, é iban á ejecutarse de seguida, volvió Mendez sin dilacion al puerto (1).

(1) Relacion hecha por Diego Mendez en su testamento. Navarrete, t. i.

Los informes de este fueron confirmados por un intérprete indio, natural de las cercanías, muy afecto á los blancos, que habiendo entreoido los designios de sus paisanos, se los reveló al Almirante (1). Por él se supo, que Quibian, con una grande fuerza, intentaba asaltar los buques y casas en el silencio de la noche, envolverlos en llamas, y no dejar un español con vida. Inmediatamente se nombraron guardias que protegiesen la escuadra y la colonia; pero el ánimo militar del Adelantado sugirió un espediente mas atrevido. Fue este marchar sin demora á la residencia de Quibian, sorprenderlo, apoderarse de él, de su familia y principales caudillos, enviarlos prisioneros á España, y conservar la po-

(1) Carta desde Jamáica. Hist. del Almirante, c. 97.

blacion para el servicio de los españoles.

Para el intrépido y pronto Adelantado, concebir un plan era llevarlo inmediatamente á cabo; y en efecto, aquel riesgo no admitia dilaciones. Tomando setenta y cuatro hombres bien armados, entre quienes iba Diego Mendez, y llevando consigo al intérprete indio que habia revelado la conjuracion, salió el 30 de marzo en los botes, llegó á la boca del Veragua, le ascendió rápidamente, y antes que los indios tuviesen noticia de sus movimientos, desembarcó en el lugar al pie de la colina en que estaba situada la mansion del cacique.

Cuando supo Quibian que estaba abajo el Adelantado con muchos españoles, le envió un mensaje pidiéndole se abstuviese de entrar en su casa; no por miedo de hostilidad, segun se cree, ó por sospecha de que estuviesen descubiertos sus designios, sino temeroso de que viesen

los españoles á sus mugeres : Fernando Colon insinua que los indios de aquella costa eran por estremo celosos. También es probable, que la conducta de los españoles para con sus mugeres les habria dado abundantes motivos para serlo.

El Adelantado no dió la menor importancia á esta súplica ; pero para que no sospechase el cacique, y huyese al ver tanta gente, ascendió la colina, acompañado por solos cinco hombres , entre los cuales iba Diego Mendez; mandando que subiesen los otros con grande secreto y cautela , de dos en dos , y bastante desviados unos de otros. Cuando oyeran disparar un arcabuz, debian rodear la casa y no dejar escapar á nadie.

Al acercarse mas el Adelantado, salió otro mensagero suplicándole de nuevo no entrase, pues salia á recibirlo el cacique aunque malo de la herida de una flecha. Poco despues salió Quibian, se sentó en

el portal, y pidió al Adelantado que se acercase solo. Don Bartolomé mandó á Diego Mendez y sus cuatro compañeros se mantuviesen á corta distancia observando sus movimientos, y cuando le viesen asir del brazo al cacique, viniesen inmediatamente á su socorro. Entonces se adelantó con el intérprete indio, que iba temblando de miedo, lleno de terror habitual del poderoso cacique, y no creyendo que fuesen los españoles bastantes para oponérsele. Se siguió una corta conversacion por medio del intérprete, relativa al pais inmediato. El Adelantado habló entonces de la herida del cacique, y pretendiendo ir á examinarla, le asió del brazo. A la señal concertada cuatro de los españoles se precipitaron sobre él, y el quinto descargó su arcabuz. Quiso el cacique escaparse, pero le tenia firmemente asido la mano de hierro del Adelantado. Siendo ambos hombres de mu-

cha fuerza muscular, se siguió una violenta lucha. Don Bartolomé, empero, mantenia la ventaja; y, habiendo venido á su ayuda Diego Mendez y los otros compañeros, ataron á Quibian de pies y manos. Al ruido del arcabuz rodearon los demas españoles la casa, y apresaron á cincuenta personas que habia dentro, jóvenes y ancianas. Entre estas se hallaban las mugeres é hijos de Quibian y muchos de sus súbditos principales. Ninguno fue herido, porque no hubo resistencia, y jamas permitia el Adelantado derramar sangre inútilmente. Cuando los pobres salvages vieron cautivo á su príncipe, llenaron el aire de lamentos, é imploraron su libertad, ofreciendo por rescate un grande tesoro, que segun ellos estaba oculto en la floresta vecina (1).

---

(1) Historia del Almirante, c. 97. — Las-Casas, l. ii, c. 27.

El Adelantado se manifestó sordo á sus ofrecimientos y súplicas. Quibian era enemigo demasiado peligroso para ponerlo en libertad: como prisionero serviria en rehenes para la seguridad de la colonia. Temiendo que estuviesen en armas todas las cercanías, y ansioso de asegurar su presa, determinó enviar al cacique y los otros prisioneros á bordo de los buques, mientras permánecia él en tierra, con parte de su gente, para perseguir á los indios que se habian escapado. Juan Sanchez, primer piloto de la escuadra, hombre de grande fuerza y ánimo, se ofreció voluntariamente á hacerse cargo dè los cautivos. Cuando el Adelantado le entregó al cacique, le previno vigilase con atencion todo intento de rescate ó fuga. El bravo piloto respondió, que si se le escapaba el cacique de las manos, permitia que se le arrancasen las barbas pelo á pelo. Con esta baladro-

nada partió, llevándose á Quibian atado de pies y manos. En el bote le amarró con una cuerda fuerte á uno de los bancos. Era la noche muy oscura. Al ir el bote rio abajo, se quejaba amargamente el cacique del dolor de sus ligaduras, hasta herir de compasion el áspero corazon del bárbaro piloto. Cuando ya estaban casi á la boca del rio, aflojó un poco la cuerda que ataba Quibian al banco, conservando el cabo en la mano. El astuto indio esperó entonces ocasion oportuna, y cuando Sanchez estaba mirando á otra parte, se arrojó repentinamente al agua. Pareció que una roca habia caido al rio. Se sumergió hasta el fondo y desapareció; y tan violenta fue su inmersion, que tuvo el piloto que abandonar la cuerda para no caer tambien al agua. La oscuridad de la noche, y el bullicio que se siguió para impedir el escape de los otros prisioneros, hicieron imposible per-

seguir al cacique, ni averiguar su destino. Juan Sanchez se apresuró á los buques con el resto de los cautivos, vergonzoso de que asi le hubiese burlado un salvage.

El Adelantado permaneció toda la noche en tierra. A la otra mañana cuando vió aquel pais quebrado y montañoso, y aquellas casas diseminadas por las alturas, abandonó la busca de los indios, y volvió á los buques con los despojos de la mansion del cacique. Consistian estos en braceletes y láminas de oro macizo, como las que llevaban al cuello, y algunas coronas del mismo metal. El todo valia trescientos ducados (1). De estos se separó la quinta parte para el gobierno, y el resíduo se repartió entre los que habian acabado la empresa, asignando al

(1) Equivalentes á 1281 pesos fuertes del dia.

Adelantado una de las coronas, como trofeo de su hazaña (1).

CAPÍTULO VIII.

DESASTRES DE LA COLONIA.

[1496.]

Esperaba Colon que la vigorosa empresa del Adelantado aterraría á los indios circunvecinos, y prevendria sus designios futuros contra la colonia. Quibian habia probablemente perecido. En

(1) Hist. del Almirante, c. 98. — Las-Casas, l. ii, c. 27.

Muchos pormenores de este capítulo estan tomados de una corta narrativa de Diego Mendez inserta en su última voluntad y testamento. Está escrita en una vena de sencilla personalidad, representándose el autor como primero, y casi

caso de que sobreviviese, estaria desanimado por la pérdida de su familia, y de muchos de sus principales súbditos, y temeroso de que fuesen estos responsables de los actos de violencia que él cometiese. Las lluvias, pues, tan frecuentes en las montañas de aquel istmo, hincharon de nuevo el rio, y habiendo Colon tomado sus últimas providencias para el manejo de la colonia, dado muchos y sanos consejos á los españoles que debian quedar en ella, y despedídose afectuosamente de su hermano, salió

---

solo agente de todos los negocios. Los hechos, empero, tienen toda la apariencia de veracidad; y habiéndolos recordado en tan solemne caso, merece este documento alto crédito. La misma persona se distingue en otra ocasion no menos peligrosa ni importante en el curso de esta historia. — Véase Navarrete, Colec. t. i.

con tres carabelas, dejando la cuarta para el uso del establecimiento. Como aun estaba baja el agua en la barra, fue necesario aligerar los buques de gran parte de sus cargos. Se les sacó á remolque en tiempo de calma, cuando apenas habia marea. Encallaron, empero, repetidas veces, y á no haber sido la arena de la barra muy ligera y mudable, hubiera sostenido grande injuria. Ya fuera del rio y reembarcados los cargamentos, permanecieron anclados á una legua de la costa, esperando viento favorable. Era la intencion del Almirante tocar á Española en su viaje, y enviar de allí los refuerzos y provisiones que pudiese. Continuando el viento adverso, mandó un bote á tierra el 6 de abril, á las órdenes de Don Diego Tristan, capitan de una de las carabelas, para que trajese agua y leña, é hiciese ciertas comunicaciones al Adelantado. El envío de este bote fue

fatal para su tripulacion y afortunado para la colonia.

No habia perecido el cacique Quibian, como suponian algunos. Aunque con los pies y brazos atados, estaba en el agua como en su natural elemento. Precipitándose al fondo del rio, fue nadando por debajo de la superficie, hasta alejarse bastante del bote para que no se le pudiese ver en la obscuridad de la noche; salió luego y continuó nadando hasta la orilla. La desolacion de su casa, y la captura de sus mugeres é hijos, le llenaron de angustia; pero cuando vió los bajeles en que estaban cautivos, salir al rio y llevárselos al desconocido mundo de donde habian venido los estrangeros, se llenó de furia y desesperacion, y resolvió tomar señalada venganza de los blancos que en tierra quedaban. Juntando grande número de guerreros se acercó á la colonia, de aquel modo silencioso y callado, con que no

óidos suelen atravesar los indios las mas espesas florestas. Rodeaba la pequeña colina en que estaban las casas de los españoles, un estendido bosque, por el que pudieron aproximarse ocultamente los indios hasta la distancia de diez pasos de ellos. Los españoles, pensando que estuviese el enemigo completamente desanimado y disperso, reposaban con la mayor confianza. Algunos habian bajado á la costa á ver salir los buques, muchos estaban á bordo de la carabela del rio, otros repartidos por las casas; súbitamente salieron del bosque los indios con gritos y agudos alaridos, se precipitaron en las casas, y empezaron á arrojar sus lanzas y venablos al través de los techos de palma, ventanas y aberturas de las paredes. Como eran las casas pequeñas, varios de los habitantes fueron heridos. A la primer alarma tomó una lanza él Adelantado, y salió á la cabeza de siete ú ocho

hombres, á quienes animaba á hacer una vigorosa defensa con su ejemplo y palabras. Diego Mendez tambien juntó varios de sus compañeros, y viniendo al socorro del Adelantado, hicieron entre los dos huir los enemigos á la floresta, matando é hiriendo á muchos. Los indios despedian de entre los árboles nubes de saetas, é hicieron algunas salidas furiosas con sus clavas; pero nada podia resistir el cortante filo de las espadas españolas, y un fiero perro de presa completó el terror de los indios. Huyeron, pues, despavoridos por las florestas, dejando muchos cadáveres en el campo, y habiendo muerto á un español y herido á ocho. Entre estos se contaba el Adelantado, que recibió una ligera lanzada en el pecho.

El bote que envió á tierra el Almirante, llegó en medio del conflicto. Diego Tristan, su gefe, se mantuvo como mero espectador, temiendo acercarse á

tierra, no se precipitaran sobre su bote tantos españoles que le echasen á pique. Cuando ya habian huido los indios, siguió por el rio en busca de agua dulce, despreciando el consejo de sus compatriotas, que le predecian desde tierra iba á ser cortado por las canoas indias.

Era el rio profundo y estrecho, acanalado entre elevadas orillas y espesos árboles: las florestas impenetrables por ambos lados; de modo que no habia desembarcadero, escepto adonde serpeaba por entre los matorrales alguna estrecha senda que llegaba al agua, y que servia á los indios para la pesca ó para entrar en sus canoas.

El bote habia ascendido como una legua mas allá del lugar, á una parte del rio donde era el agua dulce, y completamente sombría por sus altas márgenes y estendidos árboles. Súbito se oyeron en derredor los temerosos alaridos y el

rcsonar de las conchas. Ligeras canoas empezaron á salir en todas direcciones de los obscuros receptáculos y espesuras de ambos lados. Manejaba cada canoa un solo salvaje, y guarnecian la orilla otros blandiendo sus lanzas y arrojándoselas á los españoles. Multitud de ellos hacia lo mismo desde los árboles. Habia en el bote ocho marineros y tres soldados. Incomodados por aquella lluvia de misiles, confundidos por la gritería y estrépito de las conchas y por los asaltos que de todos lados aumentaban, perdieron su presencia de espíritu, y abandonando los remos y las armas; solo pensaron en cubrirse con los escudos. El comandante Diego Tristan habia ya recibido muchas heridas; pero todavia manifestó grande intrepidez, queriendo animar á su gente, cuando un venablo lanzado por un indio le penetró los sesos al través del ojo derecho, y cayó muerto. Se acercaron en-

tonces las canoas mas y mas al bote, hasta apoderarse de él, y acabar con una general carnicería. Solo escapó un español llamado Juan de Noya, tonelero de Sevilla, que habiendo caido al agua en medio de la accion, pudo recalar hasta la orilla, salir del rio y huir sin ser visto. De allí pasó á la colonia, y trajo nuevas de la muerte de su capitan y compañeros.

Los españoles desmayaron mucho á vista de los peligros que crecian en derredor suyo. Eran pocos en número, varios de entre ellos heridos, y todos en medio de tribus de exasperados salvages, mucho mas fieros, y belicosos de carácter que aquellos á que estaban acostumbrados. Ignoraba el Almirante sus infortunios, y pensaban ellos se daria á la vela sin socorrerlos; asi perecerían bajo la fuerza enorme de los bárbaros, ó de hambre en aquella costa enemiga. Sobrecogidos de un ter-

ror pánico, determinaron entrar en la carabela que les habia quedado, y abandonar del todo aquellos sitios. En vano quiso el Adelantado persuadirlos á que no lo hicieran, nada los satisfacia sino salir al mar inmediatamente, pero les esperaba un nuevo contratiempo. Habian cesado los torrentes, bajándose el agua, y no quedaba ya bastante para que el buque pasase la barra. Tomaron el bote de la carabela para dar noticia de su estado al Almirante, y pedirle no los abandonase ; pero el mucho viento, lo proceloso del mar y la fuerte resaca que se quebraba en la desembocadura del rio, no dejaron salir el bote. Mientras así se veian sin retirada ni esperanza de socorro, se aumentaban mas y mas los horrores. Los despedazados cuerpos de Diego Tristan y su gente vinieron flotando rio abajo, y se mantuvieron por el puerto, acompañados de

cuervos y otras aves carnívoras que los devoraban, graznando y combatiendo por la presa. Los míseros españoles temblaban al contemplar aquella escena; representacion fatídica del destino que á ellos tambien esperaba.

Los indios, entre tanto, animados por su buen éxito contra la tripulacion del bote, renovaron su hostilidad en el puerto. Se respondian y comunicaban sus alaridos por varias partes de las cercanías. El son desconcertador de las conchas y tambores de guerra se oia en todas direcciones desde el profundo seno de los bosques, y mostraba que el número de los enemigos crecia á cada paso. Parecia que llenaban la floresta adyacente, desbordándose al percibir alguna partida suelta de españoles, y dando ataques parciales á las casas. Ya no era seguro permanecer en el pueblo que los españoles habian edificado. La cerrada

floresta que le rodeaba, cubria las invasiones de los enemigos. El Adelantado eligió, pues, otro sitio abierto y sobre la costa, á bastante distancia del bosque. Allí formó una especie de baluarte del bote de la carabela, de cascos, cajas y otros artículos semejantes. Quedaron abiertos dos huecos, en que se pusieron falconetes ó piezas pequeñas de artillería, de tal modo, que dominasen la llanura. En aquel pequeño fuerte se encerraron los españoles; sus muros eran defensa suficiente contra los dardos y flechas de los indios; pero principalmente confiaban en las armas de fuego, cuyo sonido ponia terror y espanto en los salvages, y mas cuando vieron el efecto de las balas, que así desgarraban los árboles, y llevaban la destruccion á tal distancia. Quedaron, pues, por entonces refrenados los indios, sin osar salir de sus florestas; pero los españoles, fatigados

con alarmas contínuas y vígilias, llegaron á desanimarse, y presagiaban toda especie de males cuando se les acabasen las municiones, ó el hambre los instigase á salir en busca de alimento (1).

CAPÍTULO IX.

INQUIETUD DEL ALMIRANTE A BORDO DE SU BUQUE. — SOCORRO DE LA COLONIA.

[1503.]

Mientras el Adelantado y su gente estaban espuestos á tan éminentes peligros en tierra, prevalecian las mas si-

---

(1) Hist. del Alm., c. 98.—Las-Casas, l. ii. Carta de Colon desde Jamáica.—Relacion de Diego Mendez, Navarrete, t. i.—Diario de Porras, Navarrete, t. i.

niestras presunciones á bordo de los buques. Pasaban dias y dias sin que volviesen Diego Tristan ni sus compañeros , y era de temer que les hubiese sucedido algun desastre. Colon hubiera querido enviar gente á tierra á investigarlo; pero solo le quedaba un bote para el servicio de la escuadra , y no era prudente arriesgarlo en la procelosa mar y fuerte resaca de aquellas orillas. Una triste circunstancia ocurrió entonces, propia para aumentar el abatimiento é inquietud de las tripulaciones. Estaban aprisionadas á bordo de una carabela la familia y servidumbre del cacique Quibian. Se pensaba llevarlos á España , porque en tanto que permaneciesen en poder de los españoles, confiaba Colon en que su tribu se abstendria de provocar nuevas hostilidades. Se les encerraba de noche en el castillo de proa de la carabela , cuya escotilla estaba asegurada por una fuerte cadena

y candado. Como dormian sobre la misma escotilla muchos marineros, y estaba ademas muy alta, la consideraban fuera del alcance de los presos, y no cuidaron de asegurar bien la cadena. Los indios descubrieron aquella negligencia, y formaron el proyecto de escaparse. Juntando muchas piedras de las que servian de lastre al navío, hicieron un monton bastante alto debajo de la escotilla, se subieron sobre él varios de los guerreros más fuertes, doblando las espaldas y hombros, y apoyándolos en la parte interior de aquella tapa; luego por medio de un esfuerzo simultáneo y repentino hicieron saltar sus goznes, y arrojaron á los marineros que dormian sobre ella al otro lado del buque. En un instante la mayor parte de los indios salió del castillo, se arrojó al mar y empezó á nadar para la costa. Se dió el alarma, y se impidió á algunos que saliesen; á otros se les cogió al mo-

mento de arrojarse al agua, y se les hizo volver al castillo de proa, que se cerró y encadenó cuidadosamente, poniendo en él una guardia por el resto de la noche. A la otra mañana, cuando fueron los españoles á ver á sus cautivos, los hallaron todos muertos. Algunos se habian ahorcado con cuerdas, y las rodillas tocaban al suelo; otros se habian pasado las cuérdas al rededor del cuello y atirantádolas con los pies: se vió en el modo con que se habian destruido la mas inflexible determinacion de morir, y el todo presentaba una temerosa pintura de lá fiereza y espíritu invencible de aquella gente, y del horror en que tenian á los blancos (1).

La evasion de los prisioneros fué causa de mucha inquietud para el Almiran-

---

(1) Hist. del Almirante, c. 99.

te. Temia que estimulasen á sus compatriotas á algun acto violento de venganza, y temblaba por la seguridad de su hermano. Aun reinaba en tierra el mas penoso misterio. No habia vuelto el bote de Diego Tristan, y la resaca impedia toda comunicacion. Tenian los mareantes tristísimas aprensiones acerca del destino de sus compañeros. Al fin, un tal Pedro Ledesma, piloto de Sevilla, hombre de grandes fuerzas y ánimo, se presentó al Almirante, ofreciendo, si le llevaba el bote hasta el márgen de la resaca, á arrojarse á ella, nadar hasta la orilla, y traer nuevas de sus compañeros. Le habia picado la hazaña de los cautivos indios, que habian nadado mas de una legua para llegar á tierra, despreciando el mar y la resaca. Ciertamente, decia, si ellos osan aventurar tanto por su libertad individual, yo debo arrostrar á lo menos parte del mismo peligro, pa-

ra salvar las vidas de tantos compañeros. Su ofrecimiento fue recibido con gratitud por el Almirante, y ejecutado con la mayor bizarría. Se acercó en el bote hasta donde la seguridad de éste lo permitia, y mandó á los marineros que esperasen allí su vuelta. Se desnudó entonces, se arrojó al mar, y despues de luchar algun tiempo con las furiosas ondas que en la barra se quebraban, ora flotando sobre ellas, ora sumergido debajo, ó arrojado impetuosamente contra la arena, pudo al fin llegar á tierra.

Estaban sus compatriotas bloqueados por los salvages en la recien labrada fortaleza, y por ellos supo el trágico fin de Diego Tristan y sus compañeros. Muchos españoles, en su desesperacion y horror, habian renunciado á toda disciplina. Rehusaban asistir á toda obra que tuviese por objeto su permanencia en tierra, y solo pensaban en escapar

de allí. Cuando vieron á Ledesma de mensagero de la escuadra, le rodearon con frenética vehemencia, pidiéndolo implorase del Almirante los recibiese á bordo, y no los abandonase en una costa donde su destruccion era inevitable. Estaban preparando canoas para ir á los buques cuando se mejorase el tiempo, no usando el bote de la carabela por ser demasiado chico. Si rehusaba el Almirante admitirlos á bordo, juraban que se embarcarian en el bajel que les habia quedado, tan pronto como pudiesen sacarlo del rio, y se abandonarian á merced de las mares, antes que quedarse en aquella fatal costa.

El intrépido y fuerte Ledesma, habiendo oido cuanto sus desamparados compatriotas tenian que decirle, y en particular al Adelantado y los oficiales, emprendió su peligrosa vuelta. De nuevo luchó con la resaca, venció las on-

das, alcanzó el bote, y volvió á bordo. Las desastrosas nuevas de la colonia llenaron de dolor y espanto el corazon del Almirante. Dejar á su hermano en tierra, éra esponerlo á los motines de su propia gente y á la ferocidad de los salvages. No podia mandar refuerzos de la escuadra, habiendo minorado sus tripulaciones la pérdida de Tristan con la gente que llevaba. Antes de deshacer la colonia hubiera querido juntarse él mismo con todas sus tripulaciones al Adelantado: ¿pero cómo se podria entonces mandar inteligencia á los soberanos de aquel importante descubrimiento, y obtener socorro de España? Parecia, pues, no haber alternativa, y serle preciso embarcar toda su gente, abandonar por entonces la colonia, y volver mas adelante con fuerza competente para asegurar la posesion del pais. El estado del tiempo hacia dudosa hasta la

practicabilidad de este proyecto. El viento continuaba fuerte, la mar alta, y no podian pasar botes de tierra á la escuadra. La situacion de los bajeles era en estremo peligrosa. Tenian poca gente, y estaban quebrantados por las tormentas que habian sufrido y por el acribillamiento contínuo de los gusanos. En semejante condicion estaban anclados en una costa de barlovento, con tempestuoso viento y mar, en un clima sujeto á tormentas, y en donde el menor aumento de mal tiempo podia despedazarlos contra aquella peligrosa barra. Cada hora aumentaba la inquietud de Colon por su gente, su hermano y sus bajeles, y cada hora sucesiva hacia mas eminentes los riesgos que amenazaban. Tantos dias de perturbacion constante, tantas noches de vigilia y angustia, hicieron presa de una constitucion ya decaida por la edad

y los padecimientos. Entre agudas enfermedades corporales, y pasiones de ánimo profundas, parece que le afligieron delirios parciales. Las visiones que en tales momentos le presentaba su enferma imaginacion, solia él considerarlas misteriosos y sobrenaturales avisos. En una carta dirigida á los soberanos da solemne cuenta de una especie de vision que le habia confortado en su amargura, cuando yacia en el lecho del dolor.

Fatigado y suspirando, dice, *me salteó un sueño ligero, cuando oí una compasiva voz que me decia: ¡Oh necio y perezoso en servir á tu Dios, el Dios de todas las cosas! ¿Qué hizo él mas por Moisés, ó por su siervo David? Desde que naciste ha tenido de tí especial cuidado. Cuando te vió de edad madura hizo que tu nombre resonara con maravilla por la tierra. Las*

Indias, aquellas ricas partes del mundo te dió á tí para tu herencia, y poder para que se las dieses á otros segun tu voluntad. A tí te entregó las llaves de las puertas del Océano, que tan potentes cadenas cerraban; á ti obedecieron muchas tierras, y adquiriste honrosa fama entre cristianos. ¿Qué hizo mas por el pueblo de Israel cuando le sacó de Egipto? ¿O por David, á quien de pastor hizo rey? Vuelve, pues, á él los ojos, y confiesa tu error; su misericordia es infinita. Tu edad no será impedimento para ninguna grande empresa. Abraham tenia mas de cien años cuando engendró á Isaac; ¿y era Sara jóven? Tú, que pides socorro con abatimiento, ¡responde! ¿quién te ha afligido tanto y tantas veces? ¿Dios, ó el mundo? Los privilegios y promesas que Dios te ha hecho, nunca ha faltado á ellos; ni di-

cho, despues de haber recibido tus servicios, que su sentido era diferente, y que debia entenderse de diferente modo. Él ejecuta á la letra. Él cumple todas sus promesas con aumento. Tal es su costumbre. Te he mostrado lo que tu Criador hace por tí, y lo que hace por todos. El presente es el premio de los trabajos y peligros que has sufrido sirviendo á otros. Todo esto oí, añade Colon, *como uno casi muerto, y no tuve poder para replicar á palabras tan verdaderas, salvo llorar por mis errores. Quien quiera que fuese el que me hablaba, acabó diciendo: ¡no temas! ¡confia! Todas estas tribulaciones estan escritas en mármol, y no sin causa.*

Tal es la singular narrativa que da Colon á los soberanos de su supuesta vision. Se ha sospechado que fue esta una mera ficcion ingeniosa, sagazmente ima-

ginada, para dar una leccion á su príncipe; pero tal idea es agena de su carácter. Tenia demasiado temor y reverencia á la divinidad, y demasiado respeto á su soberano para usar tal artificio. Las palabras que le habló la voz supuesta, eran verdades que moraban en su ánimo, y acongojaban su espíritu en las horas de vigilia. Es natural que recurriesen con viveza y coherencia en sus agitados sueños; al recordar los cuales suele el hombre, inadvertidamente, coordinarlos un poco. Ademas, tenia Colon la solemne creencia de ser un instrumento especial, puesto en las manos del cielo; lo cual, junto con su profundo matiz de supersticion, comun á la edad en que vivia, le inclinaban á equivocar cada sueño notable por una revelacion. No debe medírsele con la misma medida que á los hombres ordinarios en circunstancias ordinarias. Es

dificil para el ánimo realizar su situacion, y concebir la exaltacion de espíritu, á que él debió estar sujeto. El sencillo modo con que mezcla en su carta á los soberanos, las rapsodias y sueños de su imaginacion con los hechos mas simples, y con las mas sólidas observaciones prácticas, enunciándolas todas con una especie de solemnidad bíblica y lenguage poético, es una de las mas notables ilustraciones de un carácter ricamente fabricado de estraordinarios, y al parecer contradictorios elementos.

Despues de nueve dias desde el que tuvo esta supuesta vision; se calmaron la mar y el tiempo, y se restableció la comunicacion con la tierra. Fue imposible sacar del rio la carabela que quedaba; pero se hicieron los mayores esfuerzos para trasportar la gente y los efectos, antes que volviese el mal tiem-

po. En esta operacion, los servicios del celoso Diego Mendez fueron eminentemente útiles. Hacia ya tiempo que se estaba preparando para aquel momento. De las velas del buque habia hecho grandes sacos para recibir la galleta. Habia atado juntas con maderos dos canoas indias, de modo que no pudiesen volcarlas las ondas, y construido encima una plataforma capaz de llevar mucho peso. Esta especie de balsa se cargó repetidas veces de víveres, armas y municiones que habian quedado en la costa, y con el cordage y otras cosas de la carabela que quedaba del todo desarmada. Cuando ya tenia bastante peso, la llevaba el bote á remolque hasta los navíos. Asi, con incesante trabajo, se llevaron en dos dias á bordo de la escuadra casi todas las cosas de valor; y poco mas quedó en tierra que el casco de la carabela, decaido y pudrién-

dose en la arena del rio. Diego Mendez intervino en esta operacion con la mas infatigable actividad y vigilancia. El, y cinco compañeros, fueron los últimos que dejaron la playa, permaneciendo toda la noche en su peligroso puesto, y embarcándose por la mañana con el último cargo de efectos.

Nada puede compararse al gozo de los españoles cuando otra vez se vieron á bordo de los buques y una legua de mar entre ellos y aquellas florestas que les habian parecido destinadas á servirles de sepulcro. La alegria de sus camaradas no parecia inferior á la suya, y los trabajos y peligros que todavía los rodeaban, se olvidaron enmedio de mútuas congratulaciones. El Almirante, penetrado del mérito de los altos servicios de Diego Mendez, en los últimos tiempos de riesgos y desastres, le dió el mando de la carabela, que el

desgraciado Diego Tristan habia mandado (1).

CAPITULO X.

SALIDA DE LA COSTA DE VERAGUA. — LLEGADA Á JAMAICA. — ENCALLADURA DE LOS BUQUES.

[1503.]

Habiéndose al fin cambiado el viento favorablemente, salió Colon á últimos de abril de la desastrada costa de Veragua. La mala condicion de los buques, la debilidad de las tripulaciones y escasez de los víveres le determinó á pasar via recta

---

(1) Hist. del Almirante, c. 99 y 100. — Las-Casas, l. ii, c. 29. — Relacion de Diego Mendez. — Carta de Colon desde Jamáica. — Diario de Porras, Navarrete, Colec. t. i.

á Española, donde podia recomponer sus buques y proveerse de los objetos necesarios para el viaje de Europa. Con sorpresa, empero, de sus pilotos y marineros tomó de nuevo el rumbo del oriente por la costa, en vez de salir para el norte, adonde todos consideraban hallarse Española. Imaginaban que queria proceder Colon en derechura para España, y murmuraban abiertamente de la locura de emprender tan largo viaje, faltos de provisiones y en buques comidos de gusanos. Pero Colon y su hermano habian estudiado la navegacion de aquellas mares con ojo mas observador y esperimentado. Consideraban necesario ganar una considerable distancia al oriente antes de virar para Española, para que las corrientes no los llevasen mucho mas abajo del destinado puerto (1). El

(1) Hist. del Almirante. — Carta desde Jamáica.

Almirante, empero, no comunicó sus motivos á los pilotos, deseando tener reservado en lo posible el conocimiento de aquellos derroteros, pues que tantos descubridores habia, prontos á seguir sus huellas. Les quitó tambien sus cartas á los marineros, y se lisonjea en una que escribió á los soberanos, de que ninguno de sus pilotos era capaz de hallar el camino de Veragua, ni describir su situacion.

Inatento á las murmuraciones de su gente, siguió Colón costeando hasta Puerto-Belo. Alli le fué forzoso dejar una de las carabelas que estaba tan carcomida de gusanos, que ya no podia flotar. Todas las tripulaciónes quedaron amontonadas en dos carabelas, y estas poco mejores que la que acababan de perder. Apenas bastaban todos los esfuerzos para descargarlas de agua; y el trabajo de las bombas era duro para

gentes que estaban á tan corta dieta y habian sufrido tantos trabajos. Continuando adelante, pasaron el Retrete y algunas islas, á que puso el Almirante Las-Barbas, hoy apellidadas Las-Mulatas. Estas supuso Colon que eran las provincias de Mangu, en los territorios del gran Khan, descritas por Marco Polo como adyacentes á Cathay. Continuó diez leguas mas hasta acercarse á la entrada de lo que se llama hoy golfo de Darien. Alli tuvo una consulta con sus capitanes y pilotos, que dijeron no se debia persistir en aquella lucha contra vientos y corrientes contrarias, representándole el lamentable estado de los buques y las enfermedades de las tripulaciones. Despidiéndose pues del continente, viró al norte el 1.º de mayo en busca de Española. Como el viento era del este, y habia una fuerte corriente hácia el oeste, se mantuvo Colon al bar-

lovento cuanto le fue posible. Tan poco conocian su situacion los pilotos, que creian estar al oriente de las islas Caribes, mientras el Almirante temia que con todos sus esfuerzos le habrian llevado las corrientes al occidente de Española (1). Sus aprensiones eran bien fundadas, porque el 10 del mismo mes descubrió dos isletas bajas al nor-oeste de Española, á las cuales llamó las Tortugas por las muchas que en ellas hábia; hoy se llaman los Caimanes. Pasando lejos de ellas, y continuando al norte, se vió el 30 de mayo entre una multitud de isletas al sur de Cuba, á que anteriormente habia dado el nombre de Jardines de la Reina, entre ocho y nueve grados occidente del destinado puerto. Ancló cerca de uno de los cayos á diez leguas de tierra. Sus tripulaciones esta-

(1) Carta desde Jamáica.

ban padeciendo escesivamente de hambre y de cansancio: nada mas quedaba ya de las provisiones que alguna galleta, aceite y vinagre, y tenian que trabajar incesantemente en las bombas para mantener flotando los buques. Apenas habian anclado en estas isletas, cuando les acometió á media noche una tempestad repentina, y tan violenta, que segun la frase de Colon, parecia que iba á disolverse el mundo. Casi al momento mismo perdieron tres de sus anclas; y la carabela Bermuda fue arrojada con tanta violencia sobre la del Almirante, que quedaron hechas pedazos la proa de la una y la popa de la otra. Estando la mar muy alta, y tempestuoso el viento, se rozaban y destruian los bajeles entre sí, y costó grande dificultad el separarlos. Solo quedó un ancla al del Almirante, y ésta lo libró de ser precipitado sobre las rocas. Al amanecer se vió que

ya el cable estaba tan gastado, que si hubiese habido una hora mas de noche habria sido imposible evitar el naufragio (1).

A los seis dias, habiéndose moderado el tiempo, reasumió su derrotero de oriente hácia Española: *su gente*, como él dice, *abatida y descorazonada, casi todas las anclas perdidas, y los bajeles taladrados y tan llenos de agujeros como un panal de miel.* Despues de luchar contra vientos contrarios, y las acostumbradas corrientes del oriente, llegó al Cabo de la Cruz, y ancló en un lugar á que habia tocado en su viaje de 1494, en la costa del sur de Cuba. Alli le dieron los naturales pan de casava, y permaneció al-

---

(1) Hist. del Almirante, c. 100. — Carta de Colon desde Jamáica.

gunos dias detenido por vientos contrarios. Dándose de nuevo á la vela, quiso acercarse á Española, pero todos los esfuerzos fueron en vano. Los vientos y corrientes continuaban adversos; el agua tomaba mas y mas cuerpo dentro de los buques, aunque jamas cesaban las bombas, y la vaciaban tambien los marineros con cubos y ollas. Entonces desesperando ya el Almirante, tomó para la isla de Jamáica á buscar algun puerto seguro, porque habia inminente peligro de anegarse en la mar. La víspera de San Juan, en 23 de junio, entró en Puerto-Bueno, hoy llamado Dry-Harbour (Puerto Seco); pero no vió indios ningunos de quien poder obtener provisiones, ni habia agua dulce en los contornos. Acosados de la sed y de la hambre, salieron hácia el oriente al otro dia á otro puerto, á que llamó el Almirante de Santa Gloria, conocido al presente

como La Caleta de Don Cristóbal. (Don Christopher's Cove).

Aqui tuvo al fin que abandonar Colon su árdua y prolongada lucha contra la tenaz persecucion de los elementos. Sus buques, reducidos á meras ruinas, no podian ya mantenerse en el mar, y hasta en el puerto se hundian. Mandó, pues, que los encalláran á un tiro de ballesta de la orilla, atándolos juntos el uno al lado del otro. Pronto se llenaron de agua hasta las cubiertas. Entonces se construyeron camarotes en las popas y proas para vivienda de las tripulaciones, poniendo el todo en el mejor estado posible de defensa. Encastillado asi en el mar, creyó Colon que podria repeler cualquiera ataque repentino de los naturales, y al mismo tiempo impedir que su gente vagase por los alrededores, entregándose á los acostumbrados escesos. A nadie se permitia ir á tierra sin per-

miso especial, y se tomaron las mayores precauciones para impedir que se ofendiese á los indios. Cualquier exasperacion de ellos podia ser fatal á los españoles en su desamparada situacion. Un ascua encendida que se arrojase á su débil ciudadela, la envolveria en llamas, y los dejaria sin defensa entre millares de enemigos.

LIBRO XVI.

CAPÍTULO I.

NEGOCIACION DE DIEGO MENDEZ CON LOS CACIQUES PARA EL ABASTO DE PROVISIONES. — SU VIAJE Á SANTO DOMINGO DE ORDEN DE COLON PARA PEDIR SOCORRO.

[1503.]

La isla de Jamáica era estremadamente populosa y fértil; la caleta no tardó en llenarse de indios que traian provisiones que cambiar con los españoles. Para prevenir disputas en la compra ó reparticion de los víveres, se nombraron dos personas que interviniesen en todos los ajustes, y los comestibles así obtenidos se repartian todas las tardes á la gente. Este arreglo tuvo féliz efecto en promo-

ver un comercio amistoso. Pero los auxilios que podia prestar una limitada porcion de gentes impróvidas no eran bastantes para las necesidades de los españoles, y sí tan escasos que con frecuencia se acostaban muy necesitados. Temian ademas que presto se acabasen las provisiones en los contornos, y se viesen reducidos á la última miseria. En estas críticas circunstancias Diego Mendez, con su acostumbrado celo, se ofreció voluntariamente á ir con tres hombres á forragear por la isla. Aceptó el Almirante con alegría su propuesta, y salió Mendez con tres compañeros bien armados. Por todas partes le recibieron los indios con la mayor bondad. Le llevaban á sus casas, les daban de comer y beber á él y sus compañeros, y llenaban todos los ritos de salvage hospitalidad. Mendez hizo el pacto con el cacique de una tribu numerosa de que

cazasen y pescasen sus súbditos, é hiciesen pan de casava, llevando diariamente una cantidad de estas y otras provisiones al puerto. Debian recibir en cambio cuchillos, peines, cuentas, anzuelos, cascabeles y otros efectos, de un español que residiria con aquel objeto entre ellos. Hecho el ajuste, despachó Mendez á uno de sus camaradas para que se lo comunicase al Almirante. Siguió luego su camino, y tres leguas mas allá hizo un trato semejante con otro cacique, y despachó el segundo compañero con las nuevas. Mas adelante, á unas trece leguas de los buques, llegó á la residencia de un cacique llamado Huarco, que le recibió generosamente. Mandó á sus súbditos que trajesen una grande cantidad de provisiones, por las cuales pagó Mendez en el acto mismo, é hizo ajuste para que le mandasen otra provision como aquella á ciertos intér-

valos. Envió al tercer compañero con aquellos víveres al Almirante, pidiéndole tambien que pusiese allí un agente para recibir y pagar las provisiones en lo sucesivo.

Se habia ya Mendez quedado solo, pero gustaba de toda empresa que prometiese honor individual. Pidió al cacique dos indios que le acompañaran hasta el fin de la isla, uno para conducir sus provisiones, y otro su hamaca ó lecho de algodon. Concedidos estos, se adelantó intrépidamente por la costa, hasta llegar á la estremidad oriental de Jamáica. Mandaba allí un poderoso cacique llamado Ameiro. Mendez poseia un ánimo alegre, mucha sagacidad, y modales muy agradables para con los indios. Pronto se hicieron grandes amigos él y el caciqué, cambiaron nombres en señal de fraternidad, y Mendez lo persuadió á que mandase provisiones á los buques.

Tambien le compró á este cacique una escelente canoa, por la que le dió una palangana magnífica de azófar, una especie de sotanilla ó casacote corto y una de las dos camisas de que constaba su lencería. El cacique le dió ademas seis indios que bogasen su barca, y ambos se separaron mútuamente satisfechos. Diego Mendez volvió costeando y tocando á los varios puntos donde habia hecho sus contratos. Halló ya en ellos á los agentes españoles, colmó de provisiones su canoa, y volvió triunfante al puerto, donde le recibieron con aclamaciones sus compañeros, y con brazos abiertos el Almirante. Las provisiones que traian fueron oportunísimas por hallarse ya padeciendo hambre material los españoles; y de allí adelante llegaban todos los dias indios bien cargados de ellas, de los mercados que habia establecido.

Estando ya satisfechas las inmediatas

tas necesidades de su gente, empezó á indagar Colon en su ansioso ánimo cómo saldria de la isla. No era posible reparar ya los buques, ni habia esperanza de que por acaso llegase ninguna vela á su socorro en las playas de una isla salvage y de una mar no frecuentada. La mas racional medida parecia dar noticia de su situacion á Ovando, el gobernador de Santo Domingo, pidiéndole despachase un buque á su socorro. ¿Pero cómo iria este mensage? La distancia entre Jamáica y Española era de cuarenta leguas, al traves de un golfo agitado por contrarias corrientes: era imposible atravesarla, á no ser en las ligeras canoas de los salvages; ¿y quién emprenderia tan arriesgado viage en una frágil barca de esta especie? La idea de Diego Mendez, y de la canoa recien comprada, se presentó repentinamente á la memoria de Colon. Conocia el ardor y la in-

trepidez de Mendez, y su deseo de distinguirse con peligrosas hazañas. Llamándolo aparte le habló, pues, de un modo capaz de estimular su celo y lisonjear su amor propio. El mismo Mendez describe sin artificio alguno esta conversacion interesante y característica.

Diego Mendez, hijo mio, dijo el venerable Almirante, *ninguno de los que aquí estan conoce el grande peligro de nuestra situacion, salvo nosotros dos. Somos pocos en número, y muchos los salvages indios, y de naturaleza mudable y pronta á irritarse. A la menor provocacion pueden arrojar fuego desde la orilla, y consumirnos en nuestros camarotes, cubiertos de paja. El trato que con ellos habeis hecho para las provisiones, y que ahora cumplen alegres, pueden romperlo mañana por capricho, y rehusar traernos mas víveres; ni tenemos medios para obligarlos á ello por*

fuerza, sino que estamos enteramente á merced suya. Yo tengo pensado un remedio, si os parece conveniente. En la canoa que habeis comprado puede alguno pasar á Española, y procurar un bajel, con el cual nos libraremos de este grande peligro en que hemos caido. Decidme vuestra opinion en este asunto.

A esto, dice Diego Mendez, *yo contesté: Señor, el peligro en que estamos puestos yo bien lo conozco, es mucho mayor de lo que puede imaginarse. En cuanto á pasar de esta isla á la Española en bajel tan pequeño como una canoa, yo lo considero no solo dificil, sino imposible; pues es necesario atravesar un golfo de cuarenta leguas, y entre islas adonde es el mar por estremo impetuoso, y rará vez está sosegado. Yo no sé quién querria aventurarse á tan estremo peligro.*

No replicó Colon; pero por sus mi-

radas y la naturaleza de su silencio, coligió claramente Mendez que él era la persona en quien tenia puesta la vista el Almirante; *por lo cual*, continúa, *yo añadí: Señor, yo he puesto muchas veces mi vida en peligro de muerte por salvar á V. E. y á todos los que aqui estan, y Dios me ha, hasta ahora, preservado de milagroso modo. Hay, empero, murmuradores que dicen que V. E. me confia á mí todas las comisiones á donde el honor puede ganarse, mientras hay otros en nuestra compañía que pudieran ejecutarlas tan bien como yo. Por lo tanto, yo pido que V. E. llame á toda la gente, y les proponga la empresa, para ver si entre ellos hay alguno capaz de acometerla, lo cual yo dudo. Si ninguno se atreve, yo me adelantaré, y arriesgaré mi vida en vuestro servicio, como muchas veces he hecho.*

El Almirante condescendió gustoso con los deseos del apreciable Mendez, pues jamas se vió el simple egoismo acompañado de mas generosa y firme lealtad. A la otra mañana se reunieron los españoles, y se hizo la proposicion en público. Todos recedian al pensar en ella, pronunciándola colmo de la temeridad. Entonces se adelantó Diego Mendez. *Señor*, dijo, *yo no tengo mas que una vida que perder, pero la arriesgo contento por el servicio de V. E. y por el bien de todos los que estan aquí presentes, y confio en el amparo de Dios, que en otras muchas ocasiones he esperimentado* (1).

Colon abrazó al celoso y bravo Men-

---

(1) Relacion de Diego Mendez.—Navarrete, Colec. t. i.

dez, que desde luego se puso á prepararse para el viaje. Sacando á tierra la canoa, le puso una quilla postiza, le clavó tablas por la popa y la proa para que no entrasen las ondas en ella, le dió una mano de brea, le acomodó un mástil y una vela, y la proveyó de víveres para él, un compañero español y seis indios.

Colon, entre tanto, escribió á Ovando pidiéndole le enviara inmediatamente un buque que le llevase á él y su gente á Española. Tambien dirigió otra carta á los soberanos; porque despues de concluir la mision de Santo Domingo, debia Diego Mendez proceder á España para negocios del Almirante. En ella pintaba Colon á los soberanos la situacion deplorable en que se veia, y les suplicaba mandasen un buque á Española para conducirlo á él y su gente á España. Describia sucintamente el último viaje, los mas de cuyos pormenores quedan ya

referidos en esta historia , y daba grande importancia al descubrimiento de Veragua. Manifestaba la opinion de que estuviesen allí las minas del Aurea Quersoneso, de donde Salomon habia sacado tantas riquezas para la edificacion del templo. Les pide encarecidamente que no se abandone á aventureros aquella dorada costa , como otros lugares que él habia descubierto , ni se pusiera bajo el gobierno de hombres que ningun interes verdadero tenian en la buena causa. *Este no es un infante* , añade , *que debe abandonarse á una madrastra. Yo nunca pienso , sin verter lágrimas , en Española y en Pária. Su mal es desesperado , y ya no tiene remedio ; espero que pór aquel ejemplo se tratará esta region de diferente modo.* Su imaginacion se inflama con estos recuerdos. Exalta la supuesta importancia de Veragua, como superior á la de todos sus prévios

descubrimientos; y alude á su proyecto favorito de rescatar el santo Sepulcro. *Jerusalen*, dice, *y Sion deben ser reedificadas por mano de un cristiano. ¿Quién será éste? Dios, por boca del Profeta, lo declara en el décimo cuarto Salmo. El abad Joaquin* (1) *dice que*

---

(1) Joaquin, natural del Burgo de Celico, cerca de Cosenza, viajó en la tierra Santa. Vuelto á Calabria, tomó el hábito de los cistercienses en el monasterio de Corazzo, de que fue prior y abad, y despues obtuvo mas altas dignidades monásticas. Murió en 1202, á los 72 años de edad, dejando numerosas obras: entre las mas conocidas se cuentan los Comentarios de Isaías, Jeremías y el Apocalipsis. Hay tambien profecías suyas, *que*, dice el Diccionario histórico, *durante su vida le granjearon la admiracion de los necios y el desprecio de los hombres sensatos;*

debe salir de España. Sus pensamientos volvian luego á la antigua historia del gran Khan, que habia pedido le enviasen sábios para instruirlo en la fé cristiana. Colon, imaginando que habia estado en la misma vecindad de Cathay, esclama con repentino celo: *¿Quién se ofrecerá para esta obra? Si nuestro Señor me permite volver á España, yo me comprometo á llevar allá su nombre, con seguridad, si Dios quiere.*

Nada es mas característico de Colon que estas sérias, descuidadas, sencillas, á veces sublimes y á veces incoherentes cartas. ¡Qué prueba de noble y elevado

---

ahora este último sentimiento prevalece. Debió ser el abad muy débil ó muy presuntuoso, para lisonjearse de que tenia las llaves de las cosas venideras, cuyo conocimiento se reserva Dios á sí mismo. — Dictionnaire historique, t. v. Caen, 1785.

entusiasmo, y de irresistible inclinacion á las grandes empresas se manifiesta en ellas! Cuando se entregaba á tan dulces ilusiones, y se proponia acabar nuevas y románticas hazañas, estaba quebrantado por la edad y las enfermedades, traspasado de dolores, en cama y encerrado en las reliquias de un naufragio, en las lejanas costas de una isla salvage. No puede darse mas pronunciada pintura de su situacion que la que siguе á esta pasagera llama de entusiasmo, cuando en una de sus rápidas transiciones despierta, por decirlo así, á contemplar su condicion actual.

Hasta ahora, dice, *he llorado por otros: ¡ten misericordia de mí, cielo, y llora por mí, tierra! Estoy en mis negocios temporales sin un maravedí que dar, náufrago, arrojado en las Indias, aislado en mis miserias, enfermo, temiendo que cada dia será el último*

de mi vida, y rodeado de crueles salvages. En mis negocios espirituales, separado de los santos Sacramentos de la Iglesia, de modo que se perderá mi alma si aquí se separa del cuerpo. ¡Llore por mí quien quiera que tenga caridad, verdad y justicia! No vine á este viaje á ganar honor ni estados, que ya han muerto en mi pecho semejantes esperanzas. Vine á servir á VV. MM. con sana intencion y honesto celo, y no estoy hablando falsedades. Si pluguiese á Dios sacarme de aquí, humildemente pido á VV. MM. me permitan ir á Roma á cumplir otras peregrinaciones.

Estando prontos los despachos, y aparejadas lo mejor posible las canoas, se embarcó Diego Mendez con su camarada español y sus seis indios, y partió costeando hácia el oriente. Este viaje era trabajoso y arriesgado. Tenia que abrir-

se camino contra fortísimas corrientes. Una vez los rodearon muchas canoas indias; pero pudieron escapar y llegar al fin de la isla, una distancia de treinta y cuatro leguas desde el puerto. Allí permaneciéron esperando que hubiese calma para aventurarse á entrar en el ancho golfo, cuando se vieron repentinamente rodeados y hechos prisioneros por una multitud de indios que los llevaron á tres leguas de distancia, adonde determinaron darles muerte. Se originó entre los indios una disputa al dividir los despojos de los españoles; pero al fin determinaron decidir la cuestion con un juego de azar. Mientras estaban en él ocupados, se escapó Diego Mendez, y pudo llegar hasta su canoa y tomarla, y volvió solo al puerto, despues de quince dias de ausencia. No dice lo que sucedió á sus compañeros; pues se detenia rara vez á hablar de otra per-

sona que de sí mismo. Esta narracion está tomada de la inserta en su última voluntad y testamento.

Colon, aunque pesaroso del mal éxito de su mensage, se alegró de que hubiese escapado de la muerte el fiel Mèndez. Pero éste, lejos de estar desanimado por los trabajos y peligros que habia sufrido, se ofreció á acometer por segunda vez su empresa, si alguien queria acompañarlo al fin de la isla, y defenderlo de los indios. Se ofreció á hacerlo el Adelantado con una partida bien armada. Bartolomé Fiesco, genovés, que habia sido capitan de una de las carabelas, se asoció con Mendez para la espedicion segunda. Era hombre de mucho mérito, muy afecto al Almirante, y muy estimado de él. Cada uno llevaba á su mando una grande canoa con seis españoles y diez indios, los últimos como remeros. Iban juntas las canoas. Al llegar

á Española, debia Fiesco volver inmediatamente á Jamáica para sacar de su ansiedad á los españoles que quedaban, con las noticias de haber llegado el mensagero. Entre tanto debia Diego Mendez pasar á Santo Domingo, entregar sus despachos á Ovando, procurarse un bajel y mandarlo á Jamáica, y seguir luego á España con la carta para los soberanos.

Hechos los preparativos necesarios, pusieron los indios en las canoas su frugal provision de pan de casava, y una calabaza de agua por individuo. Los españoles, ademas del pan, llevaban carne de utia, y cada uno su espada y su rodela. Así se lanzaron al mar en aquel largo y peligroso viaje, acompañados por las plegarias y oraciones de sus compatriotas.

El Adelantado se mantuvo á vista de las canoas con su banda de combatien-

tes. No intentaron los indios molestarlos, y llegaron seguros al estremo de la isla. Allí permanecieron tres dias, antes que el mar estuviera en suficiente calma para que tan frágiles barcas pudiesen entrar en él. Al fin se serenó el tiempo, se despidieron de sus camaradas y se entregaron á las ondas con fuerte corazon. El Adelantado siguió observándolos hasta que parecian diminutos puntos en el Océano, y la noche los envolvió en sus tinieblas. Al otro dia volvió el Adelantado al puerto, deteniéndose por el camino en varios lugares, y esforzándose en confirmar la buena voluntad de los indios (1).

---

(1) Hist. del Almirante, c. 101.

CAPITULO II.

MOTIN DE PORRAS.

[1503.]

Hubiera podido creerse que la mala fortuna que por tanto tiempo habia perseguido á Colon, estaba ya cansada. En las estremidades sirve de consuelo el considerar que pues no es posible estar peor, presto se mejorará la suerte. La envidia, desalentada un tiempo por la gloria y prosperidad de Colon, apenas hubiera podido darle mas desamparado asilo en el mundo que él mismo habia descubierto; habitante de un buque náufrago en un desierto Océano, á la merced de hordas bárbaras, que en un momento, de precarios amigos, podrian convertirse en enemigos feroces; afligido ademas en su lecho por los agudos dolores y enfermedades con que los trabajos

é inquietud oprimian sus cansados años. Pero Colon no habia agotado aun el cáliz de la amargura. Aun le quedaba que esperimentar un mal peor que las tormentas, el naufragio, los dolores del cuerpo ó la violencia de las hordas salvages, en la perfidia de aquellos en quienes mas confiaba.

No habia mucho que Mendez y Fiesco habian partido, cuando empezaron á enfermar, en parte por falta del acostumbrado alimento, á causa, en parte, de los trabajos del último viaje, en parte por estar todos encerrados en tan estrecha vivienda en un clima húmedo y caluroso, los españoles á bordo de los despedazados buques, porque no podian habituarse al alimento de los indios, compuesto por lo comun de vejetales. La pasion de ánimo aumentaba y hacia menos llevaderas las enfermedades, con aquella suspension que nutre la inquietud é irritabi-

lidad del espíritu, y aquella esperanza pospuesta, siempre viva y nunca lograda, que corroe gradualmente el valor. Acostumbrados á una vida varia y bulliciosa, en nada se ocupaban entonces mas que en pasear por el solitario casco, mirar al mar, y ver si descubrian la canoa de Fiesco, admirarse de su dilatada ausencia, y dudar de que volviese. Largo tiempo habia transcurrido, mucho mas del que era necesario para el viaje; pero nada se supo ni vió de la canoa. Empezó á temerse que los mensageros habrian perecido. En este caso, ¿hasta cuándo permanecerian allí los españoles esperando un socorro que no habia de llegar nunca? Algunos se abatieron del todo; otros se hicieron díscolos é impacientes. Empezaron las murmuraciones; y como suele acontecer en las desgracias, murmuraciones de las mas absurdas. En vez de simpatizar con su anciano y enfermo

comandante, que se veia envuelto en la misma calamidad que todos, y cuyos sufrimientos á los de todos escedian, y que sin embargo estudiaba incesantemente su bien estar, empezaron á ligarse contra él, como sola causa de todos sus infortunios.

Los sentimientos facciosos de la multitud, serian de poca importancia abandonados á sí mismos, y podrian acabar en ociosos clamores: la industria de uno ó dos espíritus perversos es la que generalmente los dirige á un objeto, y los hace dañinos. Entre los oficiales de Colon habia dos hermanos, Francisco y Diego de Porras. Estaban relacionados con el tesorero real Morales, que habia casado con una hermana de ellos, é interesádose con el Almirante para que les diese empleo en la espedicion (1). Habia

(1) Hist. del Almirante, c. 102.

Colon hecho, por complacer al tesorero, capitan de una de las carabelas á Francisco de Porras, y escribano y contador general de la escuadra á su hermano Diego. Los habia tratado, segun él mismo dice, con la bondad que se usa entre parientes, aunque ambos manifestaron ser incompetentes para llenar las funciones de sus respectivos empleos. Eran vanos é insolentes; y como otros muchos á quienes Colon habia favorecido, pagaron sus beneficios con la mas negra ingratitud (1).

Estos hombres, viendo la gente vulgar en alta impaciencia y descontento, se mezclaron entre ella, y la agitaron aun mas con sus sediciosas insinuaciones. Les aseguraron que eran vanas to-

---

(1) Carta de Colon á su hijo Diego.—Navarrete, Colec.

das sus esperanzas de socorro por medio de la agencia de Mendez. Eran estas meras ilusiones creadas por el Almirante para tenerlos sujetos, y servirse de ellos en sus designios. No tenia deseo ni intencion de volver á España, de donde se hallaba desterrado. Española le estaba tambien cerrada, como se habia visto por la esclusion de los bajeles del puerto en tiempo de peligro. Para él por entonces eran todos los sitios lo mismo, y tenia que contentarse con permanecer en Jamáica, hasta que sus partidarios adquiriesen suficiente influjo en la corte para hacerle levantar el destierro. En cuanto á Mendez y Fiesco, Colon los habia enviado á España á sus asuntos particulares, y no á que procurasen buques para el socorro de sus compañeros. Si así no fuese, ¿por qué no llegaban los bajeles, ó volvia Fiesco, como habia prometido? Y si las canoas fueron en efecto á

pedir socorro, el mucho tiempo que habia pàsado sin tener noticia de ellas, daba á entender que habrian perecido por el camiño. En tal caso su sola alternativa seria tomar las canoas de los indios, y hacer un esfuerzo para ir á Española. Pero no habia esperanza de persuadir al Almirante á tal empresa; era demasiado anciano, y estaba demasiado enfermo para esponerse á los trabajos de semejante viaje. ¿Deberian, pues, ellos sacrificarse á sus intereses ó sus enfermedades? ¿Resignar el solo medio de salvarse que tenian, y permanecer y morir en las desoladas reliquias del naufragio? Si podian llegar á Española, se les recibiria aun mejor que por otra razon álguna por la de haber abandonado al Almirante. Ovando le tenia enemistad secreta, temeroso de que otra vez obtuviese el gobierno de la isla: cuando llegasen á España, el obispo Fonseca, por

su enemistad á Colon, seguramente los protegeria; los hermanos Porras tenian poderosos amigos y parientes en la corte, que desacreditarian las quejas del Almirante; y citaban el caso de la rebelion de Roldan para probar que las preocupaciones del público y de la gente poderosa estarian siempre contra él. Pasaban mas adelante é insinuaban que los soberanos, que entonces le habian privado de parte de sus dignidades y privilegios, se alegrarian de tener un pretesto para arrancarle los que le quedaban (1).

Sabia Colon que estaban los ánimos de su gente exasperados contra él. Se le habia repetidas veces tratado con insolente impaciencia, y acusádolo de ser causa de sus desastres. Acostumbrado,

---

(1) Hist. del Almirante, c. 102.

empero, á la sinrazon del hombre en la adversidad, y ejercitado por muchas pruebas en el magisterio de sus pasiones, sufrió su petulancia, quiso aplacar su irritacion y lisonjear sus esperanzas con la de un pronto socorro. Algun tiempo todavía, y confiaba en ver volver á Fiesco con buenas nuevas, y la certeza del socorro acabaria entonces todos los clamores. El mal era, empero, más profundo de lo que él se imaginaba; y se organizó entre sus gentes un completo motin.

El 2 de enero de 1504 estaba Colon en el reducido camarote de la popa de su buque y en cama, con los dolores de la gota, que le tenian del todo impedido. Mientras pensaba en su infausta situacion, entró repentinamente Francisco de Porras. Sus modales y agitacion manifestaban un objeto dañado en su visita. Con el precipitado descaro del hom-

bre que va á perpetrar públicamente un crímen, rompió en amargas quejas de que se les tuviese así por semanas, por meses enteros, sujetos á perecer uno á uno en aquel lugar desolado, y acusó al Almirante de no querer volver á España. Colon sospechó de aquella insólita arrogancia algun designio siniestro. Mantuvo, empero, su acostumbrada calma, y reponiéndose en su lecho, quiso raciocinar con Porras. Le manifestó la imposibilidad de partir hasta que de Española les enviasen bajeles. Le hizo ver cuánto mayor debia ser su deseo de salir de allí, pues no estaba obligado solo á mirar por su propia seguridad personal, sino que tenia que responder á Dios y á sus soberanos de la suerte de todos los que le estaban confiados. Recordó á Porras, que siempre habia consultado con todas sus gentes cuantas medidas tenian por objeto la seguridad comun, y que

todas sus operaciones habian logrado la aprobacion general; pero si algo quedaba por hacer, si cualquiera otra providencia parecia conveniente, aconsejó que se juntasen los interesados, y despues de consultar sobre ello, adoptasen el curso que mas juicioso creyeran.

Pero las medidas de Porras y sus compañeros se habian ya concertado, y los hombres resueltos á amotinarse son sordos á la razon. Replicó, pues, Porras groseramente, que no habia ya tiempo para mas consultas. *Embarcarse inmediatamente, ó quedarse con Dios, eran las solas alternativas. Por mi parte,* dijo volviendo al Almirante la espalda, y levantando la voz de modo que resonase por todo el buque, *¡yo estoy por Castilla! los que quieran pueden seguirme.* Inmediatamente se oyó gritar por todas partes: *¡Yo os sigo! ¡y yo! ¡y yo!* Muchos marineros se pre-

sentaron en el buque blandiendo armas y mezclando las amenazas con los gritos de rebelion. Unos pedian á Porras órdenes de lo que habian de hacer, otros gritaban: *¡ A Castilla! ¡ á Castilla!* mientras en el general tumulto se oyeron las voces de algunos desesperados amenazar la vida del Almirante.

Colon, oyendo la gritería, saltó de su lecho, enfermo é impedido cual estaba, y vacilando hasta salir del camarote, y tropezando y cayendo en aquel esfuerzo, esperaba apaciguar los amotinados con su presencia. Pero tres ó cuatro hombres fieles, temiendo alguna violencia, se arrojaron entre él y la chusma, le tomaron en brazos y le obligaron á volver al camarote.

El Adelantado tambien habia salido, pero de diferente modo. Se habia situado, con una lanza en la mano, en posicion en que podia resistir solo el asal-

to. Algunos de los leales apaciguaron con la mayor dificultad su furia, y le persuadieron á dejar su arma y pasar al camarote de su hermano. Despues suplicaron los mismos á Porras y sus compañeros partiesen en paz, pues nadie se les oponia. Nada esperaban ganar con la violencia; pero si causáran la muerte del Almirante, se atraerian el mas severo castigo de los soberanos (1).

Estas representaciones moderaron la turbulencia de los facciosos, que procedieron desde luego á llevar á ejecucion sus planes. Apoderándose de diez canoas que habia comprado el Almirante á los indios, se embarcaron en ellas con tanta alegria como si estuviesen ciertos de desembarcar poco despues en las costas de España. Otros, que no habian tenido

---

(1) Las-Casas, Hist. Ind. l. ii, c. 32.—Hist. del Almirante, c. 102.

parte en el motin, viendo despedirse á tanta gente, y temerosos de quedarse en tierra con tan poca, reunieron precipitadamente sus efectos, y entraron tambien en las canoas. Cuarenta y ocho hombres abandonaron así al Almirante. Las enfermedades detuvieron á muchos de los que quedaban; porque si hubiesen estado buenos, los mas se hubieran ido con los desertores (1). Los pocos que permanecieron fieles al Almirante, y los enfermos que salieron arrastrándose de sus camarotes, vieron la partida de los rebeldes con lágrimas y lamentos, considerándose ya perdidos. A pesar de su enfermedad, salió Colon de la cama, habló á los leales, visitó á los enfermos, é hizo toda clase de esfuerzos para consolarlos. Les pidió pusiesen en Dios su confianza, que él los aliviaria; y les

---

(1) Hist. del Almirante, c. 102.

prometió á su vuelta á España arrojarse á los pies de la Reina, representarle su lealtad y su constancia, y obtener para ellos premios que compensaran todos sus padecimientos (1).

Entre tanto Francisco de Porras y sus compañeros salieron en la escuadra de canoas que habian formado, y costeando la isla hácia el oriente, siguieron el derrotero de Mendez y Fiesco. Adonde quiera que desembarcaban cometian las mayores injusticias y ultrajes contra los indios, robándoles sus provisiones y los efectos que apetecian. Quisieron que redundasen sus crímenes en perjuicio de Colon, pretendiendo obrar por su autoridad, y asegurando que él pagaria lo que ellos tomaban: si rehusaba hacerlo, aconsejaban á los naturales que le matasen. Le pintaban implacable enemigo

(1) Las-Casas, l. ii, c. 32.

de los indios, tirano de las otras islas, á cuyos habitantes habia reducido á la miseria y dado la muerte, y que buscaba solo adquirir alli poderío para causar calamidades semejantes.

Habiendo llegado á la estremidad oriental de la isla, esperaron á que del todo se calmase el tiempo antes de entrar en el golfo. Como no eran diestros en el manejo de las canoas, buscaron indios que los acompañasen. La mar se sosegó al fin, y comenzaron su viaje. Apenas estarian á cuatro leguas de tierra, se levantó un viento contrario, y empezaron á agitarse las ondas. Las canoas por su ligera estructura, y ser las quillas casi redondas, se volcaban fácilmente y exigian cuidadoso manejo y equilibrio. Iban entonces demasiado cargadas y por gente que no sabia usarlas; y al levantarse las ondas, frecuentemente entraba el agua en ellas. Temieron los españo-

les, y quisieron aligerarlas arrojando al mar cuanto no era absolutamente necesario; solo conservaron, pues, las armas y parte de las provisiones. El peligro aumentaba con el viento. Forzaron á arrojarse al agua á todos los indios que no iban ocupados remando. Si vacilaban, los hacian obedecer con el filo de las espadas. Eran los indios diestros nadadores, pero estaba la tierra demasiado lejos para su fuerza. Se mantenian, pues, cerca de las canoas, agarrándose alguna vez á ellas para descansar y tomar aliento. Como su peso desarreglaba el equilibrio de las canoas, y las ponia en peligro, les cortaban los españoles las manos, y los estoqueaban con las espadas. Algunos murieron por el acero de aquellos hombres crueles; otros se sumergian desfallecidos debajo de las ondas: asi finaron miserablemente diez y ocho, y no sobrevivió ningu-

no sino los remeros de las canoas (1).

Cuando volvieron los españoles á tierra se agitaron entre ellos varias opiniones y pareceres. Algunos eran de dictámen de cruzar á Cuba, para cuya isla habia viento favorable. De alli pensaban les fuese fácil pasar á la estremidad de Española. Otros aconsejaron volver al puerto y hacer las paces con el Almirante, ó quitarle las armas y víveres que le quedaban, habiendo arrojado al mar los suyos en el pasado peligro. Otros aconsejaron intentar de nuevo el viaje de Española, cuando el mar se tranquilizase.

Se adoptó el último parecer. Un mes permanecieron en una poblacion india, cerca del estremo oriental de la isla, viviendo de la sustancia de los naturales,

(1) Hist. del Almirante, c. 102. — Las-Casas, l. ii, c. 32.

y tratándolos del modo mas arbitrario y caprichoso. Cuando al fin se serenó el tiempo, acometieron segunda vez su empresa, pero tambien fueron repulsados por vientos contrarios. Perdiendo ya la paciencia, y desesperando de lograr su deseo, abandonaron las canoas, y volvieron hácia el occidente, vagando de poblacion en poblacion; disoluta y feroz gavilla que vivia por medios lícitos ó criminales, segun era recibida, y pasó como una pestilencia por la isla (1).

---

(1) Hist. del Almirante, c. 102. — Las-Casas, l. ii, c. 32.

CAPITULO III.

ESCASEZ DE PROVISIONES. — ESTRATAGEMA DE COLON PARA OBTENER VÍVERES DE LOS NATURALES.

[1504.]

Mientras erraban Porras y su chusma con aquel desesperado y triste desenfreno, consiguiente al abandono de los justos principios, presentaba Colon la opuesta pintura de un hombre sustentado por la rectitud de su conciencia, y por su lealtad hácia los otros y hácia sí mismo. Cuando vió partir la gavilla que se llevaba consigo la porcion vigorosa y sana de su gente, se esforzó en animar á los enfermos y decaidos de espíritu que con él quedaban. Pocos de ellos podian manejar las armas en caso

de un ataque, y ninguno dispensarse del cuidado de los enfermos y guardia de los buques, para salir en busca de provisiones. Descentendiéndose de sus agudas enfermedades, daba toda su atencion al alivio de los padecimientos y restauracion de la salud de los otros. Por medio de una invariable buena fe y amistosa conducta hácia los naturales, y usando juiciosamente los artículos de tráfico que le quedaban, se procuró de cuando en cuando considerables cantidades de víveres. Los mas apetitosos y nutritivos de estos, como tambien alguna poca de galleta europea que aun habia á bordo, los mandó apropiar á la manutencion de los enfermos. Sabiendo cuánto afectan al cuerpo las operaciones del ánimo, se ocupaba en estimular el espíritu y alimentar las esperanzas de los abatidos pacientes. Ocultando, pues, su propia ansiedad, mantenia un sem-

blante sereno y aun contento, animando á su gente con palabras bondadosas, y presentándoles seguras anticipaciones de pronto socorro. Con este trato alento y amistoso restableció Colon la salud y alegria de sus compañeros, y los puso á todos en estado de poder contribuir á la seguridad comun. Reglamentos juiciosos, pacífica pero firmemente mantenidos, conservaron todas las cosas en órden. Sintió la gente las ventajas de una saludable disciplina, y que las restricciones que su comandante les imponia eran para su propio bien, y productivas, en último resultado, de su mayor comodidad y regalo.

Así habia logrado Colon prevenir los males internos que amagaban á su pequeña comunidad, cuando males gravísimos empezaron á amenazar del esterior. Como los indios fuesen tan imprévidos, no acostumbrados á acopiar pro-

visiones, y enemigos de sujetarse á ningun trabajo estraordinario, hallaron difícil la provision del alimento diario que tantos hombres hambrientos requerian. Los dijes europeos, una vez tan preciosos, perdian su valor á proporcion que se hacian mas comunes. La importancia del Almirante disminuyó mucho á sus ojos por la desercion de tantos españoles; y las insinuaciones malignas de los rebeldes habian encendido contra él los celos y enemistad de varias poblaciones que acostumbraban á suministrarle víveres.

Empezaron, pues, á faltar las provisiones. Los contratos concluidos por Diego Mendez para la entrega diaria de ciertas cantidades de ellas, no se observaban ya con regularidad, y al fin cesaron del todo. Ya no se llenaba el puerto de indios cargados de provisiones, y con frecuencia rehusaban darlas cuando

se les pedian. Forrageaban los españoles por las cercanías en busca de sustento; pero cada vez hallaban mayor dificultad en encontrarlo; y en adicion á las otras causas de tristeza, empezaron á tener horribles aprensiones de perecer de hambre.

Oia el Almirante los melancólicos presagios de su gente, y veia acrecentarse el mal sin percibir ningun humano remedio. La fuerza era medio lleno de peligros y de pasagera eficacia. Se necesitarian para una salida todos los que estaban suficientemente robustos para tomar las armas, y él y los otros enfermos se quedarian sin defensa á bordo, espuestos á la venganza de los naturales.

Entretanto se aumentaba la escasez; conocieron los indios la necesidad de los blancos, y habian aprendido de ellos el arte de regatear. Pedian el décuplo de

los efectos europeos que anteriormente exigian por cualesquiera provisiones; y traian estas en muy cortas cantidades para escitar el deseo de los hambrientos españoles. Al fin cesó hasta este corto alivio, y empezaron los desastres de una hambre absoluta. Parece que Porras y su gente habian encendido por toda la isla la enemistad de los indios, que retenian sus provisiones, con la esperanza de hacer perecer de necesidad al Almirante y su gente, ó de hacerlos salir de la isla.

En esta estremidad se le presentó repentinamente á Colon una idea afortunada. Con sus muchos conocimientos astronómicos calculó que en tres dias habria un eclipse total de luna en la primera parte de la noche. Envió, pues, un indio de Española que le servia de intérprete á llamar á los principales caciques de la isla á una grande

conferencia, señalando para ella el dia del eclipse. Cuando estaban todos juntos les dijo por medio de su intérprete, que él y sus compañeros eran adoradores de una deidad que vivia en los cielos. Que esta deidad favorecia á los que obraban bien, pero castigaba á todos los pecadores. Que como ellos podian todos haber visto, habia protegido el verdadero Dios en su viaje á los que fueron con Diego Mendez, porque iban en obediencia de las órdenes de su gefe; pero que por otro lado habia herido á Porras y sus compañeros con toda clase de aflicciones, en consecuencia de su rebelion. Que esta grande deidad estaba indignada contra los indios que habian rehusado ó descuidaban proveer á sus fieles adoradores de comestibles, y queria por lo tanto castigarlos con hambre y pestilencia. Para que creyesen aquel aviso, se daria aquella misma noche una

señal en los cielos. La luna cambiaria de color, y perderia su luz, en anuncio del espantoso castigo que les esperaba.

Muchos indios quedaron amedrentados á la solemnidad de esta prediccion; otros la trataron con mofa; todos, empero, aguardaban solícitos la venida de la noche. Cuando vieron, en efecto, que una sombra oscura se derramaba por la luna, empezaron ya á temblar. Creció el terror con los progresos del eclipse, y al ver las tinieblas misteriosas que cubrieron la faz de la naturaleza, no tuvo límites su espanto. Se apoderaron de las provisiones que pudieron, apresurándose con ellas á los buques en medio de gritos y lamentaciones. Se arrojaron á los pies de Colon, implorando de él intercediese con Dios para que suspendiera las amenazadas calamidades, y asegurándole que de alli adelante traerian cuanto se les pidiese. Colon les contestó

que se retiraria á comunicar con la deidad. Se encerró en su camarote, y permaneció en él durante el aumento del eclipse, mientras las florestas y playas resonaban con los alaridos y súplicas de los salvages. Cuando iba el eclipse á disminuir, se presentó de nuevo á los indios, y les dijo que habia intercedido por ellos con su Dios, quien bajo condicion de que cumpliesen sus promesas se habia dignado perdonarlos; en señal de lo cual disiparia las tinieblas de la luna.

Cuando vieron los indios restaurado aquel planeta á su brillantez primitiva, flotando en toda su belleza por el firmamento, llenaron al Almirante de agradecimientos por su intercesion, y volvieron á sus casas gozosos de haber escapado tan grandes desastres. Miraron á Colon desde entonces con temor y reverencia, como hombre que gozaba del favor y confianza particular de la divi-

nidad, pues que sabia en la tierra lo que habia de pasar en los cielos. Quisieron entonces propiciarlo con dones; de nuevo empezaron á abundar los víveres en el puerto, y de alli adelante no hubo falta jamas de provisiones (1).

CAPITULO IV.

MISION DE DIEGO DE ESCOBAR AL ALMIRANTE.

[1504.]

Ocho meses habian trascurrido desde la salida de Mendez y Fiesco, y aun no se tenian nuevas de su destino. Por mucho tiempo habian observado los españoles sin cesar el Océano, lisongeán-

(1) Hist. del Almirante, c. 103. — Las-Casas, l. ii, c. 33.

dose de que cada canoa india que veian bogar desde lejos podia ser mensagera de su libertad. Pero las esperanzas de los mas confiados se iban ya cambiando en abatimiento. ¡Cuántos millares de peligros rodeaban tan frágiles barcas y tan débiles tripulaciones en una espedicion semejante! O se habrian sumergido las canoas combàtidas por tumultuosas ondas y adversas corrientes, ó perecido sus tripulaciones entre las fragosas montañas y tribus salvages de Española. Para aumentar su abatimiento supiéron que se habia visto un bajel náufrago flotar con la quilla hácia arriba por las costas de Jamáica. Tal vez podia ser aquel el buque enviado á su socorro; en este caso habian fracasado con él todas las esperanzas. Se dice que inventaron los rebeldes y circularon este rumor por la isla, para que llegase á oidos de los que permanecian fieles al Almirante, y los

redujese á la desesperacion (1). Sin duda tuvo su efecto. Sin esperar ya lejana ayuda, y considerándose ya olvidados y abandonados del mundo, muchos concibieron planes desesperados y frenéticos. Formó otra conspiracion un tal Bernardo, boticario de Valencia, con dos confederados, Alonso de Zamora y Pedro de Villatoro. Quisieron imitar el designio de Porras, apoderarse de las canoas que quedaban, y abrirse camino hasta Española (2).

Iba á romper el motin, cuando una tarde, ya al oscurecer, se vió una vela acercarse al puerto. El gozo de los pobres españoles puede mas fácilmente concebirse que pintarse. Era el bajel pequeño, y se mantuvo distante, enviando á los náufragos su bote. En él se clava-

---

(1) Hist. del Almirante, c. 104.
(2) Las-Casas, l. ii, c. 33.

ron todos los ojos, deseosos de ver el semblante de cristianos y libertadores. Al acercarse, conocieron que venia en él Diego de Escobar, uno de los mas activos confederados de Roldan en su rebelion, condenado á muerte bajo la administracion del Almirante, y perdonado por su sucesor Bobadilla. Era ominoso semejante mensagero.

Acercándose á un lado de los buques, puso Escobar á bordo una carta de Ovando, gobernador de Española, y un barril de vino y un pernil de puerco, que venian de regalo al Almirante. Se desvió despues de los buques, y habló á Colon desde lejos. Le dijo que le enviaba el gobernador para espresar la mucha parte que tomaba en sus infortunios, y su sentimiento de no tener en el puerto un bajel de bastante porte para conducirlo á él y á su gente; pero que le enviaria uno tan pronto como le

fuese posible. Escobar aseguró tambien al Almirante que se atendia fielmente á sus negocios en Española. Le pidió despues, que si tenia alguna carta que darle, en respuesta á la del gobernador, lo hiciese cuanto antes, pues él deseaba volver sin demora.

Era esta mision singular por estremo; pero no habia tiempo para comentos. Escobar estaba resuelto á partir de seguida. Colon se apresuró, pues, á contestar á Ovando en los términos mas amistosos, pintándole los peligros y desastres de su situacion, aumentados por el motin de Porras, pero espresando su confianza en la promesa de socorro que Ovando le hacia, esperando el cumplimiento de la cual continuaba pacientemente á bordo de sus quebrantados bajeles. Recomendaba á su favor á Diego Mendez y á Bartolomé Fiesco, asegurándole que no habian ido á Santo Do-

mingo con ningun designio artificioso, sino sencillamente á esponer la peligrosa situacion en que estaba, y á pedir auxilio. Cuando Escobar recibió esta carta, volvió inmediatamente á bordo de su bajel, hizo fuerza de vela, y pronto desapareció en la oscuridad de la noche.

Si los españoles habian saludado con gozo el arribo de aquel buque, su partida súbita, y la misteriosa conducta de Escobar, les inspiraron no menos consternacion que maravilla. Habia huido de tener comunicacion con ellos, como si no se interesase en la fortuna de tantos compatriotas, ni le causáran simpatía sus desgracias. Colon vió el nublado que velaba sus semblantes, y temió las consecuencias. Se esforzó ardientemente por lo tanto en disipar sus sospechas, manifestándose satisfecho de la correspondencia de Ovando, y asegurándoles que pronto llegarian bajeles que los sacasen

á todos. En esta confianza, dijo, habia rehusado partir con Escobar por ser el buque demasiado pequeño para llevarlos á todos, y preferible en su sentir quedarse con ellos y seguir su suerte, y habia hecho volver tan rápidamente la carabela para que no se perdiese tiempo en la espedicion de los buques necesarios. Estas seguridades, y la certeza de que se sabia su situacion en Santo Domingo, alegraron los ánimos de la gente. Revivieron sus esperanzas, y la conspiracion que iba á estallar, quedó del todo desconcertada.

En secreto, empero, se hallaba Colon indignadísimo con la conducta de Ovando. Le habia el gobernador abandonado por muchos meses al mas eminente peligro, á la incertidumbre mas cruel, espuesto á las hostilidades de los indios, á las sediciones de su gente y á los efectos de su propia desesperacion. Al fin le

habia enviado un mero mensage por un hombre conocido como mortal enemigo suyo, con un regalo de víveres, que por su escasez parecia hecho con el designio de escarnecer la necesidad en que se hallaban él y sus compañeros.

Creia Colon que Ovando le habia abandonado de intento, prometiéndose que pereceria en la isla; pues si volviese salvo de ella, podria recobrar el gobierno de Española, y consideraba á Escobar como un mero espía, enviado por el gobernador para averiguar si existian aun él y sus gentes, y el estado en que estaban. Las-Casas, que se hallaba entonces en Stò. Domingo, espresa las mismas sospechas. Dice que fue Escobar elegido para aquella mision, por estar Ovando cierto de que á causa de su antigua enemistad no tendria simpatía por el Almirante. Que se le habia mandado no fuese á bordo de los buques, ni á

tierra, ni tuviese comunicacion con ningun español, ni recibiese carta alguna, escepto las del Almirante. En una palabra, que fue como una especie de descubierta para traer noticias (1).

Otros han atribuido la dilatada negligencia de Ovando á una cautela estrema. Prevalecia un rumor de que el Almirante, irritado con la suspension de sus dignidades y honores por la corte de España, intentaba transferir sus recien descubiertos paises á su nativa república genovesa ó á algun otro poder. Habian ya corrido semejantes rumores muchas veces, y á su reciente circulacion alude Colon mismo en la carta que por Diego Mendez envió á los soberanos. La mas plausible apolbgia que se encuentra, es que Ovando pasó en el interior muchos

---

(1) Las-Casas, l. ii, c. 33.—Hist. del Almirante, c. 103.

meses ocupado en guerras contra los indios, y que no hábia bajeles de suficiente capacidad en el puerto para conducirle á él y á sus tripulaciones á España. Pudo quizá haber temido que si viniesen á residir por mucho tiempo en la isla, intervendria tal vez el Almirante en los negocios públicos, ó formaria algun partido en su favor, ó que, en consecuencia del número de enconados enemigos suyos que alli residian, reviviesen las antiguas escenas de faccion y turbulencia (1). Entre tanto la situacion del Almirante en Jamáica, mientras le tenia del todo sujeto hasta que llegasen bajeles de España, pudo haber pensado que no era peligrosa. Tenia fuerzas y armas bastantes para defenderse, y habia hecho amistosos convenios con los

(1) Las-Casas, ibidem. — Hist. del Almirante, ibidem.

naturales para el suplemento de provisiones, segun Diego Mendez, ejecutor de aquellos pactos, le habria sin duda dicho. Tales pudieron ser las razones, con que Ovando, bajo la influencia de sus intereses particulares, reconcilió acaso su conciencia á una medida que escitó la amarga reprobacion de sus contemporáneos, y ha fijado sobre él las sospechas de la posteridad.

CAPÍTULO V.

VIAJE DE DIEGO MENDEZ Y BARTOLOMÉ FIESCO EN UNA CANOA Á ESPAÑOLA.

[1504.]

Es propio dar aquí alguna noticia de la mision de Diego Mendez y de Bartolomé Fiesco, y de las circunstancias que impidieron al último volver á Jamáica.

Cuando se despidieron del Adelantado al oriente de la isla, continuaron todo el dia en rumbo directo, animando á los remeros indios, que frecuentemente pausaban en su trabajo. No habia viento, ni una nube en el aire, la mar en calma perfecta, y el calor por consiguiente intolerable. No podian cubrirse del sol, cuyos rayos abrasadores reflejaba la superficie del Océano, y parecia que en efecto les quemaban hasta los ojos. Los indios, desfallecidos por el calor y el trabajo, solian arrojarse al agua; y despues de refrescarse en ella algunos minutos, volvian con mas vigor á sus remos ó canaletes. Al trasmontar del sol, perdieron vista de tierra. Durante la noche, se relevaban los indios; la mitad de ellos bogando, mientras dormia la otra. Los españoles del mismo modo dividieron sus fuerzas: mientras reposaban unos, vigilaban los otros con las armas en la

mano, prontos á defenderse, en caso de que quisiesen cometer alguna perfidia sus salvages compañeros.

Velando y trabajando asi toda la noche, se hallaron unos y otros escesivamente cansados al volver el dia. Nada descubrieron al rededor suyo, mas que la mar y el cielo. Sus frágiles canoas, acompañando la elevacion y descenso de las ondas, apenas parecian capaces de sostener las dilatadas ondulaciones de una calma; ¿cómo podrian, pues, flotar entre las encrespadas olas si el viento se levantase? Los comandantes apuraron sus esfuerzos para sostener el decaido ánimo de sus gentes. A veces les permitian algun descanso; otras tomaban los cánaletes y participaban de su trabajo. Pero el cansancio y la labor se olvidaron pronto en una nueva fuente de padecimientos. Durante el bochornoso dia y noche anterior habian los fatigados in-

dios apurado toda el agua, y empezaron á sufrir los tormentos de la sed. A medida que el sol se levantaba, la sed crecia; y hasta la calma, que favorecia la navegacion de las canoas, daba mayor intensidad á aquella miseria. No se levantaba la mas ligera brisa que agitase el aire ni templase los ardientes rayos de un sol equinoccial. Irritaba sus padecimientos la perspectiva que al rededor tenian: nada mas que agua, y estaban pereciendo de sed. Al medio dia ya se hallaban rendidos y no pudieron trabajar mas. Por fortuna, los comandantes de las canoas hallaron, ó pretendieron hallar entonces, dos pequeñas barricas de agua, que quizas habian reservado secretamente para tal estremidad. Administrando el precioso licor de cuando en cuando en cortas porciones, lograron fortalecer á los indios para que reasumieran su trabajo. Los animaban tambien con la es-

peranza de llegar pronto á una isleta llamada Navasa, que estaba precisamente en su camino, y á solas ocho leguas de Española. Allí podrian procurar agua, apagar su sed, y descansar.

Todo el resto del dia continuaron desmayada y penosamente bogando avante, y viendo si descubrian la isla. Pasó el dia, se ocultó el sol, pero no se divisaron signos de tierra, ni aun una nube en el horizonte que pudiera halagarlos con falsas esperanzas. Segun sus cálculos habian ciertamente navegado la distancia que media entre Jamáica y Navasa. Empezaron á temer haberse separado de su curso. En este caso ya no verian la isla, y moririan de sed antes de llegar á Española.

Cerró la noche sin que hubiesen visto indicio alguno de la isla. Desesperaron, pues, de poder tocar á ella; porque era tan baja y reducida, que aun

cuando pasasen cerca, apenas podrian verla en la oscuridad. Uno de los indios murió bajo los acumulados padecimientos de trabajo, calor y sed rabiosa. Su cuerpo se arrojó al mar. Otros yacian jadeando tendidos en las canoas. Sus compañeros, abatidos de espíritu y faltos de fuerzas, continuaban apenas el trabajo. A veces querian refrescarse las fauces con agua del mar; pero su salobre acrimonía mas bien les aumentaba la sed. De cuando en cuando, pero con mucha economia, se les daba una gota de agua de las barricas; pero esto solo en casos de estrema necesidad, y principalmente á los que iban remando. La noche iba ya muy entrada, mas no habian podido aun dormir los que estaban de descanso, á causa de la intensidad de su sed; ó si dormian era para sufrir los fatigosos ensueños de frescas fuentes y murmuradores arroyos, y des-

pertar en redoblado tormento. La última gota de agua se habia dado ya á los remeros indios; pero solo habia servido para irritar sus sufrimientos. Apenas podian mover los canaletes; los abandonaban uno despues de otro, y parecia imposible que viviesen hasta llegar á Española.

Los comandantes, con admirable tacto, habian hasta entonces sostenido aquella fatigosa lucha entre el sufrimiento y la desesperacion; pero tambien empezó ya á decaer su ánimo. Estaba Diego Mendez sentado observando el horizonte que iban por grados esclareciendo los pálidos rayos de luz que preceden á la luna. Al salir aquel planeta vió que era su emersion de detras de cierta masa opaca, bastante elevada sobre el nivel del Océano. Inmediatamente dió el grito animador de *tierra*. Sus casi exánimes compañeros cobraron nueva vida.

Era la tierra la isla de Navasa; pero tan pequeña, baja y distante, que si no la hubiera revelado el ascenso de la luna, habria sido imposible descubrirla. El error de los cálculos, respecto á la isla, consistió en no haber estimado con exactitud la navegacion de las canoas, ni haber una reduccion suficiente por el cansancio de los remeros y la oposicion de las corrientes.

Nuevo vigor se difundió entre las tripulaciones. Trabajaban todos con frenética impaciencia; al rayar el dia llegaron á tierra, y lanzándose á la playa, dieron gracias á Dios por tan señalados beneficios. Esta isla era un mero peñasco de media legua de circunferencia. No habia en ella árbol, arbusto, yerba, arroyo ni fuente alguna. Apresurándose empero en ansiosa busca, hallaron con alegria abundancia de agua dejada por las lluvias en los huecos de las rocas. La

arrebañaron precipitadamente con sus calabazas, y apagaron aquella sed abrasadora con inmoderado beber. En vano los mas prudentes recordaban á los otros su peligro. Los españoles se abstuvieron algun tanto; pero los pobres indios, cuyo trabajo habia aumentado la fiebre de su sed, se entregaron al agua con frenética indulgencia. Algunos murieron en el acto mismo, y muchos cayeron peligrosamente enfermos (1).

Apagada la sed, se dieron á buscar alimento. Se encontró en efecto algun marisco por las costas. Encendió fuego Diego Mendez, y juntando algunas as-

---

(1) No lejos de Navasa mana, enmedio del mar, una pura fuente de agua dulce, que desala su superficie por alguna distancia: los españoles ignoraban entonces esta circunstancia. (Oviedo, Crónica, l. vi, c. 12.)

tillas y pedazos de leña de las que el agua traia, pudieron cocerlo y hacer un delicioso banquete. Permanecieron descansando todo el dia en la sombra de las rocas, refrigerándose despues de tan intolerables padecimientos, y mirando á Española, cuyas montañas se levantaban sobre el horizonte á ocho leguas de distancia.

Con el fresco de la tarde se embarcaron de nuevo, vigorizados por el descanso, y llegaron felizmente á Cabo Tiburon al otro dia, el cuarto desde su partida de Jamáica. Desembarcaron en la orilla de un caudaloso rio, adonde los recibieron con mucha hospitalidad los indios. Tales son los pormenores colegidos de diversas fuentes (1) de este aven-

(1) Hist. del Almirante, c. 105.—Las-Casas, l. ii, c. 31.—Testamento de Diego Mendez. Navarrete, t. i.

turado é interesante viaje, de cuyo precario éxito dependia la libertad de Colon y sus compañeros. Los viajeros permanecieron dos dias descansando con los indios en las márgenes del rio. Fiesco hubiera vuelto á Jamáica segun su promesa, para asegurar al Almirante la llegada del mensage; pero españoles é indios habian sufrido tanto durante el viaje, que nada pudo inducirlos á acometer de nuevo tantos riesgos y fatigas como eran necesarios para volver en las canoas.

Separándose de sus compañeros, tomó Diego Mendez seis indios de la isla, y partió intrépidamente á costear en su canoa ciento y treinta leguas que Santo Domingo distaba. Despues de navegar ochenta leguas con infinito trabajo, siempre contra las corrientes, y sujeto á la hostilidad de las tribus indias, supo que habia partido el gobernador para

Jaragua, á cincuenta leguas de allí. Invencible é impávido enmedio de los trabajos y las dificultades, abandonó su canoa, y pasando á pie y solo florestas, valles y montañas, llegó á Jaragua, despues de haber dado cima á una de las mas arriesgadas y gloriosas espediciones que jamas emprendió afectuoso y fiel soldado por la seguridad de su gefe.

Ovando le recibió con grande afabilidad, manifestando el mayor interes y simpatía en la desgraciada situacion del Almirante. Hizo mil promesas de enviar inmediato socorro; pero dejaba pasar uno y otro dia, una y otra semana, y aun uno y otro mes sin llevar á efecto sus promesas. Estaba entonces enteramente ocupado con las guerras indias, y tenia siempre pronta la escusa de qtie no habia bajeles de suficiente capacidad en Santo Domingo. Pero si hubiera sentido el interes que debia por la seguri-

dad de un hombre como Colon, le hubiera sido fácil en ocho meses imaginar algun medio, si no para sacarlo de su situacion, para enviarle á lo menos amplios socorros y refuerzos.

El fiel Mendez permaneció siete meses en Jaragua, detenido bajo varios pretestos por Ovando, que no queria permitirle pasar á Santo Domingo; en parte, como se insinúa, porque sospechaba que trajese Mendez alguna agencia secreta del Almirante, y en parte deseando poner impedimentos al logro del pedido auxilio. Al fin, con importunidad diaria obtuvo permiso para ir á Santo Domingo, y esperar el arribo de ciertos bajeles que se estaban aguardando, de los que habia determinado comprar uno por cuenta del Almirante. Inmediatamente salió á pie á ejecutar un viaje de setenta leguas, parte de las cuales al traves de florestas y por montañas infesta-

das de hostiles y exasperados indios. Despues de su partida despachó Ovando la carabela que mandaba el perdonado rebelde Escovar para aquella singular y equívoca visita, que, en los ojos de Colon, tenia la apariencia de un mero espionaje en el campo de un enemigo.

CAPÍTULO VI.

NEGOCIACIONES DE COLON CON LOS REBELDES. —BATALLA DEL ADELANTADO CON PORRAS Y SUS COMPAÑEROS.

[1503.]

Cuando hubo Colon sosegado el sentimiento de sus gentes por la breve y poco satisfactoria visita, y partida repentina del bajel de Escovar, quiso aprovecharse de aquel suceso respecto á los rebeldes. Sabia que estaban desanima-

dos por las miserias consiguientes á una vida desaforada y disoluta, que suspiraban muchos por entrar de nuevo en el seguro y apacible sendero del deber, y que los mas malignos, viendo cómo habia burlado todas sus intrigas entre los indios para producir el hambre, empezaron á temer que al fin lograse el triunfo, y dejase caer sobre ellos su venganza. Creyó, pues, Colon que entonces se presentaba una ocasion favorable para aprovecharse de estos sentimientos, y por medios suaves hacer volver los rebeldes á su alianza. Envió en consecuencia dos hombres suyos, de los que mas intimidad tenian con los rebeldes, á informarlos de la reciente llegada de un buque con cartas del gobernador de Española, prometiendo sacarlos sin tardanza de la isla. Les ofrecia un libre perdon, buen trato y pasaje con él en los esperados buques, bajo condicion de que inmedia-

tamente volviesen á la obediencia. Para convencerlos de la llegada del buque les envió parte del tocino traido por Escobar.

Al acercarse los embajadores, se adelantó á recibirlos Francisco de Porras acompañado de alguno de los cabecillas. Imaginaba que viniesen con proposiciones del Almirante, y temia que fuesen oidos por la masa de su gente, que en la inquietud y arrepentimiento en que estaban, podrian desertarse á la menor perspectiva de obtener perdon. Habiendo escuchado las noticias y proposiciones de los mensageros, Porras y sus confederados favoritos consultaron juntos por algun tiempo. Pérfidos por naturaleza, sospecharon la sinceridad del Almirante; y convencidos de la estension de sus propios crímenes, dudaban que tuviese la magnanimidad de perdonarlos. Determinaron, pues, no confiar en la ofrecida amnistía. Respondieron á los

mensageros, que no deseaban volver á los buques, prefiriendo vivir libres por la isla. Pero ofrecieron conducirse amistosa y pacíficamente si con la mayor solemnidad les prometia el Almirante que en caso de llegar dos buques á la isla, les daria á ellos uno para el viaje; si solo un bajel arribaba, la mitad se pondria á su servicio; y que ademas partiese con ellos el Almirante las provisiones y artículos de tráfico indio que quedaban en los buques, por haber ellos arrojado al mar todo lo que poseian. Cuando se les dijo que eran aquellas demandas estravagantes é inadmisibles, replicaron con altanería, que si no se aceptaban pacíficamente, ellos las harian recibir á la fuerza; y con esta amenaza despidieron á los embajadores (1).

(1) Las-Casas, l.° III, c.° 35.—Hist. del Almirante, c.° 106.

No pudo conducirse la conferencia tan en secreto que no penetrasen todos los rebeldes el objeto de la mision; y el ofrecimiento de perdonarlos y sacarlos de la isla que les hacia el Almirante, causó entre ellos las mayores agitaciones y tumulto. Porras, temiendo que se le desertasen, apuró toda su elocuencia, y se valió de las mas desesperadas falsedades para alucinarlos. Les dijo que aquellos ofrecimientos del Almirante eran todos engañosos; y que por ser aquel gefe de naturaleza cruel y vengativa, solo deseaba apoderarse de ellos para lograr su venganza. Los exhortó á seguir oponiéndose á su tiranía, recordándoles que los que antes hicieron lo mismo en España, habian al fin triunfado y enviádolo á España en cadenas; les aseguró que ellos podrian lograr igual éxito, é hizo de nuevo jactanciosas promesas de la influencia que en España gozaba por la

proteccion de sus parientes. Pero su mas osado aserto fue relativo á la carabela de Escobar. Por él se manifiesta la ignorancia de aquel siglo, y el pavor supersticioso con que miraba á Colon la gente ordinaria, á causa de sus conocimientos astronómicos. Aseguró Pornas no haber arribado barco alguno verdadero, sino una mera fantasma, un conjurb alzado por el Almirante, en virtud de su ciencia nigromántica. En prueba de lo cual habló de su llegada, cabenvuelta en las tinieblas de la noche; de la particularidad de haber tenido comunicacion única y esclusivamente con el Almirante, y de su desaparicion repentina. Si hubiese sido una carabela real y palpable, los marineros hubieran querido hablar con sus paisanos; el Almirante, su hijo y su hermano hubieran al punto pasado á bordo; y de todos modos habria permanecido al-

gun poco de tiempo en el puerto, y no disipádose tan súbita y misteriosamente (1).

Con estas y otras ilusiones de la misma especie pudo Porras abusar de los sentimientos y credulidad de sus gentes. Temeroso, empero, de que cediesen á una reflexion mas detenida, y á los subsecuentes ofrecimientos que podria hacerles el Almirante, determinó envolverlos en algun acto de violencia que los comprometiese y sacase de toda esperanza de perdon. Marchó, pues, á una poblacion india llamada Maima, donde despues se edificó la ciudad de Sevilla, y que dista un cuarto de legua de los buques. Se dice que era su intencion saquear lo que quedaba á bordo de los bar-

(1) Hist. del Almirante, c. 106. — Las-Casas, l. ii, c. 35.

jeles, y hacer prisionero al Almirante (1).

Tuvo Colon noticias del designio de los rebeldes y de su cercanía. Hallándose en cama, afligido de sus enfermedades, envió á su hermano á que con palabras suaves los disuadiese de tal propósito, atrayéndolos á sus deberes; pero con fuerza bastante para resistir cualquier acto violento. El Adelantado era en general mas hombre de hechos que de palabras. Llevó consigo cincuenta hombres, muchos de ellos de acreditada resolucion, y prontos á combatir en cualquier causa. Iban bien armados y llenos de valor, aunque muchos de ellos, pálidos y debilitados por las enfermedades, convalecencia y largo encierro en los búques. Al llegar á la falda de una

(1) Hist. del Almirante, ibidem.

colina, á tiro de ballesta de la poblacion, descubrió el Adelantado á los rebeldes, y despachó á tratar con ellos á los mismos mensageros que préviamente les habian llevado la oferta del perdon. Pero Porras y los otros cabecillas no les permitieron acercarse. Confiaban en la superioridad de su número, y en que se componia su hueste por la mayor parte de recios marineros, robustecidos y vigorizados con la vida vaga que llevaban por las florestas y al aire libre. Sabian que muchos de los que acompañaban al Adelantado eran hidalgos, habituados á una vida mas suave. Señalában á sus pálidos rostros, y persuadian á su gente de que eran los leales hombres caseros, soldados de buen tiempo, que no podrian resistirlos. No reflexionaron que el orgullo y elevacion de ánimo de tales hombres suple, y aun aventaja á la fuerza física, y olvidaron tambien que sus ad-

versarios tenian la incalculable ventaja de pelear al lado de la justicia y de la ley. Álucinados con aquellas palabras, se encendió en los rebeldes una pasajera llama de valor, y blandiendo las armas rehusaron escuchar á los mensageros.

Seis de los mas fuertes rebeldes hicieron liga para defenderse mútuamente y atacar juntos al Adelantado; pues muerto el gefe, fácilmente se derrotarian los subalternos. El cuerpo principal de Porras formó en columna; y desnudando las espadas y blandiendo las lanzas, sin esperar á ser acometido se precipitó con gritos y amenazas sobre el enemigo. Pero se les recibió tan bien, que murieron cuatro ó cinco rebeldes al primer encuentro, los mas de la confederacion formada personalmente contra el Adelantado. Este, con su propia mano, dió muerte á Juan Sanchez, el forzudo piloto que se llevó al cacique Qui-

bian; y tambien á Juan Barber, el primero que en esta rebelion desnudó la espada contra el Almirante. Estaba el Adelantado con su valor habitual y bizarría combatiendo en lo mas cerrado de la batalla, adonde mas muertos y heridos habia, cuando le acometió Francisco de Porras. El rebelde cortó de un tajo de su espada la rodela del Adelantado, é hirió la mano que la tenia; pero se le quedó acuñada la hoja en el escudo, y antes que Porras pudiera sacarla, habia cerrado con él el Adelantado, y con ayuda de otros, despues de una grande lucha, pudo al fin tomarlo prisionero (1).

Cuando vieron los rebeldes cautivo á su gefe, acabó su momentáneo coraje, y huyeron despavoridos. Los hubiera per-

---

(1) Hist. del Almirante, c. 107. — Las-Casas, l. ii, c. 35.

seguido el Adelantado; pero le persuadieron los suyos á que los dejase escapar con el castigo recibido, especialmente por ser preciso guardarse de la posibilidad de un ataque de los indios.

Habian estos en efecto tomado armas y formádose en batalla, mirando con asombro la pelea entre los blancos, pero sin tomar parte en ella. Acabada la accion, se acercaron al campo á ver los cadáveres de aquella gente que una vez habian considerado inmortal. Contemplaban con medrosa curiosidad las heridas de las armas cristianas. Entre los insurgentes heridos se hallaba Pedro de Ledesma, el mismo piloto que tan bizarramente fue nadando á Veragua á procurar noticias de la colonia. Era hombre de prodigiosa fuerza muscular, y tenia una voz ronca y profunda. Cuando los indios, que le pensaban muerto, se hallaban mas descuidados inspeccio-

nando las heridas de que estaba literalmente cubierto, exhaló repentinamente una ejeculacion con su voz tremenda, á cuyo sonido huyeron aterrados los salvages. Habiéndo caido este hombre en una grieta ó abertura, no le descubrieron los blancos hasta el amanecer del otro dia, y pasó todo aquel tiempo sin una gota de agua. El número y la naturaleza de las heridas que tenia, parece increible; pero asegura ser cierto Fernando Colon, testigo de vista, y Las-Casas, á quien se lo contó el mismo Ledesma. Por falta de propios remedios se trataron aquellas heridas con la mayor aspereza; sin embargo, á favor de una constitucion vigorosísima, se curó de ellas completamente. Las-Casas le habló algunos años despues en Sevilla, adonde supo por él varios pormenores de este viaje de Colon. Pero pocos dias despues de esta conferencia, oyó decir que habia

perecido Ledesma, víctima del puñal de un asesino (1).

Despues de su victoria volvió el Adelantado en triunfo á los buques, adonde le recibió el Almirante del modo mas afectuoso, tratándolo como á su libertador. Trajo presos á Porras y varios de sus compañeros. De su gente solo habia dos heridos; él mismo en la mano, y el mayordomo del Almirante que recibió una, al parecer, insignificante herida de lanza, apenas igual á la menos grave de las que cubrian á Ledesma; no obstante, y á pesar de una cuidadosa cura, murió de ella.

Al otro dia, 20 de mayo, enviaron los fugitivos un memorial al Almirante, firmado por todos ellos; en el cual, dice Las-Casas, confesaban sus crímenes, maldades y dañadas intenciones, suplicando al Almirante tuviese misericordia

(1) Las-Casas, Hist. Ind., l. II, c. 35.

de ellos, y les perdonase aquella rebelion, por la cual Dios ya los habia castigado. Ofrecian volver á su obediencia, y servirle fielmente en lo futuro, juran-
do cumplirlo así sobre la cruz y el misal, y acompañando una imprecacion digna de recuerdo. *Deseaban en caso de quebrantar el juramento, que ni sacerdote ni otro cristiano alguno pudiese confesarlos; que no les fuese provechoso el arrepentimiento; que se les privase de los santos Sacramentos de la Iglesia; que á la hora de la muerte no recibiesen el beneficio de indulgencias ni de bulas; que se arrojasen al campo sus cuerpos como los de los renegados, en vez de enterrarlos en tierras benditas, y que no recibiesen absolucion del papa, cardenales, arzobispos, obispos ni otros sacerdotes cristianos* (1). Tales

(1) Las-Casas, l. ii, c. 35.

fueron las terribles imprecaciones con que querian dar validez al juramento. El poco valor de la palabra de un hombre puede siempre conocerse por los medios estravagantes que usa para apoyarla.

Vió el Almirante por la vileza de la solicitud, cuán quebrantado estaba el ánimo de aquellos ilusos: con su acostumbrada magnanimidad accedió á sus súplicas, y perdonó sus ofensas; pero con condicion que el cabecilla Francisco de Porras continuaria preso.

Como era dificil mantener tanta gente á bordo de los buques, y como podian encenderse querellas entre hombres que tan recientemente habian combatido unos contra otros, puso Colon á los arrepentidos compañeros de Porras á las órdenes de un hombre fiel y discreto; y entregándole una cantidad de artículos europeos para que comprase comestibles de los indios, le mandó que se mantu-

viese por la isla, hasta el arribo de los esperados buques.

Al fin, despues de mas de un año de alternadas esperanzas y desengaños, se disiparon gozosamente las dudas de los españoles á vista de dos bajeles que entraron en el puerto. Uno venia alquilado y bien provisto, á espensas del Almirante, por el fiel é infatigable Diego Mendez; el otro le habia armado Ovando subsecuentemente, y puéstolo á las órdenes de Diego de Salcedo, el agente de Colon, empleado en la recoleccion de sus rentas en Santo Domingo.

La dilatada negligencia de Ovando en socorrer á Colon parece que encendió la indignacion pública de tal modo, que se llegó á censurar su conducta en los púlpitos. Asi lo afirma Las-Casas, que estaba á la sazon en Santo Domingo. Si el gobernador habia en efecto esperado que durante la dilacion del socorro pe-

reciera Colon en la isla, los informes que trajo Escobar debieron desengañarlo completamente. No podia, pues, perder tiempo si deseaba reclamar algun mérito en su rescate, ó evitar la vergüenza de haberle totalmente abandonado. Asi, hizo todos sus esfuerzos á la última hora, y mandó una carabela con el bajel que enviaba Diego Mendez. Este, habiendo cumplido fielmente aquella parte de su mision, y visto partir los bajeles, procedió á España para otros negocios del Almirante (1).

---

(1) Una breve noticia de la suerte posterior de Diego Mendez puede tal vez interesar á los lectores. Cuando el rey Fernando supo sus leales servicios, dice Oviedo, concedió premios á Mendez, y le permitió llevar una canoa en su escudo de armas como memento de su lealtad. Continuó siempre afecto al

Almirante, sirviéndole con celo despues de su vuelta á España, y durante su última enfermedad. Colon le pagó con la mas afectuosa gratitud. En su lecho de muerte prometió á Mendez, que en premio de tantos y tan buenos servicios le haria alguacil mayor de la isla de Española; cuyo empeño don Diego Colon, el hijo del Almirante, que estada presente, se comprometió á llevar á efecto. Algunos años despues, cuando éste sucedió en el mando á su padre, le recordó Mendez el ofrecimiento; pero don Diego le dijo que le habia dado aquel empleo á su tio don Bartolomé; asegurándole, empero, que él recibiria alguna cosa equivalente. Mendez le contestó con mucha sagacidad, que mas valia dar á don Bartolomé la equivalencia y á él el empleo, segun convenio. No se cumplió el ofrecimiento, y quedó Mendez sin recompensa. Entró despues en viajes de descubri-

mientos en bajeles suyos; pero sufrió muchas vicisitudes, y parece haber muerto en muy reducidas circunstancias. Su testamento, de que los mas de estos pormenores se han sacado, se hizo en Valladolid en 19 de junio de 1536, de lo que se infiere que debió haber sido jóven al tiempo de su viaje con el Almirante. En él pide, que el premio á él prometido se diese á sus hijos, haciendo al primero alguacil mayor de Santo Domingo, y al segundo lugar-teniente del Almirante en la misma ciudad. No se sabe si se atendió á esta súplica por los sucesores de don Diego.

En otra cláusula del testamento pide que se ponga una grande losa sobre su sepulcro con esta inscripcion: *Aqui yace el honrado caballero Diego Mendez, que sirvió grandemente la corona real de España en la conquista de las Indias con el Almirante don Cristóbal Colon, de glo-*

riosa memoria, que hizo el descubrimiento; y luego por él mismo, con buques á su propia costa. Murió, etc. etc. Conceded-le en caridad un Padre nuestro y un Ave María.

Mandó que en medio de esta losa se grabase una canoa india, como le habia dado el rey para sus armas en memoria del viaje de Jamáica á Española; y que sobre ella se esculpiese en grandes letras la palabra *canoa*. Encargó á sus herederos fuesen leales al Almirante (don Diego Colon), y su señora, y les dió muchos consejos espirituales, mezclados con piadosas bendiciones. Dejó vinculada en su familia su biblioteca, compuesta de unos pocos de volúmenes que le acompañaron en su viaje, á saber: el Arte de morir santamente, por Erasmo; un sermon del mismo autor en español; la lengua y coloquios del mismo; la historia de Josefo; la filosofia moral de Aristóteles; el

libro de la Tierra Santa; otro titulado Contemplacion de la pasion de nuestro Salvador; un folleto sobre la venganza de la muerte de Agamenon, y otros sobre varios asuntos. Este curioso y característico testamento está en los archivos del duque de Veraguas en Madrid.

LIBRO XVII.

CAPÍTULO I.

ADMINISTRACION DE OVANDO EN ESPAÑOLÁ. → OPRESION DE LOS INDIOS.

[1503.]

Antes de hablar de la vuelta de Colon á Española, debe hacerse reseña de algunos de los principales sucesos ocurridos durante la administracion de Ovando. Una turba de aventureros de varias clases llenó su flota. Ansiosos especuladores, visionarios crédulos, y decaidos caballeros de desesperada fortuna; todos esperando enriquecerse repentinamente en una ísla á donde se cogia el oro en la superficie de la tierra, ó en

los arroyos de las montañas. Apenas habian desembarcado, dice Las-Casas, que iba en la espedicion, cuando todos ellos se dirigieron á las minas, distantes unas ocho leguas. Hormigueaban los caminos con aventureros de todas clases. Cada uno llevaba su galleta ó harina, y sus instrumentos de minería al hombro. Los hidalgos ó caballeros, desprovistos de criados que les llevasen sus efectos, se los ponian á la espalda; y feliz el que tenia caballo en que hacer el viaje, porque él podria traer mas grandes tesoros á Santo Domingo. Salieron animadísimos los aventureros, ansioso cada uno de llegar el primero á la tierra dorada, pensando que no habia mas que llegar á las minas y cojer riquezas; *porque imaginaban*, dice Las-Casas, *que el oro se juntaba tan fácil y prontamente, como se coje la fruta de los árboles.* A su arribo, empero, descubrieron con

desmayo, que era preciso penetrar cavando hasta las entrañas de la tierra, trabajo á que los mas de ellos jamas se habian acostumbrado; que requeria esperiencia y sagacidad el hallazgo de las venas minerales; y que por último, las operaciones todas de la esplotacion eran estremadamente cansadas, inútiles si se carecia de constancia y esperiencia, y llenas, despues de todo, de incertidumbre. Cavaron vigorosamente por algun tiempo, pero no hallaron oro. Vino el hambre, arrojaron sus herramientas, comieron y volvieron á la faena. Todo en vano. *El trabajo*, dice Las-Casas, *les daba buen apetito y pronta digestion, pero no oro,* Pronto consumieron sus provisiones, perdieron la paciencia, maldijeron su fatuidad, y al cabo de ocho dias se volvieron tristemente por los caminos que poco antes habian pasado tan gozosos. Llegaron á Santo Domingo

sin una onza de oro, hambrientos, abatidos y desesperados (1). Así sucede con frecuencia á los inespertos que emprenden la esplotacion de minas, de todas las especulaciones la mas brillante, espléndida y falaz.

Pronto se apoderó la pobreza de aquellos ilusos. Consumieron la poca de propiedad que habian traido de España. Muchos padecian tal hambre, que cambiaban por pan sus ropas. Otros se relacionaron con los antiguos colonos de la isla; pero la mayor parte parecia de hombres perdidos y estraviados, y que acaban de despertar de un sueño. Las miserias del ánimo aumentaron, como de ordinario, los sufrimientos del cuerpo. Algunos se debilitaron y murieron de pesadumbre; otros con velocidad y devora-

---

(1) Las-Casas, l. ii, c. 6.

dos de fiebres, de modo que en poco tiempo perecieron mas de mil hombres.

Ovando tenia fama de muy sagaz y prudente; y en efecto, tomó varias acertadas medidas para la regulacion de la isla, y el alivio de los colonos. Dió providencias para distribuir las personas casadas y familias que habian venido en la escuadra, en cuatro ciudades del interior, concediéndoles importantes privilegios. Revivió el celo por la esplotacion de minas, reduciendo la contribucion real de la mitad del producto á la tercera parte, y poco despues á la quinta; pero permitió á los españoles que se aprovechasen para ello, del modo mas opresivo, del trabajo de los naturales. Uno de los principales cargos que se hacian á Colon, era el de haber tratado con severidad á los indios. Es propio, por lo tanto, examinar en este respecto la conducta de su sucesor, hombre es-

cogido por su prudencia, y supuesta ciencia en el gobierno. Podrá tenerse presente, que cuando Colon se vió de cierto modo obligado á dar tierras á los rebeldes compañeros de Roldan en 1499, habia hecho el convenio de que los caciques de las cercanías le diesen, en vez de tributo, algunos indios que les ayudasen á cultivar sus nuevos estados. Este, como queda dicho, fue el principio del desastroso sistema de los repartimientos, ó distribucion de los indios. En el gobierno de Bobadilla se obligó á los caciques á dar á cada español cierto número de indios, para que trabajasen en las minas, á donde se les trataba como bestias de carga. Numeró los indios, para que no hubiese exacciones, los redujo á clases, y los repartió entre los españoles. Ya se ha hablado de la enorme opresion que ocasionó esta medida. Se indignó al oirla la Reina, y cuando fué

Ovando de sucesor de Bobadilla, en 1502, se pronunció libres á los naturales. Inmediatamente rehusaron estos trabajar en las minas.

Ovando espuso á los soberanos, en 1503, las ruinosas consecuencias que tendria en la colonia la entera libertad concedida á los indios. Manifestó que no podia juntarse el tributo, por ser aquellos naturales perezosos é imprévidos; que solo la ocupacion podia librar á los indios de la irregularidad y de los vicios; que cuando podian, se conservaban lejos de los españoles, y de toda instruccion en la fe cristiana.

La última esposicion tuvo mucha influencia con Isabel, y produjo una carta de los soberanos á Ovando en 1503, en que se le mandaba que no perdonase medio de inspirar á los indios el amor de los españoles y de la religion católica. Que los hiciese trabajar con modera-

cion, si era absolutamente necesario para su propio bien; pero que templase la autoridad con la persuasion y la benevolencia. Que se les pagase regular y justamente por su trabajo, instruyéndolos ademas en ciertos dias en la doctrina cristiana.

Ovando usó con la mayor estension de las facultades que por esta carta se le concedian. Asignó á cada español cierto número de indios, segun la calidad del que los pedia, la naturaleza de la peticion, ó su inclinacion propia. Se hacian estas concesiones en forma de una órden á los caciques, para que entregasen tantos indios á tal persona que debia pagarles é instruirlos en la fe cristiana. La paga era tan corta, que casi se podia decir nominal; la instruccion se reducia á poco mas que la mera ceremonia del bautismo; y el término del trabajo fue al principio de seis, despues de ocho me-

ses al año. So cubierta de estas faenas pagadas, y establecidas para bien del alma y del cuerpo, se les exigia mas intolerable trabajo, y se les trataba con crueldad mas horrible que en los peores dias de Bobadilla. Se les traia con frecuencia á muchas leguas de distancia de sus mugeres é hijos, á donde quedaban sujetos á insufrible trabajo de todas especies, forzándolos á él con la inhumana pena de los azotes. Tenian por alimento el pan de casava; nutricion insustancial para tanta fatiga; á veces una corta racion de puerco se distribuia entre todos ellos, apenas un bocado á cada uno. Cuando los españoles que intervenian en el trabajo de las minas estaban comiendo, dice Las-Casas, los famélicos indios se arrastraban debajo de las mesas, como perros, para coger las migajas y huesos que caian. Despues de roerlos y chuparlos hasta

mas no poder, los molian entre dos piedras, y mezclaban el polvo con su pan de casava para que nada se perdiese de tan esquisito bocado. Los que trabajaban en el campo, jamas gustaban pescado ni carne; un poco de pan de casava y algunas raices los sostenian. Mientras asi les negaban los españoles el alimento necesario para sostener su salud y fuerza, exigian de ellos trabajo bastante para quebrantar al hombre mas vigoroso. Si los indios huian de aquella incesante faena y coercion bárbara, se les cazaba como bestias feroces, se les azotaba del modo mas inhumano, y se les cargaba de cadenas para impedir segunda evasion. Muchos perecian antes que el término de la labor se cumpliese. A los que quedaban vivos, despues de seis ú ocho meses de esta mísera existencia, se les permitia volver á sus casas hasta el principio del término siguiente.

Pero sus casas distaban á menudo cuarenta, sesenta ú ochenta leguas. Nada tenian para sustentarse por el camino más que algunas raices, pimientos ó pan de casava. Rendidos á tan recio trabajo y crueles padecimientos, que no podian resistir sus débiles constituciones, muchos carecian de fuerza para hacer el viaje, y se sentaban y morian en el camino, algunos al lado de un arroyo, otros á la sombra de un árbol á que se habian arrimado para guarecerse del sol. *He encontrado á muchos muertos por el camino*, dice Las-Casas, *á otros jadeando bajo los árboles, y otros en las agonías de la muerte, gritando con desmayo ¡Hambre! ¡Hambre!* (1) Los que llegaban á sus casas, las hallaban comunmente desoladas. En los ocho meses que habian estado ausentes, sus mu-

(1) Hist. Ind., l. ii, c. 14, MS.

geres é hijos habian perecido ó estraviándose por las selvas; los campos con que habian contado para alimentarse, los hallaban cubiertos de abrojos; y no les quedaba mas auxilio que postrarse en tierra desfallecidos y desesperados, y morir á los umbrales de sus habitaciones (1).

Es imposible seguir la pintura del venerable Las-Casas, no de lo que habia oido, sino de lo que él mismo habia visto: la naturaleza se resiste á contemplar aquellos pormenores. Baste decir que tan atroces fueron las fatigas y padecimientos impuestos en aquella raza débil é inofensiva, que, incapaz de sobrellevarlos, desapareció, por decirlo asi, de sobre la faz de la tierra. Muchos se suicidaron en la desesperacion; las madres

---

(1) Las-Casas, Hist. Ind., l. ii, c. 14, MS.

vencian el poderoso instinto de la naturaleza, y ahogaban á los infantes de pecho para librarlos de vida tan amarga. Doce años habian transcurrido desde el descubrimiento de la isla, y varios cientos de miles de sus habitantes naturales habian ya perecido víctimas miserables de la avaricia de los blancos.

CAPITULO II.

SANGRIENTOS DESTROZOS EN JARAGUA. — DESTINO DE ANACAONA.

[1503.]

Se han manifestado con brevedad los sufrimientos de los indios bajo la policía civil de Ovando: aun quedan que pintar concisamente las operaciones militares de este gefe, cuya prudencia loaron tanto algunos de los primitivos his-

toriadores. Esta noticia incluirá la porcion de historia de la isla que está enlazada con la suerte de Colon, y que comprende la subyugacion completa, ó casi pudiera decirse esterminio, de los habitantes originales. Trataremos primero de los desastres de la bella provincia de Jaragua, sede de la hospitalidad, refugio de los necesitados españoles, y del destino de la cacique Anacaona, un tiempo orgullo de la isla y generosa amiga de los blancos.

Habiendo muerto Behechio, el antiguo cacíque de esta provincia, le sucedió en el gobierno su hermana Anacaona. La notable parcialidad que esta gobernadora habia una vez mostrado por los españoles, se habia disminuido mucho por la miseria general que habian producido en su pais, y por el brutal libertinage que exhibieron dentro de sus propios dominios los compañeros de Roldan.

La infeliz conclusion de los amores de su bella hija Higuenamota con el jóven Hernando de Guevara le habia tambien causado grande afliccion; y finalmente, los varios y multiplicados padecimientos que tuvieron que sufrir sus una vez dichosos súbditos por los atroces sistemas que establecieron Bobadilla y Ovando, habian al fin convertido su amistad, segun se dice, en absoluto aborrecimiento.

Este disgusto se sostenia y agravaba por los españoles que vivian en su inmediata vecindad, y que habian obtenido en ella tierras; resto de la faccion rebelde de Roldan, que conservaba la escandalosa licencia y público libertinaje á que se habia entregado bajo la floja autoridad del cabecilla; gente que se hacia odiosa á los caciques inferiores, exigiendo servicios tiránica y caprichosamente por la autoridad desoladora de los repartimientos.

Los indios de esta provincia se representan por todos los que los conocieron, como mas inteligentes, civilizados y generosos de espíritu que los demas de la isla. Eran tambien mas susceptibles, por lo tanto, de sentir y resistir el altivo é insultante trato á que estaban sujetos. Acontecian querellas entre los caciques y sus opresores. Inmediatamente se daba al gobernador parte de ellas, nombrándolas peligrosos motines; y la menor resistencia á cualquier estorsion despótica se cambiaba en oposicion y rebeldía á la autoridad del gobierno. Contínuamente llegaban á Ovando quejas de esta especie, hasta que le persuadió algun alarmista ó mal intencionado intrigante, que los indios tenian formada una conspiracion profunda para levantarse contra los españoles.

Salió Ovando sin demora para Jaragua, á la cabeza de trescientos infantes

armados de espadas, arcabuces y ballestas, y de setenta ginetes con corazas, lanzas y escudos. Pretendia ir solo á hacer una visita amistosa á Anacaóna, y á concertar con ella ciertas medidas sobre el pago del tributo.

Cuando supo Anacaona la próxima visita, mandó juntar en la principal ciudad de sus estados á todos los caciques inferiores y principales súbditos para recibir al gefe español con la debida distincion y homenage. Al acercarse Ovando á la cabeza de su pequeño ejército, salió ella á recibirlo, segun la costumbre de su nacion, seguida de una comitiva dilatada de sus principales gentes de ambos sexos, que como antes se ha dicho, eran de notable gracia y belleza. Recibieron á los españoles con sus himnos patrióticos ó populares areitos: las jóvenes ondeando ramos de palma y bailando delante de ellos del modo mismo

que pareció tan halagüeño al Adelantado y su tropa, cuando por primer vez visitaron aquella provincia.

Anacaona trató al gobernador con la gracia y dignidad natural por que era celebrada. Le dió para su residencia la mejor casa de la poblacion, y acuarteló á sus tropas en las casas vecinas. Por muchos dias fueron regalados los españoles con las riquezas naturales que daba la provincia. Se ejecutaban con frecuencia en su obsequio bailes, juegos y cantos nacionales; haciendo cuantas demostraciones esteriores son posibles de la misma hospitalidad, de la amistad misma que constantemente habia mostrado Anacaona á los blancos.

No obstante estas bondades, y á pesar de la integridad uniforme de su conducta, y franca y abierta generosidad de caracter, estaba persuadido Ovando de que Anacaona meditaba en secreto la

muerte de él y sus compañeros. No dicen los historiadores en qué razones fundaba esta opinion. Es demasiado probable que se la hubiesen inspirado los infames aventureros que infestaban aquella provincia. Ovando debiera haberse detenido y reflexionado antes de obrar. Debiera haber considerado la improbabilidad de que acometiesen tal empresa los desnudos indios, contra una fuerza formidable de tropas vestidas de acero, y armadas á la europea; y debiera en fin haber tenido presente el general carácter y bella conducta de Anacaona. De todos modos, el ejemplo repetido de Colon y el Adelantado pudiera haberle hecho conocer, que era suficiente seguridad contra las maquinaciones de los indios apoderarse de sus caciques y retenerlos en rehenes. Pero tenia Ovando mas perosa y sanguinaria política, y obraba por sospechas como lo hiciera por con-

viccion. Determinó anticipar la supuesta conjuracion por un contra-artificio, y sumergir aquel pueblo indefenso en indistinta y sangrienta venganza.

Como los indios habian divertido á sus huéspedes con varios juegos nacionales, los convidó Ovando á su vez á ver los de su pais. Entre otros, habia juego de cañas. La caballería española era entonces notable por el diestro manejo y espléndido arnés de sus caballos. Entre los soldados que Ovando trajo de España, habia un ginete enseñado su caballo á corvetear guardando compás con la música de un violin (1). La justa debia celebrarse en la tarde de un domingo, en la plaza pública, delante de la casa de Ovando. La caballeria y soldados de á pie tenian sus instrucciones secretas. Aquellos no debian combatir con cañas, ni picas

(1) Las-Casas, l. ii, c. 9.

despuntadas, sino con armas mas mortíferas; estos vendrian como meros espectadores, pero bien armados y prontos para entrar en accion cuando vieran la señal.

A la hora concertada se llenó la plaza de indios deseosos de ver aquel simulacro guerrero. Se juntaron los caciques en la casa de Ovando que daba á la plaza. Ninguno venia armado; reinaba entre ellos una confianza sin reserva, totalmente incompatible con la negra traicion de que se les acusaba. Para prevenir toda sospecha, y disipar las apariencias de un designio siniestro, se puso Ovando á jugar despues de comer al herron con varios de sus oficiales principales, cuando habiendo llegado á la plaza la caballería, pidieron los caciques al gobernador que mandase empezar la justa (1). Anacoana y la bella Higuena-

(1) Oviedo, Crónica de las Ind. l. 3, c. 12.

mota su hija, con otras muchas indias, hicieron la misma peticion.

Ovando dejó su juego y se puso en un sitio visible. Cuando vió que todo estaba dispuesto segun sus órdenes, dió la fatal señal. Dicen algunos, que poniendo la mano en una pieza de oro que llevaba suspendida al cuello (1); otros, que sobre la cruz de Alcántara bordada en el pecho (2). Una trompeta sonó inmediatamente. La casa en que estaban juntos Anacaona y los principales caciques, fue rodeada por la soldadesca que Diego Velazquez y Rodrigo Mejiatrillo mandaban, y no se permitió escapar á ninguno. Entraron las tropas, y apoderándose de ellos, los amarraron á los postes que sustentaban el techo; á Anacaona se la

(1) Las-Casas, ubi sup.

(2) Charlevoix, Hist. Sto. Domingo, l. xxiv, p. 235.

llevaron prisionera. Se dieron despues á los desventurados caciques horribles tormentos, hasta que algunos en la estremidad de la angustia se vieron forzados á acusarse á sí mismos y á su reina de haber entrado en la supuesta conspiracion. Acabada esta cruel mofa de las formas judiciales, en vez de pasar á nuevo exámen, se pegó fuego á la casa, y todos los caciques perecieron míseramente en las llamas.

Mientras eran los caudillos víctimas de semejante barbarie, era la plaza teatro de escenas aun mas horribles. A la señal de Ovando se precipitaron los ginetes por medio de la indefensa y desnuda muchedumbre, atropellando á la gente con los caballos, hiriéndola con las espadas, y traspasándola con las lanzas. No hubo misericordia para edad ni sexo; todo fue una indistinta y salvaje carnicería. Alguna vez un caballero, ó

por piedad, ó á impulso de la avaricia, queria salvar en sus brazos á un infante; pero las lanzas de sus compañeros le despedazaban ferozmente al punto mismo. La humanidad se desvia con horror de semejantes atrocidades, y querria descreerlas la historia; pero estan circunstanciada y aun mas prolijamente descritas por el venerable obispo Las-Casas, residente á la sazon en la isla, y relacionado con los actores principales de esta tragedia. Pudo haber recargado fuertemente la pintura en su indignacion habitual, cuando se trataba de las injurias hechas á los indios; pero por la coincidencia de diversos relatos, y por muchos casos que hablan por ellos mismos, la escena debió haber sido sangrienta y atroz. Oviedo, alto panegirista de la justicia, devocion, caridad y afabilidad de Ovando, y de su bondadoso trato de los indios, y que visitó la provincia algunos

años despues, recuerda varias de las anteriores circunstancias, especialmente el juego del herron en que con tanta sangre fria estaba el gobernador divirtiéndose al ir á comenzar tan tremendo acto; y la quema de los caciques, que dice fueron mas de cuarenta. Diego Mendez, que estaba entonces en Jaragua, y sin duda se hallaria presente en ocasion tan importante, dice incidentalmente en su última voluntad y testamento, que hubo ochenta y cuatro caciques quemados ó ahorcados (1). Las-Casas recuerda que entraron en la casa ochenta caciques con Anacaona. El destrozo de la multitud debió haber sido grande, y se cometió contra un gentío desarmado é indefenso. Varios que escaparon de él, huyeron en sus canoas á una isla llamada

(1) Relacion hecha por don Diego Mendez. — Navarrete, Col. t. i, p. 314.

Guanabo, á unas ocho leguas de distancia. Se les persiguió, aprisionó y condenó á la esclavitud.

La princesa Anacaona fué conducida en cadenas á Santo Domingo. Se le concedió la apariencia de un proceso criminal, en que salió inculpada por las declaraciones que el tormento arrancó á sus súbditos, y por el testimonio de sus verdugos, y fue ahorcada ignominiosamente en presencia del pueblo, á quien tanto y por tanto tiempo habia protegido (1). Oviedo ha tratado de manchar el carácter de esta desventurada princesa, acusándola de disoluta; pero tenia por costumbre acriminar el carácter de los príncipes indios que perecian victimas de la ingratitud é injusticia de sus compatriotas. Los escritores contemporáneos

---

(1) Oviedo, Cron. de las Ind. l. iii, c. 12.—Las-Casas, l. ii, c. 9.

de mayor autoridad concurren en pintar á Anacaona como notable por su innata dignidad y propiedad de carácter. La adoraban sus súbditos tanto, que ejercia sobre ellos una especie de dominio aun en los dias de su hermano: se dice, que era hábil en la composicion de los areitos, ó romances históricos de su nacion; y pudo haber contribuido mucho á aquel grado de superior refinamiento notable entre su gente. Su gracia y belleza le habian dado nombradía por toda la isla, y escitado la admiracion del español como del salvage. Su espíritu magnánimo se manifestó en el amistoso trato que tuvo con los blancos; y aunque su marido, el bravo Caonabo, habia perecido prisionero entre ellos, tuvo en su poder muchas partidas de españoles indefensos, que vivian seguros en sus dominios. Despues de haber descuidado por muchos años las frecuentes y seguras

ocasiones de venganza que se le presentaban, cayó víctima del absurdo cargo de haber conspirado contra una fuerza armada de cerca de cuatrocientos hombres, y entre ellos setenta caballos, capaces de haber subyugado grandes ejércitos de desnudos indios.

Despues de la carnicería de Jaragua continuó aun la destruccion de sus habitantes. El sobrino favorito de Anacaona, el cácique Guaora, que habia huido á las montañas, fue cazado como una fiera, y acabó tambien en la horca. Por seis meses continuaron los españoles desvastando el pais á pie y á caballo, bajo pretesto de apagar las sediciones; porque adonde quiera que los espantados indios se refugiaban en su desesperacion, juntándose en tristes cavernas ó en lo mas enriscado de las montañas, se decia que estaban reuniéndose armados para sustentar la rebelion. Habiéndolos al fin sa-

cado de su retiro, destruido á muchos, y reducido los vivos á la miseria mas deplorable y á la sumision mas baja, se consideró toda aquella parte de la isla restablecida al buen órden; y en conmemoracion de este grande triunfo fundó Ovando una ciudad cerca del lago, á que puso Santa María de la verdadera paz.

Tal es la historia trágica de la deliciosa region de Jaragua, y de sus amables y hospitalarios habitantes; lugar que los europeos, segun sus propias pinturas, hallaron un perfecto paraiso; pero que por sus viles pasiones llenaron de horror y desolacion.

CAPITULO III.

GUERRA CONTRA LOS NATURALES DE HIGUEY.

[1504.]

Se ha relatado la subyugacion de cuatro de las soberanías de Española, y el desastrado fin de sus caciques. Bajo la administracion de Ovando se sometió tambien Higuey, el último de estos independientes distritos; fértil provincia, que comprendia la estremidad oriental de la isla.

La gente de Higuey era de espíritu mas guerrero que la de las otras provincias, habiendo aprendido á usar con efecto sus armas en frecuentes guerras con los invasores caribes. Los regia un cacique llamado Cotabanamá. Las-Casas describe á este caudillo por observacion

personal, y hace de él la pintura de un verdadero héroe indio. Era, dice, el mas fuerte de su tribu, y de mas perfectas formas que un hombre entre mil de cualquier nacion. Mas alto de estatura que el mas alto de sus paisanos, de una vara de espalda de hombro á hombro, y el resto de su cuerpo en admirable simetria. Su rostro no era hermoso, sino grave y osado. No podia un hombre comun doblar fácilmente su arco; las flechas tenian tres puntas de espina de pescado, y todas sus armas parecian destinadas para el uso de un gigante. En una palabra, tenia tan nobles proporciones, que era la admiracion hasta de los españoles mismos.

Mientras estaba Colon empeñado en el cuarto viaje, y poco despues de entrar Ovando en el gobierno, se insurreccionó este cacique y su jente. Sorprendieron á una chalupa con ocho españoles

en la pequeña isla de Saona, adyacente á Higuey, y dieron muerte á toda la tripulacion. Fue este hecho en venganza de un cacique, despedazado sin provocacion alguna por un perro que un español soltó contra él, y por lo cual los naturales habian pedido en vano justicia.

Ovando despachó sin tardanza á Juan de Esquivel, oficial bizarro, á la cabeza de cuatrocientos hombres, para apagar la insurreccion, y castigar la muerte de los marineros. Cotabanamá juntó sus soldados, y se preparó para una vigorosa resistencia. Desconfiando de la misericordia de los españoles, rehusó escuchar el caudillo los ofrecimientos de paz, y combatió con alguna ventaja de los naturales. Los indios habian ya vencido su creencia supersticiosa de ser los blancos entes sobrenaturales, y aunque mal podian resistir la superioridad de las ar-

mas europeas, manifestaban un valor y destreza que los hacia enemigos no despreciables. Las-Casas y otros historiadores relatan un audaz y romántico encuentro entre un solo indio y dos caballeros montados Valtenebro y Portevedra, en que el indio, aunque atravesado por las lanzas y espadas de ambos enemigos, retuvo su fiereza y continuó el combate, hasta caer muerto despues de haberles quitado las armas (1). Esta noble accion, dice Las-Casas, era pública y notoria.

Los indios quedaron pronto derrotados, y huyeron á las montañas. Los persiguieron los españoles á sus mas escondidos recesos, descubrieron sus mugeres é hijos, y en ellos tomaron señalada venganza, entregando á las llamas los caudillos. Una anciana cacique, muy dis-

(1) Las-Casas, Hist. Ind., l. ii, c. 8.

tinguida, llamada Higuanama, fue hecha prisionera y ahorcada.

Pasaron despues tropas á la isla de Saona en una carabela, para tomar particular venganza de la destruccion de la chalupa y su gente. Los naturales hicieron una salida desesperada, y huyeron luego. Era la isla montañosa, y estaba llena de cavernas, en que los indios buscaban en vano refugio. Se aprisionaron seiscientos ó mas, y fueron pasados por las armas. Otros habitantes sufrieron la esclavitud; y así, dice Las-Casas, quedó desierta y desolada aquella isla.

Los naturales de Higuey cayeron en la desesperacion, viendo que no habia escape para ellos ni en las entrañas de la tierra (1): pidieron la paz, que se les concedió, á condicion de que cultivasen

---

(1) Las-Casas, ubi sup.

un esteńdido territorio, y pagasen gran cantidad de pan en tributo. Concluida la paz, visitó Cotabanamá el campo español, á donde sus proporciones gigánteas y marcial porte le hicieron objeto de curiosidad y admiracion. Fúe distinguidamente recibido por Esquivel, y ambos cambiaron nombres; liga indiana, significativa de perpétua y fraternal amistad. Los indios llamaron de allí adelante Juan de Esquivel al cacique, y al gefe español Cotabanamá. Esquivel erigió una fortaleza de madera en un lugar indio cerca del mar, y dejó nueve hombres en ella y un gefe llamado Martin de Villaman. Se dispersaron despues las tropas, volviendo á Santo Domingo, cada indivíduo con la parte de esclavos que le cupo de los ganados en esta espedicion.

No fue la paz muy duradera. Por el tiempo en que se enviaron socorros á

Colon, para sacarlo de Jamáica, hubo otro motin en Higuey, en consecuencia de la opresion de los españoles, y de haberse violado la capitulacion hecha por Esquivel. Martin de Villaman exigió que no solo cultivasen los indios el grano estipulado, sino que le llevasen á Santo Domingo; y cuando los naturales rehusaron hacerlo, los trató con la mayor severidad. Tambien permitia el libertinage de su gente con las mugeres indias, y se llevaban estos con frecuencia las hijas, hermanas y aun esposas de los tributarios (1). Al fin se encendió su furia, se alzaron contra sus tiranos, los asesinaron, y redujeron á cenizas su fortaleza. Solo escapó un español, y llevó las nuevas de esta catástrofe á la ciudad de Santo Domingo.

(1) Las-Casas, ubi sup.

Ovando dió órdenes inmediatamente para entrar á sangre y fuego en la provincia de Higuey. Las tropas españolas se juntaron de varias partes en los confines de aquella provincia, y Juan de Esquivel tomó el mando de ellas, y de un numeroso ejército de guerreros indios que llevaba de aliados. Las ciudades de Higuey estaban generalmente edificadas en las montañas; y las montañas se elevaban en llanos ó plataformas, por lo comun, de diez á quince leguas de longitud y otro tanto de latitud; ásperas y breñosas, con valles de tierras encarnadas, sumamente fértiles, de donde sacaban su pan de casava. El ascenso de una á otra plataforma seria de unos cincuenta pies; rápido, precipitoso y de piedra viva, y parecido á una pared trabajada con instrumentos, y lleno de propósito de adamantinos picos. Cada lugar tenia cua-

tro espaciosas calles, de un tiro de piedra de anchura, y formando una cruz, sin árboles en ellas, ni en la plaza pública del centro.

Cuando llegaron las tropas españolas á las fronteras, se vieron hogueras de señal por las montañas, y las columnas de humo hacian de dia el oficio de las llamas. Los ancianos, mugeres y niños indios se ocultaron en los lugares mas escondidos de las florestas y cavernas, y los guerreros se prepararon para la batalla. Hicieron alto los castellanos en una de las florestas, á donde podia obrar su caballería. Se apoderaron de algunos indios con ánimo de saber por ellos los planes y fuerzas del enemigo. Les dieron tormento para ello, pero en vano; tan acendrada era la lealtad de aquellos pueblos hácia sus caciques. Los españoles penetraron al interior. Hallaron los guerreros de varias ciudades jun-

tos en una, formados en las calles con sus arcos y flechas, pero perfectamente en cueros y sin armas defensivas. Lanzaron tremendos alaridos con una descarga de flechas; pero desde tan lejos, que no alcanzaron á los españoles: estos contestaron con sus ballestas y dos ó tres arcabuces, pues se hallaban entonces con pocas armas de fuego. Cuando vieron los indios caer muertos á varios de sus camaradas, se entregaron á la fuga; rara vez esperaban el ataque de las espadas: algunos de los heridos, en cuyos cuerpos habian penetrado las flechas hasta las mismas plumas, se las arrancaron con las manos, las quebraron con los dientes, se las arrojaron con inútil furia á los españoles, y cayeron muertos en el acto.

Toda la fuerza india quedó derrotada y dispersa. Cada familia, ó banda de vecinos, huyó en su propia direccion, y

se ocultó en la espesura de las montañas. Los españoles los persiguieron, pero hallaron la caza dificil entre florestas cerradas y quebradas y peñascosas alturas. Tomaron por guias á varios prisioneros, haciéndoles sufrir increibles tormentos para que hiciesen traicion á sus paisanos. Lós llevaban delante de ellos atados con sogas por el pescuezo; y algunos, al pasar por las márgenes de los precipicios, repentinamente se arrojaban en ellos, esperando arrastrar consigo á los españoles. Cuando al fin descubrian sus perseguidores á los infelices indios que estaban ocultos, no perdonaban sexo ni edad; hasta las mugeres preñadas, y madres con sus niños en los brazos, caian traspasadas por aquellos desapiadados hierros. Seria horroroso relatar los actos crueles que á sangre fria siguieron la primer matanza.

De alli salió Esquivel á atacar la ciu-

dad donde residia Cotabanamá, y adonde habia juntado el cacique mucha fuerza para defenderse. Marchó en derechura hácia ella por la costa del mar, y llegó al sitio donde dos caminos ascendian á la ciudad por la montaña. Uno de ellos era cómodo, y convidaba á subir por él; no tenia ramas ni arbustos que impidiesen la marcha. En él habian establecido los indios una emboscada que atacase la retaguardia española. El otro camino estaba casi impracticable á causa de los muchos árboles y arbustos que por él se veian arrojados. Esquivel era prudente y cauteloso; sospechó la estratagema, y escogió el mal camino. Distaba la ciudad como legua y media del mar. Los españoles se abrieron paso con mucha dificultad por la primera media legua. El estar el resto del camino libre de todo embarazo, confirmó la sospecha de Esquivel. Avanzaron rápidamente; y lle-

gados cerca de la poblacion, se volvieron con velocidad sobre el otro camino, sorprendieron la partida emboscada, y le causaron grande matanza con las ballestas.

Los guerreros salieron entonces de donde estaban ocultos, é hicieron repetidas descargas de flechas; pero á tal distancia, que generalmente no hacian daño. Se aproximaron despues mas, y comenzaron á tirar piedras con las manos, no conociendo el uso de la honda. En vez de desmayar al ver morir á sus compañeros, mas bien se aumentaba su furia, que espresaban con muy temerosos alaridos. Una irregular batalla, poco mas probablemente que de escaramuzas y combates parciales compuesta, se siguió á estas operaciones, y duró desde las dos de la tarde hasta la noche. Las-Casas se halló presente; y segun su narrativa, debieron de dar los indios ejemplos

de grande valor personal, aunque la inferioridad de sus armas, y la falta de armaduras, hicieron su bizarría del todo inefectiva. Al cerrar la noche cesaron las hostilidades, y en sus tinieblas se marcharon los indios á las espesuras de las florestas vecinas. Un profundo silencio siguió á sus alaridos y gritos de guerra, y los españoles permanecieron toda la noche en pacífica posesion de la villa.

CAPITULO IV.

CONCLUYE LA GUERRA DE HIGUEY. — DESTINO DE COTABANAMA.

[1503.]

A la mañana siguiente de la accion no se descubria un indio. Viendo que hasta su grande gefe Cotabanamá era incapaz de resistir las proezas de los

blancos, abandonaron en desesperacion su querella, y huyeron á las montañas. Los españoles separándose en pequeñas partidas, los cazaban como á animales silvestres; su objeto era apoderarse de los caciques, y sobre todo de Cotabanamá. Esploraron todos los valles y ocultos senderos que conducian á los recesos adonde se habian refugiado los salvages. Estos eran cautelosos y astutos en su modo de retirarse; pisaban los unos sobre las huellas de los otros, de modo que veinte no dejaban mas señal que uno; y tan ligeramente, que apenas movian la yerba; pero habia españoles tan diestros en cazar indios, que hallaban sus trazas hasta en la vuelta de una hoja seca y entre las huellas de mil diversos animales.

Tambien olian desde lejos el humo del fuego que hacian los indios cuando se paraban, y asi los sorprendian en sus

mas secretos refugios. A veces, si cogian un solo indio, le obligaban con tormentos á revelar el sitio donde estaban sus compañeros; le ataban despues por el cuello, y le hacian servir de guia. Cuando descubrian uno de aquellos ocultos asilos en que se refugiaban los ancianos y los enfermos, débiles mugeres é indefensos niños, les daban despiadada muerte. Quisieron inspirar terror por aquel pais, y amedrentar la tribu entera para someterla. Les cortaban las manos á los que se encontraban sueltos, y los enviaban, como ellos decian, á entregárselas en vez de cartas á sus paisanos, pidiéndoles que se rindiesen. Innumerables fueron, dice Las-Casas, los que quedaron amputados de este modo, y muchos de ellos espiraron de angustia y falta de sangre.

Se deleitaban los conquistadores en ejercer estrañas é ingeniosas crueldades, y

mezclabañ horrible donosidad con su sed de sangre. Hacian horcas largas y bajas, de modo que los pies de los pacientes tocasen la tierra y fuese larga su muerte. Ahorcaban trece á la vez en reverencia, dice el indignado Las-Casas, de nuestro bendito Salvador y de los doce apóstoles. Mientras estaban las víctimas suspendidas y todavía vivas, las cortaban y macheteaban con las espadas para probar su fuerza y filo. Las envolvian en paja bien seca, y les pegaban fuego; y así terminaban su existencia en la mas fiera agonía.

Son horribles estos pormenores; pero aun se han cubierto de un velo otros mas detestables todavia. Los refiere el venerable Las-Casas, testigo de vista de las escenas que describe. Era jóven entonces, pero habla de ellos en sus postreros años. *Todas estas cosas*, dice, *y otras repugnantes á la naturaleza hu-*

mana, mis propios ojos las vieron; y ahora casi temo repetirlas, apenas creyéndome á mí mismo, y dudando si habrán sido sueños (1).

Se hubieran suprimido estos hechos en la presente obra, como vergonzosos para la humanidad, y por aversion que su autor tiene á adelantar proposiciones que puedan mancillar el honor de una nacion valiente, noble y generosa. Pero seria separarse de la verdad histórica, teniendo los documentos delante de los ojos, pasar en silencio transacciones tan atroces, recordadas por testigos cuya veracidad no puede dudarse. Estas ocurrencias hacen ver hasta dónde llega la crueldad humana, cuando la estimulan la avaricia, la sed de la venganza ó un celo mal entendido por la causa santa de la religion. Todas las naciones han

(1) Las-Casas, l. ii, c. 17. MS.

dado á su vez pruebas de esta verdad vergonzosa. Pero, como sucede en el caso que ahora se discute, son generalmente los crímenes de los individuos mas bien que los de la nacion. Por eso pertenece al gobierno mantener una vigilancia suma respecto aquellos á quienes delega el poder en una remota y desamparada colonia. Es deber imperioso del historiador recordar estos sucesos para que sirvan de aviso y escarmiento á las edades futuras.

Pronto se apercibió Juan de Esquivel de que con todas sus severidades seria imposible subyugar la tribu de Higuey, en tanto que estuviese libre el cacique Cotabanamá. Aquel caudillo se habia retirado á la pequeña isla de Saona, á dos leguas de la costa de Higuey, en el centro de la cual, en un laberinto de rocas y florestas, se habia refugiado á una caverna con su muger y sus hijos.

Esquivel empleó para apoderarse del cacique una carabela recien llegada de Santo Domingo con provisiones. Sabia que tenia el cacique mucha vigilancia y escuchas sobre las elevadas rocas de la isla que espiasen los movimientos de la carabela: salió Esquivel de noche en su buque con cincuenta hombres; y manteniéndose dentro de las oscuras sombras que la tierra producia, llegó al amanecer sin ser visto á Saona. Ancló cerca de tierra detras de ciertos picos y florestas que le ocultaban, y desembarcó cuarenta hombres, antes que los espías de Cotabanamá hubiesen tomado sus puestos. Fueron sorprendidos dos de ellos y presentados á Esquivel, quien despues de haber sabido que el cacique estaba cerca, quitó la vida al uno y tomó al otro por guia.

Varios españoles iban delante, deseosos de distinguirse por la captura del

cacique. Llegaron á dos caminos, y toda la gente tomó por el de la derecha, menos un tal Juan Lopez, hombre fuerte y diestro en la guerra india. Siguió éste una senda por la izquierda que serpeaba entre montecillos y colinas tan arboladas y llenas de arbustos, que era imposible distinguir objeto alguno á medio tiro de ballesta. A deshora, en un estrecho paso oscurecido por muchos árboles y altas rocas, se encontró á doce guerreros indios armados de flechas y arcos, y siguiéndose unos á otros segun su costumbre. Los indios quedaron confundidos al ver á Lopez, imaginando que vendria seguido de alguna tropa. Hubieran podido fácilmente traspasarlo con sus flechas, pero habian perdido la presencia de espíritu. Les pidió Lopez su caudillo. Respondieron que estaba detras; y abriéndole ellos paso, entró por medio, y descubrió al cacique á retaguardia. A

vista del español, dobló el cacique su formidable arco, y estaba para salir la flecha, cuando se precipitó Lopez sobre él, y le hirió con la espada. Los otros indios habian ya huido llenos de terror. Cotabanamá, desanimado al sentir el corte de la espada, gritó que se llamaba Juan de Esquivel, pidiendo se le respetase por haber cambiado nombre con el caudillo español. Lopez lo cogió con una mano por los cabellos, y con la otra le marcó una estocada al pecho; pero le quitó la espada el cacique; y cerrando con él, le arrojó de espaldas sobre las rocas. Como eran los dos hombres de grandes fuerzas, fue la lucha larga y violenta. La espada estaba debajo de ellos; y Cotabanamá quiso ahogar al español, y le asió por la garganta con su terrible mano. El ruido de la lucha atrajo á otros españoles. Hallaron á su compañero retorciéndose ya sin aliento y

casi muerto entre las manos de aquel colosal indio. Cogieron y ataron al cacique, y le llevaron cautivo á un lugar indio de las cercanías. Descubrieron tambien la cueva donde habia vivido; pero su muger é hijos, sabida su captura por los indios fugitivos, huyeron y se refugiaron en otra parte de la isla. Se halló en la cueva la cadena con que habian ido aprisionados varios cautivos indios, que habiendo dado muerte á tres españoles que los llevaban, se escaparon á aquella isla. Tambien estaban allí las espadas de los españoles, ofrecidas como trofeos al cacique. La cadena sirvió para asegurar á Cotabanamá.

Se prepararon los españoles para dar muerte al caudillo en el acto mismo y en la plaza del desierto lugar en que estaban. Para esto erigieron una pira en que quemarlo. Pero considerándolo mas despacio, creyeron oportuno posponer

este horrible sacrificio. Quizá pensaron que era el cacique persona demasiado importante para finar en tanta oscuridad. Concediéndole, pues, una corta tregua, lo llevaron á bordo del buque, enviándolo en cadenas á Santo Domingo. Ovando lo vió en su poder, é incapaz de hacer mas daño; pero no tuvo la magnanimidad de perdonar á un vencido enemigo, cuyo solo crímen era defender su patria y sus legítimos territorios. Mandó que se le ahorcase públicamente como á un malhechor (1). Tan ignominiosamente acabó el cacique Cotabanamá, último de los cinco príncipes soberanos de Hayti. Su muerte fue seguida de la completa subyugacion de la tribu de Higuey, y selló la última lucha de los indios contra sus opresores. Quedó la isla casi desierta de sus habitantes origina-

(1) Las-Casas, l. ii, c. 18.

les, y una resignada y triste sumision, y una desesperacion muda se apoderó de los pocos que sobrevivieron.

Tal fue el cruel sistema seguido en la ausencia del Almirante por el gefe Ovando, aquel hombre de ponderada prudencia y moderacion, enviado á reformar los abusos de la isla, y sobre todo á reparar los males de los indios. El sistema de Colon pudo haber sido duro para estos, nacidos y criados en libertad ilimitada; pero nunca fué cruel ni sanguinario. No hizo inútiles desvastaciones ni impuso castigos vindictivos. Su deseo era civilizar á los indios, y hacerlos súbditos útiles, no oprimirlos, perseguirlos y destruir su raza. Cuando vió la desolacion que se los habia llevado de sobre la haz de la tierra mientras su autoridad estuvo suspendida, no pudo reprimir la fuerte espresion de sus sentimientos. En una carta escrita al rey despues

de su vuelta á España, se espresa asi sobre este asunto. *Los indios de Española eran y son la riqueza de la isla; porque ellos son los que cultivan y hacen el pan y las provisiones para los cristianos, los que cavan el oro de las minas, y hacen todos los oficios y trabajos del hombre y de la bestia. Se me ha dicho que desde que yo dejé la isla, las seis séptimas partes de los naturales han muerto, todos por mal trato é inhumanidad; muchos por la espada; mas á golpes y por el mal uso, y otros de hambre. La mayor parte ha perecido en las montañas y valles, adonde huyeron por no poder resistir el trabajo que se les imponia.* Por su parte, añade, que aunque habia enviado muchos indios á vender á España, era siempre con la intencion de que se les instruyese en la fe cristiana, y en las artes y usos de la civilizacion, y volviesen despues á

la isla á ayudar á los adelantos de sus paisanos (1).

El breve bosquejo que se ha dado de la política de Ovando, en ciertos puntos en que se censura á Colon, puede dar al lector medios de juzgar con mas correccion de la conducta de éste. No debe medirse con la medida moral de una edad mas ilustrada. Debemos considerarlo en conexion con la era en que vivia. Comparando sus medidas con las de hombres de sus mismos tiempos, celebrados por sus virtudes y talentos, puestos en la misma situacion, y puestos en ella espresamente para corregir sus faltas, veremos cuán virtuosa y sábiamente puede decirse que gobernaba bajo las circunstancias particulares de que estaba rodeado.

FIN DEL TOMO TERCERO.

---

(1) Las-Casas, l. ii, c. 36.

INDICE

DE LOS

LIBROS Y CAPITULOS

QUE CONTIENE ESTE TOMO III.

LIBRO XII.

CAP. I. — *Confusion en Española. — Procedimientos de los rebeldes en Jaragua.* 5

CAP. II. — *Negociacion del Almirante con los rebeldes. — Salida de los buques para España.* . . 18

CAP. III. — *Composicion con los rebeldes.* 31

CAP. IV. — *Otro motin de los rebeldes, y segunda composicion con ellos.* 47

CAP. V. — *Concesiones hechas á Roldan y sus compañeros. — Salida de varios rebeldes para España.* 59

CAP. VI. — *Llegada de Ojeda con una escuadra al occidente de la isla. — Roldan enviado á buscarlo.* 73

CAP. VII. — *Maniobras de Roldan y Ojeda.* 83

CAP. VIII. — *Conspiracion de Guevara y Mojica.* 93

LIBRO XIII.

CAP. I. — *Representaciones dirigidas á la corte contra Colon. — Bobadilla autorizado para examinar su conducta.* 112

CAP. II. — *Llegada de Bobadilla á Santo Domingo. — Se apodera violentamente del mando.* . . 131

CAP. III. — *Colon llamado ante Bobadilla.* 145

CAP. IV. — *Colon y sus hermanos arrestados y enviados en cadenas á España.* 152

LIBRO XIV.

CAP. I. — *Sensacion en España al llegar Colon encadenado. — Su presentacion en la corte.* 171

CAP. II. — *Viajes contemporáneos de descubrimientos.* 182

CAP. III. — *Nicolás de Ovando nombrado sucesor de Bobadilla.* . . 193

CAP. IV. — *Proposicion de Colon relativa al rescate del santo Sepulcro.* 215

CAP. V. — *Preparativos de Colon*

para el cuarto viaje de descubrimientos. 226

LIBRO XV.

CAP. I. — *Salida de Colon en su cuarto viaje.* — *Se le niega la admision en el puerto de Santo Domingo.* — *Queda espuesto á una violenta tempestad.* , . . . 240

CAP. II. — *Viaje por la costa de Honduras.* 256

CAP. III. — *Viaje por la costa de Mosquitos, y transacciones en Cariari.* 270

CAP. IV. — *Viaje por Costa-rica.* — *Especulaciones respecto al istmo de Veragua.* 282

CAP. V. — *Descubrimiento de Puerto-belo, y del Retrete.* — *Abandona Colon la busca del Estrecho.* 293

CAP. VI. — *Vuelta á Veragua.* —

El Adelantado esplora el pais. 303

CAP. VII. — *Principio de un establecimiento en el rio de Belen.— Conspiracion de los naturales.— Espedicion del Adelantado para sorprender á Quibian.* 321

CAP. VIII. — *Desastres de la colonia.* 342

CAP. IX. — *Inquietud del Almirante á bordo de su buque.— Socorro de la colonia.* 354

CAP. X. — *Salida de la costa de Veragua. — Llegada á Jamáica.— Encalladura de los buques.* 370

LIBRO XVI.

CAP. I. — *Negociacion de Diego Mendez con los caciques para el abasto de provisiones.— Su viaje á Santo Domingo de órden de Colon para pedir socorro.* . . 380

CAP. II. — *Motin de Porras.* . . . 400
CAP. III. — *Escasez de provisiones. — Estratagema de Colon para obtener víveres de los naturales.* 419
CAP. IV. — *Mision de Diego de Escobar al Almirante.* 428
CAP. V. — *Viaje de Diego Mendez y Bartolomé Fiesco en una canoa á Española.* 438
CAP. VI. — *Negociaciones de Colon con los rebeldes. — Batalla del Adelantado con Porras y sus compañeros.* 451

LIBRO XVII.

CAP. I. — *Administracion de Ovando en Española. — Opresion de los indios.* 473
CAP. II. — *Sangrientos destrozos en Jaragua. — Destino de Ana-*

caona. 485

CAP. III. — *Guerra contra los naturales de Higuey.* 502

CAP. IV. — *Concluye la guerra de Higuey. — Destino de Cotabanamá.* 515